FERDINAND DE SAUSSURE

CURSO DE LINGÜÍSTICA GENERAL

Traducción, prólogo y notas de AMADO ALONSO

VIGESIMACUARTA EDICIÓN

E D I T O R I A L   L O S A D A
L i b e r a   l o s   L i b r o s

Título del orignal francés: *Cours de linguistique générale*
Editorial Losada. S.A. Moreno 3362 Buenos Aires. 1945

Notas de la edición digital:
a) Se ha conservado la numeración de páginas original.
b) Pueden existir diferencias (respecto del original) en los caracteres fonéticos utilizados, que abundan, a cada paso, y en cada página. En la medida de lo posible, hemos intentado ser fieles al original. Aquellos que necesiten estricta precisión en estos puntos, deberán remitirse necesariamente al original para aclarar dudas.

INDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Con este prólogo quisiera hacer ver al lector cómo la ciencia es tarea que se va cumpliendo sin detenerse nunca, y cómo puede un sabio ser tan ilustre por los problemas que se plantea y resuelve como por los que obliga a sus colegas y sucesores a replantear y resolver.

El *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure es el mejor cuerpo organizado de doctrinas lingüísticas que ha producido el positivismo; el más profundo y a la vez el más clarificador. Es la suya una posición científica positivista, sí; pero la doctrina de Saussure es algo más que el resumen y coronación de una escuela científica superada; lo que aquí se nos da, o lo mejor y más personal de lo que se nos da, se salva de la liquidación del positivismo, incorporado perdurablemente al progreso de la ciencia. Pienso sobre todo en el riguroso y sistemático deslindamiento de dos parejas de conceptos lingüísticos, una que atañe directamente al objto de estudio, y secundariamente a los métodos respectivos; la otra, al revés: la *lengua como* sistema de expresiones convencionales usado por una comunidad, y ei *habla* como el uso individual del sistema; la lingüística *sincrónica,* que studia la constitución y funcionamiento de un sistema, y la lingüística *diacrónica,* que estudia su evolución (ver los índices). Pienso en su rigurosa concepción estructuralista de las lenguas como *sistemas* en que todos los términos son solidarios, y en el concepto complementario —más bien implicado— de «valor» (el valor de una unidad lingüística está determinado, limitado y precisado por el de las otras entidades del sistema: *tibio,* lo que no *es frío* ni *caliente; domini,* genitivo por su oposición con *dominus, domino, dominum,* etc.). El valor, que consiste en la solidaridad e interdependencia de una significación con las otras significaciones, emana del sistema e implica la presencia concreta del sistema en cada uno de sus elementos; la significación, dice Saussure, no se sale del elemento aislado y de su idea representada [1]. Primera vez

Este concepto lingüístico de valor ha sido revolucionario y de una incalculable fecundidad científica: el funcionamiento entero de una lengua consiste en el juego de identidades y diferencias; valores y sus oposiciones. El concepto de significación, en cambio, no puede parangonarse en rigor científico con el que ya para 1900 había elaborado Edmund Husserl con su método fenomenológico: «la referencia intencional al objeto», «el modo determinado de mentar el objeto». Véase E. HUSSERL, *Investigaciones lógicas,* tomo II, *Investigación primera; Expresión y significación.* Madrid, 1929, págs. 31-109 (ed. de la

que se enfoca el problema del significar en el terreno concreto de la lengua, no ya en el abstracto de la lógica. Y Saussure completa su concepto de la lengua-sistema con una visión personal de las relaciones entre la palabra y el pensamiento, y entre la materia acústica y los sonidos lingüísticos: antes de la formulación idiomática, nuestro pensamiento no es más que una masa amorfa; sólo los signos lingüísticos nos hacen distinguir dos ideas de manera clara y constante. La sustancia fónica tampoco es en sí más que una informe materia plástica que sólo gracias a la lengua se divide a su vez en partes distintas para proporcionar los significantes que el pensamiento necesita. El sonido no es un mero medio fónico material para la expresión de las ideas; en la lengua, sonido y pensamiento llegan por su unión a delimitaciones recíprocas de unidades; el pensamiento-sonido implica divisiones y la lengua elabora sus unidades al constituirse entre dos masas amorfas (pág. 136 y sigs.). Tal es lo que Saussure entiende por articulación: la lengua es el dominio de las articulaciones.

Este concepto de las relaciones entre lengua y pensamiento, mucho más profundo que el meramente asociacionista de los Neogramáticos [2], está en la misma dirección que la «forma interior de lenguaje» de Humboldt, la «actitud categorial» o clasificatoria de la razón-lenguaje de Bergson y la filosofía de las formas simbólicas de E. Cassirer. Bien es verdad que, fuera del capítulo donde se expone, no interviene ya esta concepción en la marcha del libro, sino más bien el asociacionismo herbartiano de los Neogramáticos [3]; pero es evidente que esta incongruencia del *Curso* es achacable a la prematura muerte del autor.

No hay aspecto de la lingüística, de los estudiados en el *Curso,* al que Saussure no haya aportado claridad y profundidad de conocimiento, unas veces llegando ya a la interpretación satisfactoria, otras obligando con sus proposiciones a los lingüistas posteriores a superarlo: en fonología, el grado de abertura de los sonidos como criterio de clasificación, la oposición de sonidos implosivos (la *s* de *es)* y explosivos (la *s* de *se) y* su útilísima teoría de la sílaba; en la diacronia *, las distinciones entre cambio fonético y

Revista de Occidente). En la segunda edición alemana, 1913, Husserl reelaboró mucho la primera redacción de 1900, pero esta *Investigación* sobre los signos fue la menos tocada. La doctrina lingüística de los valores (Saussure) tiene también su correspondencia lógica en el § 13 de la *Investigación primera* de Husserl.

[2] El teórico de los Neogramáticos, HERMANN PAUL, *Prinzipien der Sprachgeschichte,* concibe estas relaciones como una mera asociación de la imagen acústica (la palabra) con la idea, de existencia autónoma, según la psicología asociacionista de Herbart que presidió tranquila estos estudios durante ochenta años.

[3] Especialmente visible en su exposición del circuito del habla.

* En los textos de Amado Alonso y en su traducción del *C.L.G.* se ha respetado la grafía grave de las palabras *diacronia* y *sincronia* adoptada por él, mientras que en los restantes textos, debidos a De Mauro, las mismas han sido traducidas en su forma aguda. *(N. del E.)*

analogía, entre analogía y aglutinación, lingüística externa y lingüística interna, lingüística prospectiva y retrospectiva; en la sincronia, el discernimiento entre lengua oral y lengua literaria, entre oposición y diferencia, entre relaciones sintagmáticas o *in praesentia y* asociativas o *in absentia;* en la vida historicogeográfica de idiomas y dialectos, el espíritu de campanario o fuerza particularista y el intercambio o fuerza unificadora. Con razón se ha llamado a Saussure el gran deslindador de antinomias [4].

Una de las características de la mentalidad de Saussure es que cada distinción y cada delimitación de hechos está ya como encarnada en sus exigencias metodológicas, de modo que sus doctrinas han nacido más de las necesidades técnicas de la investigación que de la contemplación filosófica del objeto. Las ventajas inmediatas que los lingüistas hallan en un libro de este carácter son obvias, sobre todo si se añade a lo expuesto el rigor mental de los análisis y de las deducciones como si Saussure, al fin buen positivista, quisiera competir con las ciencias físicas. Para remate, es extraordinario el poder pedagógico de la exposición, con su estilo de antinomias, sus comparaciones tan sugestivas y sus dibujos. Sí; éste será siempre un libro clásico en la ciencia del lenguaje. Su influjo en la investigación particular de todas partes ha sido grande, pero sobre todo en Francia y la Suiza francesa, donde lingüistas tan eminentes como Antoine Meillet, Joseph Vendryes, Charles Bally y Albert Sechehaye lo han acatado como el código supremo del saber teórico y de la orientación en los métodos. «Ortodoxos saussureanos», es expresión que alguno de ellos ha usado y que a todos ha placido.

Por supuesto, no todos son triunfos, y la crítica no ha tardado en descubrir los defectos de tales virtudes. Ya hemos insinuado uno: la doctrina de Saussure no tiene base filosófica meditada por él; le bastó con tomar, sin inquietud personal alguna, la positivista. Y como el positivismo, sobre todo el practicado, ya quería ser más científico que filosófico, receloso de hurgar en los últimos fundamentos de cada ciencia, las limitaciones de las doctrinas de Saussure se explican por las de la base aceptada. Para ser más breves y claros leamos el capítulo III de la *Introducción,* «Objeto de la lingüística»: «...el fenómeno lingüístico presenta perpetuamente dos caras que se corresponden sin que la una valga más que gracias a la otra»: la *lengua,* o sistema adquirido, y el *habla,* el uso individual del sistema; el estado de un sistema y su historia; aun la palabra tiene su lado fisicofisiológico, el sonido, y su lado mental, la idea. ¿Cuál será, pues, el objeto de la lingüística? «Tomado en su totalidad, el

[4] En realidad, como conjunto y estilo mental, las antinomias de Saussure proceden de Hegel a través del lingüista hegeliano VICTOR HENRY, *Antinomies linguistiques.*

lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de fenómenos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad. La lengua por el contrario es algo enterizo y un principio de clasificación».

También Karl Vossler ve en el lenguaje tales dualidades, y su paralelo con Saussure, ya esbozado en nuestro prólogo a su *Filosofía del lenguaje,* de esta colección, puede ayudarnos ahora a comprender de una vez las virtudes y las limitaciones del *Curso.* Esas dualidades fuerzan a Vossler a ver el lenguaje como una estructura polar, y el objeto de su lingüística es la perpetua corriente de doble dirección. Si el objeto concreto es complejo, el objeto de estudio es también su complejidad.

Saussure ve la complejidad del lenguaje tan bien como Vossler, pero la rehuye como objeto de estudio, y, en busca de uno deslindado y homogéneo, da con «la lengua», un autónomo sistema de signos, separado de su uso e independiente de los individuos que lo usan. Los otros aspectos se pueden también estudiar, pero como meramente adicionales, como «externos a la lengua» y por tanto a la lingüistica.

Todo se paga: la lingüística de Saussure llega a una sorprendente claridad y simplicidad, pero a fuerza de eliminaciones, más aún, a costa de descartar lo esencial en el lenguaje (el espíritu) como fenómeno específicamente humano.

En parte por dar rigor científico a esta delimitación del objeto, en parte por sor la simplificación eliminatoria rasgo dominante en su estilo mental, Saussure concibe las dualidades apuntadas como antinomias irreductibles. Pero ¿lo son realmente la lengua y el habla, la diacronia y la sincronía? Saussure nos ha hecho ver que son aspectos discernibles del lenguaje y le agradecemos el grande progreso que los métodos de investigación han sacado de ello; pero ¿son objetos separados, y más, como quería Saussure, objetos sin contacto directo posible? «Un hecho diacrónico es un suceso que tiene su razón de ser en sí mismo; las consecuencias sincrónicas particulares que se puedan derivar le son completamente extrañas» (pág. 110). Los plurales ingleses y alemanes de inflexión son buen ejemplo: *foot-feet, goose-geese, Gast-Gäste, Hand-Hände;* en anglo-sajón y en antiguo alto alemán, los plurales de estas series tenían el signo regular de *-i; *fōti, *gōsi, gasti, hanti;* a acción metafónica de la *-i* inflexionó la vocal precedente con proceso puramente fonético [5]; luego la *-i* se hizo *e* en alemán y desapareció en inglés; y he aquí un nuevo estado morfológico en ambos sistemas, absolutamente imprevisto en los cambios

[5] No por plurales; lo mismo que en ellos obró la *-i* en la flexión verbal: el antiguo alto alemán *tragit* es hoy *trägt.*

fonéticos respectivos. Y Saussure sigue discurriendo: «Los hechos diacrónicos ni siquiera tienden a cambiar el sistema. No se ha querido pasar de un sistema de relaciones a otro [de *gast-gasti* a *Gast-Gäste,* etc.]; la modificación no recae sobre la ordenación, sino sobre los elementos ordenados. Aquí nos volvemos a encontrar con un principio ya enunciado: el sistema no se modifica directamente nunca; en sí mismo es inmutable; sólo sufren alteración ciertos elementos sin atención a la solidaridad que los ata al conjunto». Los hechos de la serie diacrónica y los de la sincrónica son, por lo tanto, de órdenes heterogéneos, «pues ya hemos establecido que los cambios se producen fuera de toda intención. Por el contrario, el hecho de sincronía es siempre significativo [= intencional]; siempre pone en relación dos términos simultáneos; no es *Gäste* lo que expresa el plural, sino la oposición *Gast-Gäste.* En el hecho diacrónico, al revés: no interesa más que un solo término, y para que aparezca una forma nueva *(Gäste),* es necesario que la antigua *(Gasti)* le ceda el lugar».

Esta sorprendente concepción de las relaciones —de la falta de relación directa— entre la diacronia y la sincronía deslumbró a algunos, desconcertó a otros y por fin desató la oposición más viva y general[6].

En el primer Congreso Internacional de Lingüistas, La Haya, 1928, los fonólogos R. Jakobson (Praga), S. Karcevsky (Ginebra) y N. Trubetzkoy (Viena) llevan el primer ataque a fondo. Estos fonólogos del Círculo Lingüístico de Praga tienen para los sonidos idiomáticos la misma concepción estructuralista que Saussure para el sistema de la lengua; los sonidos de un idioma forman un sistema en el mismo sentido que las formas gramaticales o las palabras [7]. Y la proposición de los fonólogos rezaba: «La

6 Aunque no elaborada en conceptos científicos tan estrictamente definidos, la dualidad de lingüística histórica y lingüística estática era una de las que regían como base en los estudios de los Neogramáticos (Brugmann, Osthoft, Braune, Sievers, H. Paul, Leskien, Meyer-Lübke; finales del siglo XIX y después), y aun antes en el ruso Baudouin de Courtenay y en el italiano Ascoli. Cfr. ROMAN JAKOBSON. *La scuola lingüistica di Praga,* en *La Cultura,* Milán, XII, 1933, pág. 637, y B. A. TERRACINI, *Paleontología ascoliana e lingüistica storica,* en la *Silloge lingüistica dedicata alia memoria di Graziadio Isaia Ascoli,* Turín, 1929, págs. 649-655. La distinción sistemática y precisa entre la lingüística «estática» (sincrónica) y la «histórica» (diacrónica) se debe antes que a otro alguno al filósofo checo T. G. MASARYK, *Základové konkretné logiki* (1885), con traducción alemana en 1887: *Versuch einer conkreten Logik (Ensayo de una lógica concreta), ap.* JAKOBSON, *op. cit.* Pero, aunque algunos lingüistas checos hayan seguido directamente a Masaryk, la introducción de estos conceptos rigurosos en el campo de la lingüística es obra de Saussure, que sin duda los elaboró independientemente.

7 Tanto, que los fieles discípulos del maestro ginebrino reclaman la filiación saussureana de la nueva disciplina. La verdad es que Saussure, que distinguió bien en el estudio de los sonidos la sincronía y la diacronia (fonología y fonética, en su terminología), no vio en ellos su otra dualidad de lengua y habla; no los vio más que en la realización material del habla: «la fonología —hay que repetirlo— no es más que una disciplina auxiliar y no se refiere más que al habla» (pág. 59). Ya había dicho antes (pág. 45): «Los órganos de la voz son tan exteriores a la lengua como los aparatos eléctricos que sirven para transmitir el al-

antinomia de la fonología sincrónica y de la fonética diacrónica quedará suprimida en cuanto se consideren los cambios fonéticos en función del sistema fonológico que los sufre. Hay que plantear el problema de la finalidad con que ocurren esos cambios. Y la fonética histórica se transformará así en una historia de la evolución de un sistema fonológico». De los Neogramáticos, a quienes tanto se oponía, arrastró Saussure «la concepción de los cambios fonéticos como fortuitos e involuntarios», «como una serie de perturbaciones y destrucciones ciegas causadas por factores extrínsecos al sistema fonológico»; la colectividad se limitaría a dar un sentido al desorden, interpretándolo como un sistema ordenado. Pero el papel de la colectividad es mucho más activo; los golpes ciegos son raros, y siempre que hay un proceso destructivo va necesariamente seguido de una reacción activa. Hay cambios lingüísticos que —como los movimientos del ajedrez— «tienen la intención de ejercer una acción sobre el sistema». Cuando se discierne, con la nueva Fonología, entre diferencias significativas y diferencias puramente materiales, y en las significativas entre correlaciones y disyunciones, entre supresión de una diferencia o fusión de dos, entre aparición de una diferencia fonológica o modificación material de una ya existente, etc., entonces «lo que se impone al lingüista es la cuestión de *la finalidad* en un cambio fonético, en lugar de la cuestión tradicional de *las causas.* No superaremos la tradición de los Neogramáticos renunciando a la noción de "ley fonética", sino interpretándola teleológicamente y abandonando su concepción mecanicista» [8].

fabeto Morse son ajenos a ese alfabeto; y la fonación, es decir, la ejecución de las imágenes acústicas, no afecta en nada al sistema mismo». Evidentemente; pero esas «imágenes acústicas» («fonemas ideales», como los de Praga dicen menos psicológicamente) sí que pertenecen al sistema. De la misma manera que existe, según Saussure, el sistema de formas gramaticales y léxicas aparte de su realización en el habla, así existe el sistema de fonemas. Y los fonemas ostentan el mismo carácter de «valores solidarios», pues su función de signos se determina por análogo juego de correspondencias y oposiciones. La nueva disciplina utiliza ahora los sinónimos *fonética* y *fonología* con otro reparto; la *fonética* se ocupa de los sonidos lingüísticos en su constitución material: materia física y actividad fisiológica; la *fonología* los estudia en su constitución intencional de signo. Como materia, un sonido existe lo mismo aislado que agrupado; como signo, sólo funciona en relación con los otros del sistema, como valor solidario. La realización fonética es la que no se sale del habla (Saussure); pero el sistema fonológico realizado, ése pertenece a la lengua. Así resulta que la nueva doctrina fonológica es más saussureana que la de Saussure, por encuadrar mejor en la concepción general saussureana de la lengua como sistema de valores. Pero la nueva fonología no arrancó, o no arrancó sólo, de Saussure, y tiene mayor deuda directa con el ruso Baudouin de Courtenay y con el checo T. G. Masaryk, ambos del último tercio del siglo pasado, aunque, sin duda, el *Curso* contribuyó grandísimamente a elaborar esta concepción estructuralista y funcionalista y a depurar sus métodos. El libro capital de esta escuela es el de N. S. TRUBETZKOY, *Grunzuge der Phonologie,* Praga, 1939. Para las relaciones de la nueva fonología con Saussure ver la reseña de B. Terracini al libro de Trubetzkoy en la *Revista de Filología Hispánica,* 1942, IV, 173-180, y R. JAKOBSON, *op. cit.*

[8] *Actes du premier congrès international de Linguistes à La Haye* (del 10 al 15 de

Atacado el principio de Saussure en su mismo centro —los cambios fonéticos—, la crítica ha conseguido dilucidar la cuestión también en los otros aspectos de la diacronia. Ya Saussure ponía junto a los efectos ruinosos del cambio fonético, los reconstructores de la analogía (pág. 186 y sigs.). «La analogía supone un modelo y su imitación regular. Una forma analógica es una forma hecha a imagen de otra o de otras muchas según una regla determinada» [9].

Es, pues, evidente que las formas analógicas suponen un especial manejo del sistema, se deben siempre a reacomodaciones del sistema. Saussure llamaba a los neologismos fonéticos *cambios,* y a los analógicos *creaciones* [10]; pero unos y otros son hechos de diacronia, y los analógicos,

abril 1928). Leiden, s. a., págs. 33-36. Al año siguiente los fonólogos del *Cercle Linguistique de Prague* subrayaron y complementaron su doctrina en una tesis presentada colectivamente al Primer Congreso de Filólogos Eslavos: «La concepción de la lengua como sistema funcional es la que ha de mantenerse también en el estudio de los estados de lengua pasados, ya se trate de reconstruirlos, ya de anotar su evolución. No es admisible poner barreras infranqueables entre los métodos sincrónico y diacrónico, como hace la escuela de Ginebra. Si en lingüística sincrónica se consideran los elementos del sistema de la lengua desde el punto de vista de sus funciones, no será posible ya interpretar los cambios sufridos por la lengua sin tener en cuenta el sistema que resulta afectado por tales cambios. No es lógico suponer que los cambios lingüísticos no sean más que golpes destructivos dados al azar y heterogéneos respecto del sistema. Los cambios lingüísticos apuntan con frecuencia al sistema, a su estabilización, a su reconstrucción, etc. Así el estudio diacrónico, lejos de excluir las nociones de sistema y de función, es incompleto si no se tienen en cuenta esas nociones. Por otra parte, la descripción sincrónica tampoco puede excluir del todo la idea de evolución, pues aun en un sector visto sincrónicamente existe la conciencia de estado caduco o en vías de desaparición, de estado presente y de estado en formación; los elementos estilísticos sentidos como arcaísmos y la distinción entre formas productivas y no productivas son hechos de diacronia, que no se podrán eliminar de la lingüística sincrónica». *Travaux du Cercle Linguistique de Prague,* I, Praga, 1929, págs. 7-8. Insiste ROMAN JAKOBSON en su citado artículo *La scuola lingüistica di Praga, y* en sus *Prinzipien der historischen Phonologie (Travaux du Cercle Linguistique de Prague,* 4, 1931), págs. 247 y sigs.

[9] Pág. 186. El latín *honor* es forma analógica; primero era *honos : honosem;* después, por rotacismo de la *-s-* (que no alcanzaba a la *-s), honos : honorem;* por fin, conforme al modelo *orator : oratorem,* se produjo *honor : honorem.*

[10] La dualidad cambio fonético : analogía era otra de las manejadas por los Neogramáticos. Saussure ahondó estos conceptos con rigor nuevo y, según su estilo, los presentó como antinomia irreductible. Pero Vossler la redujo: todo cambio fonético empieza en el individuo; el individuo es quien en cierta ocasión, en determinada palabra, realiza una alteración fonética, por ejemplo, pronunciando mŏla; no ya *mó*$_c$*ó*$_c$*la* según el uso general *(ó*$_c$*ó*$_c$ representa convencionalmente una sola ó$_c$ prolongada y homogéneamente abierta), sino *móó*$_c$*la,* apretando un poco más la articulación al principio. (Éste es el cambio que, proseguido en las generaciones siguientes, llevará a *muola, muela).* Pero el tal individuo desconocido no tuvo que repetir su invención con cada palabra del léxico, sino que, una vez aceptado por las gentes el procedimiento, se extiende *por analogía* a todas las palabras donde la o esté en las mismas condiciones (en Francia e Italia, acentuada y en sílaba libre; en España acentuada no más). El cambio fonético no existe hasta que la analogía lo generaliza; lo que las leyes fonéticas tienen de regularidad es de índole analógica. Cfr. KARL VOSSLER, *Filosofía del lenguaje,* pág. 83. Para nosotros la superación de esta antinomia (cambio fonético: analogía) anula a su vez, por otro camino que el de los fonólogos, la antinomia diacronia : sincronía, porque,

ya tal como Saussure los comprendía, destruyen su principio propuesto: sin posible escape, las creaciones analógicas son a la vez sincronía y diacronia.

Y no sólo las creaciones analógicas. Otro gran innovador suizo-francés, Jules Gillieron, el autor del *Atlas linguistique de la France* y de los más apasionantes estudios sobre los materiales del *Atlas* (y de las más apasionadas polémicas sobre sus estudios) [11], al querer destruir el concepto lingüístico de cambio fonético —lo que no pudo pasar de una pretensión—, opuso una masa de hechos que, traídos a nuestro problema, contradicen la oposición saussureana entre sincronía y diacronia: la etimología popular (opuesta a la etimología fonética), los calcos lingüísticos, la evitación de homonimias, las reacciones fonéticas, las regresiones, etc.; alteraciones todas que tanto en la finalidad como en la operación de cumplimiento cuentan con el sistema en cuyo seno se realizan. Contra el principio de Saussure, la diacronia se genera en la sincronía.

Éste es el aspecto puesto también al descubierto por B. Terracini, *op. cit., y* especialmente por Walter von Wartburg [12]: los métodos geograficolingüísticos de Gillieron, su ingenioso husmeo de conflictos de nominación y su solución dentro del sistema de orientación para comprender el paso de una sincronía a una diacronia; pero Gillieron, con materiales exclusivamente geográficos, sólo supo ver las fuerzas condicionantes de la necesidad (remedio de las insuficiencias de la lengua); si otro género de materiales (y otra ideología menos limitada que el positivismo, añado) le hubieran permitido ver el funcionamiento de las fuerzas libres del espíritu (afectividad, humor, juegos de la fantasía), Gillieron habría sorprendido también el paso dé la diacronia a la sincronía, llegando a una representación más satisfactoria de la vida del lenguaje. Cada palabra depende de su grupo semántico, no sólo en el funcionamiento sincrónico del sistema (Saussure), sino en la aparición del cambio; y, a la inversa, los grupos semánticos se reordenan con las innovaciones (negación del principio de Saussure). Partiendo von Wartburg de la recíproca situación semántica

así dispuestos los hechos, se comprueba que no todo es desorden en el cambio fonético, como veía Saussure.

11 *L'aire* clavellus *d'après L'Atlas Linguistique de la France,* Neuveville, 1912. *Généalogie des mots qui désignent l'abeille d'après l'Atlas Linguistique de la France,* Paris, 1917. *Pathologie et thérapeutique verbales,* Paris, 1921. *Les étymologies des étymologistes et celles du peuple,* Paris, 1922. *Thaumaturgie linguistique,* Paris, 1923.

12 *Das ineinandergreifen von deskriptiver und hiatorischer Sprachwissenschafi (La compenetración de la lingüística descriptiva y de la histórica). Berichte über die Verhandlungen der Sächsischen Akademie der Wissenschaften zur Leipzig, Philologische Klasse.* Tomo 83, 1931, cuaderno 1. Estudio suplementario años más tarde con otro, que patentiza el camino inverso: *Betrachtungen über die Gliederung des Wortschatzes und die Gestaltung des Wörterbuchs (Consideraciones sobre la articulación del léxico y la estructuración del diccionario),* en *Zeitschrift für Romanische Philologie,* 1937, LVII, págs. 296-312.

de las palabras, que es precisamente el principio saussureano del sistema solidario, orienta sus investigaciones históricas hacia la participación del sistema en los cambios: «El destino de las palabras, su florecimiento y proliferación, su progresivo extinguirse y su muerte, la manera en que otras palabras las sustituyen, todo está en gran parte condicionado por el modo como ellas se encuentran dentro de su contorno o ambiente» *(Betrachtungen,* 304).

Ante un ataque tan persistente y general, «los raros mantenedores de la ortodoxia saussureana se ven reducidos a la defensiva», como dice el más estricto de ellos, Albert Sechehaye. En realidad se baten en honrosa retirada [13]. Sechehaye admite los cambios «orgánicos» (generados en el sistema), pero, como siguen en pie otros «contingenciales», provocados por rebotes fortuitos [14], el fiel discípulo de Saussure concluye que ambas tesis caben sin excluirse. Pero el principio saussureano de incompatibilidad queda con eso abandonado.

Después de estas críticas y de su aceptación ¿queda rebajada en su valor la distinción saussureana entre diacronia y sincronía? Al contrario, queda rectificada y depurada. Sigue en su plena validez el doble punto de vista para el doble estudio; en el sincrónico, el del hablante, que vive internamente el funcionamiento de su lengua; en el diacrónico, el externo del historiador, que contempla sus transformaciones sucesivas. Al abandonar el principio de Saussure, Bally, *op. cit.* pág. 60, aspira como programa mínimo a mostrar la «utilidad didáctica» de la aplicación separada de los dos métodos. No sólo por utilidad didáctica, sino por necesidad científica, afirmamos nosotros, distinguirá siempre la lingüística entre diacronia y sincronía. Sólo que al demostrar ahora su punto de convergencia, la antítesis postulada por Saussure queda positivamente superada.

El destino de la otra famosa antinomia, la de lengua y habla, está implicado en el de diacronia y sincronía, como que la inconexión de éstas se basaba en la postulada inconexión de lengua y habla.

[13] Charles Bally, *en été : au printemps; croire en Dieu : croire au diable,* en la *Festschrift für Ernst Tappolet,* Basilea, 1935, pág. 9 y sigs., contestando a E. Lereh; y *Synchronie et diachronie,* en *Vox Romanica,* 1937, II, pág. 53 y sigs., contestando a W. v. Wartburg. ALBERT SECHEHAYE, *Évolution organique et évolution contingentielle,* en *Mélanges Bally,* Ginebra, 1939, págs. 19 y sigs., y *Les trois linguistiques saussuriennes,* en *Vox Románica,* 1940, V, pág. 1 y sigs., ambos artículos contestando a W. v. Wartburg, el primero plenamente y el segundo como punto de partida para desarrollar su idea. En el I Congreso Internacional de Lingüistas, La Haya, 1928, Bally y Sechehaye habían presentado juntos una ponencia en la que reafirmaban el principio de Saussure *(Actes,* 36-53); pero el principio hizo crisis entonces, gracias a la citada ponencia de los fonólogos de Praga.

[14] La expresión del número en el alemán *Hand : Hände,* ingl. *foot :feet.* Ya lo había concedido el opositor TERRACINI, *Paleontología,* 633, aunque con la observación de que los fortuitos (los saussureanos) eran siempre excepción.

La importancia del discernimiento de estos dos aspectos del lenguaje es incalculable: la operatoria del funcionamiento de un idioma y la de su evolución, los modos de insertarse la libertad del estilo en las convenciones de la gramática y los modos de alterarse las convenciones del sistema conforme los actos individuales de estilo triunfan y se generalizan, la vida entera del lenguaje, en fin, se puede comprender con más profundidad y con mayor seguridad gracias a esta dualidad de conceptos. Sólo que el *Curso* sacrifica otra vez, a las conveniencias de un método rigurosamente positivo [15], el verdadero papel que la lengua y el habla desempeñan en el fenómeno humano del lenguaje. Saussure buscaba como primer imperativo un terreno firme donde practicar la investigación según principios y métodos también firmes; y de todos los aspectos del lenguaje, sólo la lengua se lo ofrecía. Porque las lenguas son sistemas de signos en donde nada cuenta sino los valores marcados por diferencias; un juego de correspondencias y oposiciones, sistemas extraindividuales, de existencia sólo social. La ciencia estudiará esos sistemas, sus elementos componentes y el juego de sus relaciones. Ése será «el objeto a la vez integral y concreto de la lingüística». El habla, en cambio, como individual, es heterogénea en sí. «La actividad del sujeto hablante debe estudiarse en un conjunto de disciplinas que no tienen cabida en la lingüística más que por su relación con la lengua. El estudio del lenguaje comporta, pues, dos partes: la una, esencial, tiene por objeto la lengua...; la otra, secundaria, tiene por objeto la parte individual del lenguaje, es decir, el habla, incluida la fonación» (pág. 45). Todo lo que no es el sistema mismo es externo a la lengua: en la sincronía, la actividad espiritual y fisicofisiológica de los hablantes; en la diacronia, todas las relaciones que puedan existir entre la historia de una lengua (como mero sistema de signos) y la historia cultural del pueblo. Esas relaciones podrán ser muy importantes, pero sólo se admiten en calidad de conocimientos ilustrativos y sobreañadidos.

[15] «En efecto, entre tantas dualidades, la lengua parece ser lo único susceptible de definición autónoma y es la que da un punto de apoyo satisfactorio para el espíritu» pág. 37. «Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al social; *no se deja clasificar en ninguna de las categorías* de los hechos humanos, *porque no se sabe* cómo desembrollar su unidad» *(Ib.).* «La lengua, distinta del habla, es *un objeto que se puede estudiar separadamente* (pág. 42). «La lengua... *es clasificable* entre los hechos humanos, mientras que *el lenguaje no lo es»;* como sistema de signos que expresan ideas, *formará parte de una ciencia más amplia,* la *semiología* o teoría general de los signos, juntamente con otros sistemas, como «la escritura, el alfabeto de los sordomudos, los ritos simbólicos, las formas de cortesía, las señales militares, etc. etc.» (págs. 43-44). «El conjunto global del lenguaje es *incognoscible* porque no es homogéneo, mientras que la distinción y la subordinación propuestas lo aclaran todo» (pág. 46). Subrayamos nosotros.

La ordenación resultante es ésta: el estudio *sincrónico* del *sistema* tiene la primacía; es más, es el único estrictamente lingüístico, a) porque el habla, como individual es asistemática, y como ejecutora de la lengua le es ajena [16], *b)* porque aun la lingüística diacrónica es lingüística a medias, ya que el objeto legítimo es la lengua como sistema, y los cambios (objeto de la lingüística diacrónica) no se producen para Saussure directamente en el sistema, sino en sus elementos aislados, que, de rebote, pueden traer al sistema consecuencias fortuitas [17].

Esta ordenación de la ciencia y subordenación de sus partes se sustenta en el principio de que «la lengua» tiene una existencia concreta autónoma, independiente del «habla». Y ¿dónde se encuentra tal realidad? Saussure lo dice, pág. 39 y sigs. Al analizar el circuito del habla, contamos: 1°, en el cerebro de A un concepto asociado a una imagen acústica; 2°, el cerebro trasmite la orden de ejecución a los órganos fonadores y articuladores, y éstos la cumplen; 3°, las ondas sonoras van de la boca de A al oído de B; 4°, en B, la excitación del oído corre al cerebro; 5° «en el cerebro, asociación psíquica de la imagen con el concepto correspondiente».

La lengua, discurre Saussure, no está en la parte ejecutiva (1° y 2°), siempre individual; tampoco en la parte física (3°) ni en la transmisión fisiológica (4°); la lengua «se puede localizar en la porción determinada del circuito donde una imagen acústica viene a asociarse con un concepto»: en el punto 5° (pág. 42).

Esta representación del acto coloquial, tan sugestiva didácticamente por sus seguros deslindes, es hoy insostenible en sus dos estaciones terminales. Es más, está fuera de la doctrina saussureana de la articulación, olvidada cuando mayor servicio le podía dar, y en realidad es un resabio del asociacionismo herbartiano de los Neogramáticos, tan tenazmente combatidos por Saussure en otros puntos menos dignos de oposición [18].

[16] Claro que «hay interdependencia de lengua y habla; aquélla es a la vez el instrumento y el producto de ésta. Pero eso no les impide ser dos cosas absolutamente distintas» (pág. 46). Este capítulo IV de la *Introducción* se titula «Lingüistica de la lengua y lingüística del habla», y en él se concede que se puede hablar de una lingüística del habla, pero sin confundirla con la lingüística propiamente dicha, la de la lengua.

[17] «Se suele decir que nada es tan importante como conocer la génesis de un estado dado; es verdad en cierto sentido: las condiciones que han formado ese estado aclaran su verdadera naturaleza y nos libran de ciertas ilusiones; pero eso justamente es lo que prueba que *la diacronia no tiene su fin en si misma.* Se puede decir de ella lo que se dice del perio dismo: que lleva a todas partes, a condición de que se le deje a tiempo» (pág. 165). Saussure combatía aquí contra los Neogramáticos, que veían esencialmente la lengua como el produc to acumulado de la historia de su comunidad.

[18] Como que casi parece elaboración brillante de un pasaje de Hermann Paul, el teó rico de los Neogramáticos, al desechar el concepto de un espíritu colectivo, y asentar que la llamada Völkerpsychologie sólo puede consistir en relaciones entre espíritus individuales, no directas, sino a través de medios físicos: «Para que un alma en cuyo seno nace un com-

Pues esa doctrina de la «articulación» ya excluye la posibilidad de explicar la iniciativa del hablar y su cumplimiento por operaciones sumadas de asociaciones entre una idea y su palabra. La «lengua» consiste en un instrumental numerable capaz de expresar pensamientos innumerables. La «lengua» no encierra previamente en su sistema el pensamiento concreto que por su intermedio voy ahora articulando; encierra, sí, los procedimientos de articulación —unos pocos, válidos para todos los pensamientos posibles— y también una nomenclatura (que ya nos presenta la realidad reducida a clases) de la que voy entresacando los nombres para los artejos de mi pensamiento. El pensamiento que articulo idiomáticamente no pierde su unidad originaria en la articulación, sino que es el pensamiento unitario original el que mi espíritu sigue manteniendo presente a través de su articulación. Este pensamiento no se puede expresar por asociación con palabra alguna, y por eso precisamente lo tengo que articular[19].

El asociacionismo negado para el momento 1° tampoco es real en el momento 5°, el de la comprensión. El comprender lo que a uno le dicen está lejos de ser una operación pasiva y mecánicamente asociadora [20]. Comprender —un poema o una frase coloquial— requiere cierto modo de recreación. Supone, por lo pronto, la conciencia de que el hablante no emite meros sonidos sino que en él actúa la «intención» de dar sentido, de

plejo de representaciones lo despierte en otra, no puede hacer otra cosa que, por intermedio de los nervios motores, generar un producto físico, que, a su vez, mediante la excitación de los nervios sensitivos de los otros individuos, despierta en su alma las representaciones correspondientes y correspondientemente asociadas. De entre los productos físicos que sirven a estos fines, los más importantes son los sonidos idiomáticos. Otros son los tonos, y luego los gestos, ademanes, etc. ». En su concepción asociacionista (base para Saussure de la autonomía de la «lengua» y de su primacía como objeto de la lingüística) insiste Hermann Paul a continuación: «Lo que hace que estos productos físicos sirvan de instrumento para la transmisión de representaciones a otro individuo es, o una relación interna y directa con las representaciones correspondientes (piénsese, p. ej. en un grito de dolor, un gesto de furia) o una conexión ***debida a asociación de ideas*** [destacado por H. Paul], donde también la representación basada en la relación directa con el instrumento físico forma el lazo de unión entre el instrumento y la representación comunicada; éste es el caso del lenguaje». HERMANN PAUL, *Prinzipien der Sprachgeschichte,* 1880, § 7. Cito por la 5° edición, Halle, 1920, página 14.

19 La psicología asociacionista hace medio siglo que ha dejado de prestar servicios a la ciencia. En cuar.to al lenguaje, el carácter creador del «habla» ya está casi explícitamente concedido por el mismo Saussure, cuando lo llama «acto individual de voluntad y de inteligencia». Por supuesto, toda la orientación espiritualista de nuestra ciencia subraya la natuleza creadora del hablar: Vico, Herder, Humboldt, Croce, Vossler, Stenzel, Cassirer, etc. Citaré algunos títulos de por sí explicativos: H. v. KLEIST, *Ueber die allmähliche Verfertigung der Gedanken beim Reden (Sobre el gradual cumplimiento de los pensamientos al hablar);* K. VOSSLER, *El lenguaje como creación y evolución:* E. CASSIRER, *Le lanage et la constitution du monde des objets;* etcétera.

20 «La lengua no es una función del sujeto hablante; es el producto que el individuo registra pasivamente; nunca supone premeditación, y la reflexión no interviene en ella mas que para la actividad de clasificar» (pág. 41).

hablarle [21]; un punto rigurosamente del habla (momento 1°) lo sorprendemos instalado constitutivamente en el momento 5°, supuesto asiento de la lengua. El que escucha no se limita para comprender a registrar pasivamente los elementos idiomáticos que le van llegando y a asociarlos con las ideas correspondientes; el acto de la comprensión supone una conciencia activa, una actitud como de sintonización con la actividad creadora del que habla, una respuesta psíquica adecuada. Este pensamiento unitario particular que yo articulo con los medios de mi idioma para ser transmitido a tu conciencia, provoca tu prurito de aceptación, lector amigo, por su contenido unitario, y a ese contenido es al que el ojo de tu conciencia se va acomodando tácticamente a través del instrumental sintáctico y léxico, como el ojo de tu cuerpo se va acomodando a los objetos enfocados a través de los lentes auxiliares. Mi articulación te sirve de punto de partida para reconstruir lo unitario y lo particular de mi pensamiento; pero la reconstrucción es tuya: tú eres quien vas reorganizando hacia lo unitario los materiales que linealmente te van llegando. Si el habla es un modo de creación, el comprender es sin escape posible un modo de recreación. El mero asociar no lo explica, porque el pensamiento ahora hablado no estaba previsto (ni ningún otro) en el sistema de signos que es la lengua. Saussure descubre luminosamente que el producir y armar tal pensamiento particular es cosa del habla, no de la lengua. Y tendremos que completar: tampoco es de la lengua, sino del habla, el momento de la comprensión (5°), que consiste en rearmarlo reorganizando su unidad. En conclusión: si ese punto 5°, esa zona asociadora del cerebro del oyente, es la residencia de la lengua, la lengua no existe como reino autónomo del habla, porque en esa 5ª etapa reconocemos la presencia constitutiva de la actividad creadora o recreadora propia del habla. Podemos, sí, discernir lo individual y lo social en un idioma, pero cuando nuestro análisis se aplica con total responsabilidad a la existencia concreta de uno y otro elemento, reconocemos que la lengua sin habla no tiene existencia real en ninguna parte; sólo existe en el uso activo que de ella hace el que habla o en el uso activo del que comprende. Sólo el «habla» real da realidad a la «lengua» —. Esto obliga a ver en el habla y no en la lengua el gozne de la ciencia del lenguaje [23].

[21] Ya destacado por E. HUSSERL, *op. cit.,* § 7.

[22] Husserl, pág. 40, roza este punto, aunque ajeno a nuestro problema: tras de las frases arriba aludidas sobre que el oyente comprende en el otro la intención de dar sentido, de hablarle, añade: «El hablar y el oír, el notificar vivencias psíquicas con la palabra y el tomar nota de las mismas en la audición, hallanse en coordinación mutua».

[23] Por fortuna la crisis abierta por Saussure sobre este punto parece ya resuelta, pues Albert Sechehaye, uno de los redactores del *Curso y* el más celoso guardián de la ortodoxia saussureana, ha reconocido la necesidad de rectificar al maestro *(Les trois linguis-*

Mas poner en el «habla» el centro de los estudios lingüísticos es hacer girar todo el sistema positivista de Saussure y encuadrarlo en la orientación espiritualista. Y he aquí que los problemas técnicos planteados a propósito de las antinomias diacronia : sincronía y lengua : habla, se convierten de pronto en el problema filosófico central del lenguaje y de la lingüística. Pues la frase-bandera de Humboldt, «el lenguaje es esencialmente *enérgeia,* no *érgon»,* actividad, no producto, equivale, en términos del *Curso,* a que el lenguaje es esencialmente «habla», no «lengua». Y ello compromete a prestar atención primordial a lo que de espíritu tiene el lenguaje.

Saussure rechaza muy hermosamente la concepción naturalista (Schleicher) de la lengua como un organismo de vida autónoma y de crecimiento y evolución internos; pero su positivismo le hizo suplantar esta concepción por otra mecanicista en la que la lengua es un sistema igualmente autónomo, ajeno al habla, fuera del alcance de sus hablantes, y que funciona gracias a un juego de asociaciones y correspondencias entre los términos mismos, como con mecánica sideral. El concebir tal autonomía del sistema era un postulado de la orientación positivista, que se creía obligada a mondar del objeto de la ciencia lo que fuera indeterminación, y, por consiguiente, todo lo que fuera espíritu con su libertad de iniciativa. Por eso esta orientación pone tanto empeño en separar filología (en su sentido de interpretación de textos y de estilos individuales) y lingüística, y jerarquiza la lengua oral (espontánea, dice) sobre la literaria, artificiosamente elaborada. Y así como la autonomía del sistema permite al autor en la sincronía descartar del funcionamiento de la lengua el elemento motor (el espíritu individual, relegado al habla), así en la diacronia los cambios resultan involuntarios e inconscientes, incapaz el hablante de intervenir en el sistema para alterarlo [24]; y, en consecuencia, la evolución del sistema es igualmente autónoma, ajena en sí misma a la historia de la civilización del pueblo que lo usa; las relaciones entre ambas historias son

tiques saussuriennes, 1940). Y ha sido precisamente la demostración de error para el otro principio, el de la inconexión entre diacronia y sincronía, lo que ha obligado a un Sechehaye a reordenar la materia toda. Saussure —reconoce el fiel Sechehaye— erró en ese principio por aferrarse al de la primacía de la «lengua» entre todos los aspectos del lenguaje: pero el «habla» es la que resuelve la antinomia diacronia : sincronía, porque participa de ambas, como que se funda en un estado de lengua y contiene en esencia el germen de todas las transformaciones futuras *(op. cit.,* pág. 7). No hay la reciprocidad supuesta por Saussure: la lengua nace del habla, no al revés; el habla no es el mero funcionamiento de la lengua, tiene un *plus;* el elemento motor y director del acto que cumple: «Au commencement était la parole» (pág. 9). La lingüística estática de la lengua se tiene que encajar en la del habla para comprender satisfactoriamente la vida del lenguaje (pag. 10).

[24] Bally, que repetía la doctrina de Saussure en la primera edición de *Le langage et la vie,* en las siguientes la mitiga: «en gran parte involuntarios e inconscientes».

meramente tangenciales, y constituyen la «historia externa» de la lengua[25].

He aquí, pues, cómo, tanto del funcionamiento como de la evolución de una lengua, se consigue descartar la acción del espíritu. Por cierto que no es de sospechar en un Ferdinand de Saussure animadversión alguna contra el espíritu; en él no hay rastro alguno de materialista, ya que el sistema de la lengua no tiene existencia material, sino psíquica, aunque despersonalizada. Fue la aspiración del positivismo al «pájaro en mano» la que empujó a la clara inteligencia de un Saussure a simplificar su objeto de estudio, eliminando, por material indócil, todas las complejidades que no se adecuaran a los métodos disponibles, toda acción irreducible a relaciones previsibles entre elementos previstos.

Pero ahora, enmendando la dislocación del eje de la lingüística, goznándola sobre el habla y no sobre la lengua, nuestro objeto de estudio recobra su concreta complejidad; las antinomias de sincronía : diacronia, lengua : habla, cambio fonético : analógico, etc., quedan superadas, engranadas en su papel de dualidades funcionantes, como las dos piernas del andar (imagen de Vossler: cuando una pierna avanza la otra no está ociosa); la diacronia tiene no menor dignidad científica que la sincronía, y la acción del espíritu preside todo el funcionamiento y toda la historia de la lengua. Si la lengua es un sistema, ¿quién sino el espíritu de los hablantes lo ha hecho sistemático y lo mantiene como tal? Si todo cambio se origina en un hablante individual y se cumple mediante su adopción por la colectividad hablante ¿cómo podrán los cambios ser ciegos, inconscientes e involuntarios, qué sino la voluntad expresiva, qué sino la conciencia idiomática, quién sino el espíritu —con iniciativa intencional o por abandono— los ha podido iniciar, empujar y cumplir? Si la «lengua» como sistema sólo se pone a funcionar cuando el «habla» con su *plus* de dar sentido es el motor, ¿quién sino el espíritu del hablante es ese motor, quién sino el espíritu del oyente reconstruye el sentido concreto que con ayuda del sistema se expresa?

No pensemos que con esto arrinconamos la lingüística de Saussure y abrazamos otra tendencia. Estamos esforzándonos en presentar la doctrina misma del *Curso y* en alargar sus líneas por donde y hasta donde la crítica ha comprobado. ¡Quién sabe hasta dónde las habría prolongado o

[25] Ya Antoine Meillet, el más ilustre de los secuaces de Saussure, declaro al reseñar el *Cours (Bull.* Sor. *Ling.* Pans, 1916. XX, pag. 35) que la doctrina saussureana, ceñida exclusivamente al aspecto sistemático de la lengua, era demasiado abstracta, sin la necesaria atención a la realidad humana e histórica en que la lengua nada y vive. En su obra, larga y magistral, el saussureano Meillet no cayó en tal descarriamiento; lo salvó la tradición de su otro gran maestro, Gaston Paris, para quien la historia de una lengua era inseparable de la historia de la civilización de sus hablantes.

hacia dónde rectificado el mismo Saussure si la muerte le hubiera dado el tiempo que su conciencia tan escrupulosa requería, si él mismo hubiera por lo menos escrito su libro! Y sobre todo, si, escrito por él y publicado, hubiera tenido ocasión de participar en las pruebas y contrastaciones a que la crítica ha ido sometiendo sus doctrinas. Casi al mismo Saussure podemos acreditar todas las superaciones de sus teorías aquí apuntadas: la nueva fonología, aunque explícitamente negada en el *Curso,* está en él implícitamente postulada; y sus tres más devotos discípulos patrocinan las otras rectificaciones: Meillet, vivificando la historia lingüística con la historia de la civilización; Bally, insuflando la vida real, individual y social, en el funcionamiento del sistema [26], y Sechehaye, reconociendo que la irreducción de las antinomias se salva centrando la lingüística en la omnipresente «habla» y no en la «lengua».

Para mejor, las prolongaciones y rectificaciones de las ideas de Saussure no han dañado lo más mínimo a la eficacia de sus métodos científicos, tan magistralmente elaborados. Las distinciones que Saussure vio en el fenómeno del lenguaje y en la ciencia que lo estudia siguen siendo las que nosotros discernimos, y los métodos que él propuso siguen siendo los más rigurosos, si bien no los únicos. Sólo en los extremos, en los puntos de contacto de sus antinomias, la prueba crítica lo ha desmentido: lo que él pensó que eran cosas diferentes se comprueba tan sólo como aspectos diferentes de un objeto unitario. Sólo la jerarquización de esos aspectos, no su existencia, ha tenido que ser rectificada. Y con esta colaboración de muchos, el libro del insigne maestro de Ginebra, que ya nació como obra de varios, multiplica sus virtudes originarias: la de fecundar el pensamiento lingüístico en las teorizaciones y la de proporcionar los métodos adecuados para la investigación particular.

AMADO ALONSO

[26] Charles Bally tituló elocuentemente su libro más famoso *El lenguaje y la vida* (Ginebra, 1925, 1935; Buenos Aires, Losada, 1941).

CURSO DE LINGÜÍSTICA GENERAL

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN FRANCESA

Muy a menudo oímos a Ferdinand de Saussure deplorar la insuficiencia de los principios y de los métodos que caracterizaban a la lingüística en cuyo ambiente había crecido su genio, y toda su vida buscó obstinadamente las leyes directrices que pudieran orientar su pensamiento a través de ese caos. Pero hasta 1906, al suceder a Joseph Wertheimer en la Universidad de Ginebra, no pudo dar a conocer las ideas personales que había madurado durante tantos años. El maestro dio tres cursos sobre lingüística general en 1906-1907, 1908-1909 y 1910-1911, si bien las necesidades del programa le obligaron a consagrar la mitad de cada curso a exponer cuestiones relativas a la historia y descripción de las lenguas indoeuropeas, con lo cual resultó singularmente reducida la parte esencial de su tema.

Todos cuantos tuvieron el privilegio de seguir tan fecunda enseñanza lamentaron que de aquellos cursos no saliera un libro. Después de la muerte del maestro, esperábamos hallar en sus manuscritos, obsequiosamente puestos a nuestra disposición por Mme. de Saussure, la imagen fiel o por lo menos suficiente de aquellas lecciones geniales, y entreveíamos la posibilidad de una publicación fundada sobre un simple ajustamiento de las notas personales de Ferdinand de Saussure combinadas con las notas de los estudiantes. Grande fue nuestra decepción: no encontramos nada o casi nada que correspondiera a los cuadernos de sus discípulos. ¡Ferdinand de Saussure iba destruyendo los borradores provisionales donde trazaba día a día el esquema de su exposición! Los cajones de su escritorio no nos proporcionaron más que esbozos muy viejos, no sin valor, desde luego, pero imposibles de utilizar y de combinar con la materia de aquellos tres cursos.

Este resultado nos decepcionó más aún porque obligaciones profesionales nos habían impedido casi del todo aprovechar personalmente estas sus últimas enseñanzas, que señalaban en la carrera de Ferdinand de Saussure una etapa tan brillante como aquella otra, ya tan lejana, en que había aparecido su Mémoire sur les voyelles.

Había, pues, que recurrir a las notas y apuntes de los estudiantes. Cuadernos muy completos nos remitieron, para los dos primeros cursos, los señores Louis Caille, Léopold Gautier, Paul Regard y Albert Ried-linger; para el tercero, el más importante, la señora de Albert Sechehaye

y los señores George Dégailler y Francis Joseph. Al señor Louis Brütsch debemos notas sobre un punto especial. Todos se han ganado nuestra sincera gratitud. Expresamos también nuestro más vivo agrade cimiento al señor Jules Ronjat, el eminente romanista, que ha consentido en revisar el manuscrito antes de su impresión, y cuyos consejos nos han resultado muy valiosos.

¿Qué es lo que iríamos a hacer con ese material? Ante todo, se requería un trabajo crítico previo: en cada curso y en cada detalle del curso había que comparar todas las versiones para llegar hasta el pensamiento, del cual no *teníamos más que unos ecos, a veces discordantes. Para los dos primeros cursos hemos recurrido a la colaboración del señor Albert Riedlinger, uno de los discípulos que con mayor interés siguieron el pensamiento del maestro; su trabajo sobre esta parte nos ha resultado muy útil. Para el curso tercero, uno de nosotros, Albert Schehaye, ha hecho el mismo trabajo minucioso de cotejo y de ajustamiento.*

Pero ¿y luego? La forma de la enseñanza oral, a menudo contradictoria con la del libro, nos deparaba las más grandes dificultades. Y además Ferdinand de Saussure era uno de esos hombres que se renuevan sin cesar; su pensamiento evolucionaba en todas direcciones sin caer por eso en contradicción consigo mismo. Publicarlo todo en su forma original, era imposible: las repeticiones, inevitables en una exposición libre, los encabalgamientos, las formulaciones variables, habrían dado a tal publicación un aspecto heteróclito. Limitarse a un curso —pero ¿a cuál?— era despojar al libro de todas las riquezas desparramadas abundantemente en los otros dos; aun el tercero, el más definitivo, no habría podido por sí solo dar una idea completa de las teorías y de los métodos de Ferdinand de Saussure.

Se nos sugirió reproducir fielmente ciertos trozos particularmente originales; esta idea nos agradó al pronto, pero luego vimos que perjudicaría al pensamiento de nuestro maestro al no presentar más que fragmentos de una construcción cuyo valor sólo se revelaba en el conjunto.

Y nos hemos decidido por una solución más atrevida, pero también, creemos, más racional: intentar una reconstrucción, una síntesis, a base del curso tercero, utilizando todos los materiales de que disponemos, comprendidas las notas personales de Ferdinand de Saussure. Esto sería, pues, una recreación, tanto más difícil cuanto que tenía que ser enteramente objetiva. En cada punto, calando hasta el fondo de cada pensamiento particular, teníamos que esforzarnos por verlo, a la luz del sistema entero, en su forma definitiva, podado de las variaciones y de las fluctuaciones inherentes a las lecciones orales; luego, encajarlo en su medio natural, presentando todas sus partes e» un orden conforme con

la intención del autor, hasta cuando esa intención se adivinara más que se manifestara.

De ese trabajo de asimilación y de reconstrucción ha nacido el libro que, no sin aprensión, presentamos al público profesional y a todos los amigos de la lingüistica.

Nuestra idea orientadora ha sido la de trazar una obra orgánica sin prescindir de nada que pudiera contribuir a la impresión de conjunto. Pero quizá por eso precisamente hayamos incurrido en doble motivo de crítica. Primero se nos puede decir que este «conjunto" es incompleto: la enseñanza del maestro no tuvo nunca la pretensión de encarar todas las paries de la lingüistica, ni de proyectar sobre todas una luz igualmente viva; materialmente, ni siquiera lo podía. Su preocupación era, por otra parte, muy diferente. Guiado por algunos principios fundamentales, personales, que se encuentran por todas partes en su obra y que forman la trama de este tejido tan sólido como variado, el maestro trabaja en profundidad y no se extiende por la superficie más que donde sus principios hallan aplicación especialmente patente, o donde topan con alguna teoría que los podría comprometer.

Asi se explica que ciertas disciplinas estén apenas desfloradas; la semántica, por ejemplo. No tenemos la impresión de que estas lagunas dañen a la arquitectura general. La ausencia de una «lingüística del habla» es más sensible. Prometido a los oyentes del tercer curso, tal estudio habría tenido sin duda puesto de honor en los cursos siguientes. Demasiado sabemos la causa de que esa promesa no se haya cumplido. Nosotros nos hemos limitado a recoger y a poner en su sitio natural las indicaciones fugitivas de ese programa apenas esbozado; no hemos podido ir más lejos.

Inversamente, se nos reprochará quizá el haber reproducido desarrollos referentes a puntos ya adquiridos antes de Ferdinand de Saussure. No todo puede ser nuevo en exposición tan vasta. Pero si principios ya conocidos son necesarios para la comprensión del conjunto ¿se nos reprochará el no haberlos suprimido? Así el capítulo de los cambios fonéticos contiene cosas ya dichas, y quizá de manera más definitiva; pero, fuera de que esa parie encierra muchos detalles originales y preciosos, una lectura, aun superficial, mostrará lo que implicaría su supresión, por contraste, para la comprensión de los principios sobre que Ferdinand de Saussure asienta su sistema de lingüística estática.

Tenemos conciencia de todo la responsabilidad que asumimos ante la critica, ante el autor mismo, que quizá no habría autorizado la publicación de estas páginas. Responsabilidad que aceptamos por entero, sin compartirla con nadie. ¿Sabrá la crítica distinguir entre el maestro y sus intérpretes? Nosotros le agradeceríamos que dirigiera sobre nuestra

participación los golpes con que sería injusto agobiar una memoria que nos es amada.

Ginebra, julio 1915.

CHARLES BALLY y ALBERT SECHEHAYE.

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Esta segunda edición no introduce cambio alguno esencial en el texto de la, primera. Los editores se han limitado a modificaciones de detalle, destinadas a hacer más clara la redacción y más precisa en algunos puntos.

CH. B. y A. S.

PREFACIO A LA TERCERA EDICIÓN

Fuera de algunas correcciones de detalle, esta edición repite a la anterior.

CH. B. y A. S.

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

OJEADA A LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

La ciencia que se ha constituido en torno de los hechos de lengua ha pasado por tres fases sucesivas antes de reconocer cuál es su verdadero y único objeto.

Se comenzó por organizar lo que se llamaba la «gramática». Este estudio, inaugurado por los griegos, continuado principalmente por los franceses, está fundado en la lógica y desprovisto de toda visión científica y desinteresada de la lengua misma; lo que la gramática se propone únicamente es dar reglas para distinguir las formas correctas de las formas incorrectas; es una disciplina normativa, muy alejada de la pura observación, y su punto de vista es necesariamente estrecho.

Después apareció la filología. Ya en Alejandría existía una escuela «filológica», pero este término se asocia sobre todo con el movimiento científico creado por Friedrich August Wolf a partir de 1777, que se continúa en nuestros días. La lengua no es el único objeto de la filología, que quiere sobre todo fijar, interpretar, comentar los textos; este primer estudio la lleva a ocuparse también de la historia literaria, de las costumbres, de las instituciones, etc.; en todas partes usa el método que le es propio, que es la crítica. Si aborda cuestiones lingüísticas, es sobre todo para comparar textos de diferentes épocas, para determinar la lengua particular de cada autor, para descifrar y explicar inscripciones redactadas en una lengua arcaica u oscura. Sin duda estas investigaciones son las que prepararon la lingüística histórica: los trabajos de Ritschl sobre Plauto pueden ya llamarse lingüísticos, pero, en ese terreno, la crítica filológica falla en un punto: en que se atiene demasiado servilmente a la lengua escrita y olvida la lengua viviente; por lo demás, la antigüedad grecolatina es la que la absorbe casi por entero.

El tercer período comenzó cuando se descubrió que se podían comparar las lenguas entre *sí*. Éste fue el origen de la filología comparativa o «gramática comparada». En 1816, en una obra titulada *Sistema de la conjugación del sánscrito,* Franz Bopp estudió las relaciones que unen el sánscrito con el germánico, el griego, el latín, etc. No fue Bopp el primero en señalar esas afinidades y en admitir que todas esas lenguas pertenecían a una misma familia: eso ya se había hecho antes que él, especialmente por el orientalista inglés William Jones († 1794); pero algunas afirmaciones aisladas no prueban que en 1816 fueran ya compren-

didas de modo general la significación y la importancia de esta verdad. Bopp no tiene, pues, el mérito de haber descubierto que el sánscrito es pariente de ciertos idiomas de Europa y de Asia, pero fue él quien comprendió que las relaciones entre lenguas parientes podían convertirse en la materia de una ciencia autónoma. Aclarar una lengua por medio de otra, explicar las formas de una por las formas de la otra, eso es lo que todavía no se había emprendido.

Es muy dudoso que Bopp hubiera podido crear su ciencia —por lo menos tan pronto— sin el descubrimiento del sánscrito. Esta lengua, al llegar como tercer testimonio junto al griego y el latín, le proporcionó una base de estudio más amplia y más sólida; y esa ventaja se encontró aumentada por la circunstancia por suerte inesperada, de que, el sánscrito está en condiciones excepcionalmente favorables para aclarar esta comparación.

Pongamos un ejemplo. Si se considera el paradigma del latín *genus (genus, generis, genere, genera, generum,* etc.) y el del griego *genós (géneos, génei, génea, geneón,* etc.), estas series no dicen nada, ni tomadas por separado ni comparadas entre sí. Pero otra cosa es en cuanto se les añade la serie correspondiente del sánscrito *(ġanas, ġanasi, ġanassu, ġanasām,* etc.). Basta con echar una mirada para percibir la relación que existe entre los paradigmas griego y latino. Admitiendo provisionalmente que *ġanas* representa el estado primitivo, ya que eso ayuda a la explicación, se saca en conclusión que en las formas griegas ha debido desaparecer una *s, géne(s)os,* etc., cada vez que se encontraba entre dos vocales. Y se deduce luego que, en las mismas condiciones, la *s* se vuelve *r* en latín. Además, desde el punto de vista gramatical, el paradigma sánscrito sirve para precisar la noción de radical, pues este elemento corresponde a una unidad *(ġanas-)* perfectamente determinable y fija. El latín y el griego no conocieron más que en sus orígenes el estado que el sánscrito representa. La conservación de todas las *eses* indoeuropeas es, pues, lo que hace al sánscrito tan instructivo en este punto. Es verdad que en otros aspectos ha conservado menos los caracteres del prototipo: así, su vocalismo está completamente trastornado. Pero en general, los elementos originarios que conserva el sánscrito ayudan a la investigación de modo maravilloso, y el azar lo ha convertido en una lengua muy propia para esclarecer a las otras en gran número de casos.

Desde el comienzo se ven surgir junto a Bopp otros lingüistas de calidad: Jacob Grimm, el fundador de los estudios germánicos (su Gramática *alemana* se publicó de 1822 a 1836); Pott, cuyas investigaciones etimológicas pusieron en manos de los lingüistas una vasta suma de materiales; Kuhn, cuyos trabajos se ocupaban a la vez de la lingüística y de la mitología comparada; los indianistas Benfey y Aufrecht, etc.

Por fin, entre los últimos representantes de esta escuela, hay que señalar muy especialmente a Max Müller, Georg Curtius y August Schleicher. Todos tres, cada cual a su manera, hicieron mucho por los estudios comparativos. Max Müller los popularizó con sus brillantes disertaciones *(Lecciones sobre la ciencia del lenguaje,* 1861, en inglés); pero ciertamente no pecó por exceso de conciencia. Curtius, filólogo distinguido, conocido sobre todo por sus *Principios de etimología griega* (1879), fue uno de los primeros en reconciliar la gramática comparada con la filología clásica. La filología había seguido con desconfianza los progresos de la nueva ciencia, y esa desconfianza se había hecho recíproca. Schleicher fue, en fin, el primero que intentó codificar los resultados de las investigaciones parciales. Su *Compendio de gramática comparada de las lenguas indogermánicas* (1861) es una especie de sistematización de la ciencia fundada por Bopp. Este libro, que prestó grandes servicios durante largo tiempo, es el que mejor evoca la fisonomía de la escuela comparatista, la cual en verdad constituye el primer período de la lingüística indoeuropea.

Pero esta escuela, con haber tenido el mérito indisputable de abrir un campo nuevo y fecundo, no llegó a constituir la verdadera ciencia lingüística. Nunca se preocupó por determinar la naturaleza de su objeto de estudio. Y sin tal operación elemental, una ciencia es incapaz de procurarse un método.

El primer error, y el que contiene en germen todos los otros, es que en sus investigaciones —limitadas por lo demás a las lenguas indoeuropeas— nunca se preguntó la gramática comparada a qué conducían las comparaciones que establecía, qué es lo que significaban las relaciones que iba descubriendo. Fue exclusivamente comparativa en vez de ser histórica. Sin duda la comparación es la condición necesaria para toda reconstrucción histórica; pero, por sí sola, no permite llegar a conclusiones. Y las conclusiones se les escapaban a los comparatistas, tanto más cuanto que consideraban el desarrollo de dos lenguas como un naturalista lo haría con el cruzamiento de dos vegetales. Schleicher, por ejemplo, que nos invita siempre a partir del indoeuropeo, y que aparece en cierto sentido, pues, como muy historiador, no vacila en decir que en griego la e y la o son dos «grados» *(Stufen)* del vocalismo. Es que el sánscrito presenta un sistema de alternancias vocálicas que sugiere esa idea de los grados. Suponiendo, pues, que se debieran recorrer esos grados separada y paralelamente en cada lengua, como los vegetales de la misma especie recorren independientemente unos de otros las mismas fases de desarrollo, Schleicher veía en la *o* del griego un grado reforzado de la *e,* como veía en la ā del sánscrito un refuerzo de la ā. De hecho se trata de una alternancia indoeuropea que se refleja de modo diferente en griego y en sánscrito, sin

que haya paridad alguna necesaria entre los efectos gramaticales que desarrolla en una y en otra lengua (ver pág. 183 y sig.).

Este método exclusivamente comparativo implica todo un conjunto de concepciones erróneas que en nada corresponden a la realidad y que son extrañas a las verdaderas condiciones de todo lenguaje. Se consideraba la lengua como una esfera particular, un cuarto reino de la naturaleza; de ahí ciertas maneras de razonar que habrían chocado en cualquiera otra ciencia. Hoy no podemos leer ocho o diez líneas escritas en esa época sin quedarnos sorprendidos por las extravagancias del pensamiento y por los términos que se empleaban para justificarlas.

Pero, desde el punto de vista metodológico, el conocer esos errores no deja de tener su interés: las fallas de una ciencia en sus comienzos son la imagen agrandada de las que cometen los individuos empeñados en las primeras investigaciones científicas, y nosotros tendremos ocasión de señalar muchas de ellas en el curso de nuestra exposición.

Hasta 1870, más o menos, no se llegó a plantear la cuestión de cuáles son las condiciones de la vida de las lenguas. Se advirtió entonces que las correspondencias que las unen no son más que uno de los aspectos del fenómeno lingüístico, que la comparación no es más que un medio, un método para reconstruir los hechos.

La lingüística propiamente dicha, que dio a la comparación el lugar que le corresponde exactamente, nació del estudio de las lenguas romances y de las lenguas germánicas. Los estudios románicos inaugurados por Diez —su *Gramática de las lenguas romances* data de 1836-1838— contribuyeron particularmente a acercar la lingüística a su objeto verdadero. Y es que los romanistas se hallaban en condiciones privilegiadas, desconocidas de los indoeuropeístas; se conocía el latín, prototipo de las lenguas romances, y luego, la abundancia de documentos permitía seguir la evolución de los idiomas en los detalles. Estas dos circunstancias limitaban el campo de las conjeturas y daban a toda la investigación una fisonomía particularmente concreta. Los germanistas estaban en situación análoga; sin duda el protogermánico no se conoce directamente, pero la historia de las lenguas de él derivadas se puede seguir, con la ayuda de numerosos documentos, a través de una larga serie de siglos. Y también los germanistas, más apegados a la realidad, llegaron a concepciones diferentes de las de los primeros indoeuropeístas.

Un primer impulso se debió al americano Whitney, el autor de *La vida del lenguaje* (1875). Poco después se formó una escuela nueva, la de los neogramáticos *(Junggrammatiker)*, cuyos jefes eran todos alemanes: Karl Brugmann, H. Osthoff, los germanistas W. Braune, Eduard Sievers, Hermann Paul, el eslavista Leskien, etc. Su mérito consistió en colocar en perspectiva histórica todos los resultados de la comparación, y

encadenar así los hechos en su orden natural. Gracias a los neogramáticos ya no se vio en la lengua un organismo que se desarrolla por sí mismo, sino un producto del espíritu colectivo de los grupos lingüísticos. Al mismo tiempo se comprendió cuán erróneas e insuficientes eran las ideas de la filología y de la gramática comparada[1]. Sin embargo, por grandes que sean los servicios prestados por esta escuela, no se puede decir que haya hecho la luz sobre el conjunto de la cuestión, y todavía hoy los problemas fundamentales de la lingüística general aguardan solución.

[1] La nueva escuela, cinéndose cada vez más a la realidad, hizo guerra a la terminología de los comparatistas, y especialmente a las metáforas ilógicas de que se servían. Desde entonces ya no se atrevía uno a decir «la lengua hace esto o aquello», ni hablar de «la vida de la lengua», etc., ya que la lengua no es una entidad y no existe más que en los sujetos hablantes. Sin embargo, convendría no ir demasiado lejos, y basta con entenderse. Hay ciertas imágenes de que no se puede prescindir. Exigir que uno no se sirva más que de términos que respondan a las realidades del lenguaje es pretender que esas realidades ya no tienen misterio para nosotros. Pero estamos muy lejos de tal cosa. Así, pues, nosotros no vacilaremos en emplear cuando llegue la ocasión algunas expresiones que fueron censuradas en su época.

CAPÍTULO II

MATERIA Y TAREA DE LA LINGÜÍSTICA. SUS RELACIONES CON LAS CIENCIAS CONEXAS

La materia de la lingüística está constituida en primer lugar por todas las manifestaciones del lenguaje humano, ya se trate de pueblos salvajes o de naciones civilizadas, de épocas arcaicas, clásicas o de decadencia, teniendo en cuenta, en cada período, no solamente el lenguaje correcto y el «bien hablar», sino todas las formas de expresión. Y algo más aún: como el lenguaje no está las más veces al alcance de la observación, el lingüista deberá tener en cuenta los textos escritos, ya que son los únicos medios que nos permiten conocer los idiomas pretéritos o distantes.

La tarea de la lingüística será:

a) hacer la descripción y la historia de todas las lenguas de que pueda ocuparse, lo cual equivale a hacer la historia de las familias de lenguas y a reconstruir en lo posible las lenguas madres de cada familia;

b) buscar las fuerzas que intervengan de manera permanente y uni versal en todas las lenguas, y sacar las leyes generales a que se puedan reducir todos los fenómenos particulares de la historia;

c) deslindarse y definirse ella misma.

La lingüística tiene conexiones muy estrechas con varias ciencias, unas que le dan datos, otras que se los toman. Los límites que la separan de ellas no siempre se ven con claridad. Por ejemplo, la lingüística tiene que diferenciarse cuidadosamente de la etnografía y de la prehistoria, donde el lenguaje no interviene más que a título de documento; tiene que distinguirse también de la antropología, que no estudia al hombre más que desde el punto de vista de la especie, mientras que el lenguaje es un hecho social. Pero ¿tendremos entonces que incorporarla a la sociología? ¿Qué relaciones existen entre la lingüística y la psicología social? En el fondo todo es psicológico en la lengua, incluso sus manifestaciones materiales y mecánicas, como los cambios fonéticos; y puesto que la lingüística suministra a la psicología social tan preciosos datos ¿no formará parte de ella? Éstas son cuestiones que aquí no hacemos más que indicar para volver a tomarlas luego.

Las conexiones de la lingüística con la fisiología no son tan difíciles de desenredar: la relación es unilateral, en el sentido de que el estudio de las lenguas pide aclaraciones a la fisiología de los sonidos, pero no se las pro-

porciona a su vez. En todo caso, la confusión entre las dos disciplinas es imposible: lo esencial de la lengua —ya lo veremos— es extraño al carácter fónico del signo lingüístico.

En cuanto a la filología, ya hemos llegado a un acuerdo seguro: es netamente distinta de la lingüística, a pesar de los puntos de contacto de las dos ciencias y de los servicios mutuos que se prestan.

¿Y cuál es la utilidad de la lingüística? Pocas personas tienen sobre esto ideas claras. No es éste el lugar de fijarlas; pero es evidente, por ejemplo, que las cuestiones lingüísticas interesan a todos cuantos —historiadores, filólogos, etc.— tienen que manejar textos. Más evidente todavía es su importancia para la cultura general: en la vida de los individuos y la de las sociedades no hay factor tan importante como el lenguaje. Sería inadmisible que su estudio no interesara más que a unos cuantos especialistas: de hecho, todo el mundo se ocupa del lenguaje, poco o mucho; pero —consecuencia paradójica del interés que se le presta— no hay terreno donde hayan germinado más ideas absurdas, prejuicios, espejismos, ficciones. Desde el punto de vista psicológico, esos errores no son desdeñables; pero la tarea del lingüista es ante todo la de declararlos y disiparlos tan completamente como sea posible.

CAPÍTULO III

OBJETO DE LA LINGÜÍSTICA

§ 1. LA LENGUA; SU DEFINICIÓN

¿Cuál es el objeto a la *vez* integral y concreto de la lingüística? La cuestión es particularmente difícil; ya veremos luego por qué; limitémonos ahora a hacer comprender esa dificultad.

Otras ciencias operan con objetos dados de antemano y que se pueden considerar en seguida desde diferentes puntos de vista. No es así en la lingüística. Alguien pronuncia la palabra española *desnudo:* un observador superficial se sentirá tentado de ver en ella un objeto lingüístico concreto; pero un examen más atento hará ver en ella sucesivamente tres o cuatro cosas perfectamente diferentes, según la manera de considerarla: como sonido, como expresión de una idea, como correspondencia del latín *(dis)nūdum,* etc. Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista el que crea el objeto, y, además, nada nos dice de antemano que una de esas maneras de considerar el hecho en cuestión sea anterior o superior a las otras.

Por otro lado, sea cual sea el punto de vista adoptado, el fenómeno lingüístico presenta perpetuamente dos caras que se corresponden, sin que la una valga más que gracias a la otra. Por ejemplo:

1° Las sílabas que se articulan son impresiones acústicas percibidas por el oído, pero los sonidos no existirían sin los órganos vocales; así una *n* no existe más que por la correspondencia de estos dos aspectos. No se puede, pues, reducir la lengua al sonido, ni separar el sonido de la articulación bucal; a la recíproca, no se pueden definir los movimientos de los órganos vocales si se hace abstracción de la impresión acústica (ver pág. 56 y sigs.).

2° Pero admitamos que el sonido sea una cosa simple: ¿es el sonido el que hace al lenguaje? No; no es más que el instrumento del pensamiento y no existe por sí mismo. Aquí surge una nueva y formidable correspondencia: el sonido, unidad compleja acústico-vocal, forma a su vez con la idea una unidad compleja, fisiológica y mental. Es más:

3° El lenguaje tiene un lado individual y un lado social, y no se puede concebir el uno sin el otro. Por último:

4° En cada instante el lenguaje implica a la vez un sistema estable-

cido y una evolución; en cada momento es una institución actual y un producto del pasado. Parece a primera vista muy sencillo distinguir entre el sistema y su historia, entre lo que es y lo que ha sido; en realidad, la relación que une esas dos cosas es tan estrecha que es difícil separarlas. ¿Sería la cuestión más sencilla si se considerara el fenómeno lingüístico en sus orígenes, si, por ejemplo, se comenzara por estudiar el lenguaje de los niños? No, pues es una idea enteramente falsa esa de creer que en materia de lenguaje el problema de los orígenes difiere del de las condiciones permanentes. No hay manera de salir del círculo.

Así, pues, de cualquier lado que se mire la cuestión, en ninguna parte se nos ofrece entero el objeto de la lingüística. Por todas partes topamos con este dilema: o bien nos aplicamos a un solo lado de cada problema, con el consiguiente riesgo de no percibir las dualidades arriba señaladas, o bien, si estudiamos el lenguaje por muchos lados a la vez, el objeto de la lingüística se nos aparece como un montón confuso de cosas heterogéneas y sin trabazón. Cuando se procede así es cuando se abre la puerta a muchas ciencias —psicología, antropología, gramática normativa, filología, etc.—, que nosotros separamos distintamente de la lingüística, pero que, a favor de un método incorrecto, podrían reclamar el lenguaje como uno de sus objetos.

A nue; tro parecer, no hay más que una solución para todas estas dificultades: *hay que colocarsedesde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla como norma de todas las otras manifestaciones del lenguaje. En* efecto, entre tantas dualidades, la lengua parece ser lo único susceptible de definición autónoma y es la que da un punto de apoyo satisfactorio para el espíritu.

Pero ¿qué es la lengua? Para nosotros, la lengua no se confunde con el lenguaje: la lengua no es más que una determinada parte del lenguaje, aunque esencial. Es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos. Tomado en su conjunto, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad.

La lengua, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En cuanto le damos el primer lugar entre los hechos de len-guaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación.

A este principio de clasificación se podría objetar que el ejercicio del lenguaje se apoya en una facultad que nos da la naturaleza, mientras que la lengua es cosa adquirida y convencional que debería quedar subordinada al instinto natural en lugar de anteponérsele.

He aquí lo que se puede responder. En primer lugar, no está probado que la función del lenguaje, tal como se manifiesta cuando hablamos, sea enteramente natural, es decir, que nuestro aparato vocal esté hecho para hablar como nuestras piernas para andar. Los lingüistas están lejos de ponerse de acuerdo sobre esto. Así, para Whitney, que equipara la lengua a una institución social con el mismo título que todas las otras, el que nos sirvamos del aparato vocal como instrumento de la lengua es cosa del azar, por simples razones de comodidad: lo mismo habrían podido los hombres elegir el gesto y emplear imágenes visuales en lugar de las imágenes acústicas. Sin duda, esta tesis es demasiado absoluta; la lengua no es una institución social semejante punto por punto a las otras (ver pág. 99 y sigs., y 101); además, Whytney va demasiado lejos cuando dice que nuestra elección ha caído por asar en los órganos de la voz; de cierta manera, ya nos estaban impuestos por la naturaleza. Pero, en el punto esencial, el lingüista americano parece tener razón: la lengua es una convención y la naturaleza del signo en que se conviene es indiferente. La cuestión del aparato vocal es, pues, secundaria en el problema del lenguaje.

Cierta definición de lo que se llama *lenguaje articulado* podría confirmar esta idea. En latín *articulus* significa 'miembro, parte, subdivisión en una serie de cosas'; en el lenguaje, la articulación puede designar o bien la subdivisión de la cadena hablada en sílabas, o bien la subdivisión de la cadena de significaciones en unidades significativas; este sentido es el que los alemanes dan a su *gegliederte Sprache.* Ateniéndonos a esta segunda definición, se podría decir que no es el lenguaje hablado el natural al hombre, sino la facultad de constituir una lengua, es decir, un sistema de signos distintos que corresponden a ideas distintas.

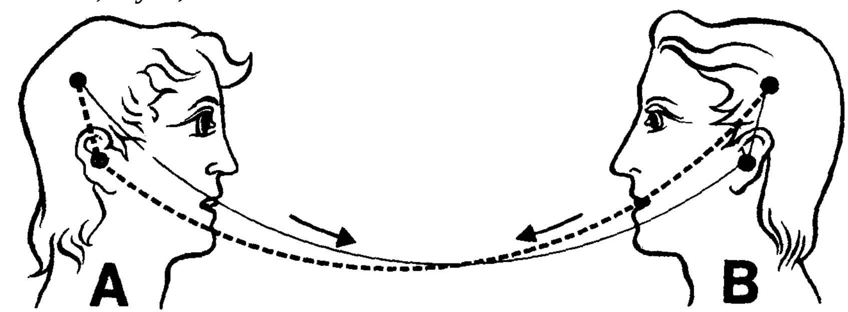
Broca ha descubierto que la facultad de hablar está localizada en la tercera circunvolución frontal izquierda: también sobre esto se han apoyado algunos para atribuir carácter natural al lenguaje. Pero esa localización se ha comprobado para todo lo que se refiere al lenguaje, incluso la escritura, y esas comprobaciones, añadidas a las observaciones hechas sobre las diversas formas de la afasia por lesión de tales centros de localización, parecen indicar: 1° que las diversas perturbaciones del lenguaje oral están enredadas de mil maneras con las del lenguaje escrito; 2° que en todos los casos de afasia o de agrafía lo lesionado es menos la facultad

de proferir tales o cuales sonidos o de trazar tales o cuales signos, que la de evocar por un instrumento, cualquiera que sea, los signos de un lenguaje regular. Todo nos lleva a creer que por debajo del funcionamiento de los diversos órganos existe una facultad más general, la que gobierna los signos: ésta sería la facultad lingüística por excelencia. Y por aquí llegamos a la misma conclusión arriba indicada.

Para atribuir a la lengua el primer lugar en el estudio del lenguaje, se puede finalmente hacer valer el argumento de que la facultad —natural o no— de articular palabras no se ejerce más que con la ayuda del instrumento creado y suministrado por la colectividad; no es, pues, quimérico decir que es la lengua la que hace la unidad del lenguaje.

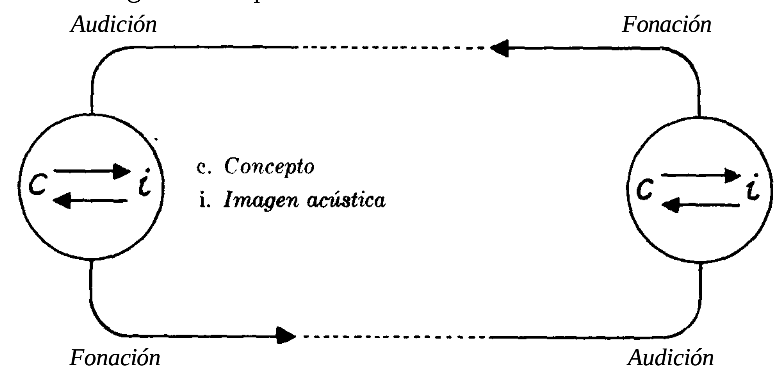
§ 2. LUGAR DE LA LENGUA EN LOS HECHOS DE LENGUAJE

Para hallar en el conjunto del lenguaje la esfera que corresponde a la lengua, hay que situarse ante el acto individual que permite reconstruir el circuito de la palabra. Este acto supone por lo menos dos individuos: es el mínimum exigible para que el circuito sea completo. Sean, pues, dos personas, *A y B,* en conversación:



El punto de partida del circuito está en el cerebro de uno de ellos, por ejemplo, en el de *A,* donde los hechos de conciencia, que llamaremos conceptos, se hallan asociados con las representaciones de los signos lingüísticos o imágenes acústicas que sirven a su expresión. Supongamos que un concepto dado desencadena en el cerebro una imagen acústica correspondiente: éste es un fenómeno enteramente *psíquico,* seguido a su vez de un proceso *fisiológico:* el cerebro transmite a los órganos de la fonación un impulso correlativo a la imagen; luego las ondas sonoras se propagan de la boca de *A* al oído de *B:* proceso puramente *físico.* A continuación el circuito sigue en *B* un orden inverso: del oído al cerebro, transmisión fisiológica de la imagen acústica; en el cerebro, asociación psíquica de esta imagen con el concepto correspondiente. Si *B* habla a su vez, este nuevo

acto seguirá —de su cerebro al de A— exactamente la misma marcha que el primero y pasará por las mismas fases sucesivas que representamos con el siguiente esquema:



Este análisis no pretende ser completo. Se podría distinguir todavía: la sensación acústica pura, la identificación de esa sensación con la imagen acústica latente, la imagen muscular de la fonación, etc. Nosotros sólo hemos tenido en cuenta los elementos juzgados esenciales; pero nuestra figura permite distinguir en seguida las partes físicas (ondas sonoras) de las fisiológicas (fonación y audición) y de las psíquicas (imágenes verbales y conceptos). Pues es de capital importancia advertir que la imagen verbal no se confunde con el sonido mismo, y que es tan legítimamente psíquica como el concepto que le está asociado.

El circuito, tal como lo hemos representado, se puede dividir todavía:

a) en una parte externa (vibración de los sonidos que van de la boca al oído) y una parte interna, que comprende todo el resto;

b) en una parte psíquica y una parte no psíquica, incluyéndose en la segunda tanto los hechos fisiológicos de que son asiento los órganos, como los hechos físicos exteriores al individuo;

c) en una parte activa y una parte pasiva: es activo todo lo que va del centro de asociación de uno de los sujetos al oído del otro sujeto, y pasivo todo lo que va del oído del segundo a su centro de asociación;

Por último, en la parte psíquica localizada en el cerebro se puede llamar ejecutivo todo lo que es activo (c -> i) y receptivo todo lo que es pasivo *(i* -> c).

Es necesario añadir una facultad de asociación y de coordinación, que se manifiesta en todos los casos en que no se trate nuevamente de signos aislados; esta facultad es la que desempeña el primer papel en la organización de la lengua como sistema (ver pág. 147 y sigs.).

Pero, para comprender bien este papel, hay que salirse del acto individual, que no es más que el embrión del lenguaje, y encararse con el hecho social.

Entre todos los individuos así ligados por el lenguaje, se establecerá una especie de promedio: todos reproducirán —no exactamente, sin duda, pero sí aproximadamente— los mismos signos unidos a los mismos conceptos.

¿Cuál es el origen de esta cristalización social? ¿Cuál de las dos partes del circuito puede ser la causa? Pues lo más probable es que no todas participen igualmente.

La parte física puede descartarse desde un principio. Cuando oímos hablar una lengua desconocida, percibimos bien los sonidos, pero, por nuestra incomprensión, quedamos fuera del hecho social.

La parte psíquica tampoco entra en juego en su totalidad: el lado ejecutivo queda fuera, porque la ejecución jamás está a cargo de la masa, siempre es individual, y siempre el individuo es su arbitro; nosotros lo llamaremos el ***habla (parole).***

Lo que hace que se formen en los sujetos hablantes acuñaciones que llegan a ser sensiblemente idénticas en todos es el funcionamiento de las facultades receptiva y coordinativa. ¿Cómo hay que representarse este producto social para que la lengua aparezca perfectamente separada del resto? Si pudiéramos abarcar la suma de las imágenes verbales almacenadas en todos los individuos, entonces toparíamos con el lazo social que constituye la lengua. Es un tesoro depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a una misma comunidad, un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro, o, más exactamente, en los cerebros de un conjunto de individuos, pues la lengua no está completa en ninguno, no existe perfectamente más que en la masa.

Al separar la lengua del habla *(langue et parole),* se separa a la vez: 1° lo que es social de lo que es individual; 2° lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental.

La lengua no es una función del sujeto hablante, es el producto que el individuo registra pasivamente; nunca supone premeditación, y la reflexión no interviene en ella más que para la actividad de clasificar, de que hablamos en la pág. 147 y sigs.

El habla es, por el contrario, un acto individual de voluntad y de inteligencia, en el cual conviene distinguir: 1° las combinaciones por las que el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal; 2° el mecanismo psicofísico que le permita exteriorizar esas combinaciones.

Hemos de subrayar que lo que definimos son cosas y no palabras; las distinciones establecidas nada tienen que temer de ciertos términos ambiguos que no se recubren del todo de lengua a lengua. Así en alemán *Sprache* quiere decir lengua y lenguaje; *Rede* corresponde bastante bien a *habla* (fr. *parole),* pero añadiendo el sentido especial de 'discurso'. En latín, *sermo* significa más bien lenguaje y habla, mientras que *lingua* designa la lengua, y así sucesivamente.

Ninguna palabra corresponde exactamente a cada una de las nociones precisadas arriba; por eso toda definición hecha a base de una palabra es vana; es mal método el partir de las palabras para definir las cosas.

Recapitulemos los caracteres de la lengua:

1° Es un objeto bien definido en el conjunto heteróclito de los hechos de lenguaje. Se la puede localizar en la porción determinada del circuito donde una imagen acústica viene a asociarse con un concepto. La lengua es la parte social del lenguaje, exterior al individuo, que por sí solo no puede ni crearla ni modificarla; no existe más que en virtud de una especie de contrato establecido entre los miembros de la comunidad. Por otra parte, el individuo tiene necesidad de un aprendizaje para conocer su funcionamiento; el niño se la va asimilando poco a poco. Hasta tal punto es la lengua una cosa distinta, que un hombre privado del uso del habla conserva la lengua con tal que comprenda los signos vocales que oye.

2° La lengua, distinta del habla, es un objeto que se puede estudiar separadamente. Ya no hablamos las lenguas muertas, pero podemos muy bien asimilarnos su organismo lingüístico. La ciencia de la lengua no sólo puede prescindir de otros elementos del lenguaje, sino que sólo es posible a condición de que esos otros elementos no se inmiscuyan.

3° Mientras que el lenguaje es heterogéneo, la lengua así delimitada es de naturaleza homogénea: es un sistema de signos en el que sólo es esencial la unión del sentido y de la imagen acústica, y donde las dos partes del signo son igualmente psíquicas.

4° La lengua, no menos que el habla, es un objeto de naturaleza concreta, y esto es gran ventaja para su estudio. Los signos lingüísticos no por ser esencialmente psíquicos son abstracciones; las asociaciones ratificadas por el consenso colectivo, y cuyo conjunto constituye la lengua, son realidades que tienen su asiento en el cerebro. Además, los signos de la lengua son, por decirlo así, tangibles; la escritura puede fijarlos en imágenes convencionales, mientras que sería imposible fotografiar en todos sus detalles los actos del habla; la fonación de una palabra, por pequeña que sea, representa una infinidad de movimientos musculares extremadamente difíciles de conocer y de imaginar. En la lengua, por el contrario, no

hay más que la imagen acústica, y ésta se puede traducir en una imagen visual constante. Pues si se hace abstracción de esta multitud de movimientos necesarios para realizarla en el habla, cada imagen acústica no es, como luego veremos, más que la suma de un número limitado de elementos o fonemas, susceptibles a su vez de ser evocados en la escritura por un número correspondiente de signos. Esta posibilidad de fijar las cosas relativas a la lengua es la que hace que un diccionario y una gramática puedan ser su representación fiel, pues la lengua es el depósito de las imágenes acústicas y la escritura la forma tangible de esas imágenes.

§ 3. LUGAR DE LA LENGUA EN LOS HECHOS HUMANOS. LA SEMIOLOGÍA

Estos caracteres nos hacen descubrir otro más importante. La lengua, deslindada así del conjunto de los hechos de lenguaje, es clasificable entre los hechos humanos, mientras que el lenguaje no lo es.

Acabamos de ver que la lengua es una institución social, pero se diferencia por muchos rasgos de las otras instituciones políticas, jurídicas, etc. Para comprender su naturaleza peculiar hay que hacer intervenir un nuevo orden de hechos.

La lengua es un sistema de signos que expresan ideas, y por eso comparable a la escritura, al alfabeto de los sordomudos, a los ritos simbólicos, a las formas de cortesía, a las señales militares, etc., etc. Sólo que es el más importante de todos esos sistemas.

Se puede, pues, concebir *una ciencia que estudie la vida de los signos en el seno de la vida social.* Tal ciencia sería parte de la psicología social, y por consiguiente de la psicología general. Nosotros la llamaremos s*emiología*[1] (del griego *sēmeîon* 'signo'). Ella nos enseñará en qué con sisten los signos y cuáles son las leyes que los gobiernan. Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general. Las leyes que la semiología descubra serán aplicables a la lingüística, y así es como la lingüística se encontrará ligada a un dominio bien definido en el conjunto de los hechos humanos.

Al psicólogo toca determinar el puesto exacto de la semiología[2]; tarea del lingüista es definir qué es lo que hace de la lengua un sistema

[1] No confundir la *semiología* con la *semántica,* que estudia los cambios de *significación,* y de la que Ferdinand de Saussure no hizo una exposición metódica, aunque nos dejó formulado su principio tímidamente en la pág. 130. (B. y S.)

2 Cfr. A. NAVILLE, *Classification des sciences, 2a* edición, pág. 104.

especial en el conjunto de los hechos semiológicos. Más adelante volveremos sobre la cuestión; aquí sólo nos fijamos en esto: si por vez primera hemos podido asignar a la lingüistica un puesto entre las ciencias es por haberla incluido en la semiología.

¿Por qué la semiología no es reconocida como ciencia autónoma, ya que tiene como las demás su objeto propio? Es porque giramos dentro de un círculo vicioso: de un lado, nada más adecuado que la lengua para hacer comprender la naturaleza del problema semiológico; pero, para plantearlo convenientemente, se tendría que estudiar la lengua en sí misma; y el caso es que, hasta ahora, casi siempre se la ha encarado en función de otra cosa, desde otros puntos de vista.

Tenemos, en primer lugar, la concepción superficial del gran público, que no ve en la lengua más que una nomenclatura (ver pág. 91), lo cual suprime toda investigación sobre su naturaleza verdadera. Luego viene el punto de vista del psicólogo, que estudia el mecanismo del signo en el individuo. Es el método más fácil, pero no lleva más allá de la ejecución individual, sin alcanzar al signo, que es social por naturaleza.

O, por último, cuando algunos se dan cuenta de que el signo debe estudiarse socialmente, no retienen más que los rasgos de la lengua que la ligan a otras instituciones, aquellos que dependen más o menos de nuestra voluntad; y así es como se pasa tangencialmente a la meta, desdeñando los caracteres que no pertenecen más que a los sistemas semiológicos en general y a la lengua en particular. Pues el signo es ajeno siempre en cierta medida a la voluntad individual o social, y en eso está su carácter esencial, aunque sea el que menos evidente se haga a primera vista.

Así, ese carácter no aparece claramente más que en la lengua, pero también se manifiesta en las cosas menos estudiadas, y de rechazo se suele pasar por alto la necesidad o la utilidad particular de una ciencia semiológica. Para nosotros, por el contrario, el problema lingüístico es primordialmente semiológico, y en este hecho importante cobran significación nuestros razonamientos. Si se quiere descubrir la verdadera naturaleza de la lengua, hay que empezar por considerarla en lo que tiene de común con todos los otros sistemas del mismo orden; factores lingüísticos que a primera vista aparecen como muy importantes (por ejemplo, el juego del aparato fonador) no se deben considerar más que de segundo orden si no sirven más que para distinguir a la lengua de los otros sistemas. Con eso no solamente se esclarecerá el problema lingüístico, sino que, al considerar los ritos, las costumbres, etc., como signos, estos hechos aparecerán a otra luz, y se sentirá la necesidad de agruparlos en la semiología y de explicarlos por las leyes de esta ciencia.

CAPÍTULO IV

LINGÜÍSTICA DE LA LENGUA Y LINGÜÍSTICA DEL HABLA

Al dar a la ciencia de la lengua su verdadero lugar en el conjunto del estudio del lenguaje, hemos situado al mismo tiempo la lingüística entera. Todos los demás elementos del lenguaje, que son los que constituyen el habla, vienen por sí mismos a subordinarse a esta ciencia primera, y gracias a tal subordinación todas las partes de la lingüística encuentran su lugar natural.

Consideremos, por ejemplo, la producción de los sonidos necesarios en el habla: los órganos de la voz son tan exteriores a la lengua como los aparatos eléctricos que sirven para transmitir el alfabeto Morse son ajenos a ese alfabeto; y la fonación, es decir, la ejecución de las imágenes acústicas, no afecta en nada al sistema mismo. En esto puede la lengua compararse con una sinfonía cuya realidad es independiente de la manera en que se ejecute; las faltas que puedan cometer los músicos no comprometen lo más mínimo esa realidad.

A tal separación de la fonación y de la lengua se nos podrá oponer las transformaciones fonéticas, las alteraciones de sonidos que se producen en el habla y que ejercen tan profunda influencia en los destinos de la lengua misma. ¿Tendremos verdaderamente el derecho de pretender que una lengua en tales circunstancias existe independientemente de esos fenómenos? Sí, porque no alcanzan más que a la sustancia material de las palabras. Si afectan a la lengua como sistema de signos, no es más que indirectamente, por el cambio resultante de interpretación; pero este fenómeno nada tiene de fonético (ver pág. 110). Puede ser interesante buscar las causas de esos cambios, y el estudio de los sonidos nos ayudará en ello; pero tal cuestión no es esencial: para la ciencia de la lengua, bastará siempre con consignar las transformaciones de sonidos y calcular sus efectos.

Y esto que decimos de la fonación valdrá lo mismo para todas las otras partes del habla. La actividad del sujeto hablante debe estudiarse en un conjunto de disciplinas que no tienen cabida en la lingüística más que por su relación con la lengua.

El estudio del lenguaje comporta, pues, dos partes: la una, esencial, tiene por objeto la lengua, que es social en su esencia e independiente del

individuo; este estudio es únicamente psíquico; la otra, secundaria, tiene por objeto la parte individual del lenguaje, es decir, el habla, incluida la fonación, y es psicofísica.

Sin duda, ambos objetos están estrechamente ligados y se suponen recíprocamente: la lengua es necesaria para que el habla sea inteligible y produzca todos sus efectos; pero el habla es necesaria para que la lengua se establezca; históricamente, el hecho de habla precede siempre. ¿Cómo se le ocurriría a nadie asociar una idea con una imagen verbal, si no se empezara por sorprender tal asociación en un acto de habla? Por otra parte, oyendo a los otros es como cada uno aprende su lengua materna, que no llega a depositarse en nuestro cerebro más que al cabo de innumerables experiencias. Por último, el habla es la que hace evolucionar a la lengua: las impresiones recibidas oyendo a los demás son las que modifican nuestros hábitos lingüísticos. Hay, pues, interdependencia de lengua y habla: aquélla es a la vez el instrumento y el producto de ésta. Pero eso no les impide ser dos cosas absolutamente distintas.

La lengua existe en la colectividad en la forma de una suma de acuñaciones depositadas en cada cerebro, más o menos como un diccionario cuyos ejemplares, idénticos, fueran repartidos entre los individuos (ver pág. 41). Es, pues, algo que está en cada uno de ellos, aunque común a todos y situado fuera de la voluntad de los depositarios. Este modo de existencia de la lengua puede quedar representado por la fórmula:

$$1 + 1 + 1 + 1\ldots = I \text{ (modelo colectivo).}$$

¿De qué modo está presente el habla en esta misma colectividad? El habla es la suma de todo lo que las gentes dicen, y comprende: *a)* combinaciones individuales, dependientes de la voluntad de los hablantes; *b)* actos de fonación igualmente voluntarios, necesarios para ejecutar tales combinaciones. No hay, pues, nada de colectivo en el habla; sus manifestaciones son individuales y momentáneas. En ella no hay nada más que la suma de los casos particulares según la fórmula:

$$(1 + 1' + 1'' + 1'''\ldots)$$

Por todas estas razones sería quimérico reunir en un mismo punto de vista la lengua y el habla. El conjunto global del lenguaje es incognoscible porque no es homogéneo, mientras que la distinción y la subordinación propuestas lo aclaran todo.

Tal es la primera bifurcación con que topamos en cuanto se intenta hacer la teoría del lenguaje. Hay que elegir entre dos caminos que es imposible tomar a la vez; tienen que ser recorridos por separado.

Se puede en rigor conservar el nombre de lingüística para cada una de estas dos disciplinas y hablar de una lingüística del habla; pero con cuidado de no confundirla con la lingüística propiamente dicha, ésa cuyo objeto único es la lengua.

Nosotros vamos a dedicarnos únicamente a esta última, y si, en el transcurso de nuestras demostraciones, tomamos prestada alguna luz al estudio del habla, ya nos esforzaremos por no borrar nunca los límites que separan los dos terrenos.

CAPÍTULO V

ELEMENTOS INTERNOS Y ELEMENTOS EXTERNOS DE LA LENGUA

Nuestra definición de la lengua supone que descartamos de ella todo lo que sea extraño a su organismo, a su sistema, en una palabra, todo lo que se designa con el término de «lingüística externa». Esta lingüística externa se ocupa, sin embargo, de cosas importantes, y en ella se piensa sobre todo cuando se aborda el estudio del lenguaje.

Son, en primer lugar, todos los puntos en que la lingüística toca a la etnología, todas las relaciones que pueden existir entre la historia de una lengua y la de una raza o de una civilización. Las dos historias se mezclan y guardan relaciones recíprocas. Esto recuerda un poco las correspondencias consignadas entre los fenómenos lingüísticos propiamente dichos (ver pág. 36 y sigs.). Las costumbres de una nación tienen repercusión en su lengua y, a su vez, la lengua es la que en gran medida hace a la nación.

En segundo lugar hay que mencionar las relaciones entre la lengua y la historia política. Grandes hechos históricos, como la conquista romana, han tenido una importancia incalculable para un montón de hechos lingüísticos. La colonización, que no es más que una forma de conquista, transporta un idioma a medios diferentes, lo cual entraña cambios en ese idioma. Se podría citar en apoyo toda clase de hechos: así Noruega adoptó el danés al unirse políticamente a Dinamarca; verdad que hoy [hacia 1910] los noruegos tratan de librarse de esa influencia lingüística. La política interior de los Estados no es menos importante para la vida de las lenguas: ciertos gobiernos, como el suizo, admiten la coexistencia de varios idiomas; otros, como Francia, aspiran a la unidad lingüística. Un grado avanzado de civilización fomenta el desarrollo de ciertas lenguas especiales (lengua jurídica, terminología científica, etc.).

Esto nos lleva a un tercer punto: las conexiones de la lengua con las instituciones de toda especie, la Iglesia, la escuela, etc. Éstas, a su vez, están íntimamente ligadas con el desarrollo literario de una lengua, fenómeno tanto más general cuanto que él mismo es inseparable de la historia política. La lengua literaria sobrepasa por todas partes los límites que parece trazarle la literatura: piénsese en la influencia de los salones, de la corte, de las academias. Por otra parte, aquí se plantea la gran cuestión

del conflicto que se alza entre la lengua literaria y los dialectos locales (ver pág. 221 y sig.); el lingüista debe también examinar las relaciones recíprocas de la lengua de los libros y de la lengua corriente; pues toda lengua literaria, producto de la cultura, llega a deslindar su esfera de existencia de la esfera natural, la de la lengua hablada.

Por último, todo cuanto se refiere a la extensión geográfica de las lenguas y a su fraccionamiento dialectal cae en la lingüística externa. Sin duda, éste es el punto en donde la distinción entre ella y la lingüística interna parece más paradójica: hasta tal extremo está el fenómeno geográfico estrechamente asociado con la existencia de toda lengua; y, sin embargo, en realidad, la geografía no toca al organismo interno del idioma.

Se ha pretendido que es absolutamente imposible separar todas estas cuestiones del estudio de la lengua propiamente dicha. Es un punto de vista que ha prevalecido sobre todo desde que tanto se ha insistido en esos «*realia*». Así como una planta queda modificada en su organismo interno por factores extraños: terreno, clima, etc., así el organismo gramatical ¿no es verdad que depende constantemente de factores extraños al cambio lingüístico? Parece que se explican mal los términos técnicos, los préstamos que hormiguean en la lengua, si no se tiene en cuenta su procedencia. ¿Es posible distinguir y apartar el desenvolvimiento natural, orgánico, de un idioma, de sus formas artificiales, tales como la lengua literaria, que se deben a factores externos y por tanto inorgánicos? ¿No estamos viendo constantemente desarrollarse una lengua común al lado de los dialectos locales?

Creemos que el estudio de los fenómenos lingüísticos externos es muy fructífero; pero es falso decir que sin ellos no se pueda conocer el organismo lingüístico interno. Tomemos como ejemplo los préstamos de palabras extranjeras: lo primero que se puede comprobar es que de ningún modo son un elemento constante en la vida de una lengua. Hay, en ciertos valles retirados, dialectos que, por así decirlo, jamás han admitido un solo término artificial venido de afuera. ¿Diremos que esos idiomas están fuera de las condiciones regulares del lenguaje, que son incapaces de darnos una idea de lo que es el lenguaje, y que esos dialectos son los que piden un estudio «teratológico» por no haber sufrido mezcla? Pero, ante todo, las palabras de préstamo ya no cuentan como tales préstamos en cuanto se estudian en el seno del sistema; ya no existen más que por su relación y su oposición con las palabras que les están asociadas, con la misma legitimidad que cualquier signo autóctono. De un modo general, nunca es indispensable conocer las circunstancias en que una lengua se ha desarrolla-

do. Para ciertos idiomas, como el zenda y el paleoslavo, ni siquiera se sabe exactamente qué pueblos los han hablado; pero esta ignorancia en nada nos impide estudiarlos interiormente ni darnos cuenta de las transformaciones que ha sufrido. En todo caso, la separación de los dos puntos de vista se impone, y cuanto con mayor rigor se observe mejor será.

La mejor prueba es que cada uno de ellos crea un método distinto. La lingüística externa puede amontonar detalle sobre detalle sin sentirse oprimida en el torniquete de un sistema. Por ejemplo, cada autor agrupará como mejor entienda los hechos relativos a la expansión de una lengua fuera de su territorio; si se estudian los factores que han creado una lengua literaria frente a los dialectos, siempre se podrá echar mano de la simple enumeración; si se ordenan los hechos de un modo más o menos sistemático, eso será no más que por necesidades de la claridad.

Para la lingüística interna la cosa es muy distinta: la lingüística interna no admite una disposición cualquiera; la lengua es un sistema que no conoce más que su orden propio y peculiar. Una comparación con el ajedrez lo hará comprender mejor. Aquí es relativamente fácil distinguir lo que es interno de lo que es externo: el que haya pasado de Persia a Europa es de orden externo; interno, en cambio, es todo cuanto concierne al sistema y sus reglas. Si reemplazo unas piezas de madera por otras de marfil, el cambio es indiferente para el sistema; pero si disminuyo o aumento el número de las piezas tal cambio afecta profundamente a la «gramática» del juego. Es verdad que para hacer distinciones de esta clase hace falta cierta atención. Así en cada caso se planteará la cuestión de la naturaleza del fenómeno, y para resolverlo se observará esta regla: es interno todo cuanto hace variar el sistema en un grado cualquiera.

CAPÍTULO VI

REPRESENTACIÓN DE LA LENGUA POR LA ESCRITURA

§ 1. NECESIDAD DE ESTUDIAR ESTA MATERIA

El objeto concreto de nuestro estudio es, pues, el producto social depositado en el cerebro de cada uno, o sea, la lengua. Pero este producto difiere según los grupos lingüísticos: lo que nos es dado son las lenguas. El lingüista está obligado a conocer el mayor número posible de ellas, para sacar de su observación y de su comparación lo que en ellas haya de universal.

Ahora bien, la mayor parte de las lenguas no las conocemos más que por la escritura. Hasta para nuestra lengua materna intervienen los documentos a cada instante. Y cuando se trata de un idioma hablado a alguna distancia, todavía es más necesario acudir al testimonio escrito; con mayor razón con las lenguas que han dejado de existir. Para disponer en todos los casos de documentos directos sería necesario que se hubiera hecho en todo tiempo lo que se hace actualmente en Viena y en París: una colección de muestras fonográficas de todas las lenguas. Y todavía tendríamos que recurrir a la escritura para hacer conocer a los demás los textos consignados de esta manera.

Así, aunque la escritura sea por sí misma extraña al sistema interno, es imposible hacer abstracción de un procedimiento utilizado sin cesar para representar la lengua; es necesario conocer su utilidad, sus defectos y sus peligros.

§ 2. PRESTIGIO DE LA ESCRITURA. CAUSAS DE SU ASCENDIENTE SOBRE LA FORMA ORAL

Lengua y escritura son dos sistemas de signos distintos; la única razón de ser del segundo es la de representar al primero; el objeto lingüístico no queda definido por la combinación de la palabra escrita y la palabra hablada; esta última es la que constituye por sí sola el objeto de la lingüística. Pero la palabra escrita se mezcla tan íntimamente a la palabra hablada de que es imagen, que acaba por usurparle el papel principal; y se llega a dar a la representación del signo vocal tanta importancia como a este signo rnismo. Es como si se creyera que, para conocer a alguien, es mejor mirar su fotografía que su cara.

Esta ilusión ha existido en todos los tiempos, y de ella están teñidas las opiniones habituales que corren sobre la lengua. Así, se cree comúnmente que un idioma se altera más rápidamente cuando no existe la escritura: nada más falso. La escritura puede muy bien, en ciertas condiciones, retardar los cambios de la lengua, pero, a la inversa, su conservación de ningún modo está comprometida por la falta de escritura. El lituano, que se habla todavía hoy en la Prusia oriental y en una parte de Rusia, no se conoce por documentos escritos más que desde 1540; pero en esa época tardía ofrece en su conjunto una imagen del indoeuropeo tan fiel como el latín del siglo III antes de Cristo. Basta este ejemplo para mostrar hasta qué punto es la lengua independiente de la escritura.

Ciertos hechos lingüísticos muy delicados se han conservado sin ayuda de notación alguna. En todo el período del antiguo alto alemán se ha escrito *tōten, fuolen y stōzen,* mientras que a finales del siglo xii aparecen las grafías *töten, füelen* contra *stōzen* que subsiste. ¿De dónde procede esta diferencia? En todas las palabras en que se produce había una *y* en la sílaba siguiente; el protogermánico presentaba **daupyan, *fōlyan,* pero **stautan.* En los umbrales del período literario, hacia el 800, esa *y* se debilitó hasta tal punto que la escritura no conservó de ella recuerdo alguno durante tres siglos; sin embargo, la *y* había dejado una ligera huella en la pronunciación. ¡Y he aquí que hacia 1180, como hemos visto, reaparece milagrosamente en la forma del *Umlaut!* Así, sin la ayuda de la escritura, este matiz de pronunciación ha sido transmitido con exactitud.

La lengua, pues, tiene una tradición oral independiente de la escritura, y fijada de muy distinta manera; pero el prestigio de la forma escrita nos estorba el verla. Los primeros lingüistas se equivocaron en esto, como antes se habían equivocado los humanistas. Ni el mismo Bopp hace distinción clara entre la letra y el sonido; al leerle, se creería que una lengua es inseparable de su alfabeto. Sus sucesores inmediatos cayeron en la misma trampa; la grafía *th* de la fricativa *þ* [1] hizo creer a Grimm no sólo que ese sonido era doble, sino incluso que era una oclusiva aspirada; de ahí el lugar que le asigna en su ley de la mutación consonantica o *Lautverschiebung* (ver pág. 170). Todavía hoy hombres ilustrados confunden la lengua con su ortografía. ¿No decía Gaston Deschamps que Berthelot «había preservado al francés de la ruina» porque se había opuesto a la reforma ortográfica? ([95])

[1] [Es el sonido de la *z* castellana; los indoeuropeístas lo representan con el signo *p* del antiguo alfabeto germánico; otros con el signo θ tomado del griego. A. A.]

Pero ¿cómo se explica semejante prestigio de la escritura?

1° En primer lugar, la imagen gráfica de las palabras nos impresiona como un objeto permanente y sólido, más propio que el sonido para constituir la unidad de la lengua a través del tiempo. Ya puede ese vínculo ser todo lo superficial que se quiera y crear una unidad puramente ficticia: siempre será mucho más fácil de comprender que el vínculo natural, el único verdadero, el del sonido.

2° En la mayoría de los individuos las impresiones visuales son más firmes y durables que las acústicas, y por eso se atienen de preferencia a las primeras. La imagen gráfica acaba por imponerse a expensas del sonido.

3° La lengua literaria agranda todavía la importancia inmerecida de la escritura. Tiene sus diccionarios, sus gramáticas; según los libros y con libros es como se enseña en la escuela; la lengua aparece regulada por un código; ahora bien, ese código es a su vez una regla escrita, sometida a un uso riguroso: la ortografía; eso es lo que confiere a la escritura una importancia primordial. Se acaba por olvidar que se aprende a hablar antes que a escribir, y la relación natural queda invertida.

4° Por último, cuando hay desacuerdo entre la lengua y la ortografía, el debate es siempre muy difícil de zanjar para quien no sea lingüista; pero como el lingüista no tiene voz en la disputa, la forma escrita obtiene casi fatalmente el triunfo, porque toda solución que se atenga a ella es más cómoda; la escritura se arroga de esta ventaja una importancia a que no tiene derecho.

§ 3. LOS SISTEMAS DE ESCRITURA

No hay más que dos sistemas de escritura:

1° El sistema ideográfico, en el cual la palabra está representada por un signo único y ajeno a los sonidos de que se compone. Ese signo se refiere al conjunto de la palabra, y de ahí, indirectamente, a la idea que expresa. El ejemplo clásico de tal sistema es la escritura china.

2° El sistema llamado comúnmente «fonético», que aspira a reproducir la serie de sonidos que se suceden en la palabra. Las escrituras fonéticas pueden ser silábicas o alfabéticas, es decir, basadas en los elementos irréductibles del habla.

Por lo demás, las escrituras ideográficas se hacen fácilmente mixtas: ciertos ideogramas, desviados de su valor primero, acaban por representar sonidos aislados.

Hemos dicho que la palabra escrita tiende a suplantar en nuestro

espíritu a la palabra hablada: eso es cierto para los dos sistemas de escritura, pero la tendencia es más fuerte en el primero. Para el chino, el ideograma y la palabra hablada son signos de la idea con igual legitimidad; para él, la escritura es una segunda lengua, y en la conversación, cuando dos palabras habladas tienen el mismo sonido, se suele recurrir a la palabra escrita para explicar el pensamiento. Pero esta substitución, por el hecho de que puede ser absoluta, no tiene las mismas consecuencias enojosas que en nuestra escritura; las palabras chinas de diferentes dialectos que corresponden a una misma idea se incorporan igualmente bien al mismo signo gráfico.

Vamos a limitar nuestro estudio al sistema fonético, y muy especialmente al que hoy en día está en uso y cuyo prototipo es el alfabeto griego.

En el momento en que se establece un alfabeto de esta clase ya refleja la lengua de una manera bastante racional, a menos que sea un alfabeto prestado y lleno por eso de inconsecuencias. Desde el punto de vista de la lógica, el alfabeto griego es particularmente notable, como veremos en la página 65. Pero esta armonía entre la grafía y la pronunciación no dura. ¿Por qué? Eso es lo que vamos a ver.

§ 4. CAUSAS DE DESACUERDO ENTRE LA GRAFÍA Y LA PRONUNCIACIÓN

Las causas son muchas; vamos a detenernos sólo en las más importantes.

Primero, la lengua evoluciona sin cesar, mientras que la escritura tiende a quedar inmutable. De aquí que la grafía acabe por no corresponder ya a lo que debe representar. Una notación consecuente en una época dada será absurda un siglo después. Durante cierto tiempo se modifica el signo gráfico para conformarlo a los cambios de pronunciación, pero luego se renuncia a seguir. Es lo que ha sucedido con el francés *oi*.

	Se pronunciaba:	Se escribía:
En el siglo XI	1. rei, lei	rei, lei
" " " XIII	2. roi, loi	roi, loi
" " " XIV	3. roè, loè	roi, loi
" " " XIX	4. rwa, lwa	roi, loi

Así pues, hasta la segunda época se tuvieron en cuenta los cambios ocurridos en la pronunciación; a una etapa de la historia de la lengua corresponde una etapa en la historia de la grafía. Pero a partir del siglo xiv la escritura quedó estacionaria, mientras que la lengua seguía su evolución, y desde ese momento ha habido un desacuerdo cada vez más

grave entre ambas. Por último, como se continuaba juntando términos discordantes, este hecho ha tenido su repercusión en el sistema mismo de la escritura: la expresión gráfica *oi* ha tomado un valor extraño a los elementos de que se compone.

Se podrían multiplicar los ejemplos indefinidamente. Así, ¿por qué se escribe *mais y fait* lo que los franceses pronuncian *mè y f è?* ¿Por qué la *c* ante *e, i,* tiene en francés el valor de *s*? Es porque se han conservado grafías que ya no tienen razón de ser.

Esta causa actúa en todos los tiempos: actualmente la antigua *l* palatal francesa [*ll* castellana] se ha cambiado en yod; los franceses pronuncian *éveyer, mouyer,* como *essuyer, nettoyer,* pero continúan escribiendo *éveiller, mouiller.*

Otra causa de desacuerdo entre la grafía y la pronunciación: cuando un pueblo toma de otro su alfabeto, suele suceder que los recursos de ese sistema gráfico no se adaptan bien a la nueva función; entonces hay que recurrir a expedientes: por ejemplo, hay que servirse de dos letras para designar un solo sonido. Es el caso para la *þ* (fricativa dental sorda [= z castellana actual]) de las lenguas germánicas: como el alfabeto latino no ofrecía ningún signo para representarla, se la representó con *th.* El rey merovingio Chilperico intentó añadir a las letras latinas un signo especial para este sonido; pero no tuvo éxito y el uso consagró *th.* El inglés medieval tenía una *e* cerrada (por ejemplo en *sed* 'simiente') y una *e* abierta (por ejemplo en *led* 'conducir'); pero como el alfabeto no ofrecía signos distintos para estos dos sonidos se recurrió a escribir *seed* y *lead.* En francés, para representar la chicheante *s* se recurrió al signo doble *ch,* etc.[1] Y todavía queda la preocupación etimológica, que ha sido preponderante en ciertas épocas, por ejemplo durante el Renacimiento. Con frecuencia suele ser una etimología falsa la que impone una grafía; así, se ha introducido una *d* en el francés *poids* como si viniera del latín *pondus* cuando la verdad es que viene de *pensum.* Pero poco importa que la aplicación del principio sea correcta o no: es el principio mismo de la escritura etimologista lo que es erróneo.

A veces no se ve la causa: algunos preciosismos ni siquiera tienen la excusa de la etimología. ¿Por qué se ha escrito en alemán *thun* en lugar de *tun?* Se ha dicho que la *h* representa la aspiración que sigue a la conso-

(El castellano antiguo tanteó varios subterfugios gráficos para representar con el alfabeto latino los sonidos nuevos. Para el sonido prepalatal, africado, sordo, que hoy escribimos *ch,* además de esta combinación, *c* y *h*, se escribía *gg: Sanggeç* (Sánchez), *contradiggo* (contradicho), y también *cc, cx, cxi, cgi y chy: pecce* (peche), *Sancxo, Sancxio, Sancgio. Sanchyo.* Ver MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español,* § *8. A.A.)*

nante; pero entonces se tendría que haber introducido siempre que se presente la misma aspiración, y un montón de palabras no la han recibido nunca *(Tugend, Tisch,* etcétera).

§ 5. EFECTOS DEL DESACUERDO

Sería demasiado largo clasificar las inconsecuencias de la escritura. Una de las más desdichadas es la multiplicidad de signos para un mismo sonido. Así para la Ž el francés tiene *j, g, ge (joli, geler, geai);* para la *z (s* sonora), *z* y *s (zone, rose);* para la *s* (sorda), *s, c, ç, t, ss, sc, sç, x (serrer, principe, reçu, nation, chasser, acquiescer, acquiesçant, dix);* para la *k* usa *c, qu, k, ch, cc, cqu (encore, que, kangourou, chiromancie, accord, acquérir).* Y al revés, varios valores se representan con el mismo signo: así, la *t* representa *t* o *s,* la *g* representa *g* o *ž,* etc. Señalemos, por último, las «grafías indirectas». En alemán, si bien no hay consonantes dobles en *Zettel, Teller,* etc., se escribe *tt y ll* sólo para indicar que la vocal precedente es breve y abierta. Por una aberración del mismo género el inglés añade una *e* muda final para alargar la vocal precedente: compárese *mode* (pron. *mēd)* y *mad* (pron. *mād).* Esta *e,* que afecta en realidad a la sílaba única, crea una segunda sílaba para el ojo.

Estas grafías irracionales todavía corresponden a algo de la lengua; pero otras no corresponden a nada. El francés actual no tiene consonantes dobles, salvo en los futuros antiguos *mourrai, courrai;* sin embargo, la ortografía pulula de consonantes dobles ilegítimas *(bourru, sottise, souffrir,* etcétera).

Y así sucede que, como no está fijada y como busca su regla, la escritura vacila; de ahí esas ortografías fluctuantes que representan los intentos hechos en diferentes épocas para figurar los sonidos. Así en *ertha, erdha, erda,* o bien en *thrī, dhrī, drī* del antiguo alto alemán, *th, dh, d* representan seguramente un mismo sonido; ¿pero cuál? Imposible saberlo por la escritura. Y de aquí resulta la complicación de que ante dos grafías para una misma forma, no siempre es posible decidir si se trata realmente de dos pronunciaciones. Los documentos de dialectos vecinos escriben la misma palabra unos con asca otros con *ascha;* si los sonidos son idénticos, es un caso de ortografía fluctuante; si no, la diferencia es fonológica y dialectal, como en las formas griegas *paízō, paízdō, paíddō. O*, por último, se trata de dos épocas sucesivas; si en inglés encontramos primero *hwat, hweel,* etc., después *what, wheel,* etc., ¿estamos ante un cambio gráfico o un cambio fonético?

La conclusión evidente de todo esto es que la escritura vela y empaña

la vida de la lengua: no es un vestido, sino un disfraz. Bien lo muestra la ortografía de la palabra francesa *oiseau,* donde ni uno solo de los sonidos de la palabra hablada *(wazó)* está representado por su signo propio: de la imagen de la lengua no queda nada.

Otra conclusión es que cuanto menos representa la escritura lo que debe representar, tanto más se refuerza la tendencia a tomarla por base; los gramáticos se encarnizan en llamar la atención sobre la forma escrita. Psicológicamente esto se explica muy bien, pero tiene consecuencias molestas. El empleo que se hace en francés de las palabras *«prononcer»* y *«prononciation »* es una consagración de ese abuso y trastrueca la relación legítima y real que existe entre la escritura y la pronunciación. Cuando se dice que es necesario pronunciar una letra de tal o de cual manera, se toma la imagen por el modelo. Para que *oi* se pudiera pronunciar *wa,* tendría que empezar por existir por sí mismo. En realidad es *wa* lo que se escribe *oi.* Para explicar tal extravagancia se añade que en este caso se trata de una pronunciación excepcional de *o* y de *i*; y esto es otra vez una expresión falsa, ya que implica una dependencia de la lengua frente a la forma escrita. Se diría que se permite algo contra la escritura como si el signo gráfico fuese la norma.

Estas ficciones se manifiestan hasta en las reglas gramaticales, por ejemplo la de la *h* en francés. En francés hay palabras con vocal inicial sin aspiración, pero que han recibido una *h* por recuerdo de su forma latina; así *homme* (ant. *ome),* por causa de *homo.* Pero hay otras, procedentes del germánico, en las que la *h* ha sido realmente pronunciada: *hache, hareng, honte,* etc. Mientras la aspiración subsistió, esas palabras se plegaron a las leyes relativas a las consonantes iniciales, y se decía *deu haches, le hareng,* mientras que, según la ley de las palabras que comienzan por vocal, se decía *deu-z-hommes, l'homme.* En aquella época, la regla «delante de *h* aspirada no se hacen ni el enlace (fr. *liaison*) ni la elisión» era correcta. Pero en la actualidad esa fórmula carece de sentido: la *h* aspirada ya no existe, a menos que se llame así a esa cosa que no es un sonido, pero ante la cual no se hace ni enlace ni elisión. Es, pues, un círculo vicioso, y la *h* no es más que un ente ficticio, surgido de la escritura.

Lo que fija la pronunciación de un vocablo no es su ortografía, es su historia. Su forma, en un momento dado, representa una etapa de la evolución que está forzado a seguir, evolución regulada por leyes precisas. Cada etapa puede ser fijada por la precedente. Lo único que hay que considerar, y lo que más se olvida, es la ascendencia de la palabra, su etimología.

El nombre de la villa de *Auch* es *oš* en la transcripción fonética. Es el único caso en que la *ch* francesa representa el sonido *s* en final de palabra. No es buena explicación decir: «la *ch* final no se pronuncia *š* más que en *Auch»;* la única cuestión es saber cómo el latín *Auscii* ha podido llegar a *oš* en su transformación; la ortografía no importa.

¿Se debe pronunciar *gageure* con *ö* o con *ü*? Unos responden *gažör,* porque *heure* se pronuncia *ör.* Otros dicen: no, sino *gažür,* porque *ge* equivale a *ž* en *geôle,* por ejemplo. ¡Vana cuestión! La cuestión verdadera es etimológica: *gageure* se ha formado sobre *gager* como *tournure* sobre *tourner;* ambas pertenecen al mismo tipo de derivación: *gažür* es la única pronunciación justificada; *gažör* es una pronunciación debida únicamente al equívoco de la escritura. Y la tiranía de la letra todavía va más lejos: a fuerza de imponerse a la masa llega a influir en la lengua y a modificarla. Eso no sucede más que en los idiomas muy literarios, en los que tan considerable papel desempeñan los documentos escritos. Entonces la imagen visual llega a crear pronunciaciones viciosas: lo cual es, en realidad, un hecho patológico. Eso se ve con frecuencia en francés. Así, para el apellido *Lef èvre* (del latín *faber)* había dos grafías, una popular y sencilla *Le-f èvre,* otra culta y etimológica *Lef èbvre.* Debido a la confusión de *u y v* en la antigua escritura, *Lef èbvre* se leyó *Lefébure,* con una *b* que nunca había existido realmente en la palabra y con una *u* procedente de un equívoco. Pero en la actualidad esa forma se pronuncia realmente [1].

Es probable que tales deformaciones se hagan cada vez más frecuentes, y que se pronuncien cada vez más las letras inútiles. En París ya se dice *sept femmes* haciendo sonar la *t*; Darmesteter prevé el día en que hasta se pronunciarán las dos letras finales de *vingt,* verdadera monstruosidad ortográfica. Estas deformaciones fónicas es verdad que pertenecen a la lengua, pero no resultan de su juego natural; se deben a un factor que les es extraño. La lingüística debe someterlas a observado en un compartimiento especial: son casos teratológicos.

[1] [La escritura del español mucho más fonética que la francesa, no provoca tantas ni tan graves aberraciones. Parecido al *Lefébure* francés es el *Teudiselo* que los niños españoles aprenden en las listas de los reyes godos: es una falsa lectura de *Teudisclo.* La Academia ha sido poco consecuente al representar el sonido de la *y-* inicial: *yeso, yema, etc.,* por *hierba, hielo,* etc. En España a ambas grafías ha correspondido siempre idéntica pronunciación, pero en la Argentina, donde la *y (= ll)* se pronuncia con un reilamiento que se aproxima a la *j* francesa, la distinta ortografía ha provocado falsamente una distinta prounciación, y se dice *žéso, žéma,* etc., pero *iérba, iélo,* etc. Es más, como la palabra *hierba* se ha escrito y se escribe en la Argentina con grafía tradicional y popular *yerba* cuando significa 'hierba mate', mientras que se respeta la ortografía académica *hierba* en todos los demás casos, este doblete ortográfico ha provocado y fijado el correspondiente doblete de pronunciación *žérba* y *iérba.* A. A.]

CAPÍTULO VII

LA FONOLOGÍA

§ 1. DEFINICIÓN

Cuando se sustituye la escritura por el pensamiento, los que se privan de esta imagen sensible corren el peligro de no percibir más que una masa informe con la que no saben qué hacer. Es como si *se* quitaran los flotadores al aprendiz de nadador.

Se tendría que substituir inmediatamente lo artificial con lo natural; pero eso es imposible hasta que no se hayan estudiado los sonidos de la lengua; porque, separados de sus signos gráficos, ya no representan más que nociones vagas, y todavía se prefiere el apoyo, aunque engañoso, de la escritura. Así, los primeros lingüistas, que nada sabían de la fisiología de los sonidos articulados, caían a cada paso en estas trampas; desprenderse de la letra era para ellos perder pie; para nosotros es el primer paso hacia la verdad, pues el estudio de los sonidos por los sonidos mismos es lo que nos proporciona el apoyo que buscamos. Los lingüistas de la época moderna han acabado por comprenderlo así, y volviendo a tomar por su cuenta investigaciones iniciadas por otros (fisiólogos, teóricos del canto, etc.) han dotado a la lingüística de una ciencia auxiliar que la ha libertado de la palabra escrita.

La fisiología de los sonidos (en alemán *Lautphysiologie* o *Sprachphysiologie)* se suele llamar *fonética* (alemán *Phonetik*, inglés *phonetics*, francés *phonétique).* Este término nos parece impropio, y lo reemplazamos por el *de fonología* (francés *phonologie). Pues fonética* ha empezado por designar y debe continuar designando el estudio de la evolución de los sonidos, y no hay por qué confundir en un mismo nombre dos estudios absolutamente distintos. La fonética es ciencia histórica, que analiza acontecimientos, transformaciones, y se mueve en el tiempo. La fonología está fuera del tiempo, ya que el mecanismo de la articulación queda siempre semejante a sí mismo. Y lejos de confundirse estos dos estudios, ni siquiera se pueden oponer.

El primero es una de las partes esenciales de la ciencia de la lengua; la fonología, en cambio —hay que repetirlo—, no es más que una disciplina auxiliar y no se refiere más que al habla (ver pág. 45). Sin duda, no

vemos muy bien para qué servirían los movimientos fonatorios de no existir la lengua; pero no la constituyen, y después de explicar todos los movimientos del aparato vocal necesarios para producir cada impresión acústica, el problema de la lengua no se ha aclarado en nada. La lengua es un sistema basado en la oposición psíquica de esas impresiones acústicas, lo mismo que un tapiz es una obra de arte producida por la oposición visual entre hilos de colores diversos; ahora bien, lo que importa para el análisis es el juego de esas oposiciones, no los procedimientos con que se han obtenido los colores.

Para el bosquejo de un sistema de fonología, remitimos al *Apéndice*, pág. 65; aquí vamos a buscar solamente qué ayuda puede la lingüística obtener de esa ciencia para librarse de las ilusiones de la escritura.

§ 2. LA ESCRITURA FONOLÓGICA

El lingüista necesita ante todo que se le proporcione un medio de representar los sonidos articulados capaz de suprimir todo equívoco. De hecho se han propuesto innumerables sistemas gráficos.

¿Cuáles son los principios de una escritura fonológica verdadera? Una escritura fonológica debe procurar representar con un signo cada elemento de la cadena hablada. No siempre se tiene en cuenta esta exigencia: así, los fonólogos ingleses, atentos a la clasificación más que al análisis, tienen para algunos sonidos signos de dos y hasta de tres letras. Además, la distinción entre sonidos explosivos e implosivos (ver pág. 74 y sigs.), como luego veremos, se debiera hacer rigurosamente.

¿Sería cosa de substituir las ortografías usuales con un alfabeto fonológico? Tan interesante cuestión aquí sólo puede ser *rozada; para* nosotros, la escritura fonológica debe limitarse al servicio de los lingüistas. Ante todo ¡cómo hacer adoptar un sistema uniforme a los ingleses, alemanes, franceses, españoles, etc.! Luego, un alfabeto aplicable a todas las lenguas correría el peligro de obstruirse con signos diacríticos; y sin hablar del aspecto desolador que presentaría una página de semejante texto, es evidente que, a fuerza de precisar, tal escritura oscurecería lo que quiere aclarar, y embrollaría al lector. Y esos inconvenientes no quedarían compensados por ventajas suficientes. Fuera de la ciencia, la exactitud fonológica no es muy deseable.

Queda la cuestión de la lectura. Se lee de dos maneras: la palabra nueva o desconocida la deletreamos letra a letra; pero la palabra usual y familiar se abarca de una sola ojeada, independientemente de las letras que la componen; la imagen de esa palabra adquiere para nosotros un

valor ideográfico. Aquí es donde la ortografía tradicional puede reclamar sus derechos: es útil distinguir en francés *tant* y *temps,* — *et, est* y *ait,* — *du* y *dû,* — *il devait* e *ils devaient,* etc. Aspiremos sólo a ver la escritura usual desembarazada de sus más gruesos absurdos; si en la enseñanza de las lenguas puede ser útil un alfabeto fonológico, no sería cosa de generalizar su empleo.

§ 3. CRÍTICA DEL TESTIMONIO DE LA ESCRITURA

Es, pues, un error creer que, tras haber reconocido el carácter engañoso de la escritura, lo primero que hay que hacer es reformar la ortografía. El verdadero servicio que nos presta la fonología es el de permitirnos tomar ciertas precauciones frente a esta forma escrita a cuyo través hemos de pasar para llegar a la lengua. El testimonio de la escritura sólo tiene valor a condición de ser interpretado. Ante cada caso hay que trazar el *sistema fonológico* del idioma estudiado, es decir, el cuadro de los sonidos que utiliza; cada lengua, en efecto, opera con un número determinado de fonemas bien diferenciados. La única realidad que interesa al lingüista es este sistema. Los signos gráficos no son más que la imagen cuya exactitud hay que determinar. La dificultad de esta determinación varía según los idiomas y según las circunstancias.

Cuando estudiamos una lengua perteneciente al pasado, sólo contamos con datos indirectos. ¿Cuáles son entonces los recursos que utilizaremos para establecer el sistema fonológico?

1° Por de pronto, los *indicios externos,* y sobre todo el testimonio de los coetáneos que han descrito los sonidos y la pronunciación de la época. Así, los gramáticos franceses de los siglos xvi y xvii, especialmente los que se proponían instruir a los extranjeros, nos han dejado muchas observaciones interesantes. Pero esta fuente de información es muy poco segura, porque sus autores no tienen ningún método fonológico. Las descripciones se hacen con términos azarosos, sin rigor científico. Su testimonio, pues, tiene que ser interpretado a su vez. Así los nombres dados a los sonidos nos proporcionan indicios muy a menudo ambiguos: los gramáticos griegos designaban las sonoras (como *b, d, g)* con el término de consonantes «medias» *(mésai),* y las sordas (como *p, t, k),* con el de *psīlaí,* que los latinos tradujeron por *tenues.*

2° Se pueden encontrar enseñanzas más seguras combinando estos primeros datos con los *indicios internos,* que clasificaremos en dos rúbricas:

a) Indicios sacados de la regularidad de las evoluciones fonéticas.

Cuando hay que determinar el valor de una letra, es muy importante saber qué es lo que ha sido en una época anterior el sonido que representa. Su valor actual es el resultado de una evolución que permite descartar ciertas hipótesis a la primera ojeada. Así, aunque no sabemos exactamente cuál era el valor de la *ç* del sánscrito, sin embargo, como es continuación de una antigua *k* palatal indoeuropea, este dato limita netamente el campo de las suposiciones.

Si, además del punto de partida, se conoce también la evolución paralela de sonidos análogos de la misma lengua en la misma época, se puede razonar por analogía y establecer una proporción. El problema es naturalmente más fácil si lo que hay que determinar es una pronunciación intermedia de que se conoce a la vez el punto de partida y el de llegada. La grafía *au* del francés (por ejemplo en *sauter)* correspondía necesariamente a un diptongo en la Edad Media, ya que se encuentra colocada entre un más antiguo *al* y la *o* del francés moderno; y si uno se entera por otro camino de que en un momento dado el diptongo *au* existía todavía, resulta bien seguro que existiría también en el período precedente. No sabemos exactamente qué es lo que representaban la *z* de una palabra como el antiguo alto alemán *wazer;* pero los puntos de referencia son, de un lado, el más antiguo *water,* y de otro la forma moderna *wasser.* Esa *z* debió, pues, representar un sonido intermedio entre *t y s;* podemos desechar toda hipótesis que no sea conciliable con la *t* o con la *s;* es, por ejemplo, imposible creer que haya representado una palatal, pues entre dos articulaciones dentales no se puede suponer más que una dental.

b) Indicios coetáneos. Son de muchas especies.

Por ejemplo, la diversidad de grafías: encontramos escrito en cierta época del antiguo alto alemán *wazer, zehan, ezan,* pero nunca *wacer, cehan,* etc. Si, por otro lado, encontramos también *esan, essan, waser, wasser,* etc., se llegará a la conclusión de que esa *z* tenía un sonido muy vecino al de la *s,* pero bastante diferente del que se representaba con *c* en la misma época. Cuando más tarde se encuentren formas como *waser,* etc., eso probará que los dos fonemas, antes claramente distintos, han llegado a confundirse más o menos.

Los textos poéticos son documentos preciosos para el conocimiento de la pronunciación: según que el sistema de versificación esté fundado en el número de sílabas, en la cantidad o en la conformidad de sonidos (aliteración, asonancia, rima), tales monumentos nos proporcionan enseñanzas sobre distintos puntos. Si el griego distingue ciertas largas por la grafía (por ejemplo $\bar{o}$, escrita ω), en otras descuida esa precisión; en los poetas es donde nos podemos enterar de la cantidad de *a, i, u.* En antiguo fran-

cés la rima permite conocer, por ejemplo, hasta qué época eran diferentes las consonantes finales de *gras y faz* (latín *facio* 'hago'), y a partir de qué momento se han acercado y confundido. La rima y la asonancia nos enseñan además que en antiguo francés la *e* procedente de una *a* latina (por ejemplo *père* de *patrem* o *tel* de *talem, mer* de *mare)* tenía un sonido muy diferente del de las otras *ees.* Nunca riman ni asonantan esas palabras con *elle* (de *illa), vert* (de *viridem), belle* (de *bella),* etcétera.

Mencionemos, para terminar, la grafía de las palabras tomadas de una lengua extranjera, los juegos de palabras, etc. Así, en gótico, *kawtsjo* nos informa de la pronunciación de *cautio* en bajo latín. La pronunciación *rwè* por *roi* está atestiguada para fines del siglo xviii por la siguiente anécdota citada por Nyrop, *Grammaire historique de la langue française, I*[3], pág. 178: en el tribunal revolucionario se pregunta a una mujer si no ha dicho ante testigos que hacía falta un *roi* ['rey']; la mujer responde «que no había hablado de un *roi* tal como Capeto o cualquier otro, sino de un *rouet maître* 'torno maestro' instrumento de hilar».

Todos estos procedimientos de información nos ayudan a conocer en cierta medida el sistema fonológico de una época y a rectificar el testimonio de la escritura poniéndolo a la vez a contribución.

Cuando la estudiada es una lengua viva, el único método racional consiste: *a)* en establecer el sistema de sonidos tal como resulta de la observación directa; *b)* en observar el sistema de signos que sirven para representar —imperfectamente— los sonidos.

Muchos gramáticos se encastillan todavía en el viejo método, criticado arriba, que consiste en decir cómo se pronuncia cada letra en la lengua que quieren describir. Por este medio es imposible presentar claramente el sistema fonológico de un idioma.

Sin embargo, es verdad que ya se han hecho grandes progresos en este terreno, y que los fonólogos han contribuido mucho a reformar nuestras ideas sobre la escritura y la ortografía.

APÉNDICE

PRINCIPIOS DE FONOLOGÍA

CAPÍTULO 1

LAS ESPECIES FONOLÓGICAS

§ 1. DEFINICIÓN DEL FONEMA

[Para esta parte hemos podido utilizar la reproducción taquigráfica de tres conferencias dadas por Ferdinand de Saussure en 1897 sobre la *Teoría de la sílaba,* donde toca también los principios generales del primer capítulo; además, buena parte de sus notas personales se refieren a la fonología; sobre bastantes puntos aclaran y completan los datos suministrados por los cursos I y III. (B. y S.).

Muchos fonólogos se aplican casi exclusivamente al acto de fonación, es decir, a la producción de los sonidos por los órganos (laringe, boca, etc.), y descuidan el lado acústico. El método no es correcto: la impresión producida en el oído no sólo nos es dada tan directamente como la imagen motriz de los órganos, sino que más aún, es la base natural de toda teoría.

El dato acústico existe ya inconscientemente desde que se encaran las unidades fonológicas; por el oído sabemos qué es una *b*, una *t,* etc. Si se pudieran reproducir por medio del cinematógrafo todos los movimientos de la boca y de la laringe que ejecutan una cadena de sonidos, sería imposible descubrir divisiones en esa secuencia de movimientos articulatorios: no se sabe dónde comienza un sonido y dónde acaba otro. ¿Cómo asegurar, sin la impresión acústica, que *en fāl,* por ejemplo, hay tres unidades, y no dos o cuatro? En la cadena del habla oída es donde se puede percibir inmediatamente si un sonido sigue siendo o no semejante a sí mismo: mientras se siga teniendo la impresión de algo homogéneo, el sonido será uno. Lo que importa es, no su duración en corcheas o semicorcheas (cfr. *fāl y făll),* sino la calidad de la impresión. La cadena acústica no se divide en tiempos iguales, sino en tiempos homogéneos caracterizados por la unidad de impresión, y ése es el punto de partida natural para el estudio de la fonología.

En este sentido el alfabeto griego primitivo merece nuestra admiración. Cada sonido siempre está representado por un solo signo gráfico, y recíprocamente cada signo corresponde a un sonido simple, siempre el

mismo. Es un descubrimiento genial, de que fueron herederos los latinos. En la escritura de la palabra *bárbaros* 'bárbaro', ΒΑΡΒΑΡΟΣ, cada letra

|_|_|_|_|_|_|_|_|

corresponde a un tiempo homogéneo; en la figura precedente la línea horizontal representa la cadena fónica, y las barritas verticales los pasajes de un sonido a otro. En el alfabeto griego primitivo no se hallan grafías complejas como la *ch* española por *c* o la *ch* francesa por š, ni representaciones dobles de un sonido único como el francés de *c* o *s*, ni tampoco un signo simple para un sonido doble, como la *x* por *ks.* Este principio, necesario y suficiente para una buena escritura fonológica, lo realizaron los griegos casi íntegramente [1].

Los otros pueblos no han percibido este principio, y sus alfabetos no analizan la cadena hablada en sus fases acústicas homogéneas. Los chipriotas, por ejemplo, se detuvieron en unidades más complejas, del tipo *pa, ti, ko,* etc.; a esta notación se llama silábica, designación un poco inexacta, pues una sílaba puede estar formada también sobre otros tipos, por ejemplo *pak, tra,* etc. Los semitas no señalaban más que las consonantes: una palabra como *bárbaros* la habrían escrito ellos BRBRS.

El deslindamiento de los sonidos en la cadena hablada no puede, pues, apoyarse más que en la impresión acústica; pero para su descripción es otra cosa. La descripción no se podría hacer más que a base del acto articulatorio, pues las unidades acústicas tomadas en su propia cadena no son analizables. Es necesario recurrir a la cadena de los movimientos de la fonación; y entonces se advierte que a cada sonido homogéneo corresponde el mismo acto identificable: *b* (tiempo acústico) = *b'* (tiempo articulatorio). Las primeras unidades que se obtienen al deseslabonar la cadena hablada estarán compuestas de *b y b';* se llaman fonemas; el fonema es la suma de las impresiones acústicas y de los movimientos articulatorios de la unidad oída y de la unidad hablada, que se condicionan recíprocamente: así, el fonema es ya una unidad compleja, que tiene un pie en cada cadena.

[1] Es verdad que escribían Χ, Θ, Φ, por *kh, th, ph; ΦΕΡΩ* representa *phérō;* pero fue una innovación posterior; las inscripciones arcaicas escriben ΚΗΑΡΙΣ y no ΧΑΡΙΣ. Las mismas inscripciones ofrecen dos signos para la *k,* la *kappa y* la *koppa,* pero el hecho es diferente: lo que se quería era consignar dos matices reales de la pronunciación, pues la *k* era unas veces palatal y otras velar; por lo demás la *koppa* desapareció más tarde. Por último —punto más delicado—, las inscripciones primitivas griegas y latinas suelen anotar una consonante doble con una letra simple; así la palabra latina *fuisse* se escribía *FUISE;* por lo tanto, infracción al principio, ya que la doble *ss* dura dos tiempos que, como veremos, no son homogéneos y que dan impresiones distintas; pero error excusable, pues esos dos sonidos, sin confundirse, presentan un carácter común (cfr. pág. 108 y sigs.).

Los elementos que se obtienen primeramente del análisis de la cadena hablada son como eslabones de esa cadena, momentos irreducibles que no se pueden considerar fuera del tiempo que ocupan. Así, un conjunto como *ta* será siempre un momento más un momento, un fragmento de cierta extensión más otro fragmento. En cambio, el fragmento irreducible *t,* tomado aparte, puede considerarse *in abstracto,* fuera del tiempo. Se puede hablar de la *t,* en general corno de la especie T (designaremos las especies con mayúsculas), de la *i* como de la especie I, ateniéndose nada más que al carácter distintivo y dejando fuera todo cuanto dependa de la sucesión en el tiempo. Del mismo modo, un conjunto musical, *do, re, mi,* no se puede tratar más que como una serie concreta en el tiempo; pero si tomo uno de esos elementos irreducibles, lo podré considerar *in abstracto.*

Después de haber analizado un número suficiente de cadenas habladas pertenecientes a distintas lenguas, se llega a conocer y a clasificar los elementos con que las lenguas operan; se advierte entonces que, si se prescinde de matices acústicamente indiferentes, el número de especies dadas no es indefinido. La lista y la descripción detallada se puede hallar en las obras especiales [1]; aquí querríamos mostrar en qué principios constantes y muy simples está fundada toda clasificación de este género.

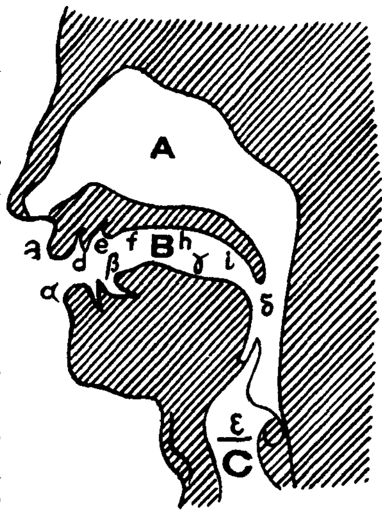
Pero digamos ante todo algunas palabras sobre el aparato vocal, sobre el juego posible de los órganos y sobre el papel de esos órganos como productores del sonido.

§ 2. EL APARATO VOCAL Y SU FUNCIONAMIENTO

1. Para la descripción del aparato [2] nos limitaremos a una figura esquemática, donde A designa la cavidad nasal, *B* la cavidad bucal, *C* la laringe que contiene la glotis e entre las dos cuerdas vocales.

[1] Cfr. SIEVERS, *Grundzüge der Phonetik,* 5ª ed., 1902; JESPERSEN, *Lehrbuch der Phonetik, 2a e*d., 1913; ROUDET, *Éléments de phonétique générale,* 1910. [Ahora N. S. TRUBETZKOY, *Grundzüge der Phonologie,* Praga, 1939, una concepción revolucionaria de la fonología que atiende a las especies ideales y no a su realización físico-fisiológica. Véase la extensa reseña de B. TERRACINI en *Revista de Filología Hispánica,* Buenos Aires, 1942, IV, págs. 173-180, con especial referencia al parentesco con las ideas de Saussure, y a sus límites. A. A.]

[2] La descripción un poco sumaria de Ferdinand de Saussure ha sido completada con forme al *Lehrbuch* de Jespersen, de quien hemos tomado también el principio según el cual se establecerán luego las fórmulas de los fonemas. Pero éstas son cuestiones de forma, de ajuste, y el lector se convencerá de que estos cambios no alteran en nada el pensamiento de F. de Saussure. (B. y S.)



En la boca es esencial distinguir los labios *α* y *a*, la lengua *β-γ* (*β* designa el ápice y γ todo el resto), los dientes superiores *d,* el paladar, que comprende una parte anterior, ósea *e* inerte *f - h,* y otra posterior muelle y móvil o velo del paladar *i,* y por último la úvula *δ.* Las letras griegas designan los órganos activos en la articulación, las letras latinas los pasivos.

La glotis , formada por dos músculos paralelos o cuerdas vocales, se abre o se cierra según se separen o se junten las cuerdas. La oclusión completa no entra en cuenta, por decirlo así; la abertura puede ser más o menos ancha o estrecha. En el primer caso el aire pasa libremente y las cuerdas vocales no vibran; en el segundo, el paso del aire determina vibraciones sonoras. No hay otra alternativa en la emisión normal de los sonidos.

La cavidad nasal es un órgano completamente inmóvil; el paso del aire por ella puede ser impedido levantando la úvula *δ,* nada más: es una puerta abierta o cerrada.

La cavidad bucal ofrece un juego muy variado de formas posibles: se puede aumentar la longitud del canal por medio de los labios, inflar y aflojar las mejillas, reducir y hasta cerrar la cavidad por medio de los movimientos infinitamente diversos de los labios y de la lengua. El papel de esos mismos órganos como productores de sonidos están en razón directa de su movilidad: tanta es la uniformidad en la función de la laringe y de la cavidad nasal como la diversidad en la función de la cavidad bucal.

El aire expulsado de los pulmones atraviesa primero la glotis, donde hay una posible producción de sonido laríngeo por acercamiento de las cuerdas vocales. Pero no es el juego de la laringe el que puede producir las variedades fonológicas que permiten distinguir y clasificar los sonidos de la lengua; en esto el sonido laríngeo es uniforme. Percibido directamente, tal como es emitido por la glotis, nos parecería prácticamente invariable en su cualidad.

El canal nasal sirve únicamente de resonador a las vibraciones vocales que lo atraviesan; no tiene, pues, papel alguno de productor de sonido.

La cavidad bucal, por el contrario, acumula las funciones de genera-

dor y de resonador de sonidos. Si la glotis está muy abierta, no se produce vibración laríngea alguna y el sonido que se percibe no procede más que de la cavidad bucal (dejemos a los físicos decidir si es un sonido o si sólo es un ruido). Si, al contrario, la aproximación de las cuerdas vocales hace vibrar la glotis, la boca interviene principalmente como modificador del sonido laríngeo.

Así, pues, en la producción del sonido, los factores que pueden intervenir son la espiración, la articulación bucal, la vibración de la laringe y la resonancia nasal.

Pero enumerar estos factores de producción del sonido no es todavía determinar los elementos diferenciales de los fonemas. Para clasificar los fonemas importa menos saber en qué consisten que precisar qué es lo que distingue a unos de otros. Ahora bien, un factor negativo puede tener más importancia para la clasificación que otro positivo. Por ejemplo, la espiración, elemento positivo, pero que interviene en todo acto fonatorio, no tiene valor diferenciador; mientras que la ausencia de resonancia nasal, factor negativo, servirá tan bien como su presencia para caracterizar los fonemas. Lo esencial es, pues, que dos de los factores enumerados son constantes, necesarios y suficientes para la producción del sonido:

a) la espiración

b) la articulación bucal.

mientras que los otros dos pueden faltar o se superponen a los primeros:

c) la vibración de la laringe
d) la resonancia nasal.

Por otra parte, ya sabemos que *a, c y d* son uniformes, mientras que *b* comporta variedades infinitas.

Además, hay que recordar que un fonema queda identificado cuando se ha determinado el acto fonatorio, y que, recíprocamente, se habrán determinado todas las especies de fonemas cuando se hayan identificado todos los actos fonatorios. Ahora bien, los actos fonatorios, como lo prueba nuestra clasificación de los factores que intervienen en la producción del sonido, no se hallan diferenciados más que por los tres últimos. Será necesario, pues, establecer para cada fonema: cuál es su articulación bucal, si conlleva un sonido laríngeo (~~) o no ([]), si conlleva una resonancia nasal (....) o no ([]). Cuando no está determinado uno de esos tres elementos, la identificación del sonido es incompleta; pero en cuanto conocemos los tres, sus diversas combinaciones determinan todas las especies esenciales de actos fonatorios.

Y así se obtiene el esquema de variaciones posibles:

	1	II	III	IV
a	Espiración	Espiración	Espiración	Espiración
b	Art. bucal	Art. bucal	Art. bucal	Art. bucal
c	[ ]	~~~~	[ ]	~ ~ ~ ~
d	[ ]	[ ]	.....	.....

La columna I designa los sonidos *sordos,* II los *sonoros,* III los *sordos nasalizados,* IV los *sonoros nasalizados.*

Pero subsiste una incógnita: la naturaleza de la articulación bucal. Importa, pues, determinar sus variedades posibles.

§ 3. CLASIFICACIÓN DE LOS SONIDOS SEGÚN SU ARTICULACIÓN BUCAL

Generalmente se clasifican los sonidos según su punto de articulación. Nuestro punto de partida será diferente. Cualquiera sea el punto de articulación, siempre presenta una *abertura* determinada, es decir, cierto grado de abertura entre dos límites extremos que son: la oclusión completa y la abertura máxima. Sobre esta base, y yendo de la abertura mínima a la máxima, clasificaremos los sonidos en siete categorías designadas con los números 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6. Y solamente dentro de cada una de estas categorías repartiremos luego los fonemas en diversos tipos según su punto propio de articulación.

Nos atendremos a la terminología corriente, aunque sea imperfecta o incorrecta en varios puntos: términos como guturales, palatales, dentales, líquidas, etc., son todos más o menos ilógicos. Sería más racional dividir el paladar en cierto número de áreas; de ese modo, y teniendo en cuenta la articulación lingual, se podría siempre decir frente a qué punto se encuentra en cada caso la estrechez principal. En esta idea nos vamos a inspirar y, utilizando las letras de la figura de la página 68, simbolizaremos cada articulación con una fórmula en la que la cifra de abertura se coloca entre la letra griega que designa el órgano activo (a la izquierda) y la latina que designa el pasivo (a la derecha). Así «*β 0 e*» quiere decir que con el grado de abertura correspondiente a la oclusión completa, la punta de la lengua *β* se aplica contra los alvéolos de los dientes superiores en *e.*

Por último, en el interior de cada articulación, las diversas especies de fonemas se distinguen por las concomitancias —sonido laríngeo y resonancia nasal— cuya ausencia será un elemento de diferenciación tan legítimo como su presencia.

Según este principio vamos a clasificar los sonidos. Se trata de un simple esquema de clasificación racional; y no se debe uno empeñar en buscar en él fonemas de un carácter complejo o especial, sea cual sea su importancia práctica, por ejemplo, las aspiradas *(ph, dh,* etc.), las africadas *ts, dž, pf,* etc.), las consonantes mojadas, las vocales relajadas *(9* o *e* muda, etc.) ni, a la inversa, fonemas simples desprovistos de importancia práctica que no entran en cuenta como sonidos diferenciados.

A — ABERTURA CERO: OCLUSIVAS. Esta clase comprende todos los fonemas obtenidos por medio de la oclusión completa, la oclusión hermética, aunque momentánea, de la cavidad bucal. No es ésta ocasión de examinar si el sonido se produce en el momento de cerramiento o en el de abertura; en realidad, puede producirse de las dos maneras (ver pág. 108 y sigs.).

Según el punto de articulación se distinguen tres tipos principales de oclusivas: el labial *(p, b, m),* el dental *(t, d, n) y* el llamado gutural *(k, g, η).* El primero se articula con los dos labios; en el segundo la extremidad de la lengua se aplica sobre el paladar anterior; en el tercero el dorso de la lengua se pone en contacto con el paladar posterior.

En muchas lenguas, especialmente en indoeuropeo, se distinguen claramente dos articulaciones guturales, la una palatal, sobre *f-h,* la otra velar obre *i.* Pero en otras lenguas, en francés por ejemplo, se desdeña esta diferencia, y el oído asimila una *k* posterior, como la de *court,* con una *k* anterior, como la de *qui.*

El cuadro siguiente muestra las fórmulas de esos diversos fonemas:

Labiales			Dentales			Guturales		
p	*b*	*(m)*	*t*	*d*	*(n)*	*k*	*g*	*(η)*
α O *a*	α O *a*	α O *a*	β O *e*	β O *e*	β O *e*	γ O *h*	γ O *h*	γ O *h*
[]	~~~~~	~~~~~	[]	~~~~~	~~~~~	[]	~~~~~	~~~~~
[]	[]	.....	[]	[]	....	[]	[]	.....

Las nasales *m, n, η* son propiamente oclusivas sonoras nasalizadas; cuando se pronuncia *amba,* la úvula se levanta para cerrar las fosas nasales en el instante en que se pasa de *m* a *b.*

En teoría, cada tipo posee una nasal sin vibraciones glóticas, es decir, sorda; y así es como en las lenguas escandinavas existe una *m* sorda después de consonante sorda; también en francés se pueden encontrar ejemplos, pero el hablante no ve en ello un elemento diferencial.

Las nasales figuran entre paréntesis en el cuadro; en efecto, si su articulación comporta una oclusión completa de la boca, la abertura del canal nasal le confiere un carácter de abertura superior (ver clase C).

B — ABERTURA 1: FRICATIVAS O ESPIRANTES, caracterizadas por un cierre incompleto de la cavidad bucal que permite el paso del aire. El término espirante es muy general; el de fricativa, sin decir nada del grado de cierre, recuerda la impresión de frotamiento producido por el paso del aire (latín *fricare*).

En esta clase no nos podemos atener a tres tipos como en la primera categoría. Ante todo, las labiales propiamente dichas (correspondientes a las oclusivas *p y b)* son de uso raro; haremos, pues, abstracción de ellas; ordinariamente son reemplazadas por las labiodentales, producidas por el acercamiento del labio inferior y de los dientes superiores *(f y v* francesas); las dentales se dividen en muchas variedades, según la forma que tome la extremidad de la lengua en la articulación; sin detallarlas aquí, designaremos con *β, β', β"* las diversas formas del ápice. En los sonidos que afectan al paladar, el oído distingue generalmente una articulación delantera (palatales) y otra posterior (velares) [1].

Labio-dentales		Dentales					
f	*v*	*þ*	*đ*	*s*	*z*	*š*	*ž*
α 1 *d* [] []	α 1 *d* ~~~~~ []	β 1 *d* [] []	β 1 *d* ~~~~~ []	β' 1 *d* [] []	β' 1 *d* ~~~~~ []	β" 1 *d* [] []	β" 1 *d* ~~~~~ []

[1] Fiel a su método de simplificación, F. de Saussure no creyó deber hacer la misma distinción en la clase A, a pesar de la importancia considerable de las dos series K_1, y K_2 en indoeuropeo. La omisión es voluntaria. (B. y S.)

Palatales		Guturales	
χ'	γ	χ	γ
γ 1 f	*γ 1 f* ~~~~	*γ 1 i*	*γ 1 i* ~~~~
[ ] [ ]	[ ]	[ ] [ ]	[ ]

þ =	inglés th	en thing
d =	» th	» then
s =	francés s	» si
z =	» s	» rose
š =	» ch	» chant
ž =	» g	» génie
χ' =	alemán ch	» ich
γ' =	al.nort. g	»
χ =	alemán ch	» Bach
γ =	al.nort. g	» Tage

¿Hay en las fricativas lo que correspondería a *m, n,* H, etc. de las oclusivas, a saber una *v* nasal, una z *(s* sonora) nasal, etc.? Es fácil suponerlo; así se oye una *v* nasal en el francés *inventer* [y en el español *triunfo]*; pero en general la fricativa nasal no es un sonido de que la lengua tenga conciencia.

C — ABERTURA 2: NASALES (ver pág. 71).

D — ABERTURA 3: LÍQUIDAS. Dos especies de articulaciones hay en esta clase:

1) La articulación *lateral:* la lengua se apoya contra la parte anterior del paladar, pero dejando una abertura a derecha e izquierda, posición que representamos con una *l* en nuestras fórmulas. Según el punto de ar ticulación, se distinguen *l* dental, *l'* palatal o «mojada». [2] y *t* gutural o velar. En casi todas las lenguas estos fonemas son sonoros, lo mismo que *b, z,* etc. Sin embargo, no es imposible la lateral sorda; hasta existe ya en francés, donde la *l* tras consonante sorda se pronuncia sin el sonido larín geo (por ejemplo en *pluie* por oposición a *bleu)*[3]; pero no se tiene concien cia de tal diferencia.

Es inútil hablar de *l* nasal, muy rara y no diferenciada, aunque existe, sobre todo tras un fonema nasal (por ejemplo en el francés *branlant).*

2) La articulación *vibrante:* la lengua se coloca menos próxima al pa-

[1] *[þ* = cast. *z* de *caza; d = z de juzgar, χ'= j* chilena de *mujer, γ' = g* chilena de *guerra: χ* = cast. *j* de *caja; γ* = cast. *g* de *lago.* A.A.]

[2] [Es la *ll* española representada unas veces con *l'* y otras con ℓ. A.A.]

[3] [En español este conocido fenómeno es sólo dialectal. A.A.]

ladar que para *l*, pero vibra con número variable de golpes (en nuestra fórmula el signo es $\underset{.}{v}$), y así se obtiene un grado de abertura equivalente al de las laterales. Esta vibración se puede producir de dos maneras: con la punta de la lengua aplicada hacia adelante contra los alvéolos (la llamada *r* «roulé» del francés [las *r y rr* españolas], o aplicando hacia atrás la parte posterior de la lengua *(r* «grasseyé» [o uvular de los franceses]). Se puede repetir a propósito de las vibrantes sordas o nasales lo que hemos dicho de las laterales.

i	*l'*	*ł*	*r*	
$\beta\, l\, 3\, e$	$\gamma l 3\, f\text{-}h$	$\gamma l\, 3\, i$	$\beta^{\iota}\, 3\, e$	$\gamma\, 3\, \delta^{v}$
~~	~~~	~~~	~~~	~~~
[ ]	[ ]	[ ]	[ ]	[ ]

Más allá del grado 3, ya entramos en otro terreno: de las *consonantes* pasamos a las *vocales.* Hasta aquí no habíamos hecho prever esta distinción; es que el mecanismo de la fonación es el mismo. La fórmula de una vocal es exactamente comparable a la de cualquier consonante sonora. Desde el punto de vista de la articulación bucal, no hay que hacer distinción alguna. Sólo el efecto acústico es diferente. Pasado cierto grado de abertura, la boca funciona principalmente como resonador. El timbre del sonido laríngeo aparece en su plenitud y el ruido bucal desaparece. Cuanto más se cierra la boca, más se intercepta el sonido laríngeo; cuanto más se la abre, más disminuye el ruido. Así es como, de modo completamente mecánico, el sonido predomina en las vocales.

E — ABERTURA 4: *i, u, ü*

Con relación a las otras vocales, estos sonidos suponen un cerramiento todavía considerable, bastante próximo al de las consonantes. De aquí resultan algunas consecuencias que aparecerán más tarde y que justifican el nombre de *semivocales* dado generalmente a estos fonemas. La *i* se pronuncia con los labios retraídos (signo ¯¯) y con articulación delantera; la *u* con los labios redondeados (signo °) y articulación posterior; la *ü [u* francesa] con la posición de los labios de la *u* y la articulación de la *i.*

Como todas las vocales, la *i,* la *u* y la *ü* tienen variantes nasalizadas; pero son raras y podemos hacer abstracción de ellas. Hay que notar que

i	*u*	*ü*
¯γ4*f* ~~~~ []	°γ4*i* ~~~~ []	°γ4*f* ~~~~ []

los sonidos escritos *in y un* en la ortografía francesa corresponden a otra cosa (ver más abajo).

¿Existe una *i* sorda, es decir, articulada sin el sonido laríngeo? La misma cuestión se plantea para la *u y* la *ü y* para todas las vocales; estos fonemas, que corresponderían a las consonantes sordas, existen, pero no deben confundirse con las vocales cuchicheadas, esto es, articuladas con la glotis relajada. Se pueden equiparar las vocales sordas con la *h* aspirada pronunciada ante ellas; así en *hi* se oye primero una *i* sin vibraciones y luego una *i* normal.

F — ABERTURA 5: *e, o, ö,* cuya articulación corresponde respectivamente a las de *i, u, ü.* Las vocales nasalizadas son frecuentes *(ẽ, õ,ö̃* * *) por*
ejemplo, en francés *pin, pont, brun).* Las formas sordas son la *h* aspirada de *he, ho, hö.*

NOTA. Muchas lenguas distinguen en esto varios grados de abertura; así, el francés tiene por lo menos dos series, la una llamada cerrada ẹ, ọ, ộ (por ejemplo en *dé, dos, deux),* la otra abierta e_c, o_c, $ö_c$ * * (por ejemplo en mer, mort, meurt).

e	o	ö	ē	ō	ȫ
¯γ5*f* ~~~~	°γ5i ~~~~	°γ5*f* ~~~~	¯γ5*f* ~~~~	°γ5i ~~~~	°γ5*f* ~~~~
[]	[]	[]	....	....	....

a	*ā*
γ6*h* ~~~~	γ6*h* ~~~~
[]	....

G. — ABERTURA 6: a, abertura máxima, que tiene una variante nasalizada ciertamente un poco más cerrada *ā* (por ejemplo en *grand), y* una forma sorda, la *h* de *ha.*

* utilizamos el caracter *ö̃,* pero en el original era una "o" coronada por ¨ y ~
* * e_c, o_c, $ö_c$, en el original los subindices "c" aparece completamente debajo de las letras (no al costado inferior derecho) e, o, y ö.

CAPÍTULO II

LOS FONEMAS EN LA CADENA HABLADA

§ 1. NECESIDAD DE ESTUDIAR LOS SONIDOS EN LA CADENA HABLADA

En los tratados especiales, y sobre todo en las obras de los fonéticos ingleses, se pueden encontrar minuciosos análisis de los sonidos del lenguaje.

¿Bastan para que la fonología responda a su destino de ciencia auxiliar de la lingüística? Tantos detalles acumulados no tienen valor por sí mismos; lo único que importa es la síntesis. El lingüista no tiene necesidad alguna de ser un fonólogo consumado: simplemente pide que se le proporcione cierto número de datos necesarios para el estudio de la lengua.

En un punto concreto es especialmente defectuoso el método de esta fonología: en olvidar demasiado que en la lengua hay no sólo sonidos, sino extensiones de sonidos hablados; ni tampoco concede atención suficiente a sus relaciones recíprocas. Ahora bien, no es eso lo que se nos ofrece lo primero; la sílaba aparece más directamente que los sonidos que la componen. Ya hemos visto cómo ciertas escrituras primitivas señalaban las unidades silábicas; sólo más tarde se llegó al sistema alfabético.

Además, nunca es una unidad simple lo que plantea cuestión en lingüística: si, por ejemplo, en un momento dado y en una lengua dada, toda *a se* hace *o,* de ahí no resulta nada; nos podremos limitar a consignar el fenómeno, sin intentar explicarlo fonológicamente. La ciencia de los sonidos no adquiere valor hasta que dos o más elementos se encuentran implicados en una relación de dependencia interna; pues hay un límite para las variaciones de uno según las variaciones del otro: ya el hecho de que haya dos elementos entraña una relación y una regla, cosa muy distinta de la simple consignación. En la busca del principio fonológico, la ciencia trabaja, pues, a contrasentido con su predilección por los sonidos aislados. Bastan dos fonemas para que ya no sepamos a qué carta quedarnos. Así, en antiguo alto alemán *hagl, balg, wagn, lang, donr, dorn,* se hicieron más tarde *hagal, balg, wagan, lang, donnar, dorn;* de modo que, según la naturaleza y el orden de sucesión en grupos, el resultado fue diferente: unas veces se desarrolla una vocal entre dos consonantes, otras el grupo queda compacto. Pero ¿cómo formular la ley? ¿De qué depende la diferen-

cia? Sin duda de los grupos consonanticos *(gl, lg, gn,* etc.) contenidos en esas palabras. Es bien evidente que se componen de una oclusiva que en unos casos es precedida y en otros seguida de una líquida o de una nasal. Pero ¿qué resulta de esto? Mientras *g y n* se supongan cantidades homogéneas no se comprenderá por qué el contacto *g-n* producirá efectos diferentes que *n-g.*

Junto a la fonología de las especies hay, pues, lugar para una ciencia que tome como punto de partida los grupos binarios y la secuencia de fonemas, y eso será cosa muy distinta. En el estudio de los sonidos aislados, basta con consignar la posición de los órganos; la cualidad acústica del fonema no entra en cuenta: está fijada por el oído; en cuanto a la articulación, hay libertad completa para producirla a gusto. Pero en cuanto se trata de pronunciar dos sonidos combinados, la cuestión es menos sencilla. Ahora se está obligado a tener en cuenta la discordancia posible entre el efecto buscado y el producido; no siempre nos es posible pronunciar lo que nos hemos propuesto. La libertad de ligar especies fonológicas está limitada por la posibilidad de ligar los movimientos articulatorios. Para darse cuenta de lo que sucede en los grupos habrá que fundar una fonología donde los grupos sean considerados como ecuaciones algebraicas: un grupo binario implica cierto número de elementos mecánicos y acústicos que se condicionan recíprocamente; cuando uno varía, esa variación tiene sobre los otros una repercusión necesaria que se podrá calcular. Si hay algo en el fenómeno de la fonación con carácter universal que se anuncie como superior a todas las diversidades locales de los fonemas, es sin duda esta mecánica regulada de que acabamos de hablar. Ahí se ve la importancia que la fonología de los grupos debe adquirir para la lingüística general. Mientras que generalmente se limitan los fonólogos a dar reglas para articular todos los sonidos, elementos variables y accidentales de las lenguas, esta fonología combinatoria circunscribe las posibilidades y fija las relaciones constantes de los fonemas interdependientes. Así, el caso de *hagl, balg,* etc. (véase pág. 76) plantea la cuestión tan discutida de las sonantes indoeuropeas; ahora bien, éste es el terreno donde menos se puede prescindir de una fonología así concebida, porque la silabación es, por así decirlo, el único hecho que tal fonología pone en juego del comienzo al fin. No es éste el único problema que habrá que resolver con este método; pero esto es seguro: se hace casi imposible discutir la cuestión de las sonantes fuera de una apreciación exacta de las leyes que rigen la combinación de los fonemas.

§ 2. LA IMPLOSIÓN Y LA EXPLOSION

Vamos a partir de una observación fundamental: cuando se pronuncia un grupo *appa,* se percibe una diferencia entre las dos *p,* de las cuales la primera corresponde a un cerramiento y la segunda a una abertura. Estas dos impresiones son lo bastante análogas para que se haya podido representar la secuencia *pp* con una sola *p* (ver pág. 67 n.). Sin embargo, esta diferencia es la que nos permite distinguir con signos especiales *(* $^{><}$*)* las dos *p* de *appa (a* $p^{>}$ $p^{<}$ *a)*[**] , y caracterizarlas cuando no se siguen en la cadena hablada (cfr. *a* $p^{>}$*t a, a t* $p^{<}$ *a).* La misma distinción se puede perseguir fuera de las oclusivas, y aplicarla a las fricativas *(a* $f^{>}$ $f^{<}$ *a),* a las nasales *(a* $m^{>}$ $m^{<}$ *a)* a las líquidas *(a* $l^{>}$ $l^{<}$ *a),* y en general a todos los fonemas, incluidas las vocales *(a* $o^{>}$ $o^{<}$ *a),* excepto la *a*.

Se ha llamado al cerramiento *implosión* y a la abertura *explosión;* una *p* se llama implosiva *(*$p^{>}$*)* o explosiva *(*$p^{<}$*).* En el mismo sentido se puede hablar de sonidos cerrantes y sonidos abrientes. Sin duda, en un grupo como *appa,* se distingue, además de la implosión y de la explosión, un tiempo de reposo en el cual la oclusión se prolonga *ad libitum,* y si se trata de un fonema de abertura más grande, como en el grupo *alla,* es la emisión del sonido mismo lo que se prolonga en la inmovilidad de los órganos. En general, en toda cadena hablada hay fases intermedias que llamaremos *tensiones* o *mantenimientos* [fr. *tenues]* o *articulaciones sostenidas.* Pero éstas pueden ser equiparadas a las articulaciones implosivas, porque su efecto es análogo; y, por consiguiente, en adelante sólo tendremos en cuenta las implosiones y las explosiones [1].

Este método, que no sería admisible en un tratado completo de fonología, se justifica en una exposición que reduce al esquema más simple posible el fenómeno de la silabación considerado en su factor esencial; no pretendemos resolver con esto todas las dificultades que plantea la división de la cadena hablada en sílabas, sino sólo fundar una base racional para el estudio de este problema.

Una observación más: No hay que confundir los movimientos cerran-

[1] Este es uno de los puntos de la teoría de F. de Saussure que más se prestan a discusión. Para obviar ciertas objeciones, se puede hacer ver que toda articulación mantenida, como la de la *f,* es el resultado de dos fuerzas: 1° la presión del aire contra las paredes que se le oponen, y 2° la resistencia de esas paredes, que se estrechan para hacer equilibrio a la presión. La tensión no es, pues, más que una implosión continuada. Por eso, si se hace seguir una impulsión y una tensión de la misma especie, el efecto es continuo de principio a fin. Con tal motivo no es ilógico reunir estos dos géneros de articulación en una unidad mecánica y acústica. La explosión se opone por el contrario a una y a otra, pues por definición es un aflojamiento. Ver §6. (B. y S.)

[**] Los simbolos > y < (y que a continuación irán apareciendo como supraíndices a la derecha de cada letra), se hallan, en el original, exactamente por arriba de cada letra, coronandola.

tes y abrientes que necesita la emisión de los sonidos con las diversas aberturas de esos sonidos mismos. Cualquier fonema puede ser tanto implosivo como explosivo, pero es cierto que la abertura influye en la implosión y en la explosión en el sentido de que la distinción de dos movimientos se hace tanto menos clara cuanto mayor es la abertura del sonido. Así, con *i, u, ü* todavía se percibe muy bien la diferencia; en $a\ i^{>}\ i^{<}\ a$ es posible percibir una *i* cerrante y una *i* abriente; también en $a\ u^{>}\ u^{<}\ a$, *aüüa* se distingue claramente el sonido implosivo del sonido explosivo que sigue, hasta el punto de que, contra sus hábitos, la escritura a veces señala la distinción: la *w* inglesa, la *j* alemana y muchas veces la *y* francesa (en *yeux,* etc.) representan sonidos abrientes *(u, i),* por oposición a *u, i* que se emplean para *u, i.* Pero en un grado mayor de abertura *(e, o),* la implosión y la explosión, teóricamente concebibles (cfr. $ae^{>}e^{<}a$, $ao^{>}\ o^{<}a$), son muy difíciles de distinguir en la práctica. Por último, como ya hemos visto, en el grado mayor, la *a* ya no presenta ni implosión ni explosión, porque para este fonema la abertura borra toda diferencia de esta clase.

Es necesario, pues, desdoblar el cuadro de los fonemas, salvo para la a, y establecer de la manera siguiente la lista de unidades irreductibles:

$p^{>}\ p^{<}$, etc.

$f^{>} f^{<}$, »
$m^{>}\ m^{<}$, »
$r^{>}\ r^{<}$, »
$i^{>}\ y^{<}$, »
$e^{>}\ e^{<}$, »
a.

Lejos de suprimir las distinciones consagradas por la grafía *(y, w),* las conservamos cuidadosamente, y ya veremos su justificación luego en el § 7.

Por primera vez hemos salido de la abstracción; por primera vez aparecen elementos concretos, indescomponibles, que ocupan un lugar y representan un tiempo en la cadena hablada; se puede decir que P no era otra cosa que una unidad abstracta que reunía los caracteres comunes de $p^{>}$ *y de* $p^{<}$, únicas que se encuentran en la realidad, exactamente lo mismo que B P M se reúnen en una abstracción superior, las labiales. Se habla de P como se hablaría de una especie zoológica: hay ejemplares machos y hembras, pero no hay un ejemplar ideal de la especie. Estas abstracciones son las que hasta ahora hemos distinguido y clasificado; pero era necesario ir más lejos y llegar al elemento concreto.

Fue un gran error de la fonología considerar como unidades reales

esas abstracciones, sin examinar de más cerca la definición de unidad. El alfabeto griego había llegado a distinguir esos elementos abstractos, y el análisis que eso supone —como hemos dicho— es muy notable; pero era, sin embargo, un análisis incompleto, detenido en cierta etapa.

En efecto, ¿qué es una *p* sin más determinación? Si se la considera en el tiempo, como miembro de la cadena hablada, no puede ser ni *p,* especialmente, ni $p^{<}$, menos todavía $p^{>}\,p^{<}$, grupo claramente descomponible; y si se la toma fuera de la cadena y del tiempo, no es más que una cosa sin existencia propia y sin posible utilización. ¿Qué significa en sí un grupo como *l* + *g?* Dos abstracciones no pueden formar un momento en el tiempo. Otra cosa es hablar de $l^{>}k^{>}$, de $l^{<}k^{<}$, de $l^{>}k^{<}$, de $l^{>}k^{<}$, reuniendo asi los verdaderos elementos del habla. Se ve por qué bastan dos elementos para trabar y dejar confusa a la fonología tradicional; así queda demostrada la imposibilidad de proceder, como hace la fonología, por unidades fonológicas abstractas.

Se ha emitido la teoría de que en todo fonema simple considerado en la cadena hablada, por ejemplo *p* en *pa* o en *apa,* hay sucesivamente una implosión y una explosión $(a^{>}p^{<}a)$. Sin duda toda abertura debe estar precedida de un cerramiento; para poner todavía otro ejemplo, si digo $r^{>}p^{<}$, después de haber cumplido el cerramiento de la *r* tendré que articular con la úvula[1] una *r* abriente mientras la oclusión de la *p* se forma en los labios. Pero para responder a esta objeción, basta con especificar bien cuál es nuestro punto de vista. En el acto fonatorio que vayamos a analizar, no tenemos en cuenta más que los elementos diferenciales, destacados para el oído y capaces de servir al deslindamiento de las unidades acústicas en la cadena hablada. Sólo esas unidades acústico-motrices deben considerarse; así la articulación de la *r* explosiva que acompaña a la de la *p* explosiva es inexistente para nosotros, porque no produce un sonido perceptible, o por lo menos porque no entra en cuenta en la cadena de fonemas. Es éste un punto esencial con el que es necesario compenetrarse para comprender los razonamientos que siguen.

§ 3. COMBINACIONES DIVERSAS DE EXPLOSIONES Y DE IMPLOSIONES EN CADENA

Veamos ahora qué es lo que debe resultar de la consecución de las explosiones y de las implosiones en las cuatro combinaciones teóricamente posibles: 1° $< >$, 2° $> <$, 3° $< <$, 4° $> >$.

[1] (El autor piensa en la *r* francesa *grasseyée;* con el ápice, si se piensa en la *r* española. A. A.)

1° GRUPO EXPLOSIVO-IMPLOSIVO (< >). — Siempre es posible, sin romper la cadena hablada, juntar dos fonemas de los cuales el primero es explosivo y el segundo implosivo. Ejemplo: $k^{<}r^{>}$, $k^{<}i^{>}$, $y^{<}m^{>}$, *etc.* (cfr. sánscrito $k^{<}r^{>}$*ta,* francés $k^{<}i^{>}$*té* «quitter», indoeuropeo $y^{<}m^{>}$*to-,* etc.)- Sin duda, ciertas combinaciones, como $k^{<}t^{>}$, etc., no tienen un efecto acústico susceptible de realización práctica, pero no es menos verdad que, tras haber articulado una *k* abriente, los órganos están en la posición requerida para proceder a un estrechamiento en un punto cualquiera. Estas dos fases fonatorias pueden sucederse sin estorbarse mutuamente.

2° GRUPO IMPLOSIVO-EXPLOSIVO (> <). — En las mismas condiciones, y con las mismas reservas, no hay imposibilidad alguna para juntar dos fonemas que sean el primero implosivo y el segundo explosivo; así $i^{>}m^{<}$, $k^{>}t^{<}$, etc. (cfr. griego *hai*$^{>}$*m*$^{<}$*a,* francés *ac*$^{>}$*t*$^{<}$*if,* español *colum*$^{>}$*n*$^{<}$*a,* etcétera).

Sin duda, estos momentos articulatorios sucesivos no se siguen con la misma naturalidad que en el caso precedente. Entre una primera implosión y una primera explosión hay esta diferencia: que la explosión, por tender a una actividad neutra de la boca, no compromete el momento siguiente, mientras que la implosión crea una posición determinada que no puede servir de punto de partida a una explosión cualquiera. Siempre hace falta, pues, algún movimiento de acomodación destinado a obtener la posición de los órganos necesaria para la articulación del segundo fonema; así, mientras se ejecuta la *s* de un grupo *sp,* hay que cerrar los labios para preparar la *p* abriente. Pero la experiencia muestra que este movimiento de acomodación no produce nada perceptible, a no ser uno de esos sonidos furtivos que no podemos tener en cuenta, y que en ningún caso estorban la prosecución de la cadena.

3° ESLABÓN EXPLOSIVO (< <). — Dos explosiones pueden producirse consecutivamente. Pero si la segunda pertenece a un fonema de abertura menor o igual, no se tendrá la sensación acústica de unidad que se hallará en el caso contrario y que presentan los dos casos precedentes; $p^{<}k^{<}$ se puede pronunciar *(p*$^{<}$*k*$^{<}$*a),* pero esos sonidos no forman cadena, porque las especies P y K son de igual abertura. Esta pronunciación poco natural es la que se obtendría deteniéndose tras la primera a de *chap*$^{<}$*k*$^{<}$*a* [1]. Por el contrario, $p^{<}r^{<}$ da una impresión de continuidad (cfr. *p*$^{<}$*r*$^{<}$*onto);* $r^{<}y^{<}$ no presenta tampoco dificultad (cfr. *r*$^{<}$*i*$^{<}$*ego).* ¿Por qué? Es que en el momento en que se produce la primera explosión, los órganos ya se han podido colocar en la

[1] Sin duda ciertos grupos de esta categoría son muy usuales en algunas lenguas (p. ej., *kt* inicial en griego; cfr. *kteínō);* pero aunque fáciles de pronunciar, no ofrecen unidad acústica. Ver la nota siguiente. (B. y S.)

posición requerida para ejecutar la segunda explosión, sin que el efecto acústico de la primera se haya visto estorbado; por ejemplo, en *pronto,* mientras se pronuncia la *p* los órganos ya se encuentran en la posición de *r.* Pero es imposible pronunciar en eslabón continuo la serie inversa $r^{<}p^{<}$; no porque sea mecánicamente imposible de adoptar la posición de $p^{<}$ mientras se articula una f abriente, sino porque el movimiento de esa $r^{<}$, al encontrar la abertura menor (oclusión) de la $p^{<}$, no podría ser percibido. Si se quiere, pues, hacer oír $r^{<}p^{<}$, se tendrá que hacer en dos veces y la emisión quedará rota.

Un eslabón explosivo continuo puede comprender más de dos elementos, con tal que se pase siempre de una abertura menor a otra mayor (por ejemplo $kr^{<}w^{<}a$). Haciendo abstracción de ciertos casos particulares sobre los que no podemos insistir [1], se puede decir que el número posible de las explosiones halla su límite natural en el número de grados de abertura que se pueda distinguir prácticamente.

4° EL ESLABÓN IMPLOSIVO ($> >$). — Está regido por la ley inversa. Mientras un fonema es más abierto que el siguiente, se tiene la impresión de continuidad (por ejemplo, $i^{>}r^{>}$, $r^{>}t^{>}$); pero si falta esa condición, si el fonema siguiente es más abierto que el precedente, aunque la pronunciación sigue siendo posible, la impresión de continuidad desaparece: así $s^{>}r^{>}$ de $a^{>}s^{>}r^{>}ta$ tiene el mismo carácter que el grupo $p^{>}k^{>}$ de *cha-pka* (ver pág. 81 y sig.). El fenómeno es enteramente paralelo al que hemos analizado en el eslabón explosivo: en $r^{>}t^{>}$, la $t^{>}$, en virtud de su inferior grado de abertura, exime a la $r^{>}$ de la explosión; o, si se toma un eslabón cuyos dos fonemas no se articulen en el mismo punto, como $r^{>}m^{>}$, la $m^{>}$ no impide a la f el explotar, pero —lo que viene a parar a lo mismo— le cubre por completo la explosión por medio de su articulación más cerrada. Si no, como en el caso inverso $m^{>}r^{>}$, la explosión furtiva, mecánicamente indispensable, viene a romper la cadena hablada.

Se ve que el eslabón implosivo, lo mismo que el explosivo, puede

1 Por una simplificación voluntaria, no se considera aquí en el fonema más que su grado de abertura, sin tener en cuenta ni el punto de articulación ni su carácter particular (si es sorda o sonora, vibrante, lateral, etc.). Las conclusiones sacadas del principio único de la abertura no se pueden, pues, aplicar a todos los casos reales sin excepción. Así, en un grupo como *trya* los tres primeros elementos difícilmente pueden pronunciarse sin ruptura de la cadena: $t^{<}r^{<}y^{<}a^{>}$ (a menos que la $y^{<}$ no se funda con la $r^{<}$ palatalizándola): sin embargo, esos tres elementos *try* forman un eslabón explosivo perfecto (cfr., por lo demás, la pág. 119 a propósito de *meurtrier,* etc.); por el contrario, *trwa* no presenta dificultad. Citemos todavía esla-bones como *pmla,* etc., en los que es muy difícil no pronunciar la nasal implosivamente ($p^{<}m^{>}l^{<}a^{>}$). Estos casos extraños aparecen sobre todo en la explosión, que por naturaleza es un acto instantáneo y no consiente retardamientos. (R. y S.)

comprender más de dos elementos, si cada uno de ellos tiene una abertura mayor que el siguiente (cfr. $a^{>}r^{>}s^{>}t^{>}$*)*.

Dejando de lado las rupturas de eslabones, situémonos ahora ante la cadena continua normal, que podríamos llamar «fisiológica», tal como está representada en la palabra española *particularmente,* es decir: $p^{<}a^{>}r^{>}t^{<}i^{>}k^{<}u^{>}l^{<}a^{>}r^{>}m^{>}e^{>}n^{>}t^{<}e^{>}$. Esta cadena está caracterizada por una sucesión de eslabones explosivos e implosivos graduados, que corresponden a una sucesión de aberturas y cerramientos de los órganos bucales.

La cadena normal así definida da lugar a las siguientes observaciones, de importancia capital.

§ 4. FRONTERA DE SÍLABA Y PUNTO VOCÁLICO

Si en una cadena de sonidos se pasa de una implosión a una explosión (>|<), se obtiene un efecto particular que es el indicio de la *frontera de sílaba,* por ejemplo en el $i^{>}k^{<}$ de *particularmente.* Esta coincidencia regular de una condición mecánica con un efecto acústico determinado asegura al grupo implosivo-explosivo una existencia propia en el orden fonológico: su carácter persiste sean cuales sean las especies de que se componga, y constituye un género con tantas especies como combinaciones posibles haya.

La frontera silábica puede colocarse, en ciertos casos, en dos puntos diferentes de una misma serie de fonemas, según se pase más o menos rápidamente de la implosión a la explosión. Así en un grupo *ardra,* la cadena no se rompe ya se silabee *arará* o *arará* [es decir *ar-dra* o *ard-ra],* porque $a^{>}r^{>}d$, eslabón implosivo, está tan bien graduado como $d^{<}r^{<}$, eslabón explosivo. Y lo mismo pasa con *alye* de *salieron* ($s^{<}a^{>}l^{<}y^{<}e^{>}$ o $s^{<}a^{>}l^{>}y^{<}e^{<}$) [es decir, *salieron,* o *sal-ie-ron,* como posibilidades].

En segundo lugar, señalemos que en el punto en que se pasa de un silencio a una primera implosión (>), por ejemplo, en $a^{>}rt$, de *artista,* o de una explosión a una implosión (< >), como en $p^{>}a^{>}rt$, de *particularmente,* el sonido donde se produce esta primera implosión se distingue de los vecinos por un efecto peculiar, que es el efecto vocálico. El cual no depende en modo alguno del grado de abertura mayor o menor del sonido *a*, porque en $p^{<}r^{>}t$, la *r* lo produce también, sino que es inherente a la primera implosión, sea cual sea su especie fonológica es decir su grado de abertura; poco importa asimismo que venga tras un silencio o tras una explosión. El sonido que da esta impresión, por su carácter de primer implosivo, se puede llamar *punto vocálico.*

Se ha dado también a esta unidad el nombre de *sonante,* llamando

con-sonantes a todos los sonidos precedentes o siguientes en la misma sílaba. Los términos de vocal y consonante designan, como hemos visto, pág. 74 y sig., especies diferentes; sonantes y con-sonantes designan, por el contrario, funciones en la sílaba. Esta doble terminología permite evitar una confusión que ha reinado largamente. Así la especie I es la misma en *pilar* que en *pie:* una vocal; pero es sonante en *pilar* y con-sonante en *pie.* El análisis muestra que las sonantes son siempre implosivas y las con-sonantes ya implosivas (por ejemplo la $l^{>}$ en el inglés $bol^{>}$, escrito *boy,* en español $dol^{>}$ escrito *doy),* ya explosivas (por ejemplo en $py^{<}e$ escrito *pie).* Esto no hace más que confirmar la distinción establecida entre los dos órdenes. Es cierto que, de hecho, *e, o, a* son regularmente sonantes; pero es una simple coincidencia: teniendo una abertura mayor que todos los otros sonidos siempre están al comienzo de un eslabón implosivo[1]. Inversamente las oclusivas, que tienen la abertura mínima, siempre son con-sonantes. En la práctica, los fonemas de abertura 2, 3 y 4 (nasales, líquidas y semivocales) desempeñan alternativamente uno u otro papel según la vecindad y la naturaleza de su articulación.

§ 5. CRÍTICA DE LAS TEORÍAS DE LA SILABACIÓN

El oído percibe en toda cadena hablada la división en sílabas, y en toda sílaba una sonante. Estos dos hechos son conocidos, pero nos podemos preguntar cuál es su razón de ser. Y se han propuesto diversas explicaciones:

1° Notando que ciertos fonemas son más sonoros que otros, se ha intentado basar la sílaba en la sonoridad de los fonemas. Pero entonces ¿por qué no forman necesariamente sílaba fonemas sonoros como *i, u?* Y luego, ¿dónde termina la sonoridad, ya que fricativas como *s* pueden formar sílaba, por ejemplo, en *pst?* Si se trata solamente de la sonoridad relativa de los sonidos en contacto ¿cómo explicar grupos como $w^{<}l^{>}$ (p. ej., indoeuropeo **wlkos* 'lobo'), donde el elemento menos sonoro es el que forma sílaba?

2° Eduard Sievers ha sido el primero en establecer que un sonido clasificado entre las vocales puede no dar impresión de vocal (ya hemos visto, p. ej. que *y, w* no son otra cosa que *i, u);* pero cuando preguntamos en virtud de qué se produce la doble función o el doble efecto acústico (pues la palabra «función» no quiere decir otra cosa), nos responden: tal sonido tiene tal función según reciba o no el «acento silábico».

1 [En español *e, o* son, en este sentido, «consonantes» con frecuencia: la o primera de *roedor,* si se pronuncia bisílabo, la de *extraordinario,* si forma silaba con la a, etc. A.A.]

Círculo vicioso: o bien estoy en libertad, en toda circunstancia, de dispensar a mi arbitrio el acento silábico que crea las sonantes, y entonces no hay razón alguna de llamarlo silábico mejor que sonántico; o bien, si algún sentido tiene eso del acento silábico, será porque se justifique en las leyes de la sílaba. Pero no sólo no se nos enuncian esas leyes, sino que los fonólogos dan a esa cualidad sonántica el nombre de *silbenbildend* ('formadora de sílabas'), como si a su vez la formación de la sílaba dependiera de ese acento.

Es fácil ver en qué se opone nuestro método a los dos primeros: por el análisis de la sílaba tal como se presenta en la cadena, hemos obtenido la unidad irreductible, el sonido abriente o el sonido cerrante; luego, combinando estas unidades, hemos llegado a definir el límite de sílaba y el punto vocálico. Con eso sabemos en qué condiciones fisiológicas deben producirse tales efectos acústicos. Las teorías que hemos criticado siguen la marcha inversa: toman especies fonológicas aisladas, y de esos sonidos pretenden deducir el límite de sílaba y el lugar de la sonante. Ahora bien, dada una serie cualquiera de fonemas, puede haber una manera de articularlos más natural, más cómoda que otras; pero la facultad de elegir entre las articulaciones abrientes y cerrantes subsiste en gran medida, y de ella, no de las especies fonológicas directamente, dependerá la silabación.

Sin duda esta teoría no agota ni resuelve todas las cuestiones. Así el hiato, de empleo tan frecuente, no es otra cosa que un eslabón *implosivo roto,* con intervención de la voluntad o sin ella. Por ejemplo, $i^{<}\text{-}o^{>}$ (en *crió), o a-i* (en *ahí).* El hiato se produce más fácilmente con las especies fonológicas de abertura grande.

Tenemos también los casos de los eslabones *explosivos rotos,* que, sin estar graduados, entran en la cadena fónica con el mismo derecho que los grupos normales. Ya hemos rozado la cuestión a propósito del griego *kteínō,* página 81, nota. Consideremos otro ejemplo como *pzta:* normalmente no se puede pronunciar más que $p^{<}z^{>}t^{<}a^{>}$; por eso debe comprender dos sílabas, y las tiene en efecto si se hace oír claramente el sonido laríngeo de la *z* (= *s* sonora); pero si se ensordece, como es uno de los fonemas que exigen menos abertura, la oposición entre *z y a* hace que no se perciba ya más que una sílaba y que se oiga aproximadamente $p^{<}z^{<}t^{<}a^{>}$.

En todos los casos de este género, si la voluntad y la intención intervienen, pueden introducir perturbaciones y torcer en cierta media las necesidades fisiológicas. Muchas veces es difícil decir exactamente qué parte corresponde a cada uno de los dos órdenes de factores. Pero sea lo que fuere, la fonación supone una sucesión de implosiones y de explosiones, y ésta es la condición fundamental de la silabación.

§ 6. DURACIÓN DE LA IMPLOSION Y DE LA EXPLOSIÓN

Al explicar la sílaba por el juego de explosiones e implosiones, venimos a dar con una observación importante, que no es más que la generalización de un hecho de métrica. Se distingues en las palabras griegas y latinas dos clases de largas: largas por naturaleza *(māter) y* largas por posición *(fāctus).* ¿Por qué *fāc* se mide larga *en factus?* Se responde: por causa del grupo *ct;* pero si eso atañese al grupo en sí, también tendría la cantidad larga cualquier sílaba que comience por dos consonantes; y sin embargo no es así (cfr. *clĭens).*

La verdadera razón es que la implosión y la explosión son esencialmente diferentes en cuanto a la duración. La explosión es siempre tan rápida que resulta para el oído cantidad irracional; por eso la explosión nunca da tampoco impresión vocálica. Sólo la implosión puede ser apreciada; y de ahí el sentimiento de quenos demoramos más tiempo en la vocal con que comienza.

Se sabe por otro lado que las vocales colocadas delante de un grupo formado por oclusiva o fricativa + líquida se tratan de dos maneras: en *patrem* la *a* puede ser larga o breve; eso se basa en el mismo principio. En efecto, $t^{<}r^{<}$ *y* $t^{>}r^{<}$ son igualmente pronunciables *[pa-trem* o *pat-rem];* la primera manera de articular permite a la a seguir siendo breve; la segunda crea una sílaba larga. En una palabra como *factus* no es posible ese doble tratamiento de la a, porque sólo es pronunciable $c^{>}t^{<}$, con exclusión de $c^{<}t^{<}$.

§ 7. LOS FONEMAS DE LA CUARTA ABERTURA. EL DIPTONGO. CUESTIONES DE GRAFÍAS

Por último, los fonemas de la cuarta abertura dan lugar a ciertas observaciones. Ya hemos visto, página 79, que contrariamente a lo que se comprueba para otros sonidos, el uso ha consagrado para éstos una doble grafía *(*$w=u^{<}$, $u=u^{>}$, $y=i^{<}$, $i=i^{<}$*).* Es que en grupos como *aiya, auwa* se percibe, mejor que en ninguna otra ocasión, la distinción marcada con < y >; $i^{>}$ y $u^{>}$ dan claramente la impresión de vocales, $i^{<}$ *y* $u^{<}$ la de consonantes [1]. Sin pretender explicar este hecho, observemos que esa *i* consonante no existe nunca en el aspecto cerrante [2]. Así no puede haber un *ai* cuya *i* haga el

[1] No hay que confundir este elemento de la cuarta abertura con la fricativa palatal dulce *(liegen* en el alemán del norte; *[guerra* en el castellano de Chile; casi como *mayo* en el español general]). Esta especie fonológica pertenece a las consonantes y tiene todos sus caracteres.

[2] [Esta afirmación quiere preparar la especial teoría de los diptongos que el autor expone a continuación. Pero para la existencia actual de la *i* cerrante en español, ver T. NA-

mismo efecto que la *y* de *aiya* (comp. el inglés *boy* con el francés *pied);* por consiguiente, por la posición es por lo que la *y* [la [8] de los diptongos] es consonante y la *i* vocal, ya que esas variedades de la especie I no pueden manifestarse en todas posiciones igualmente. Las mismas observaciones valdrán para *u* y *w, ü* y *ẅ.*

Esto aclara la cuestión del diptongo, que no es más que un caso especial del eslabón implosivo; los grupos $a^{>}r^{>}ta$ y $a^{>}u^{>}ta$ son absolutamente paralelos; y entre ellos no hay más que una diferencia de abertura del segundo elemento: un diptongo es un eslabón implosivo de dos fonemas, de los cuales el segundo es relativamente abierto, de donde deriva una impresión acústica particular: se diría que la sonante continúa en el segundo elemento del grupo. Inversamente un grupo como $t^{<}y^{<}a$ no se diferencia en nada de un grupo como $t^{<}r^{<}a$, salvo por el grado de abertura de la segunda explosiva. Esto viene a decir que los grupos llamados por los fonó-logos diptongos ascendentes *[pie, fue]* no son diptongos, sino grupos explosivo-implosivos cuyo primer elemento es relativamente abierto, pero sin que resulte de ello nada de particular desde el punto de vista acústico ($t^{<}y^{<}a^{>}$). En cuanto a los grupos del tipo $u^{>}o$, $i^{>}a$, con acento en la $u^{>}$ y en la $i^{>}$, tal como se encuentran en algunos dialectos alemanes (cfr. *buob, liab* [español *buho, lía])* no son igualmente más que falsos diptongos que no dan la impresión de unidad como $o^{>}u^{>}$, $a^{>}i^{>}$, etc. ; no se puede pronunciar $u^{>}o^{>}$ como impl. + impl. sin romper la cadena, a no ser que se imponga a este grupo, por medio de un artificio, launidad que no tiene naturalmente.

Esta definición del diptongo, que lo reduce al principio general de los eslabones implosivos, muestra que no es como se podría creer algo discordante, inclasificable entre los fenómenos fonológicos. Es inútil hacer con él un caso aparte. Su carácter propio no tiene en realidad ningún interés ni ninguna importancia: no es el final de la sonante lo que importa fijar, sino su comienzo.

E. Sievers y muchos lingüistas distinguen por la escritura *i, u, ü, r̩ , n̩ ,* etc., y *i∧ , u∧ , ü∧ , r, n,* etc. *(i∧ = i* «no slábico»; *i = i* silábico), y escriben *mirta, mi∧rta, mi∧arta,* mientras que nosotros escribimos *mirta, mairta, myarta.* Habiendo consignado que la *i* y la *y* son de la mis-

VARRO TOMÁS, *Manual de pronunciación española,* § 48. La historia fonética prueba lo mismo para el pasado: la *i* de *saipat (< sapiat)* y la *u* de *paucum* eran cerrantes y consonanticas, como lo prueban los resultados *sepa* y *poco,* con *p* y *k* sordas, en contra de *aqua> agua* y de *sepiam > jibia, sapere > saber, acutum > agudo,* con sonorización de la sorda correspondiente. En español las sordas no se sonorizaron cuando la implosión precedente era consonántica: *patrem* sonoriza en *padre,* pero *partem* queda en *parte;* del mismo modo *agua* sonoriza en *agua,* pero *paucum* queda en poco. Es una prueba segura. A.A.]

ma especie fonológica, se ha querido ante todo tener el mismo signo genérico (¡siempre conforme a la misma idea de que la cadena sonora se compone de especies superpuestas!). Pero esa notación, aunque basada en el testimonio del oído, va en contra del buen sentido y borra precisamente la distinción que importaría hacer. Con eso, 1° se confunden la *i, u* abrientes (= *y, w)* y las *i, u* cerrantes [1]; no se puede, por ejemplo, hacer distinción alguna entre *newo* y *neuo;* 2° inversamente, se escinden en dos las *i, u* cerrantes (cfr. *mirta,* y *mairta).* He aquí algunos ejemplos de los inconvenientes de tal grafía. Sea el griego antiguo *dwís* y *dusí,* y de otra parte *rhéwō* y *rhûma:* estas dos oposiciones *se* producen exactamente en las mismas condiciones fonológicas y se traducen normalmente por la misma oposición gráfica: según que la *u* vaya seguida de un fonema más o menos abierto, se hace ya abriente *(w)* ya cerrante *(u).* Si se escribe *du*$_{\wedge}$*is, dusí, rheu*$_{\wedge}$*ō,*[*] *rheu*$_{\wedge}$*ma,* todo queda borrado. Lo mismo, en indoeuropeo, las dos series, *māter, mātrai, māteres, mātrsu* y *sūneu, sūnewai, sū-newes, sūnusu,* son estrictamente paralelas en su doble tratamiento de la *r* de un lado y de la M del otro; por lo menos en la segunda, la oposición de implosiones y explosiones se destaca en la escritura, mientras que queda oscurecida por la grafía que aquí criticamos *(sūnu*$_{\wedge}$*e, sūneu*$_{\wedge}$*ai, sūneu*$_{\wedge}$*es, sūnusu).* No sólo habría necesidad de conservar las distinciones hechas por el uso entre vocales abrientes y cerrantes *(u : w,* etc.), sino que se debería extenderlas a todo el sistema y escribir por ejemplo: *māter, māt-ρai, máteρes, mātrsu;* entonces el juego silábico aparecería con evidencia; los puntos vocálicos y los límites de sílaba se deducirán por sí mismos.

Nota de los editores. - Estas teorías aclaran muchos problemas, algunos de los cuales ha tocado F. de Saussure en sus lecciones. Damos aquí algunas muestras.

1. E. Sievers cita *beritn*$_o$*nn*$_o$*n*[**] (alemán *berittenen)* como ejemplo típico de que el mismo sonido puede funcionar alternativamente dos veces como sonante y dos veces como consonante (en realidad *n* no funciona aquí más que una vez como consonante, y habría que escribir *beritn*$_o$*n*$_o$*n;* pero poco importa). Ningún ejemplo es más claro precisamente para mostrar que «sonido» y «especie» *no son sinónimos. En efecto, si el hablante se quedara* en la misma *n,* es decir, en la implosión y en la articulación sostenida, no se obtendría más que una sola sílaba larga. Para producir una alternan-

[1] [La transcripción de Navarro Tomás y de los filólogos españoles salva este inconveniente: *i, u* vocales, *pido, pudo; j, w* semiconsonantes abrientes, que empiezan en articulación consonantica y acaban en articulación vocálica: *pie, pues : pjé, pués; i, u,* semivocales cerrantes, que empiezan en articulación vocálica y acaban en articulación consonantica: *baile, pausa : bai*$_{\wedge}$*le, pau*$_{\wedge}$*sa.* A.A.]

[*] el símbolo $_{\wedge}$, en el original aparece completamente debajo de la u.
[**] el subindice $_o$, aparece en el original, completamente por debajo de la letra n (y no en posicion inferior derecha).

cia de *enes* sonantes y consonantes, es necesario hacer seguir a la implosión (primera *n)* una explosión (segunda *n),* y luego volver a la implosión (tercera *n).* Como las dos implosiones no están precedidas de ninguna otra, tienen carácter sonántico.

2. En palabras francesas del tipo *meurtrier, ouvrier,* etc., los finales *-trier, -vrier,* no formaban antaño más que una sílaba (fuera cual fuera su pronunciación, cfr. pág. 82, nota). Más tarde se dio en pronunciarlos en dos silabas *(meur-tri-er,* con hiato o sin él, es decir, $-t^{<}r^{<}i^{>}e^{>}$, o $-t^{<}r^{<}i^{>}y^{<}e^{>}$). El cambio se ha producido, no colocando un «acento silábico» en el elmento *i,* sino transformando su articulación explosiva en implosiva.

El pueblo dice *ouvérier* por *ouvrier,* fenómeno muy semejante, sólo que ahora es el segundo elemento en lugar del primero el que ha cambiado de articulación y se ha hecho sonante: $uvr^{<}y^{<}e^{>}$ —> $uvr^{>}y^{<}e^{>}$. Una *e* se ha podido desarrollar a posteriori ante la *r* sonante.

3. Citemos todavía el caso tan conocido de las vocales protéticas ante *s* + consonante en francés [y en español]: latín *scūtum* —> *iscutum* —> *fr.* *escu, écu* [esp. *escudo].* El grupo $s^{<}k^{<}$, como hemos visto en la pág. 85, es un eslabón roto; $s^{>}k^{<}$ *es* más natural. Pero esta *s* implosiva tiene que hacer punto vocálico cuando está en comienzo de frase o cuando la palabra precedente termina en consonante de abertura débil. La *i* o la *e* protéticas no hacen más que exagerar esa cualidad sonántica; todo carácter fonológico poco sensible tiende a agrandarse cuando se persiste en conservarlo. Es el mismo fenómeno que se reproduce en el caso de *esclandre* y en las pronunciaciones populares *esquelette, estatue.* Y el mismo que se encuentra en esa pronunciación vulgar de la preposición *de* que se transcribe con *ed: un oeil ed tanche.* Por síncopa, *de tanche* se ha hecho *d'tanche;* pero, para hacerse sentir en esa posición, la *d* tiene que ser implosiva: $d^{>}t^{<}$*anche,* y entonces se desarrolla una vocal ante ella, como en los casos precedentes.

4. Apenas es necesario recordar la cuestión de las sonantes indoeuropeas, y preguntar, por ejemplo, por qué el antiguo alto alemán *hagl* se ha transformado en *hagal,* mientras que *balg* ha quedado intacto. La *l* de esta última palabra, segundo elemento de un eslabón implosivo ($ba^{>}l^{>}g^{>}$), tiene el papel de consonante, y ninguna razón le impulsaba a cambiar de función. Por el contrario, la *l*, igualmente implosiva, de *hagl* hacía punto vocálico. Como era sonántica, pudo desarrollar ante sí una vocal más abriente (una *a*, si hemos de dar crédito al testimonio de la grafía). Por otra parte, con el tiempo se oscureció, ya que hoy *Hagel* se pronuncia otra vez $ha^{>}g^{<}l^{>}$. En esto mismo consiste la diferencia entre la pronunciación de esa palabra y la del francés *aigle;* la *l* es cerrante en la palabra germánica y abriente en la francesa, con su *e* muda final ($e^{>}g^{<}l^{<}e$).

PRIMERA PARTE

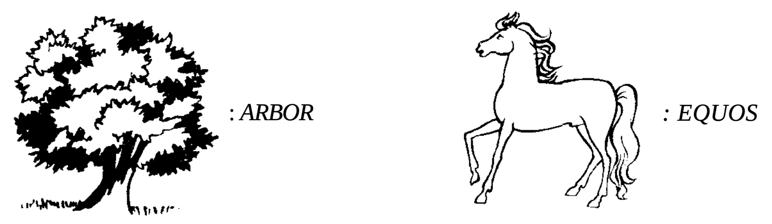
PRINCIPIOS GENERALES

CAPÍTULO I

NATURALEZA DEL SIGNO LINGÜISTICO

§ 1. SIGNO, SIGNIFICADO, SIGNIFICANTE

Para ciertas personas, la lengua, reducida a su principio esencial, es una nomenclatura, esto es, una lista de términos que corresponden a otras tantas cosas. Por ejemplo:



Esta concepción es criticable por muchos conceptos. Supone ideas completamente hechas preexistentes a las palabras (ver sobre esto pág. 166; no nos dice si el nombre es de naturaleza vocal o psíquica, pues *arbor* puede considerarse en uno u otro aspecto; por último, hace suponer que el vínculo que une un nombre a una cosa es una operación muy simple, lo cual está bien lejos de ser verdad. Sin embargo, esta perspectiva simplista puede acercarnos a la verdad al mostrarnos que la unidad lingüística es una cosa doble, hecha con la unión de dos términos.

Hemos visto en la pág. 40, a propósito del circuito del habla, que los términos implicados en el signo lingüístico son ambos psíquicos y están unidos en nuestro cerebro por un vínculo de asociación. Insistimos en este punto.

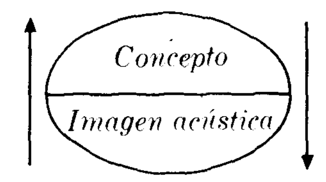
Lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica[1]. La imagen acústica no es el sonido

[1] El término de imagen acústica parecerá quizá demasiado estrecho, pues junto *a* la representación de los sonidos de una palabra está también la de su articulación, la imagen muscular del acto fonatorio. Pero para F. de Saussure la lengua es esencialmente un depósito, una cosa recibida de fuera (ver pág. 41). La imagen acústica es, por excelencia, la representación natural de la palabra, en cuanto hecho de lengua virtual, fuera de toda realización por el habla. El aspecto motor puede, pues, quedar sobreentendido o en todo caso no ocupar más que un lugar subordinado con relación a la imagen acústica. (B. y S.)

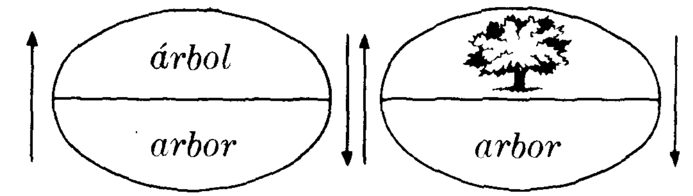
material, cosa puramente física, sino su huella psíquica, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos; esa imagen es sensorial, y si llegamos a llamarla «material» es solamente en este sentido y por oposición al otro término de la asociación, el concepto, generalmente más abstracto.

El carácter psíquico de nuestras imágenes acústicas aparece claramente cuando observamos nuestra lengua materna. Sin mover los labios ni la lengua, podemos hablarnos a nosotros mismos o recitarnos mentalmente un poema. Y porque las palabras de la lengua materna son para nosotros imágenes acústicas, hay que evitar el hablar de los «fonemas» de que están compuestas. Este término, que implica una idea de acción vocal, no puede convenir más que a las palabras habladas, a la realización de la imagen interior en el discurso. Hablando de sonidos y de sílabas de una palabra, evitaremos el equívoco, con tal que nos acordemos de que se trata de la imagen acústica.

El signo lingüístico es, pues, una entidad psíquica de dos caras, que puede representarse por la siguiente figura:



Estos dos elementos están íntimamente unidos y se reclaman recíprocamente. Ya sea que busquemos el sentido de la palabra latina ***arbor*** o la palabra con que el latín designa el concepto de 'árbol', es evidente que



las vinculaciones consagradas por la lengua son las únicas que nos aparecen conformes con la realidad, y descartamos cualquier otra que se pudiera imaginar.

Esta definición plantea una importante cuestión de terminología. Llamamos ***signo*** a la combinación del concepto y de la imagen acústica: pero en el uso corriente este término designa generalmente la imagen acústica sola, por ejemplo una palabra *(arbor,* etc.). Se olvida que si llamamos signo a ***arbor*** no es más que gracias a que conlleva el concepto

'árbol', de tal manera que la idea de la parte sensorial implica la del conjunto.

La ambigüedad desaparecería si designáramos las tres nociones aquí presentes por medio de nombres que se relacionen recíprocamente al mismo tiempo que se opongan. Y proponemos conservar la palabra *signo* para designar el conjunto, y reemplazar *concepto e imagen acústica* respectivamente con *significado y significante;* estos dos últimos términos tienen la ventaja de señalar la oposición que los separa, sea entre ellos dos, sea del total de que forman parte. En cuanto al término *signo,* si nos contentamos con él es porque, no sugiriéndonos la lengua usual cualquier otro, no sabemos con qué reemplazarlo.

El *signo* lingüístico así definido posee dos caracteres primordiales. Al enunciarlos vamos a proponer los principios mismos de todo estudio de este orden.

§ 2. PRIMER PRINCIPIO: LO ARBITRARIO DEL SIGNO

El lazo que une el significante al significado es arbitrario; o bien, puesto que entendemos por *signo* el total resultante de la asociación de un significante con un significado, podemos decir más simplemente: *el signo lingüistico es arbitrario.*

Así, la idea de *sur* no está ligada por relación alguna interior con la secuencia de sonidos *s-u-r* que le sirve de significante; podría estar representada tan perfectamente por cualquier otra secuencia de sonidos. Sirvan de prueba las diferencias entre las lenguas y la existencia misma de lenguas diferentes: el significado 'buey' tiene por significante *bwéi* a un lado de la frontera franco-española y *böf (boeuf)* al otro, y al otro lado de la frontera francogermana es *oks (Ochs).*

El principio de lo arbitrario del signo no está contradicho por nadie; pero suele ser más fácil descubrir una verdad que asignarle el puesto que le toca. El principio arriba enunciado domina toda la lingüística de la lengua; sus consecuencias son innumerables. Es verdad que no todas aparecen a la primera ojeada con igual evidencia; hay que darles muchas vueltas para descubrir esas consecuencias y, con ellas, la importancia primordial del principio.

Una observación de paso: cuando la semiología esté organizada se tendrá que averiguar si los modos de expresión que se basan en signos enteramente naturales —como la pantomima— le pertenecen de derecho. Suponiendo que la semiología los acoja, su principal objetivo no por eso dejará de ser el conjunto de sistemas fundados en lo arbitrario del

signo. En efecto, todo medio de expresión recibido de una sociedad se apoya en principio en un hábito colectivo o, lo que viene a ser lo mismo, en la convención. Los signos de cortesía, por ejemplo, dotados con frecuencia de cierta expresividad natural (piénsese en los chinos que saludan a su emperador prosternándose nueve veces hasta el suelo), no están menos fijados por una regla; esa regla es la que obliga a emplearlos, no su valor intrínseco. Se puede, pues, decir que los signos enteramente arbitrarios son los que mejor realizan el ideal del procedimiento semiológico; por eso la lengua, el más complejo y el más extendido de los sistemas de expresión, es también el más característico de todos; en este sentido la lingüística puede erigirse en el modelo general de toda semiología, aunque la lengua no sea más que un sistema particular.

Se ha utilizado la palabra *símbolo* para designar el signo lingüístico, o, más exactamente, lo que nosotros llamamos el significante. Pero hay inconvenientes para admitirlo, justamente a causa de nuestro primer principio. El símbolo tiene por carácter no ser nunca completamente arbitrario; no está vacío: hay un rudimento de vínculo natural entre el significante y el significado. El símbolo de la justicia, la balanza, no podría reemplazarse por otro objeto cualquiera, un carro, por ejemplo.

La palabra *arbitrario* necesita también una observación. No debe dar idea de que el significante depende de la libre elección del hablante (ya veremos luego que no está en manos del individuo el cambiar nada en un signo una vez establecido por un grupo lingüístico); queremos decir que es *inmotivado,* es decir, arbitrario con relación al significado, con el cual no guarda en la realidad ningún lazo natural.

Señalemos, para terminar, dos objeciones que se podrían hacer a este primer principio:

1ª Se podría uno apoyar en las onomatopeyas para decir que la elección del significante no siempre es arbitraria. Pero las onomatopeyas nunca son elementos orgánicos de un sistema lingüístico. Su número es, por lo demás, mucho menor de lo que se cree. Palabras francesas como *fouet* 'látigo' o *glas* 'doblar de campanas' pueden impresionar a ciertos oídos por una sonoridad sugestiva; pero para ver que no tienen tal carácter desde su origen, basta recordar sus formas latinas *(fouet* deriva de *fāgus* 'haya', *glas* es *classicum);* la cualidad de sus sonidos actuales, o, mejor, la que se les atribuye, es un resultado fortuito de la evolución fonética.

En cuanto a las onomatopeyas auténticas (las del tipo *glu-glu, tic-tac,* etc.), no solamente son escasas, sino que su elección ya es arbitraria en cierta medida, porque no son más que la imitación aproximada y ya medio

convencional de ciertos ruidos (cfr. francés *ouaoua y* alemán *wauwau,* español *guau guau)* [1]. Además, una vez introducidas en la lengua, quedan más o menos engranadas en la evolución fonética, morfológica, etc., que sufren las otras palabras (cfr. *pigeon,* del latín vulgar *pīpiō,* derivado de una onomatopeya): prueba evidente de que ha perdido algo de su carácter primero para adquirir el del signo lingüístico en general, que es inmotivado.

2ª Las exclamaciones, muy vecinas de las onomatopeyas, dan lugar a observaciones análogas y no son más peligrosas para nuestra tesis. Se tiene la tentación de ver en ellas expresiones espontáneas de la realidad, dictadas como por la naturaleza. Pero para la mayor parte de ellas se puede negar que haya un vínculo necesario entre el significado y el significante. Basta con comparar dos lenguas en este terreno para ver cuánto varían estas expresiones de idioma a idioma (por ejemplo, al francés *aïe!,* esp. *¡ay!,* corresponde el alemán *au!).* Y ya se sabe que muchas exclamaciones comenzaron por ser palabras con sentido determinado (cfr. fr. *diable!, mordieu!* = *mort Dieu,* etcétera).

En resumen, las onomatopeyas y las exclamaciones son de importancia secundaria, y su origen simbólico es en parte dudoso.

§ 3. SEGUNDO PRINCIPIO: CARÁCTER LINEAL DEL SIGNIFICANTE

El significante, por ser de naturaleza auditiva, se desenvuelve en el tiempo únicamente y tiene los caracteres que toma del tiempo: *a) representa una extensión,* y *b) esa extensión es mensurable en una sola dimensión;* es una línea.

Este principio es evidente, pero parece que siempre se ha desdeñado el enunciarlo, sin duda porque se le ha encontrado demasiado simple; sin embargo, es fundamental y sus consecuencias son incalculables: su importancia es igual a la de la primera ley. Todo el mecanismo de la lengua depende de ese hecho (ver pág. 147). Por oposición a los significantes visuales (señales marítimas, por ejemplo), que pueden ofrecer complicaciones simultáneas en varias dimensiones, los significantes acústicos no disponen más que de la línea del tiempo; sus elementos se presentan uno tras otro; forman una cadena. Este carácter se destaca inmediatamente cuando los representamos por medio de la escritura, en donde la sucesión en el tiempo es sustituida por la línea espacial de los signos gráficos.

[1] [Nuestro sentido onomatopéyico reproduce el canto del gallo con *quiquiriquí,* el de los franceses *coquerico (kókrikói,* el de los ingleses *cock-a-doodle-do.* A.A.)

En ciertos casos, no se nos aparece con evidencia. Si, por ejemplo, acentúo una sílaba, parecería que acumulo en un mismo punto elementos significativos diferentes. Pero es una ilusión; la sílaba y su acento no constituyen más que un acto fonatorio; no hay dualidad en el interior de este acto, sino tan sólo oposiciones diversas con lo que está a su lado (ver sobre esto pág. 154 y sig.).

CAPÍTULO II

INMUTABILIDAD Y MUTABILIDAD DEL SIGNO

§ 1. INMUTABILIDAD

Si, con relación a la idea que representa, aparece el significante como elegido libremente, en cambio, con relación a la comunidad lingüística que lo emplea, no es libre, es impuesto. A la masa social no se le consulta ni el significante elegido por la lengua podría tampoco ser reemplazado por otro. Este hecho, que parece envolver una contradicción, podría llamarse familiarmente *la carta forzada.* Se dice a la lengua «elige», pero añadiendo: «será ese signo y no otro alguno». No solamente es verdad que, de proponérselo, un individuo sería incapaz de modificar en un ápice la elección ya hecha, sino que la masa misma no puede ejercer su soberanía sobre una sola palabra; la masa está atada a la lengua tal cual es.

La lengua no puede, pues, equipararse a un contrato puro y simple, y justamente en este aspecto muestra el signo lingüístico su máximo interés de estudio; pues si se quiere demostrar que la ley admitida en una colectividad es una cosa que se sufre y no una regla libremente consentida, la lengua es la que ofrece la prueba más concluyente de ello.

Veamos, pues, cómo el signo lingüístico está fuera del alcance de nuestra voluntad, y saquemos luego las consecuencias importantes que se derivan de tal fenómeno.

En cualquier época que elijamos, por antiquísima que sea, ya aparece la lengua como una herencia de la época precedente. El acto por el cual, en un momento dado, fueran los nombres distribuidos entre las cosas, el acto de establecer un contrato entre los conceptos y las imágenes acústicas, es verdad que lo podemos imaginar, pero jamás ha sido comprobado. La idea de que así es como pudieron ocurrir los hechos nos es sugerida por nuestro sentimiento tan vivo de lo arbitrario del signo.

De hecho, ninguna sociedad conoce ni jamás ha conocido la lengua de otro modo que como un producto heredado de las generaciones precedentes y que hay que tomar tal cual es. Ésta es la razón de que la cuestión del origen del lenguaje no tenga la importancia que se le atribuye generalmente. Ni siquiera es cuestión que se deba plantear; el único objeto real de la lingüística es la vida normal y recular de una lengua ya consti-

tuida. Un estado de lengua dado siempre es el producto de factores históricos, y esos factores son los que explican por qué el signo es inmutable, es decir, por qué resiste toda sustitución arbitraria.

Pero decir que la lengua es una herencia no explica nada si no se va más lejos. ¿No se pueden modificar de un momento a otro leyes existentes y heredadas?

Esta objeción nos lleva a situar la lengua en su marco social y a plantear la cuestión como se plantearía para las otras instituciones sociales. ¿Cómo se transmiten las instituciones? He aquí la cuestión más general que envuelve la de la inmutabilidad. Tenemos, primero, que apreciar el más o el menos de libertad de que disfrutan las otras instituciones, y veremos entonces que para cada una de ellas hay un balanceo diferente entre la tradición impuesta y la acción libre de la sociedad. En seguida estudiaremos por qué, en una categoría dada, los factores del orden primero son más o menos poderosos que los del otro. Por último, volviendo a la lengua, nos preguntamos por qué el factor histórico de la transmisión la domina enteramente excluyendo todo cambio lingüístico general y súbito.

Para responder a esta cuestión se podrán hacer valer muchos argumentos y decir, por ejemplo, que las modificaciones de la lengua no están ligadas a la sucesión de generaciones que, lejos de superponerse unas a otras como los cajones de un mueble, se mezclan, se interpenetran, y cada una contiene individuos de todas las edades. Habrá que recordar la suma de esfuerzos que exige el aprendizaje de la lengua materna, para llegar a la conclusión de la imposibilidad de un cambio general. Se añadirá que la reflexión no interviene en la práctica de un idioma; que los sujetos son, en gran medida, inconscientes de las leyes de la lengua; y si no se dan cuenta de ellas ¿cómo van a poder modificarlas? Y aunque fueran conscientes, tendríamos que recordar que los hechos lingüísticos apenas provocan la crítica, en el sentido de que cada pueblo está generalmente satisfecho de la lengua que ha recibido.

Estas consideraciones son importantes, pero no son específicas; preferimos las siguientes, más esenciales, más directas, de las cuales dependen todas las otras.

1. *El carácter arbitrario del signo.* — Ya hemos visto cómo el carácter arbitrario del signo nos obligaba a admitir la posibilidad teórica del cambio; y si profundizamos, veremos que de hecho lo arbitrario mismo del signo pone a la lengua al abrigo de toda tentativa que pueda modificarla. La masa, aunque fuera más consciente de lo que es, no podría discutirla. Pues para que una cosa entre en cuestión es necesario que se base en una norma razonable. Se puede, por ejemplo, debatir si la forma monogámica

del matrimonio es más razonable que la poligámica y hacer valer las razones para una u otra. Se podría también discutir un sistema de símbolos, porque el símbolo guarda una relación racional con la cosa significada (ver pág. 94): pero en cuanto a la lengua, sistema de signos arbitrarios, esa base falta, y con ella desaparece todo terreno sólido de discusión; no hay motivo alguno para preferir *soeur* a *sister* o a *hermana, Ochs* a *boeuf o* a *buey,* etcétera.

2. *La multitud de signos necesarios para constituir cualquier lengua.* — Las repercusiones de este hecho son considerables. Un sistema de escritura compuesto de veinte a cuarenta letras puede en rigor reemplazarse por otro. Lo mismo sucedería con la lengua si encerrara un número limitado de elementos; pero los signos lingüísticos son innumerables.

3. *El carácter demasiado complejo del sistema.* — Una lengua constituye un sistema. Si, como luego veremos, éste es el lado por el cual la lengua no es completamente arbitraria y donde impera una razón relativa, también es éste el punto donde se manifiesta la incompetencia de la masa para transformarla. Pues este sistema es un mecanismo complejo, y no se le puede comprender más que por la reflexión; hasta los que hacen de él un uso cotidiano lo ignoran profundamente. No se podría concebir un cambio semejante más que con la intervención de especialistas, gramáticos, lógicos, etc.; pero la experiencia demuestra que hasta ahora las injerencias de esta índole no han tenido éxito alguno.

4. *La resistencia de la inercia colectiva a toda innovación lingüística.* — La lengua —y esta consideración prevalece sobre todas las demás— es en cada instante tarea de todo el mundo; extendida por una masa y manejada por ella, la lengua es una cosa de que todos los individuos se sirven a lo largo del día entero. En este punto no se puede establecer ninguna comparación entre ella y las otras instituciones. Las prescripciones de un código, los ritos de una religión, las señales marítimas, etc., nunca ocupan más que cierto número de individuos a la vez y durante un tiempo limitado; de la lengua, por el contrario, cada cual participa en todo tiempo, y por eso la lengua sufre sin cesar la influencia de todos. Este hecho capital basta para mostrar la imposibilidad de una revolución. La lengua es de todas las instituciones sociales la que menos presa ofrece a las iniciativas. La lengua forma cuerpo con la vida de la masa social, y la masa, siendo naturalmente inerte, aparece ante todo como un factor de conservación.

Sin embargo, no basta con decir que la lengua es un producto de fuerzas sociales para que se vea claramente que no es libre; acordándonos de que siempre es herencia de una época precedente, hay que añadir que

esas fuerzas sociales actúan en función del tiempo. Si la lengua tiene carácter de fijeza, no es sólo porque esté ligada a la gravitación de la colectividad, sino también porque está situada en el tiempo. Estos dos hechos son inseparables. En todo instante la solidaridad con el pasado pone en jaque a la libertad de elegir. Decimos *hombre* y *perro* porque antes que nosotros se ha dicho *hombre y perro*. Eso no impide que haya en el fenómeno total un vínculo entre esos dos factores antinómicos: la convención arbitraria, en virtud de la cual es libre la elección, y el tiempo, gracias al cual la elección se halla ya fijada. Precisamente porque el signo es arbitrario no conoce otra ley que la de la tradición, y precisamente por fundarse en la tradición puede ser arbitrario.

§ 2. MUTABILIDAD

El tiempo, que asegura la continuidad de la lengua, tiene otro efecto, en apariencia contradictorio con el primero: el de alterar más o menos rápidamente los signos lingüísticos, de modo que, en cierto sentido, se puede hablar a la vez de la inmutabilidad y de la mutabilidad del signo[1].

En último análisis, ambos hechos son solidarios: el signo está en condiciones de alterarse porque se continúa. Lo que domina en toda alteración es la persistencia de la materia vieja; la infidelidad al pasado sólo es relativa. Por eso el principio de alteración se funda en el principio de continuidad.

La alteración en el tiempo adquiere formas diversas, cada una de las cuales daría materia para un importante capítulo de lingüística. Sin entrar en detalles, he aquí lo más importante de destacar. Por de pronto no nos equivoquemos sobre el sentido dado aquí a la palabra *alteración*. Esta palabra podría hacer creer que se trata especialmente de cambios fonéticos sufridos por el significante, o bien de cambios de sentido que atañen al concepto significado. Tal perspectiva sería insuficiente. Sean cuales fueren los factores de alteración, ya obren aisladamente o combinados, siempre conducen a un ***desplazamiento de la relación entre el significado y el significante***.

Veamos algunos ejemplos. El latín *necāre* 'matar' se ha hecho en

[1] Seria injusto reprochar a F. de Saussure el ser inconsecuente o paradójico por atribuir a la lengua dos cualidades contradictorias. Por la oposición de los términos que hieran la imaginación, F. de Saussure quiso solamente subrayar esta verdad: que la lengua se transforma sin que los sujetos hablantes puedan transformarla. Se puede decir también que la lengua es intangible, pero no inalterable. (B. y S.)

francés *noyer* 'ahogar' y en español *anegar.* Han cambiado tanto la imagen acústica como el concepto; pero es inútil distinguir las dos partes del fenómeno; basta con consignar globalmente que el vínculo entre la idea y el signo se ha relajado y que ha habido un desplazamiento en su relación.

Si en lugar de comparar el *necāre* del latín clásico con el francés *noyer,* se le opone a *necāre* del latín vulgar de los siglos iv o v, ya con la significación de 'ahogar', el caso es un poco diferente; pero también aquí, aunque no haya alteración apreciable del significante, hay desplazamiento de la relación entre idea y signo.

El antiguo alemán *dritteil* 'el tercio' se ha hecho en alemán moderno *Drittel.* En este caso, aunque el concepto no se haya alterado, la relación se ha cambiado de dos maneras: el significante se ha modificado no sólo en su aspecto material, sino también en su forma gramatical; ya no implica la idea de *Teil* 'parte'; ya es una palabra simple. De una manera o de otra, siempre hay desplazamiento de la relación.

En anglosajón la forma preliteraria *fōt* 'pie' siguió siendo *fōt* (inglés moderno *foot),* mientras que su plural **fōti* 'pies' se *hizo fēt* (inglés moderno *feet).* Sean cuales fueren las alteraciones que supone, una cosa es cierta: ha habido desplazamiento de la relación: han surgido otras correspondencia; entre la materia fónica y la idea.

Una lengua es radicalmente incapaz de defenderse contra los factores que desplazan minuto tras minuto la relación entre significado y significante. Es una de las consecuencias de lo arbitrario del signo.

Las otras instituciones humanas —las costumbres, las leyes, etc.— están todas fundadas, en grados diversos, en la relación natural entre las cosas; en ellas hay una acomodación necesaria entre los medios empleados y los fines perseguidos. Ni siquiera la moda que fija nuestra manera de vestir es enteramente arbitraria; no se puede apartar más allá de ciertos límites de las condiciones dictadas por el cuerpo humano. La lengua, por el contrario, no está limitada por nada en la elección de sus medios, pues no se adivina qué sería lo que impidiera asociar una idea cualquiera con una secuencia cualquiera de sonidos.

Para hacer ver bien que la lengua es pura institución, Whitney ha insistido con toda razón en el carácter arbitrario de los signos; y con eso ha situado la lingüística en su eje verdadero. Pero Whitney no llegó hasta el fin y no vio que ese carácter arbitrario separa radicalmente a la lengua de todas las demás instituciones. Se ve bien por la manera en que la lengua evoluciona; nada tan complejo: situada a la vez en la masa social y en el tiempo, nadie puede cambiar nada en ella; y, por otra parte, lo

arbitrario de sus signos implica teóricamente la libertad de establecer cualquier posible relación entre la materia fónica y las ideas. De aquí resulta que cada uno de esos dos elementos unidos en los signos guardan su vida propia en una proporción desconocida en otras instituciones, y que la lengua se altera, o mejor, evoluciona, bajo la influencia de todos los agentes que puedan alcanzar sea a los sonidos sea a los significados. Esta evolución es fatal; no hay un solo ejemplo de lengua que la resista. Al cabo de cierto tiempo, siempre se pueden observar desplazamientos sensibles.

Tan cierto es esto que hasta se tiene que cumplir este principio en las lenguas artificiales. El hombre que construya una de estas lenguas artificiales la tiene a su merced mientras no se ponga en circulación; pero desde el momento en que la tal lengua se ponga a cumplir su misión y se convierta en cosa de todo el mundo, su gobierno se le escapará. El esperanto es un ensayo de esta clase; si triunfa ¿escapará a la ley fatal? Pasado el primer momento, la lengua entrará probablemente en su vida semiológica; se transmitirá según leyes que nada tienen de común con las de la creación reflexiva y ya no se podrá retroceder. El hombre que pretendiera construir una lengua inmutable que la posteridad debería aceptar tal cual la recibiera se parecería a la gallina que empolla un huevo de pato: la lengua construida por él sería arrastrada quieras que no por la corriente que abarca a todas las lenguas.

La continuidad del signo en el tiempo, unida a la alteración en el tiempo, es un principio de semiología general; y su confirmación se encuentra en los sistemas de escritura, en el lenguaje de los sordomudos, etcétera.

Pero ¿en qué se funda la necesidad del cambio? Quizá se nos reproche no haber sido tan explícitos sobre este punto como sobre el principio de la inmutabilidad; es que no hemos distinguido los diferentes factores de la alteración, y tendríamos que contemplarlos en su variedad para saber hasta qué punto son necesarios.

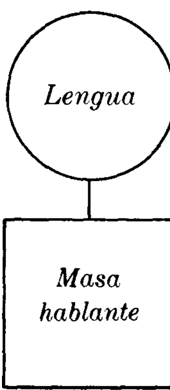
Las causas de la continuidad están a *priori* al alcance del observador; no pasa lo mismo con las causas de alteración a través del tiempo. Vale más renunciar provisionalmente a dar cuenta cabal de ellas y limitarse a hablar en general del desplazamiento de relaciones; el tiempo altera todas las cosas; no hay razón para que la lengua escape de esta ley universal.

Recapitulemos las etapas de nuestra demostración, refiriéndonos a los principios establecidos en la *Introducción.*

1° Evitando estériles definiciones de palabras, hemos empezado por distinguir, en el seno del fenómeno total que representa el *lenguaje,* dos factores: la *lengua y* el *habla.* La lengua es para nosotros el lenguaje

menos el habla. La lengua es el conjunto de los hábitos lingüísticos que permiten a un sujeto comprender y hacerse comprender.

2° Pero esta definición deja todavía a la lengua fuera de su realidad social, y hace de ella una cosa irreal, ya que no abarca más que uno de los aspectos de la realidad, el aspecto individual; hace falta una *masa parlante* para que haya una lengua. Contra toda apariencia, en momento alguno existe la lengua fuera del hecho social, porque es un fenómeno semiológico. Su naturaleza social es uno de sus caracteres internos; su definición completa nos coloca ante dos cosas inseparables, como lo muestra el esquema siguiente:

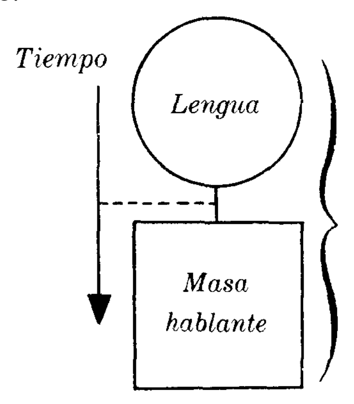


Pera en estas condiciones la lengua es viable, no viviente; no hemos tenido en cuenta más que la realidad social, no el hecho histórico.

3° Como el signo lingüístico es arbitrario, parecería que la lengua, así definida, es un sistema libre, organizable a voluntad, dependiente únicamente de un principio racional. Su carácter social, considerado en sí mismo, no se opone precisamente a este punto de vista. Sin duda la psicología colectiva no opera sobre una materia puramente lógica; haría falta tener en cuenta todo cuanto hace torcer la razón en las relaciones prácticas entre individuo e individuo. Y, sin embargo, no es eso lo que nos impide ver la lengua como una simple convención, modifícable a voluntad de los interesados: es la acción del tiempo, que se combina con la de la fuerza social; fuera del tiempo, la realidad lingüística no es completa y ninguna conclusión es posible.

Si se tomara la lengua en el tiempo, sin la masa hablante —supongamos un individuo aislado que viviera durante siglos— probablemente no se registraría ninguna alteración; el tiempo no actuaría sobre ella. Inversamente, si se considerara la masa parlante sin el tiempo no se vería el efecto de fuerzas sociales que obran en la lengua. Para estar en la realidad

hace falta, pues, añadir a nuestro primer esquema un signo que indique la marcha del tiempo:



Ya ahora la lengua no es libre, porque el tiempo permitirá a las fuerzas sociales que actúan en ella desarrollar sus efectos, y se llega al principio de continuidad que anula a la libertad. Pero la continuidad implica necesariamente la alteración, el desplazamiento más o menos considerable de las relaciones.

CAPÍTULO III

LA LINGÜÍSTICA ESTÁTICA Y LA LINGÜÍSTICA EVOLUTIVA

§ 1. DUALIDAD INTERNA DE TODAS LAS CIENCIAS QUE OPERAN CON VALORES

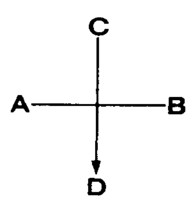
Pocos lingüistas se dan cuenta de que la intervención del factor tiempo es capaz de crear a la lingüística dificultades particulares y de que coloca a su ciencia ante dos rutas absolutamente divergentes.

La mayoría de las otras ciencias ignoran esta dualidad radical; el tiempo no produce en ellas efectos particulares. La astronomía ha señalado que los astros sufren notables cambios, pero con eso no se ha creído obligada a escindirse en dos disciplinas. La geología razona casi constantemente sobre sucesiones; pero cuando llega a ocuparse de los estados fijos de la tierra no hace de ello un objeto de estudio radicalmente distinto. Hay una ciencia descriptiva del derecho y una historia del derecho; nadie las opone. La historia política de los Estados se mueve enteramente en el tiempo; sin embargo, si un historiador hace el cuadro de una época no tenemos la impresión de salirnos de la historia. Inversamente, la ciencia de las instituciones políticas es esencialmente descriptiva, pero puede muy bien en ocasiones tratar una cuestión histórica sin que su unidad se vea dañada.

Por el contrario, la dualidad de que venimos hablando se impone ya imperiosamente a las ciencias económicas. Aquí, en oposición a lo que ocurre en los casos precedentes, la economía política y la historia económica constituyen dos disciplinas netamente separadas en el seno de una misma ciencia; las obras aparecidas recientemente sobre estas materias acentúan la distinción. Procediendo así se obedece, sin darse uno cuenta cabal, a una necesidad interior: pues bien, es una necesidad muy semejante la que nos obliga a escindir la lingüística en dos partes, cada una con su principio propio. Y es que aquí, como en economía política, estamos ante la noción de *valor*, en las dos ciencias se trata de un *sistema de equivalencia entre cosas de órdenes diferentes:* en una, un trabajo y un salario, en la otra, un significado y un significante.

Verdad que todas las ciencias debieran interesarse por señalar más escrupulosamente los ejes sobre que están situadas las cosas de que se

ocupan; habría que distinguir en todas según la figura siguiente: 1° *eje de simultaneidades (AB),* que concierne a las relaciones entre cosas coexistentes, de donde está excluida toda intervención del tiempo, y 2° *eje de sucesiones (CD),* en el cual nunca se puede considerar más que una cosa cada vez, pero donde están situadas todas las cosas del primer eje con sus cambios respectivos.



Para las ciencias que trabajan con valores esta distinción es una necesidad práctica y, en ciertos casos, una necesidad absoluta. En este terreno se puede desafiar a los científicos a que no podrán organizar sus investigaciones de una manera rigurosa si no tienen en cuenta los dos ejes, si no distinguen entre el sistema de valores considerados en sí y esos mismos valores considerados en función del tiempo.

Al lingüista es a quien se impone esta distinción más imperiosamente, pues la lengua es un sistema de puros valores que nada determina fuera del estado momentáneo de sus términos. Mientras un valor tenga por uno de sus lados la raíz en las cosas y en sus relaciones naturales (como es el caso en la ciencia económica: por ejemplo, un campo vale en proporción a lo que produce), se puede hasta cierto punto seguirlo en el tiempo, aunque sin olvidar nunca que a cada momento depende de un sistema de valores contemporáneos. Su vinculación con las cosas le da a pesar de todo una base natural, y por eso las apreciaciones que se le apliquen nunca son completamente arbitrarias; su variabilidad es limitada. Pero ya hemos visto que en lingüística los datos naturales no tienen puesto alguno.

Añadamos que cuanto más complejo y rigurosamente organizado sea un sistema de valores, más necesario es, por su complejidad misma, estudiarlo sucesivamente según sus dos ejes. Y ningún sistema llega en complejidad a igualarse con la lengua: en ninguna parte se advierte una equivalente precisión de valores en juego, un número tan grande y tal diversidad de términos en dependencia recíproca tan estricta. La multiplicidad de signos, ya invocada para explicar la continuidad de la lengua, nos prohibe en absoluto estudiar simultáneamente sus relaciones en el tiempo y sus relaciones en el sistema. He ahí la razón de que distingamos dos lingüísticas. ¿Cómo las llamaremos? Los términos que se ofrecen no son apropiados por igual para señalar la distinción. Así historia y «lingüística histórica» no son utilizables, porque evocan ideas demasiado vagas; como la historia política comprende tanto la descripción de épocas como la narración de los acontecimientos, podría imaginarse que al describir esta-

dos de lengua sucesivos se estudia la lengua según el eje del tiempo; para eso habría que encarar separadamente los fenómenos que hacen pasar a la lengua de un estado a otro. Los términos *evolución* y *lingüística evolutiva* son más precisos, y nosotros los emplearemos con frecuencia; por oposición se puede hablar de la ciencia de los *estados* de lengua o de *lingüística estática.*

Pero para señalar mejor esta oposición y este cruzamiento de dos órdenes de fenómenos relativos al mismo objeto, preferimos hablar de lingüística *sincrónica* y de lingüística *diacrónica.* Es sincrónico todo lo que se refiere al aspecto estático de nuestra ciencia, y diacrónico todo lo que se relaciona con las evoluciones. Del mismo modo *sincronía* y *diacronia* designarán respectivamente un estado de lengua y una fase de evolución.

§ 2. LA DUALIDAD INTERNA Y LA HISTORIA DE LA LINGÜÍSTICA

Lo primero que sorprende cuando se estudian los hechos de lengua es que para el sujeto hablante su sucesión en el tiempo es inexistente: el hablante está ante un estado. Así el lingüista que quiere comprender ese estado tiene que hacer tabla rasa de todo lo que lo ha producido y desentenderse de la diacronia. Nunca podrá entrar en la conciencia de los sujetos hablantes más que suprimiendo el pasado. La intervención de la historia sólo puede falsear su juicio. Sería absurdo dibujar un panorama de los Alpes tomándolo simultáneamente desde varias cumbres del Jura; un panorama tiene que trazarse desde un solo punto. Lo mismo para la lengua: no se puede ni describirla ni fijarle normas para el uso más que colocándose el lingüista en un estado determinado. Cuando el lingüista sigue la evolución de la lengua, se parece al observador en movimiento que va de un extremo al otro del Jura para anotar los desplazamientos de la perspectiva.

Desde que existe la lingüística moderna se puede decir que ha estado totalmente absorbida en la diacronia. La gramática comparada del indoeuropeo utiliza los datos que tiene a mano para reconstruir hipotéticamente un tipo de lengua precedente; la comparación no es para ella más que un medio de reconstruir el pasado. El método es idéntico en el estudio particular de los subgrupos (lenguas románicas, lenguas germánicas, etc.); los estados sólo intervienen por fragmentos y de manera muy imperfecta. Tal es la tendencia inaugurada por Bopp; también su concepción de la lengua es híbrida y vacilante.

Por otra parte ¿cómo han procedido los que han estudiado la lengua

antes de la fundación de los estudios lingüísticos, esto es, los «gramáticos» inspirados por los métodos tradicionales? Es curioso comprobar que su punto de vista, en la cuestión que nos ocupa, es rigurosamente irreprochable. Sus trabajos nos muestran claramente que lo que quieren es describir estados; su programa es estrictamente sincrónico. Así la gramática de Port-Royal intenta describir el estado del francés en tiempos de Luis XIV y determinar sus valores. Para eso no tiene necesidad de la lengua medieval, sino que sigue fielmente el eje horizontal (ver pág. 105 y sig.) sin desviarse jamás de él; ese método es, pues, justo, lo cual no quiere decir que su aplicación sea perfecta. La gramática tradicional ignora partes enteras de la lengua, por ejemplo, la formación de palabras; es normativa y cree deber promulgar reglas en lugar de consignar hechos; le faltan las vistas de conjunto; hasta confunde con frecuencia la palabra escrita con la palabra hablada, etcétera.

Se ha reprochado a la gramática clásica el no ser científica; sin embargo, su base es menos criticable y su objeto mejor definido que los de la lingüística inaugurada por Bopp. Esta lingüística, al situarse en un terreno mal deslindado, no sabe bien hacia qué fines tiende. Cabalga sobre dos dominios, por no haber sabido distinguir bien entre los estados y las sucesiones.

Después de conceder lugar excesivo a la historia, la lingüística volverá al punto de vista estático de la gramática tradicional, pero con espíritu nuevo y con otros procedimientos, y el método histórico habrá contribuido a ese rejuvenecimiento; el método histórico, por contragolpe, será el que haga comprender mejor los estados de lengua. La vieja gramática no veía más que el hecho sincrónico; la lingüística nos ha revelado un nuevo orden de fenómenos; pero eso no basta; hace falta hacer sentir la oposición de los dos órdenes para sacar todas las consecuencias que tal oposición comporta.

§ 3. LA DUALIDAD INTERNA ILUSTRADA CON EJEMPLOS

La oposición entre los dos puntos de vista —sincrónico y diacrónico— es absoluta y no tolera componendas. Algunos hechos mostrarán en qué consiste esa diferencia y por qué es irreducible.

El latín *crispus*, 'ondulado, rizado, crespo', ha dado al francés un radical *crép-* de donde han salido los verbos *crépir* 'revocar' (una pared) y *décrépir* 'quitar el revoque'. Por otra parte, en un momento dado, se ha tomado del latín la palabra *dēcrepitus* 'gastado por la edad', cuya etimología se ignora, y se ha hecho *décrépit.* Pues bien, es seguro que hoy la

masa de los sujetos hablantes establece una conexión entre «un mur *décrépi» y* «un homme *décrépit»,* aunque históricamente estas dos palabras no tienen que ver una con otra; y se suele hablar de la fachada *«décrépite»* de una casa [1]. Y es un hecho estático, puesto que se trata de una conexión entre dos términos coexistentes en la lengua. Para que se produjera ha sido necesario el concurso de ciertos fenómenos de evolución; ha sido necesario que *crisp-* llegara a pronunciarse *crép-,* y que en un momento dado entrara una nueva palabra latina: esos hechos diacrónicos —ya se ve bien— ninguna relación guardan con el hecho estático que han producido; son de orden diferente.

Veamos otro ejemplo, de alcance general. En antiguo alto alemán el plural de *gast* 'huésped' fue primero *gasti,* el de *hant* 'mano', *hanti,* etc. Más tarde esa *-i* produjo una metafonía *(Umlaut),* es decir, tuvo el efecto de cambiar la a en e en la sílaba precedente: *gasti* —> *gesti, hanti* —> *henti.* Luego la *-i* perdió su timbre peculiar, de donde *gesti* —> *geste,* etc. En consecuencia, hoy tenemos *Gast : Gäste, Hand : Häde, y* una clase entera de palabras presenta la misma diferencia entre el singular y el plural. Un hecho parecido se produjo en el anglosajón: primero se tenía *fōt* 'pie', plural **foti; tōp* 'diente', plural **tōpi; gōs* 'oca', plural **gōsi,* etc.; después, por un primer cambio fonético, la metafonía, **fōti* se hizo *fēti,* y por un segundo cambio, la caída de la *-i* final, **fēti dio fēt;* desde entonces *fōt* tiene como plural *fēt; tōp, tēp; gōs, gēs* (inglés moderno *foot :feet, tooth : teeth, goose : geese).*

Anteriormente, cuando se decía *gast : gasti, fōt :fōti,* el plural estaba señalado por la simple añadidura de una *-i; Gast : Gäste y fōt :fēt* muestran un mecanismo nuevo para señalar el plural. Ese mecanismo no es el mismo en los dos casos: en antiguo inglés hay solamente oposición de vocales; en alemán, además, la presencia o ausencia de la final *-e;* pero esta diferencia no tiene aquí importancia.

La relación entre un singular y su plural, sean cuales fueren las formas, puede expresarse en todo momento por un eje horizontal:

[1] [Un ejemplo español paralelo: el latín *glattire* perduró en nuestro idioma por ininterrumpida tradición oral hasta adoptar la forma actual *latir.* En la época de los humanistas se puso en circulación el latinismo *latente,* acomodando ligeramente el participio latens, latentis (acus. latentem) del verbo lateo, latēre, que significa 'estar escondido' o 'estarse escondiendo'; el participio era muy usado por los escritores latinos figuradamente con el sentido de 'encubierto, secreto, misterioso, solapado, en acecho', que es el que tomaron nuestros humanistas y el que ha perdurado en la lengua general de los escritores. Pero entre nosotros se ha cumplido un cruce de sentidos equiparables al de *décrépi + décrépit.* Las gentes asocian *latente* con *latir, y* en los diarios y conferencias se lee y oye «un entusiasmo *latente»,* «un amor *latente»,* con el sentido de 'ardoroso', 'de corazón palpitante', 'latiente'. A. A.]

• ⟷ • Época A
• ⟷ • Época B

Los hechos, sean cuales fueren, que hayan provocado el paso de una forma a la otra, serán por el contrario colocados en un eje vertical, lo cual da ya la siguiente figura total:

• ⟷ • Época A
↓ ↓
• ⟷ • Época B

Nuestro ejemplo-tipo sugiere buen número de reflexiones que entran directamente en nuestro tema:

1° Esos hechos diacrónicos en manera alguna tienen por finalidad señalar un valor con otro signo: el hecho de que *gasti* haya dado *gesti, geste (Gäste)* nada tiene que ver con el plural de los sustantivos; en *tragit* —> *trägt,* la misma metafonía afecta a la flexión verbal, y así sucesivamente. Por consiguiente, un hecho diacrónico es un suceso que tiene su razón de ser en sí mismo: las consecuencias sincrónicas particulares que se puedan derivar le son completamente ajenas.

2° Esos hechos diacrónicos no tienden siquiera a cambiar el sistema. No se ha querido pasar de un sistema de relaciones a otro; la modificación no recae sobre la ordenación, sino sobre los elementos ordenados.

Aquí nos volvemos a encontrar con un principio ya enunciado: el sistema no se modifica directamente nunca; en sí mismo, el sistema es inmutable; sólo sufren alteración ciertos elementos, sin atención a la solidaridad que los ata al conjunto. Es como si uno de los planetas que gravitan hacia el sol cambiara de dimensión y de peso; tal hecho aislado entrañaría consecuencias generales y trastornaría el equilibrio del sistema solar entero. Para expresar el plural, hace falta la oposición de dos términos: o bien *fōt : *fōti.* En cada estado el espíritu se insufla en una materia dada y pero se ha pasado del uno al otro, por decirlo así, sin darse cuenta de ello; no es el conjunto el desplazado, ni que un sistema haya engendrado otro, sino que un elemento del primero ha cambiado, y eso basta para hacer nacer otro sistema.

3" Esta observación nos permite comprender mejor el carácter siempre *fortuito* de un estado. Contra la idea falsa que nos gustaba hacernos, la lengua no es un mecanismo creado y dispuesto con miras a expresar conceptos. Por el contrario, vemos que el estado resultante del cambio no estaba destinado a señalar las significaciones de que se impregna. Se tiene un estado fortuito: *fōt :fēt,* y se le aprovecha para hacerlo portador de la distinción entre singular y plural; *fōt :fēt* no está mejor hecho para eso que *fōt* : **fōti.* En cada estado el espíritu se insufla en una materia dada y

la vivifica. Esta perspectiva, que nos ha sido inspirada por la lingüística histórica, es desconocida de la gramática tradicional, que no la habría podido nunca adquirir por sus propios métodos. La mayor parte de los filósofos de la lengua la ignoran igualmente. Y sin embargo no hay nada más importante desde el punto de vista filosófico.

4° ¿Los hechos que pertenecen a la serie diacrónica son por lo menos del mismo orden que los de la serie sincrónica? De ninguna manera, pues ya hemos establecido que los cambios se producen fuera de toda intención. Por el contrario, el hecho sincrónico es siempre significativo: siempre pone en relación dos términos simultáneos; no es *Gaste* por sí solo lo que expresa el plural, sino la oposición *Gast : Gäste.* En el hecho diacrónico, al revés: no interesa más que un término, y para que aparezca una forma nueva *(Gaste)* es necesario que la antigua *(gasti)* le ceda su puesto.

Querer reunir en la misma disciplina hechos tan dispares sería, pues, una empresa quimérica. En la perspectiva diacrónica nos ocupamos de fenómenos que no tienen relación alguna con los sistemas, a pesar de que los condicionan. He aquí otros ejemplos que confirmarán y completarán las conclusiones sacadas de los primeros.

En francés el acento siempre está en la última sílaba, a menos que la sílaba final tenga una *e* muda *(∂).* Éste es un hecho sincrónico, una conexión entre el conjunto de las palabras francesas y el acento. ¿De dónde deriva? De un estado anterior. El latín tenía un sistema acentual diferente y más complicado: el acento estaba en la sílaba penúltima si era larga, y en la antepenúltima si breve *(amīcus, ánĭma).* Esta ley evoca relaciones que no tienen la menor analogía con la ley francesa. Sin duda es el mismo acento, en el sentido de que ha quedado en el mismo lugar; en las palabras francesas el acento está siempre en las mismas sílabas que lo tenían en latín: *amīcum* --> *ami, ánima* --> *âme.* Sin embargo, las dos formas son diferentes en los dos momentos, porque la forma de las palabras ha cambiado. Ya sabemos que todo lo que había después del acento, o ha desaparecido o se ha reducido a *e* muda. Como consecuencia de esa alteración de la palabra, la posición del acento no ha sido ya la misma con relación al conjunto; desde entonces los sujetos hablantes, conscientes de esta nueva relación, han puesto instintivamente el acento en la sílaba final, hasta en los préstamos transmitidos por la escritura *(facile, consul, ticket, burgrave,* etc.). Es evidente que no se ha querido cambiar el sistema, aplicar una nueva fórmula, puesto que en una palabra como *amīcum* —> *ami* el acento ha permanecido siempre en la misma sílaba; pero se ha interpuesto un hecho diacrónico, y el lugar del acento se ha visto cambiado sin que se le tocara. Una ley de acento, como todo lo que se refiere al sistema lingüís-

tico, es una disposición de términos, un resultado fortuito e involuntario de la evolución.

Veamos un caso todavía más sorprendente. En paleoeslavo, *slovo* 'palabra' es en el caso instrumental singular *slovem,* en el nominativo plural *slova,* en el genitivo plural s*lov*, etc.; en esta declinación cada caso tiene su desinencia. Pero hoy las vocales «débiles» y , representantes eslavas de *ĭ y ŭ* indoeuropeas, han desaparecido; y de ahí resulta en checo, por ejemplo, *slovo, slovem, slova, slov;* y lo mismo *žena* 'mujer', acusativo singular *ženu,* nom. pl. *ženy,* gen. pl. *žen.* Aquí el genitivo *(slov, žen)* tiene por exponente cero. Se ve, pues, que no es necesario un signo material para expresar una idea: la lengua puede contentarse con la oposición de cierta cosa con nada; aquí, por ejemplo, se reconoce el genitivo del plural *žen* simplemente en que no es ni *žena* ni *ženu,* ni ninguna de las otras formas. Parece extraño a primera vista que una idea tan particular como la del genitivo plural haya tomado el signo *cero;* pero eso es justamente la prueba de que todo se debe a un puro accidente. La lengua es un mecanismo que continúa funcionando a pesar de los deterioros que se le causan.

Esto confirma los principios ya formulados y que resumimos así:

La lengua es un sistema en el que todas las partes pueden y deben considerarse en su solidaridad sincrónica.

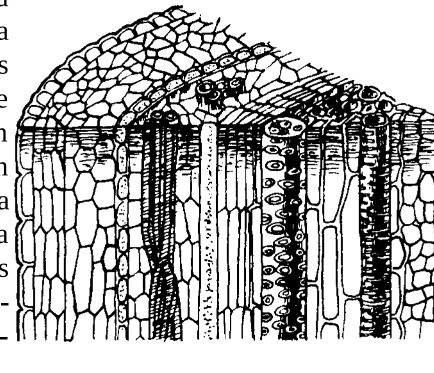
Como las alteraciones jamás se hacen sobre el bloque del sistema, sino sobre uno u otro de sus elementos, no se pueden estudiar más que fuera del sistema. Sin duda, cada alteración tiene su repercusión en el sistema; pero el hecho inicial ha afectado a un punto solamente; no hay relación íntima alguna con las consecuencias que se puedan derivar para el conjunto. Esta diferencia de naturaleza entre términos sucesivos y términos coexistentes, entre hechos parciales y hechos referentes al sistema, impide hacer de unos y otros la materia de una sola ciencia.

§ 4. LA DIFERENCIA DE LOS DOS ÓRDENES ILUSTRADA POR COMPARACIONES

Para mostrar a la vez la autonomía y la interdependencia de lo sincrónico y de lo diacrónico, se puede comparar lo sincrónico con la proyección de un cuerpo sobre un plano. En efecto, toda proyección depende directamente del cuerpo proyectado, y sin embargo es cosa diferente, es cosa aparte. De lo contrario, no tendríamos toda una ciencia de las proyecciones; bastaría con considerar los cuerpos mismos. En lingüística hay la misma relación entre la realidad histórica y un estado de lengua, que es

a la realidad histórica como su proyección en un momento dado. Y no ¡legaremos a conocer los estados sincrónicos estudiando los cuerpos, es decir los sucesos diacrónicos, de la misma manera que no se obtiene una ¡dea de las proyecciones geométricas por más que se estudien de cerca las diversas especies de cuerpos.

Del mismo modo también, si se corta transversalmente el tronco de un vegetal, se advierte en la superficie de la sección un diseño más o menos complicado; no es otra cosa que la perspectiva de las fibras longitudinales, que se podrán percibir practicando otra sección perpendicular a la primera. También aquí cada una de las perspectivas depende de la otra: la sección longitudinal nos muestra las fibras mismas que constituyen la planta, y la sección transversal su agrupación en un plano particular; pero la segunda es distinta de la primera, pues ella permite comprobar entre las fibras ciertas conexiones que nunca se podrían percibir en un plano longitudinal.



Pero de entre todas las comparaciones que se podrían imaginar, la más demostrativa es la que se hace entre el juego de la lengua y una partida de ajedrez. En ambos juegos estamos en presencia de un sistema de valores y asistimos a sus modificaciones. Una partida de ajedrez es como una realización artificial de lo que la lengua nos presenta en forma natural.

Veámoslo de más cerca.

En primer lugar un estado del juego corresponde enteramente a un estado de la lengua. El valor respectivo de las piezas depende de su posición en el tablero, del mismo modo que en la lengua cada término tiene un valor por su oposición con todos los otros términos.

En segundo lugar, el sistema nunca es más que momentáneo: varía de posición a posición. Verdad que los valores dependen también, y sobre todo, de una convención inmutable, la regla de juego, que existe antes de iniciarse la partida y persiste tras cada jugada. Esta regla admitida una vez para siempre existe también en la lengua: son los principios constantes de la semiología.

Por último, para pasar de un equilibrio a otro, o —según nuestra terminología— de una sincronía a otra, basta el movimiento y cambio de

un solo trebejo: no hay mudanza general. Y aquí tenemos el paralelo del hecho diacrónico con todas sus particularidades. En efecto:

a) Cada jugada de ajedrez no pone en movimiento más que una sola pieza; lo mismo en la lengua, los cambios no se aplican más que a los elementos aislados.

b) A pesar de eso, la jugada tiene repercusión en todo el sistema: es imposible al jugador prever exactamente los límites de ese efecto. Los cambios de valores que resulten serán, según la coyuntura, o nulos o muy graves o de importancia media. Una jugada puede revolucionar el conjunto de la partida y tener consecuencias hasta para las piezas por el momento fuera de cuestión. Ya hemos visto que lo mismo exactamente sucede en la lengua.

c) El desplazamiento de una pieza es un hecho absolutamente distinto del equilibrio precedente y del equilibrio subsiguiente. El cambio operado no pertenece a ninguno de los dos estados: ahora bien, lo único importante son los estados.

En una partida de ajedrez, cualquier posición que se considere tiene como carácter singular el estar libertada de sus antecedentes; es totalmente indiferente que se haya llegado a ella por un camino o por otro; el que haya seguido toda la partida no tiene la menor ventaja sobre el curioso que viene a mirar el estado del juego en el momento crítico; para describir la posición es perfectamente inútil recordar lo que acaba de suceder diez segundos antes. Todo esto se aplica igualmente a la lengua y consagra la distinción radical entre lo diacrónico y lo sincrónico. El habla nunca opera más que sobre un estado de lengua, y los cambios que intervienen entre los estados no tienen en ellos ningún lugar.

No hay más que un punto en que la comparación falla: el jugador de ajedrez *tiene la intención* de ejecutar el movimiento y de modificar el sistema, mientras que la lengua no premedita nada; sus piezas se desplazan —o mejor se modifican— espontánea y fortuitamente; la metafonía de *Hände* por *hanti,* de *Gaste* por *gästi* (ver pág. 109) produjo una nueva formación del plural, pero también hizo surgir una forma verbal como *trägt* por *tragit,* etc. Para que la partida de ajedrez se pareciera en todo a la lengua, sería necesario suponer un jugador inconsciente o ininteligente. Por lo demás, esta diferencia única hace todavía más instructiva la comparación, porque muestra la absoluta necesidad de distinguir en lingüística los dos órdenes de fenómenos. Pues, si los hechos diacrónicos son irreducibles al sistema sincrónico que condicionan cuando la voluntad preside un cambio de esta clase, con mayor razón lo serán cuando ponen una fuerza ciega en lucha con la organización de un sistema de signos.

§ 5. LAS DOS LINGÜÍSTICAS, OPUESTAS EN SUS MÉTODOS Y EN SUS PRINCIPIOS

La oposición entre lo diacrónico y lo sincrónico salta a la vista en todos los puntos.

Por ejemplo —para comenzar por el más evidente— no tienen importancia igual. En este punto es patente que el aspecto sincrónico prevalece sobre el otro, ya que para la masa hablante es la verdadera y única realidad (ver pág. 107). Y también lo es para el lingüista: si el lingüista se sitúa en la perspectiva diacrónica no será la lengua lo que él perciba, sino una serie de acontecimientos que la modifican. Se suele decir que nada hay tan importante como conocer la génesis de un estado dado; y es verdad en cierto sentido: las condiciones que han formado ese estado aclaran su verdadera naturaleza y nos libran de ciertas ilusiones (ver pág 109 y sigs.); pero eso justamente es lo que prueba que la diacronia no tiene su fin en sí misma. Se puede decir de ella lo que se ha dicho del periodismo: que lleva a todas partes, a condición de que se le deje a tiempo.

Los métodos de cada orden difieren también, y de dos maneras:

a) La sincronía no conoce más que una perspectiva, la de los sujetos ha blantes, y todo su método consiste en recoger su testimonio; para saber en qué medida una cosa es realidad será necesario y suficiente averiguar en qué medida existe para la conciencia de los sujetos hablantes. La lingüística diacrónica, por el contrario, debe distinguir dos perspectivas: la una *prospectiva,* que siga el curso del tiempo, la otra retrospectiva, que lo remonte: de ahí un desdoblamiento del método, de que nos ocupa remos en la Quinta Parte.

b) Otra diferencia resulta de los límites del campo que abarca cada una de estas dos disciplinas. El estudio sincrónico no tiene por objeto todo cuanto es simultáneo, sino solamente el conjunto de hechos correspon dientes a cada lengua; según lo requiere la necesidad, la separación irá hasta los dialectos y subdialectos. En el fondu el término de *sincrónico* no es bastante preciso; debiéramos reemplazarlo por el de *idiosincrónico,* un poco largo, en verdad. Por el contrario, la lingüística diacró nica no sólo no necesita, sino que rechaza una especialización semejante; los términos que considera no pertenecen forzosamente a una misma len gua (compárese el indoeuropeo * *esti,* el griego *ésti,* el alemán *ist,* el fran cés *est).* Precisamente la sucesión de hechos diacrónicos y su multiplica ción espacial es lo que crea la diversidad de idiomas. Para justificar una relación entre dos formas basta que tengan entre sí un vínculo histórico, por indirecto que sea.

Estas oposiciones no son las más sorprendentes ni las más profundas: la antinomia radical entre el hecho evolutivo y el hecho estático tiene por consecuencia que todas las nociones relativas tanto al uno como al otro sean irreducibles entre sí en la misma medida. Cualquiera de esas nociones puede servir para demostrar esta verdad. Y así es como el «fenómeno» sincrónico nada tiene en común con el diacrónico (ver pág. 111); el uno es una relación entre elementos simultáneos, el otro la sustitución de un elemento por otro en el tiempo, un suceso. Ya veremos también (pág. 132) que las identidades diacrónicas y sincrónicas son dos cosas muy diferentes: históricamente la negación francesa *pas* es idéntica al sustantivo *pas* 'paso', mientras que, tomados en la lengua de hoy, estos dos elementos son completamente distintos. Estas consideraciones bastarán para hacernos comprender la necesidad de no confundir los dos puntos de vista; pero en ninguna parte se manifiesta tan evidentemente como en la distinción que vamos a hacer ahora.

§ 6. LEY SINCRÓNICA Y LEY DIACRÓNICA

En lingüística se habla corrientemente de leyes; pero ¿es que los hechos de la lengua están realmente gobernados por leyes? ¿Y de qué naturaleza serán esas leyes? Siendo la lengua una institución social, se puede pensar *a priori* que está regulada por prescripciones análogas a las que rigen en las colectividades. Ahora bien, toda ley social tiene dos caracteres fundamentales: el de ser *imperativa* y el de *ser general;* la ley social se impone, y se extiende a todos los casos, por supuesto con ciertos límites de tiempo y de lugar.

¿Responden las leyes de la lengua a esta definición? Para saberlo, lo primero que hay que hacer, según lo que acabamos de decir, es separar una vez más las esferas de lo sincrónico y de lo diacrónico. Hay dos problemas que no debemos confundir: hablar de ley lingüística en general es querer abrazar un fantasma.

Veamos algunos ejemplos tomados del griego, donde las «leyes» de los dos órdenes están confundidas adrede:

1. Las sonoras aspiradas del indoeuropeo se han hecho sordas aspiradas: *"dhūmos* —> *thūmós* 'soplo de vida', **bherō* --> *phérō* 'llevo', etc.
2. El acento nunca va más allá de la antepenúltima.
3. Todas las palabras terminan en vocal o en *s, n, r,* con exclusión de cualquier otra consonante.
4. La *s* inicial ante vocal se ha hecho *h* (espíritu áspero): * *septm* (latín *septem)* —> *heptá.*

5. La *m* final se ha cambiado en *n: *jugom* —> *zugón* (cfr. latín *jugum)* [1].

6. Las oclusivas finales se han perdido: **gunaik* —> *gúnai, *ephe-ret* —> *éphere, *epheroni* --> *épheron.*

La primera ley es diacrónica: lo que era *dh* se ha hecho *th,* etc. La segunda expresa una relación entre la unidad de la palabra y el acento, una especie de contrato entre dos términos coexistentes: es una ley sincrónica. Lo mismo pasa con la tercera, puesto que concierne a la unidad de la palabra y a su fin. Las leyes 4, 5 y 6 son diacrónicas: lo que era *s* se ha hecho *h; -n* ha reemplazado a *-m; -t, -k,* etc., han desaparecido sin dejar rastro.

Hay que subrayar además que la ley 3ª es resultado de las leyes 5ª y 6ª; dos hechos diacrónicos han creado un hecho sincrónico.

Una vez separadas estas dos categorías de leyes, se verá que 2 y 3 no son de la misma naturaleza que 1, 4, 5 y 6.

La ley sincrónica es general, pero no es imperativa. Sin duda que se impone a los individuos por la sujeción del uso colectivo (ver pág. 111) pero no vemos en ello una obligación relativa a los sujetos hablantes. Queremos decir que en *la lengua* ninguna fuerza garantiza el mantenimiento de la regularidad cuando reina en algún punto. La ley sincrónica, simple expresión de un orden existente, consigna un estado de cosas, y es de la misma naturaleza de la que consignase que los árboles de un huerto están dispuestos en tresbolillo. Y el orden que define es precario, precisamente porque no es imperativo. Así, nada más regular que la ley sincrónica que rige el acento latino (ley exactamente equiparable a la 2); y sin embargo ese régimen acentual no resistió a los factores de la alteración, y cedió a una ley nueva, la del francés (ver pág. 111 y sigs.). En resumen, si se habla de ley en sincronía, es en el sentido de orden y arreglo, de principio de regularidad.

La diacronia supone, por el contrario, un factor dinámico por el cual se produce un efecto, un algo ejecutado. Pero este carácter imperativo no basta para que se aplique la noción de ley a los hechos evolutivos; no se habla de ley más que cuando un conjunto de hechos obedece a la misma regla, y, a pesar de ciertas apariencias contrarias, los sucesos diacrónicos siempre tienen carácter accidental y particular.

[1] Según Antoine Meillet *(Mém. de la Soc. de Linguistique,* IX, pág. 365 y sigs.) y Gauthiot *(La fin de mot en indo-européen,* pág. 158 y sigs.), el indoeuropeo no conocía más que *-n* final y no *-m;* si se admite esta teoría, bastará formular así la ley 5: toda *n* final indoeuropea se ha conservado en griego. Su valor demostrativo no se habrá disminuido, por eso, puesto que el fenómeno fonético que viene a parar en la conservación de un estado antiguo es de la misma naturaleza que el que se traduce en un cambio. Ver pág. 170 (B. y S.)

Para los hechos semánticos se convence uno inmediatamente; si el francés *poutre* 'yegua' tomó el significado de 'viga', eso se debió a causas particulares y no dependió de otros cambios que se pudieron producir por el mismo tiempo; no es más que uno de tantos accidentes que registra la historia de una lengua.

Para las transformaciones sintácticas y morfológicas la cosa no es tan clara a primera vista. En una época determinada todas las formas del antiguo caso sujeto desaparecieron en francés. ¿No hay ahí un conjunto de hechos que obedecieron a la misma ley? No, porque todas son manifestaciones múltiples de un solo e idéntico hecho aislado. Lo que se extinguió fue la noción particular de cada sujeto, y su desaparición entrañó naturalmente la de toda una serie de formas. Para quien no vea más que lo exterior de la lengua el fenómeno único queda anegado en la multitud de sus manifestaciones; pero el fenómeno mismo es uno en su naturaleza profunda y constituye un suceso histórico tan aislado en su orden como el cambio semántico sufrido por *poutre;* sólo cobra la apariencia de una ley porque se realiza en un sistema: lo que crea la ilusión de que el hecho diacrónico obedece a las mismas condiciones que el sincrónico en la disposición rigurosa del sistema.

Por último, con los cambios fonéticos pasa exactamente lo mismo; y sin embargo, se habla corrientemente de leyes fonéticas. Se comprueba, en efecto, que en un momento dado, en una región dada, todas las palabras que presentan una misma particularidad fónica son afectadas por el mismo cambio; así la ley 1 de la pág. 123 *(*dhūmos —> thūmós)* alcanza a todas las palabras griegas que habían tenido una sonora aspirada (cfr. ***nebhos —> néphos, *medhu —> méthu, *angho —> ánkhō,*** etc.); la regla 4 ***(*septm —> heptá)*** se aplica a ***serpo —> hérpo, sūs —> hûs,*** y a todas las palabras que comenzaran con ***s.*** Esta regularidad, que a veces ha sido negada, nos parece bien establecida; las excepciones aparentes no atenúan la fatalidad de los cambios de esta naturaleza, ya que se explican sea por leyes fonéticas más especiales (ver el ejemplo de *tríkhes : thriksí,* pág. 122) sea por la intervención de hechos de otro orden (analogía, etc.). Nada, pues, parece responder mejor a la definición dada arriba de la palabra ley. Y sin embargo, cualquiera que sea el número de casos en que se verifique una ley fonética, todos los hechos que abarca no son más que manifestaciones de un solo hecho particular.

La verdadera cuestión está en saber si los cambios fonéticos afectan a las palabras o solamente a los sonidos, y la respuesta no es dudosa: en ***néphos, méthu, ánkhō,*** etc., es un fonema determinado, una sonora aspirada indoeuropea, la que se cambia en sorda aspirada, es la ***s*** inicial del

griego primitivo la que se cambia en *h*, etc., y cada uno de estos hechos es independiente y aislado de los otros sucesos del mismo orden, independiente también de las palabras en que se produce[1]. Todas esas palabras se hallan naturalmente modificadas en su materia fónica, pero eso no nos debe despistar sobre la verdadera naturaleza del fonema.

¿En qué nos basamos para afirmar que las palabras, en sí mismas, no entran directamente en cuenta en las transformaciones fonéticas? En esta bien simple observación: que tales transformaciones les son en el fondo extrañas y no pueden afectarlas en su esencia. La unidad de la palabra no está constituida únicamente por el conjunto de sus fonemas, y tiene otros caracteres fuera de su cualidad material. Supongamos que esté desafinada una cuerda del piano: cada vez que la toquemos al ejecutar una pieza saldrá una nota falsa. Pero ¿donde? ¿En la melodía? Seguro que no; no es la melodía la que ha sido menoscabada; ¡sólo el piano habrá estado averiado! Exactamente lo mismo sucede en fonética. El sistema de nuestros fonemas es el instrumento que manejamos para articular las palabras de la lengua; si uno de sus elementos se modifica, las consecuencias podrán ser diversas, pero el hecho en sí mismo no afecta a las palabras, que son, por así decirlo, las melodías de nuestro repertorio.

Así, pues, los hechos diacrónicos son particulares; la alteración de un sistema se cumple por la acción de sucesos que no sólo le son extraños (ver pág. 110), sino que están aislados, sin formar sistema entre sí.

Resumiendo: los hechos sincrónicos, sean cuales fueren, presentan cierta regularidad, pero no tienen carácter alguno imperativo; los hechos diacrónicos, por el contrario, se imponen a la lengua, pero nada tienen de general.

En una palabra, y a esto queríamos venir a parar: ni unos ni otros están regidos por leyes en el sentido definido arriba, y si con todo se quiere hablar de leyes lingüísticas, ese término abarcará significaciones enteramente diferentes según que lo apliquemos a cosas de uno o de otro orden.

[1] No hace falta decir que los ejemplos citados tienen carácter puramente esquemático: la lingüística actual se esfuerza con razón por relacionar y reducir a un mismo principio inicial series de cambios fonéticos lo más amplias posible; así es como A. Meiltet explica todas las transformaciones de las oclusivas griegas por un debilitamiento progresivo de su articulación (ver ***Mém. de la Soc. de Ling.***, IX, pág. 163 y sigs.). Naturalmente, a tales hechos generales, allá donde existan, es a los que se aplican en último análisis estas conclusiones sobre el carácter de los cambios fonéticos. (B. y S.)

§ 7. ¿HAY UN PUNTO DE VISTA PANCRÓNICO?

Hasta aquí hemos tomado el término de ley en el sentido jurídico. Pero ¿habrá quizá en la lengua leyes en el sentido en que las entienden las ciencias físicas y naturales, esto es, como relaciones que se verifican en todas partes y siempre? En una palabra ¿no se podrá estudiar la lengua desde un punto de vista pancrónico?

Sin duda. Y así, puesto que se producen y siempre se producirán cambios fonéticos, se puede considerar este fenómeno en general como uno de los aspectos constantes del lenguaje, y será con eso una de sus leyes. En lingüística, como en el juego de ajedrez (ver pág. 113 y sigs.). hay reglas que sobreviven a todos los acontecimientos. Pero esos son principios generales que existen independientemente de los hechos concretos; en cuanto se habla de hechos particulares y tangibles, ya no hay punto de vista pancrónico. Así, cada cambio fonético, cualquiera que sea por lo demás su extensión, está limitado a un tiempo y a un territorio determinados; ninguno se produce en todo tiempo y lugar; los cambios no existen más que diacrónicamente. Éste es justamente un criterio con el cual se puede reconocer lo que es de la lengua y lo que no es. En la lengua no podría tener cabida un hecho concreto susceptible de explicación pancrónica. Sea la palabra francesa *chose* [o la española *cosa]:* desde el punto de vista diacrónico se opone al latín *causa,* de donde deriva; desde el punto de vista sincrónico se opone a todos los términos con los que puede estar asociado en francés [o en español] moderno. Sólo los sonidos de la palabra considerados en sí mismos (fr. šoz, esp. *kósa*) dan lugar a la observación pancrónica, pero no tienen valor lingüístico; y hasta desde el punto de vista pancrónico š*oz,* tomado en una cadena como ü*n šoz admirabl∂* «une chose admirable», no es una unidad, es una masa informe, no delimitada por nada. En efecto ¿por qué š*oz* y no *oza* o *n*š*o?* No es un valor, porque no tiene sentido. El punto de vista pancrónico nunca alcanza a los hechos particulares de la lengua.

§ 8. CONSECUENCIAS DE LA CONFUSIÓN DE LO SINCRÓNICO Y LO DIACRÓNICO

Dos casos se pueden presentar:

a) La verdad sincrónica parece ser la negación de la verdad diacrónica, y, viendo las cosas superficialmente, se le ocurrirá a alguien que hay que elegir entre ambas; de hecho, no es necesario; cada verdad subsiste sin excluir a la otra. Si *dépit* ha significado en francés 'desprecio', eso no le

impide tener hoy un sentido del todo diferente; etimología y valor sincrónico son dos cosas distintas. Y del mismo modo, la gramática tradicional del francés moderno enseña que, en ciertos casos, el participio presente es variable y concuerda como un adjetivo (cfr. «une eau *courante»),* y que en otros casos es invariable (cfr. «une personne *courant* dans la rue»). Pero la gramática histórica nos demuestra que no se trata de una misma y única forma: la primera es la continuación del participio latino *(currentem),* que es variable, mientras que la otra procede del gerundio ablativo, que es invariable *(currendō)* [1]. ¿Es que la verdad sincrónica contradice a la diacrónica, y hay que condenar la gramática tradicional en nombre de la gramática histórica? No, pues eso sería no ver más que la mitad de la realidad; no hay que creer que el hecho histórico sea el único que importa y que se baste para constituir una lengua. Sin duda, desde el punto de vista de los orígenes, hay dos cosas en el participio *courant;* pero la conciencia lingüística las junta y no reconoce más que una: esta verdad es tan absoluta e irrebatible como la otra.

b) La verdad sincrónica concuerda de tal modo con la verdad diacrónica que se las confunde, o bien se cree superfluo el desdoblarlas. Y así, se piensa explicar el sentido actual de la palabra fr. *père [=* esp. *padre]* diciendo que lat. *pater* tenía la misma significación. Otro ejemplo: la a breve latina en sílaba abierta no inicial se cambió en *i:* junto a *ō* se decía *conficiō;* junto a *amīcus, inimīcus,* etc. Esta ley se suele formular diciendo que la *a* de *faciō* se hace *i* en *conficiō,* porque ya no está en la primera sílaba. Pero no es exacto: jamás la a de *faciō* se ha «hecho» *i* en *conficiō.* Para restablecer la verdad, hay que distinguir dos épocas y cuatro términos: primero se dijo *faciō-confaciō;* después, transformado *confaciō* en *conficiō, y* como *faciō* no sufrió transformación, se pronunciaba *faciō-conficiō.* O sea:

faciō ⟷ *confaciō* **Época A**
↓ ↓
faciō ⟷ *conficiō* **Época B**

Si se ha producido un «cambio», habrá sido entre *confaciō* y *conficiō;* pero la regla, mal formulada, ni siquiera menciona al primer término. Después, junto a este cambio, naturalmente diacrónico, hay un segundo hecho, absolutamente distinto del primero y que concierne a la oposición puramen-

[1] Esta teoría, admitida generalmente, ha sido recientemente rebatida por Eugen Lerch *(Das invariable Participium praesenti,* Erlangen, 1913), pero, a nuestro parecer, sin éxito; no era, pues, cosa de suprimir un ejemplo que, en medio de todo, conservaba su valor didáctico. (B. y S.)

te sincrónica entre *faciō y conficiō*. Se querrá argüir que no es un hecho, sino un resultado; sin embargo, es ciertamente un hecho en su orden, y hasta son de este orden todos los fenómenos sincrónicos. Lo que impide reconocer el verdadero valor de la oposición *faciō-conficiō* es que tal oposición no es muy significativa. Pero piénsese en las parejas *Gast-Gäste, gebe-gibt y* se verá que estas oposiciones son, ellas mismas, resultados fortuitos de la evolución fonética, pero que no por eso dejan de constituir en el orden sincrónico fenómenos gramaticales esenciales. Como estos dos órdenes de fenómenos se encuentran por todas partes estrechamente ligados entre sí, condicionando el uno al otro, se acaba por creer que no vale la pena distinguirlos; de hecho la lingüística los ha confundido durante decenios sin percatarse de que su método no era válido.

Este error, sin embargo, se manifiesta con evidencia en ciertos casos. Así, para explicar el griego *phuktós* se podría pensar que basta con decir: en griego *g* o *kh* se cambian en *k* ante consonantes sordas, expresando el hecho por correspondencias sincrónicas tales como *phugeîn: phuktós, lékhos : léktron,* etc. Pero nos topamos con casos como *tríkhes : thriksí,* donde observamos una complicación: el «paso» de *t* a *th.* Las formas de estas palabras no se pueden explicar más que históricamente, por la cronología relativa. El tema primitivo **thrikh,* seguido de la desinencia *-si,* dio *thriksí,* fenómeno muy antiguo, idéntico al que produjo *léktron* de la raíz *lekh-.* Más tarde, toda aspirada seguida de otra aspirada en la misma palabra se hizo oclusiva, y *thríkhes* se convirtió en *tríkhes; thriksí* se libraba naturalmente de esta ley.

§ 9. CONCLUSIONES

Así es como la lingüística se encuentra aquí ante su segunda bifurcación. Ha sido primero necesario elegir entre la lengua y el habla (ver pág. 45); ahora estamos en la encrucijada de rutas que llevan la una a la diacronia, la otra a la sincronía.

Una vez en posesión de este doble principio de clasificación, se puede añadir que *todo cuanto es diacrónico en la lengua solamente lo es por el habla,* en el habla es donde se halla el germen de todos los cambios: cada uno empieza por ser práctica exclusiva de cierto número de individuos antes de entrar en el uso. El alemán moderno dice: *ich wa; wir waren,* mientras que el antiguo alemán, hasta el siglo xvi, conjugaba *ich was, wir waren* (todavía dice el inglés / *was, we were).* ¿Cómo se ha cumplido esta sustitución de *was* por *war?* Algunas personas, influidas por *waren,* crearon *war* por analogía; éste era un hecho del habla; esta forma,

repetida con frecuencia y aceptada por la comunidad, se hizo un hecho de lengua. Pero no todas las innovaciones del habla tienen el mismo éxito, y mientras sigan siendo individuales no hay por qué tenerlas en cuenta, ya que lo que nosotros estudiamos es la lengua; no entran en nuestro campo de observación hasta el momento en que la colectividad las acoge.

Un hecho de evolución siempre está precedido de un hecho, o mejor, de una multitud de hechos similares en la esfera del habla; esto en nada debilita la distinción establecida arriba, que hasta se halla confirmada, ya que en la historia de toda innovación comprobamos siempre dos momentos distintos: 1° aquél en que surge en los individuos; 2" aquél en que se convierte en hecho de lengua, idéntico exteriormente, pero adoptado por la comunidad.

El cuadro siguiente indica la forma racional que debe adoptar el estudio lingüístico.

```
                            ┌ Sincronia
              ┌ Lengua ... ┤
Lenguaje ... ┤             └ Diacronia
              └ Habla
```

Hay que reconocer que la forma teórica e ideal de una ciencia no es siempre la que le imponen las exigencias de la práctica. En lingüística tales exigencias son más imperiosas que en ciencia alguna, y excusan de algún modo la confusión que reina actualmente en los estudios. Aun cuando las distinciones aquí establecidas fueran admitidas definitivamente, no sería imposible imponer a las investigaciones, en nombre de ese ideal, una orientación precisa.

Así, en el estudio sincrónico del antiguo francés, el lingüista opera con hechos y con principios que nada tienen de común con los que le haría descubrir la historia de esta misma lengua desde el siglo xiii al xx; en cambio, esos hechos y principios son comparables a los que revelaría la descripción de una lengua bantú actual, del griego ático en el año 400 antes de Cristo o, por último, del francés de hoy. Y es que esas diversas exposiciones reposan en relaciones similares: si cada idioma forma un sistema cerrado, todos suponen ciertos principios constantes que se vuelven a encontrar al pasar de uno a otro, porque el lingüista permanece en el mismo orden. Y no sucede de otro modo con el estudio histórico: recórrase un período determinado del francés (por ejemplo del siglo xiii al xx), o del javanés o de cualquier otra lengua: en todas partes se opera con hechos similares que bastaría relacionar para establecer las verdades generales del orden diacrónico. Lo ideal sería que cada lingüista se consa-

grara a una u otra de estas investigaciones y abarcara el mayor número posible de hechos de cada orden; pero es muy difícil poseer científicamente lenguas tan diferentes. Por otra parte, cada lengua forma prácticamente una unidad de estudio, y la fuerza de las cosas nos va obligando alternativamente a considerarla histórica y estáticamente. A pesar de todo no hay que olvidar nunca que, en teoría, esta unidad es superficial, mientras que la disparidad de idiomas oculta una unidad profunda. Aunque en el estudio de una lengua la observación se aplique ora a un aspecto ora al otro, es absolutamente necesario situar cada hecho en su esfera y no confundir los métodos.

Las dos partes de la lingüística, así deslindada, serán sucesivamente objeto de nuestro estudio.

La *lingüística sincrónica* se ocupará de las relaciones lógicas y psicológicas que unen términos coexistentes y que forman sistema, tal como aparecen a la conciencia colectiva.

La *lingüística diacrónica* estudiará por el contrario las relaciones que unen términos sucesivos no percibidos por una misma conciencia colectiva, y que se reemplazan unos a otros sin formar sistema entre sí.

SEGUNDA PARTE

LINGÜÍSTICA SINCRÓNICA

CAPÍTULO I

GENERALIDADES

El objeto de la lingüística sincrónica general es establecer los principios fundamentales de todo sistema idiosincrónico, los factores constitutivos de todo estado de lengua. Muchas de las cosas ya expuestas en las páginas precedentes pertenecen más bien a la sincronia; así las propiedades generales del signo pueden considerarse como parte integrante de esta última, aunque nos hayan servido para probar la necesidad de distinguir las dos lingüísticas.

Todo lo que se llama «gramática general» pertenece a la sincronia, pues solamente por los estados de lengua se establecen las diferentes relaciones que incumben a la gramática. En lo que sigue no vamos a encarar más que ciertos principios esenciales, sin los cuales no podríamos abordar los problemas más especiales de la estática ni explicar ios detalles de un estado de lengua.

De modo general es mucho más difícil hacer la lingüística estática que la histórica. Los hechos de evolución son más concretos y dicen más a la imaginación; las relaciones que en ellos se observan se anudan entre términos sucesivos que se perciben sin dificultad; es cómodo, y con frecuencia hasta divertido, seguir una serie de transformaciones. Pero la lingüística que se ocupa de valores y de relaciones coexistentes presenta dificultades mucho mayores.

En la práctica, un estado de lengua no es un punto, sino una extensión de tiempo más o menos larga durante la cual la suma de modificaciones acaecidas es mínima. Puede ser de diez años, una generación, un siglo, más todavía. Una lengua cambiará apenas durante un largo intervalo para sufrir en seguida transformaciones considerables en pocos años. Entre dos lenguas coexistentes en un mismo período, la una puede evolucionar mucho y la otra casi nada; en este último caso el estudio será necesariamente sincrónico, en el otro diacrónico. Un estado absoluto se define por la ausencia de cambios, y como a pesar de todo la lengua se transforma por poco que sea, estudiar un estado de lengua viene a ser prácticamente desdeñar los cambios poco importantes, del mismo modo que los

matemáticos desprecian las cantidades infinitesimales en ciertas operaciones, por ejemplo en el cálculo de logaritmos.

En la historia política se distingue la *época,* que es un punto del tiempo, y el *período,* que abarca cierta duración. Sin embargo, el historiador habla de la época de los Antoninos, de la época de las Cruzadas, cuando considera un conjunto de caracteres que han permanecido constantes durante ese tiempo. Se podría decir también que la lingüística estática se ocupa de épocas; pero *estado* es preferible; el comienzo y el fin de una época se señalan generalmente por alguna revolución más o menos brusca que tiende a modificar el estado de cosas establecido. La palabra *estado* nos evita hacer creer que ocurra algo semejante en la lengua. Además, el término *época,* precisamente por estar tomado de la historia, hace pensar menos en la lengua misma que en las circunstancias que la rodean y la condicionan; en una palabra, evoca más bien la idea de lo que hemos llamado la lingüística externa (ver pág. 48).

Por lo demás, la limitación en el tiempo no es la única dificultad que encontramos en la definición de un estado de lengua; el mismo problema se plantea a propósito del espacio. En suma, la noción de estado de lengua no puede ser más que aproximada. En lingüística estática, como en la mayoría de las ciencias, no hay demostración posible sin una simplificación convencional de los datos.

CAPÍTULO II

LAS ENTIDADES CONCRETAS DE LA LENGUA

§ 1. ENTIDADES Y UNIDADES. DEFINICIONES

Los signos de que se compone la lengua no son abstracciones, sino objetos reales (ver pág. 42); esos signos y sus relaciones son los que estudia la lingüística, y se les puede llamar las ***entidades concretas*** de esta ciencia.

Empecemos por recordar los principios que presiden toda la cuestión:

1 La entidad lingüística no existe más que gracias a la asociación del significante y del significado (ver pág. 92); si no se retiene más que uno de esos elementos, se desvanece; en lugar de un objeto concreto, sólo tenemos delante una abstracción. En todo momento se corre el peligro de no asir más que una parte de la entidad creyendo abarcarla en su totalidad; es lo que ocurriría, por ejemplo, si se dividiera la cadena hablada en sílabas; la sílaba no tiene valor más que en fonología. Una sucesión de sonidos sólo es lingüística si es soporte de una idea; tomada en sí misma no es más que la materia de un estudio fisiológico.

Lo mismo ocurre con el significado, si lo separamos de su significante. Conceptos como 'casa', 'blanco', 'ver', etc., considerados en sí mismos, pertenecen a la psicología; sólo se hacen entidades lingüísticas por asociación con imágenes acústicas; en la lengua, un concepto es una cualidad de la substancia fónica, como una sonoridad determinada es una cualidad del concepto.

Muchas veces se ha comparado esta unidad de dos caras con la unidad de la persona humana, compuesta de cuerpo y alma. La comparación es poco satisfactoria. Más acertadamente se podría pensar en un compuesto químico, el agua, por ejemplo: es una combinación de hidrógeno y de oxígeno; tomado aparte, ninguno de estos dos elementos tiene las propiedades del agua.

2 La entidad lingüística no está completamente determinada más que cuando está deslindada, separada de todo lo que la rodea en la cadena fónica. Estas entidades deslindadas o ***unidades*** son las que se oponen en el mecanismo de la lengua.

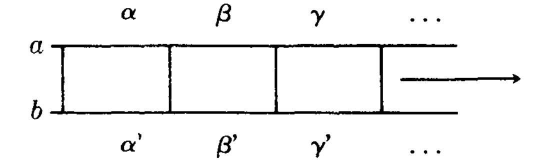
A primera vista nos podemos sentir tentados de equiparar los signos

lingüísticos a los signos visuales, que pueden coexistir en el espacio sin confundirse, y quizá nos imaginemos que se puede hacer del mismo modo la separación de los elementos significativos, sin necesidad de operación alguna de! espíritu. La palabra «forma» con que a menudo se les suele designar (cfr. la expresión «forma verbal», «forma nominal») contribuye a retenernos en ese error. Pero ya sabemos que la cadena fónica tiene como carácter primario el ser lineal (ver pág. 105).Considerada en sí misma, la cadena fónica no es más que una línea, una cinta continua, en la que el oído no percibe ninguna división suficiente y precisa; para eso hay que echar mano de las significaciones. Cuando oímos una lengua desconocida, somos incapaces de decir cómo deberá analizarse la secuencia de sonidos; y es que este análisis es imposible si no se tiene en cuenta más que el aspecto fónico del fenómeno lingüístico. Pero cuando sabemos qué sentido y qué papel hay que atribuir a cada parte de la cadena, entonces vemos deslindarse esas partes unas de otras, y la cinta amorfa se corta en fragmentos. Pues bien: este análisis nada tiene de material.

En resumen, la lengua no se presenta como un conjunto de signos deslindados de antemano, como si en ellos bastara estudiar la significación y la disposición; es una masa indistinta en la que la atención y el hábito son los únicos que nos pueden hacer hallar los elementos particulares. La unidad no tiene carácter fónico especial, y la única definición que se puede dar de ella es la siguiente: *una porción de sonoridad que, con exclusión de lo que precede y de lo que sigue en la cadena hablaba, es el significante de cierto concepto.*

§ 2. MÉTODO DE DELIMITACIÓN

Quien posee una lengua deslinda sus unidades con un método muy sencillo, por lo menos en teoría. Tal método consiste en colocarse en el habla, mirada como documento de lengua, y en representarla con dos cadenas paralelas, la de los conceptos *(a)* y la de las imágenes acústicas *(b).* Una delimitación correcta exige que las divisiones establecidas en la cadena acústica *(a, ß, γ...)* correspondan a las de la cadena de conceptos *(a',ß',γ'...):*



Sea en francés *sižlaprā:* ¿podré cortar esta cadena después de la *l* y tomar *sižl* como unidad? No: basta pensar en los conceptos para ver que tal división es falsa. La partición en sílabas *siž-la-prā* nada tiene tampoco de lingüístico a *priori.* Las únicas divisiones posibles son: 1ª, *si-ž-la-prā* («si je la prends»), y 2ª *si-ž-1-aprā* («si je l'apprends»), y están determinadas por el sentido que se dé a esas palabras.

Para verificar el resultado de esta operación y asegurarnos de que estamos de hecho ante una unidad, es preciso que, al comparar una serie de frases donde se encuentre la misma unidad, se la pueda en cada caso separar del resto del contexto, comprobando que el sentido autoriza la delimitación. Sean los dos miembros de frase *laforsdüvā* («la force du vent») y *abudf* o_c *rs* («à bout de force»): en uno y en otro el mismo concepto coincide con la misma porción fónica *fo*$_c$*rs;* es, pues, una unidad lin-güística. Pero en *ilm∂forsaparlẹ* («il me force à parler»), fo$_c$rs tiene un sentido completamente diferente; es, pues, otra unidad.

§ 3. DIFICULTADES PRÁCTICAS DE LA DELIMITACIÓN

¿Pero es de fácil aplicación este método, tan sencillo en teoría? Estaremos tentados de creerlo así si partimos de la idea de que las unidades que hay que deslindar son las palabras: pues ¿qué es una frase sino una combinación de palabras, y qué cosa hay más fácil de percibir? Así, para volver a un ejemplo anterior, se dirá que la cadena hablada *sižlaprā* se divide en cuatro unidades que nuestro análisis permite deslindar y que son otras tantas palabras: *si-je-l'-apprends.* Sin embargo, en seguida desconfiamos al recordar que se ha disputado mucho sobre la naturaleza de la palabra, y reflexionando un poco, se ve que lo que se entiende por palabra es incompatible con nuestra noción de unidad concreta.

Para convencernos, piénsese no más en fr. *cheval* ('caballo') y en su plural *chevaux.* Corrientemente se dice que son dos formas de una misma palabra; sin embargo, tomadas en su totalidad, son en verdad dos cosas distintas, ya por el sentido, ya por los sonidos. En fr. *mwa* 'mes' («le *mois* de décembre») y *mwaz* («un *mois* après»)[1], tenemos también la misma palabra con dos aspectos distintos, pero no hay duda de que tenemos ahí una unidad concreta: el sentido es en verdad el mismo, pero las porciones de sonoridad son diferentes. Así, cuando queremos equiparar las unidades concretas a palabras, nos encontramos ante un dilema: o bien ignorar

[1] ['Un mes después', la misma palabra *mois,* pronunciada sin la s final si sigue consonante y con la *s* si sigue vocal. A. A.]

la relación, sin embargo evidente, que une *cheval* a *chevaux, mwa* a *mwaz, etc.,* y decir que son palabras distintas, o bien, en vez de unidades concretas, contentarse con la abstracción que reúne las diversas formas de una misma palabra. Hay que buscar la unidad concreta fuera de las palabras. Además, muchas palabras son unidades complejas, en las que es fácil distinguir subunidades (sufijos, prefijos, radicales); derivados como *verdoso, polvoroso* se dividen en partes distintas, cada una con su sentido y su papel evidentes. Al revés, hay unidades mayores que las palabras: los compuestos *(portaplumas),* las locuciones *(por favor),* las formas de flexión *(ha sido),* etc. Pero estas unidades oponen a la delimitación las mismas dificultades que las palabras propiamente dichas, y resulta extremadamente difícil desenredar en una cadena fónica el juego de las unidades que contiene y decir sobre qué elementos concretos opera una lengua.

Sin duda los sujetos hablantes no conocen esta dificultad; todo lo que sea significativo en un grado cualquiera les resulta elemento concreto y lo distinguen infaliblemente en el discurso. Pero una cosa es sentir ese juego rápido y delicado de unidades, y otra darse cuenta de él por medio de un análisis metódico.

Una teoría muy extendida pretende que las únicas unidades concretas son las oraciones: no hablamos más que por oraciones, y luego desglosamos las palabras. Pero, en primer lugar, ¿hasta qué punto pertenece la oración a la lengua?(ver pág. 148). Si es cosa exclusiva del habla, imposible pasar por unidad lingüística. Admitamos, sin embargo, que se descarta esta dificultad. Si nos figuramos el conjunto de oraciones capaces de ser pronunciadas, su carácter más sorprendente es el de no asemejarse absolutamente entre sí. A primera vista se inclina uno a equiparar la inmensa diversidad de oraciones a la diversidad no menor de los individuos que componen una especie zoológica; pero es una ilusión: en los animales de una misma especie los caracteres comunes son mucho más importantes que las diferencias que los separan; en las oraciones, al revés, lo que domina es la diversidad, y cuando queremos buscar qué es lo que las une a través de esa diversidad, nos encontramos, sin haberlo buscado, con la palabra y sus caracteres gramaticales, cayendo así en las mismas dificultades.

§ 4. CONCLUSIÓN

En la mayoría de los dominios que son objeto de la ciencia, la cuestión de las unidades ni siquiera se plantea: están dadas desde un comienzo. Así, en zoología, es el animal lo que se ofrece desde el primer momento.

La astronomía opera también con unidades separadas en el espacio: los astros; en química, se puede estudiar la naturaleza y la composición del bicromato de potasio sin dudar un solo instante de que sea un objeto bien definido.

Cuando una ciencia no presenta unidades concretas inmediatamente reconocibles es que las unidades no son esenciales. En historia, por ejemplo, ¿es el individuo, la época, la nación? No se sabe, pero ¿qué importa? Se puede hacer obra histórica sin haber dilucidado este punto.

Pero así como el juego de ajedrez está todo entero en la combinación de las diferentes piezas, así también la lengua tiene el carácter de un sistema basado completamente en la oposición de sus unidades concretas. No podemos ni dispensarnos de conocerlas ni dar un paso sin recurrir a ellas; y sin embargo su deslindamiento es un problema tan delicado, que nos preguntamos si tales unidades existen en realidad.

La lengua presenta, pues, el extraño y sorprendente carácter de no ofrecer entidades perceptibles a primera vista, sin que por eso se pueda dudar de que existan y de que el juego de ellas es lo que la constituye. Éste es sin duda un rasgo que la distingue de todas las otras instituciones semiológicas.

CAPÍTULO III

IDENTIDAD, REALIDAD, VALORES

La reflexión que acabamos de hacer nos coloca ante un problema tanto más importante cuanto que en lingüística estática toda noción primordial depende directamente de la idea que nos hagamos de la unidad, y hasta se confunde con ella. Esto es lo que quisiéramos mostrar sucesivamente a propósito de las nociones de identidad, de realidad y de valor sincrónico.

A. ¿Qué es una *identidad* sincrónica? No se trata aquí de la identidad que une la negación *nada* con el participio latino *natam* (rem *natam* = 'cosa nacida'), identidad del orden diacrónico —ya lo estudiaremos más adelante, (ver pág. 207 y sig.)—, sino de esa otra, no menos interesante, en virtud de la cual declaramos que dos frases como «no sé *nada*» y «no le digas *nada* de esto» contienen el mismo elemento. Cuestión ociosa, se dirá: hay identidad porque en las dos oraciones la misma porción de sonoridad *(nada)* [1] está revestida de la misma significación. Pero esta explicación es insuficiente, porque si la correspondencia de los trozos fónicos y de los conceptos prueba la identidad (ver más arriba «la *force* du vent» y «à bout de *force*»), lo recíproco no es verdadero: puede haber identidad sin esa correspondencia. Cuando en una conferencia se oye repetir en varias ocasiones la palabra *¡señores!*, se tiene el sentimiento de que se trata cada vez de la misma expresión, y sin embargo las variaciones del volumen del soplo y de la entonación la presentan, en los diversos pasajes, con diferencias fónicas muy apreciables, tan apreciables como las que sirven en otras ocasiones para distinguir palabras diferentes (cfr. fr. *pomme* 'manzana' y *paume* 'palma'; *goutte* 'gota' y *je goûte* 'yo gusto', *fuir* 'huir' *y fouir* 'abrir un hoyo'); además, ese sentimiento de identidad persiste, aunque desde el punto de vista semántico tampoco haya identidad absoluta entre un *¡señores!* y otro, lo mismo que una palabra puede expresar ideas muy diferentes sin que su identidad resulte seriamente comprometida (cfr. «*adoptar* una moda» y *«adoptar* un niño», «la *flor* del naranjo» y «la *flor* de la nobleza», etcétera).

[1] [Los ejemplos del original son: en vez de *nada,* la negación francesa pas, que deriva del latín *passum* 'paso': las dos frases contrapuestas son: «je ne sais *pas*» y «ne dites *pas* cela». A. A.]

El mecanismo lingüístico gira todo él sobre identidades y diferencias, siendo éstas la contraparte de aquéllas. El problema de las identidades, pues, se vuelve a encontrar en todas partes; pero también se confunde parcialmente con el de las entidades y de las unidades, del cual no es más que una complicación, por lo demás fecunda. Este carácter se desprende bien de la comparación con algunos hechos tomados de fuera del lenguaje. Así, hablamos de identidad a propósito de dos expresos «Ginebra-París, 8.45 de la noche», que salen con veinticuatro horas de intervalo. A nuestros ojos es el mismo expreso y, sin embargo, probablemente la locomotora, los vagones, el personal, todo es diferente. O bien si una calle es destruida y luego reconstruida decimos que es la misma calle, aunque materialmente quizá no subsista nada de la antigua. ¿Por qué se puede reconstruir una calle de arriba a abajo sin que deje de ser la misma? Porque la entidad que la constituye no es puramente material; está fundada en ciertas condiciones a que es extraña su materia ocasional, por ejemplo su situación con respecto a las otras calles; parejamente, lo que hace al expreso es su hora de salida, su itinerario y en general todas las circunstancias que lo distinguen de los otros expresos. Siempre que se realicen las mismas condiciones se obtienen las mismas entidades. Y sin embargo tales entidades no son abstractas, puesto que una calle o un expreso no se conciben fuera de una realización material.

Opongamos a los casos precedentes este otro —tan diferente— de un traje que me hubieran robado y que yo encuentro en la tienda de un ropavejero. Aquí se trata de una entidad material, que reside únicamente en la substancia inerte, el paño, el forro, los adornos, etc. Otro traje, por parecido que sea al primero, no será el mío. Pero la identidad lingüística no es la del traje, sino la del expreso y de la calle. Cada vez que empleo la palabra *¡señores!* renuevo la materia; es un nuevo acto fónico y un nuevo acto psicológico. El lazo entre los dos empleos de la misma palabra no se basa ni en la identidad material, ni en la exacta semejanza de sentidos, sino en elementos que habrá que investigar y que nos harán llegar a la naturaleza verdadera de las unidades lingüísticas.

B. ¿Qué es una *realidad* sincrónica? ¿Qué elementos concretos o abstractos de la lengua se pueden llamar así?

Sea por ejemplo la distinción de las partes de la oración: ¿en qué se funda la clasificación de las palabras en sustantivos, adjetivos, etc.? ¿Se hace en nombre de un principio puramente lógico, extralingüístico, aplicado desde fuera a la gramática como los grados de longitud y de latitud al globo terrestre? ¿O bien corresponde a algo que tiene su sitio en el sistema de la lengua y está condicionado por ella? En una palabra ¿es una

realidad sincrónica? Esta segunda suposición parece la probable, pero se podría defender la primera. ¿Es que en la frase francesa «ces gants sont *bon marché*» ('estos guantes son baratos'), *bon marché* es un adjetivo? Lógicamente tiene ese sentido, pero gramaticalmente la cosa es más dudosa, porque *bon marché* no se comporta como un adjetivo (es invariable, nunca se coloca delante del sustantivo, etc.); por otro lado está compuesto de dos palabras; ahora bien, justamente la distinción de las partes de la oración debe servir para clasificar las palabras de la lengua: ¿cómo se podrá atribuir a una de esas «partes» un grupo de palabras? Pero al revés, no comprendemos bien esta expresión si decimos que *bon* ('bueno') es un adjetivo y *marché* ('mercado, precio'), un sustantivo. Por lo tanto aquí tenemos una clasificación defectuosa o incompleta; la distinción de las palabras en sustantivos, verbos, adjetivos, etc., no es una realidad lingüística innegable.

Así la lingüística trabaja sin cesar con conceptos forjados por los gramáticos, y sin saber si corresponden realmente a factores constitutivos del sistema de la lengua. ¿Pero cómo saberlo? Y si son fantasmas ¿qué realidad oponerles?

Para librarnos de ilusiones, hay que convencerse primero de que las entidades concretas de la lengua no se presentan por sí mismas a nuestra observación. Pero si intentamos asirlas, nos pondremos en contacto con lo real; partiendo de ahí se podrán elaborar todas las clasificaciones que la lingüística necesita para ordenar los hechos de su competencia. Por otro lado, fundar esas clasificaciones en otra cosa que las entidades concretas —decir, por ejemplo, que las partes del discurso son factores de la lengua sencillamente porque corresponden a categorías lógicas— es olvidar que no hay hechos lingüísticos independientes de una materia fónica dividida en elementos significativos.

C. Por último, todas las nociones estudiadas en este parágrafo no difieren esencialmente de lo que hemos llamado *valores.* Otra comparación más con el juego de ajedrez nos lo hará comprender (ver pág. 113 y sigs.). Tomemos un caballo: ¿es por sí mismo un elemento del juego? Seguramente no, porque con su materialidad pura, fuera de su casilla y de las demás condiciones del juego, no representa nada para el jugador, y no resulta elemento real y concreto más que una vez que esté revestido de su valor y haciendo cuerpo con él. Supongamos que en el transcurso de una partida esta pieza viene a ser destruida o extraviada: ¿se la puede reemplazar por otra equivalente? Ciertamente: no sólo otro caballo, hasta cualquier figura sin semejanza alguna con él será declarada idéntica, con tal de que se le atribuya el mismo valor. Se ve, pues, que en los sistemas se-

miológicos, como la lengua, donde los elementos se mantienen recíprocamente en equilibrio según reglas determinadas, la noción de identidad se confunde con la de valor y recíprocamente.

He aquí por qué en definitiva la noción de valor recubre las de unidad, de entidad concreta y de realidad. Pero si no existe diferencia alguna fundamental entre estos diversos aspectos, resulta que el problema se puede plantear sucesivamente en varias formas. Ya se intente determinar la unidad, la realidad, la entidad concreta o el valor, siempre plantearemos y volveremos a plantear la misma cuestión central que domina toda la lingüística estática.

Desde el punto de vista práctico, sería interesante comenzar por las unidades, por determinarlas y por hacerse idea de su diversidad clasificándolas. Habría que averiguar en qué se funda la división en palabras —pues la palabra, no obstante la dificultad de definirla, es una unidad que se impone al espíritu, algo central en el mecanismo de la lengua—; pero éste sería un tema que llenaría por sí solo un volumen. Luego se tendría que clasificar las subunidades más amplias, etc. Determinando así los elementos que maneja, nuestra ciencia cumpliría su tarea completa, pues habría reducido todos los fenómenos de su competencia a su principio primordial. No se puede decir que alguna vez se hayan colocado los lingüistas ante este problema central, ni que se haya comprendido su importancia y su dificultad; en materia de lengua siempre se han contentado los investigadores con operar sobre unidades mal definidas.

Sin embargo, a pesar de la importancia capital de las unidades, es preferible abordar el problema por el lado del valor porque ése es, para nosotros, su aspecto primero.

CAPÍTULO IV

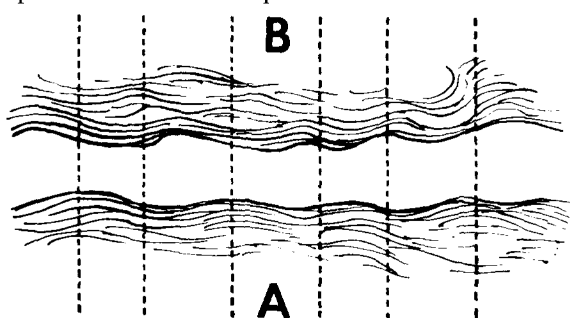
EL VALOR LINGÜÍSTICO

§ 1. LA LENGUA COMO PENSAMIENTO ORGANIZADO EN LA MATERIA FÓNICA

Para darse cuenta de que la lengua no puede ser otra cosa que un sistema de valores puros, basta considerar los dos elementos que entran en juego en su funcionamiento: las ideas y los sonidos.

Psicológicamente, hecha abstracción de su expresión por medio de palabras, nuestro pensamiento no es más que una masa amorfa e indistinta. Filósofos y lingüistas han estado siempre de acuerdo en reconocer que, sin la ayuda de los signos, seríamos incapaces de distinguir dos ideas de manera clara y constante. Considerado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua.

Frente a este reino flotante, ¿ofrecen los sonidos por sí mismos entidades circunscriptas de antemano? Tampoco. La substancia fónica no es más fija ni más rígida; no es un molde a cuya forma el pensamiento deba acomodarse necesariamente, sino una materia plástica que se divide a su vez en partes distintas para suministrar los significantes que el pensamiento necesita. Podemos, pues, representar el hecho lingüístico en su conjunto, es decir, la lengua, como una serie de subdivisiones contiguas marcadas a la vez sobre el plano indefinido de las ideas confusas (A) y sobre el no menos indeterminado de los sonidos *(B).* Es lo que aproximadamente podríamos representar en este esquema:



El papel característico de la lengua frente al pensamiento no es el de crear un medio fónico material para la expresión de las ideas, sino el de

servir de intermediana entre el pensamiento y el sonido, en condiciones tales que su unión lleva necesariamente a deslindamientos recíprocos de unidades. El pensamiento, caótico por naturaleza, se ve forzado a precisarse al descomponerse. No hay, pues, ni materialización de los pensamientos, ni espiritualización de los sonidos, sino que se trata de ese hecho en cierta manera misterioso: que el «pensamiento-sonido» implica divisiones y que la lengua elabora sus unidades al constituirse entre dos masas amorfas. Imaginemos el aire en contacto con una capa de agua: si cambia la presión atmosférica, la superficie del agua se descompone en una serie de divisiones, esto es, de ondas; esas ondulaciones darán una idea de la unión y, por así decirlo, de la ensambladura del pensamiento con la materia fónica.

Se podrá llamar a la lengua el dominio de las articulaciones, tomando esta palabra en el sentido definido en la página 38, cada término lingüístico es un miembro, un *articulus* donde se fija una idea en un sonido y donde un sonido se hace el signo de una idea.

La lengua es también comparable a una hoja de papel: el pensamiento es el anverso y el sonido el reverso: no se puede cortar uno sin cortar el otro; así tampoco en la lengua se podría aislar.el sonido del pensamiento, ni el pensamiento del sonido; a tal separación sólo se llegaría por una abstracción y el resultado sería hacer psicología pura o fonología pura.

La lingüística trabaja, pues, en el terreno limítrofe donde los elementos de dos órdenes se combinan; *esta combinación produce una forma, no una sustancia*.

Estas miras hacen comprender mejor lo que hemos dicho en la página 93 sobre lo arbitrario del signo. No solamente son confusos y amorfos los dos dominios enlazados por el hecho lingüístico, sino que la elección que se decide por tal porción acústica para tal idea es perfectamente arbitraria. Si no fuera éste el caso, la noción de valor perdería algo de su carácter, ya que contendría un elemento impuesto desde fuera. Pero de hecho los valores siguen siendo enteramente relativos, y por eso el lazo entre la idea y el sonido es radicalmente arbitrario.

A su vez lo arbitrario del signo nos hace comprender mejor por qué el hecho social es el único que puede crear un sistema lingüístico. La colectividad es necesaria para establecer valores cuya única razón de ser está en el uso y en el consenso generales; el individuo por sí solo es incapaz de fijar ninguno.

Además, la idea de valor, así determinada, nos muestra cuan ilusorio es considerar un término sencillamente como la unión de cierto sonido con cierto concepto. Definirlo así sería aislarlo del sistema de que forma par te; sería creer que se puede comenzar por los términos y construir el sistema haciendo la suma, mientras que, por el contrario, hay que partir de la totalidad solidaria para obtener por análisis los elementos que encierra.

Para desarrollar esta tesis nos pondremos sucesivamente en el punto de vista del significado o concepto (§2), en el del significante (§3) y en el del signo total (§4).

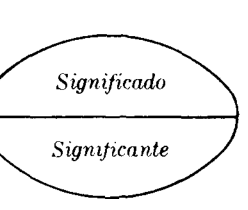
No pudiendo captar directamente las entidades concretas o unidades de la lengua, operamos sobre las palabras. Las palabras, sin recubrir exactamente la definición de la unidad lingüistica (ver pág. 129 ysig.), por lo menos dan de ella una idea aproximada que tiene la ventaja de ser concreta; las tomaremos, pues, como muestras equivalentes de los términos reales de un sistema sincrónico, y los principios obtenidos a propósito de las palabras serán válidos para las entidades en general.

§ 2. EL VALOR LINGÜÍSTICO CONSIDERADO EN SU ASPECTO CONCEPTUAL

Cuando se habla del valor de una palabra, se piensa generalmente, y sobre todo, en la propiedad que tiene la palabra de representar una idea, y, en efecto, ése es uno de los aspectos del valor lingüístico. Pero si fuera así, ¿en qué se diferenciaría el valor de lo que se llama *significación?* ¿Serían sinónimas estas dos palabras? No lo creemos, aunque sea fácil la confusión, sobre todo porque está provocada menos por la analogía de los términos que por la delicadeza de la distinción que señalan.

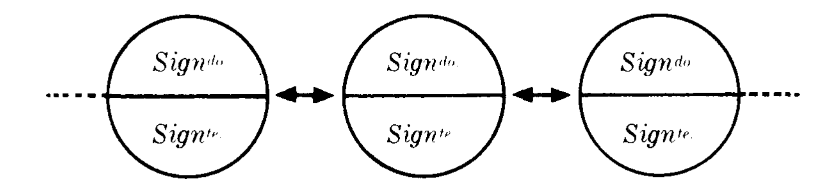
El valor, tomado en su aspecto conceptual, es sin duda un elemento de la significación, y es muy difícil saber cómo se distingue la significación a pesar de estar bajo su dependencia. Sin embargo, es necesario poner en claro esta cuestión so pena de reducir la lengua a una simple nomenclatura (ver pág. 91).

Tomemos primero la significación tal como se suele presentar *y* tal como la hemos imaginado en la página 92. No es, como ya lo indican las flechas de la figura, más que la contraparte de la imagen auditiva. Todo queda entre la imagen auditiva y el concepto, en los límites de la palabra considerada como un dominio cerrado, existente por sí mismo.



Pero véase el aspecto paradójico de la cuestión: de un lado, el concepto se nos aparece como la contraparte de la imagen auditiva en el interior del signo, y, de otro, el signo mismo, es decir, la relación que une esos dos elementos es también, y de igual modo, la contraparte de los otros signos de la lengua.

Puesto que la lengua es un sistema en donde todos los términos son solidarios y donde el valor de cada uno no resulta más que de la presencia simultánea de los otros, según este esquema:



¿cómo es que el valor, así definido, se confundirá con la significación, es decir, con la contraparte de la imagen auditiva? Parece imposible equiparar las relaciones figuradas aquí por las flechas horizontales con las que están representadas en la figura anterior por las flechas verticales. Dicho de otro modo —para insistir en la comparación de la hoja de papel que se desgarra (página 137)—, no vemos por qué la relación observada entre distintos trozos A, B, C, D, etc., no ha de ser distinta de la que existe entre el anverso y el reverso de un mismo trozo, A/A', B/B', etcétera.

Para responder a esta cuestión, consignemos primero que, incluso fuera de la lengua, todos los valores parecen regidos por ese principio paradójico. Los valores están siempre constituidos:

1° por una cosa *desemejante* susceptible de ser *trocada* por otra cuyo valor está por determinar;

2° por cosas *similares* que se pueden *comparar* con aquella cuyo valor está por ver.

Estos dos factores son necesarios para la existencia de un valor. Así, para determinar lo que vale una moneda de cinco francos hay que saber: 1° que se la puede trocar por una cantidad determinada de una cosa diferente, por ejemplo, de pan; 2° que se la puede comparar con un valor similar del mismo sistema, por ejemplo, una moneda de un franco, o con una moneda de otro sistema (un dólar, etc.). Del mismo modo una palabra puede trocarse por algo desemejante: una idea; además, puede compararse con otra cosa de la misma naturaleza: otra palabra. Su valor, pues, no estará fijado mientras nos limitemos a consignar que se puede «trocar» por tal o cual concepto, es decir, que tiene tal o cual significación; hace falta además compararla con los valores similares, con las otras palabras que se le pueden oponer. Su contenido no está verdaderamente determinado más que por el concurso de lo que existe fuera de ella. Como la palabra forma parte de un sistema, está revestida, no sólo de una significación, sino también, y sobre todo, de un valor, lo cual es cosa muy diferente.

Algunos ejemplos mostrarán que es así como efectivamente sucede. El español *carnero* o el francés *mouton* pueden tener la misma significación que el inglés *sheep,* pero no el mismo valor, y eso por varias razones, en particular porque al hablar de una porción de comida ya cocinada y servida a la mesa, el inglés dice *mutton* y no *sheep.* La diferencia de valor

entre *sheep* y *mouton* o *carnero* consiste en que *sheep* tiene junto a sí un segundo término, lo cual no sucede con la palabra francesa ni con la española.

Dentro de una misma lengua, todas las palabras que expresan ideas vecinas se limitan recíprocamente: sinónimos como *recelar, temer, tener miedo,* no tienen valor propio más que por su oposición; si *recelar* no existiera, todo su contenido iría a sus concurrentes. Al revés, hay términos que se enriquecen por contacto con otros; por ejemplo, el elemento nuevo introducido en *décrépit* («un vieillard *décrépit*», ver pág. 108) resulta de su coexistencia con *décrépi* («un mur *décrépi»)* [1]. Así el valor de todo término está determinado por lo que lo rodea; ni siquiera de la palabra que significa 'sol' se puede fijar inmediatamente el valor si no se considera lo que la rodea; lenguas hay en las que es imposible decir «sentarse al *sol*».

Lo que hemos dicho de las palabras se aplica a todo término de la lengua, por ejemplo, a las entidades gramaticales. Así, el valor de un plural español o francés no coincide del todo con el de un plural sánscrito, aunque la mayoría de las veces la significación sea idéntica: es que el sánscrito posee tres números en lugar de dos *(mis ojos, mis orejas, mis brazos, mis piernas,* etc., estarían en dual); sería inexacto atribuir el mismo valor al plural en sánscrito y en español o francés, porque el sánscrito no puede emplear el plural en todos los casos donde es regular en español o en francés; su valor depende, pues, verdaderamente de lo que está fuera y alrededor de él.

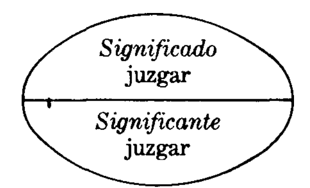
Si las palabras estuvieran encargadas de representar conceptos dados de antemano, cada uno de ellos tendría, de lengua a lengua, correspondencias exactas para el sentido; pero no es así. El francés dice «*louer* (une maison)» y el español *alquilar,* indiferentemente por 'tomar' o 'dar en alquiler'', mientras el alemán emplea dos términos: *mieten* y *vermieten;* no hay, pues, correspondencia exacta de valores. Los verbos *schätzen* y *urteilen* presentan un conjunto de significaciones que corresponden a bulto a las palabras francesas *estimer* y *juger,* esp. *estimar* y *juzgar.* Sin embargo, en varios puntos esta correspondencia falla.

La flexión ofrece ejemplos particularmente notables. La distinción de los tiempos, que nos es tan familiar, es extraña a ciertas lenguas; el hebreo ni siquiera conoce la distinción, tan fundamental, entre el pasado, el presente y el futuro. El protogermánico no tiene forma propia para el futuro: cuando se dice que lo expresa con el presente, se habla impropiamente, pues el valor de un presente no es idéntico en germánico y en las lenguas que tienen un futuro junto al presente. Las lenguas eslavas dis-

[1] [O con nuestro ejemplo español: el elemento nuevo introducido en el uso argentino de *latente* («un entusiasmo *latente»)* resulta de su coexistencia con *latir* («un corazón *latiente»).* A.A.]

tinguen regularmente dos aspectos del verbo: el perfectivo representa la acción en su totalidad, como un punto, fuera de todo desarrollarse; el imperfectivo la muestra en su desarrollo y en la línea del tiempo. Estas categorías presentan dificultades para un francés o para un español porque sus lenguas las ignoran: si estuvieran predeterminadas, no sería así. En todos estos casos, pues, sorprendemos, en lugar de *ideas* dadas de antemano, valores que emanan del sistema. Cuando se dice que los valores corresponden a conceptos, se sobreentiende que son puramente diferenciales, definidos no positivamente por su contenido, sino negativamente por sus relaciones con los otros términos del sistema. Su más exacta característica es la de ser lo que los otros no son [1].

Ahora se ve la interpretación real del esquema del signo. Así quiere



decir que en español un concepto 'juzgar' está unido a la imagen acústica *juzgar;* en una palabra, simboliza la significación; pero bien entendido que ese concepto nada tiene de inicial, que no es más que un valor determinado por sus relaciones con los otros valores similares, y que sin ellos la significación no existiría. Cuando afirmo simplemente que una palabra significa tal cosa, cuando me atengo a la asociación de la imagen acústica con el concepto, hago una operación que puede en cierta medida ser exacta y dar una idea de la realidad; pero de ningún modo expreso el hecho lingüístico en su esencia y en su amplitud.

§ 3. EL VALOR LINGÜÍSTICO CONSIDERADO EN SU ASPECTO MATERIAL

Si la parte conceptual del valor está constituida únicamente por sus conexiones y diferencias con los otros términos de la lengua, otro tanto se puede decir de su parte material. Lo que importa en la palabra no es el sonido por sí mismo, sino las diferencias fónicas que permiten distinguir

[1] [Por ejemplo: para designar temperaturas, *tibio es* lo que no *es frío* ni *caliente;* para designar distancias, *ahí* es lo que no es *aquí* ni *allí; esto* lo que no es *eso* ni *aquello.* El inglés, que tiene dos términos, *this y that,* en lugar de nuestros tres, *este, ese, aquel,* presenta otro juego de valores. A A.]

una palabra de todas las demás, pues ellas son las que llevan la significación.

Quizá esto sorprenda, pero en verdad ¿dónde habría la posibilidad de lo contrario? Puesto que no hay imagen vocal que responda mejor que otra a lo que se le encomienda expresar, es evidente, hasta *a priori*, que nunca podrá un fragmento de lengua estar fundado, en último análisis, en otra cosa que en su no-coincidencia con el resto. *Arbitrario* y *diferencial* son dos cualidades correlativas.

La alteración de los signos lingüísticos patentiza bien esta correlación; precisamente porque los términos a y *b* son radicalmente incapaces de llegar como tales hasta las regiones de la conciencia —la cual no percibe perpetuamente más que la diferencia a/b—, cada uno de los términos queda libre para modificarse según leyes ajenas a su función significativa. El genitivo plural checo *žen* no está caracterizado por ningún signo positivo (ver pág. 112); sin embargo, el grupo de formas *žena : žen* funciona también como el de *žena :* žen que le ha precedido; es que lo único que entra en juego es la diferencia de los signos; *žena* vale sólo porque es diferente.

Otro ejemplo que hace ver todavía mejor lo que hay de sistemático en este juego de las diferencias fónicas: en griego *éphēn* es un imperfecto y *estén* un aoristo, aunque ambos están formados de manera idéntica; es que el primero pertenece al sistema del indicativo presente *phēmí* 'digo', mientras que no hay presente **stēmi;* ahora bien, la relación *phēmí-éphen* es justamente la que corresponde a la relación entre el presente y el imperfecto (cfr. *deíknūmi-edeíknūn),* etc. Estos signos actúan, pues, no por su valor intrínseco, sino por su posición relativa.

Por lo demás, es imposible que el sonido, elemento material, pertenezca por sí a la lengua. Para la lengua no es más que una cosa secundaria, una materia que pone en juego. Todos los valores convencionales presentan este carácter de no confundirse con el elemento tangible que les sirve de soporte. Así no es el metal de una moneda lo que fija su valor; un escudo que vale nominalmente cinco francos no contiene de plata más que la mitad de esa suma; y valdrá más o menos con tal o cual efigie, más o menos a este o al otro lado de una frontera política. Esto es más cierto todavía en el significante lingüístico; en su esencia, de ningún modo es fónico, es incorpóreo, constituido, no por su sustancia material, sino únicamente por las diferencias que separan su imagen acústica de todas las demás.

Este principio es tan esencial, que se aplica a todos los elementos materiales de la lengua, incluidos los fonemas. Cada idioma compone sus

palabras a base de un sistema de elementos sonoros, cada uno de los cuales forma una unidad netamente deslindada y cuyo número está perfectamente determinado. Pero lo que los caracteriza no es, como se podría creer, su cualidad propia y positiva, sino simplemente el hecho de que no se confunden unos con otros. Los fonemas son ante todo entidades opositivas, relativas y negativas.

Y lo prueba el margen y la elasticidad de que los hablantes gozan para la pronunciación con tal que los sonidos sigan siendo distintos unos de otros. Así, en francés, el uso general de la *r* uvular *(grasseyé)* no impide a muchas personas el usar la *r* apicoalveolar *(roulé);* la lengua no queda por eso dañada; la lengua no pide más que la diferencia, y sólo exige, contra lo que se podría pensar, que el sonido tenga una cualidad invariable. Hasta puedo pronunciar la *r* francesa como la *ch* alemana de *Bach, doch [= j* española de *reloj, boj],* mientras que un alemán (que tiene también la *r* uvular) no podría emplear la *ch* como *r,* porque esa lengua reconoce los dos elementos y debe distinguirlos. Lo mismo, en ruso, no habría margen para una *t* junto a una *t' (t* mojada, de contacto amplio), porque el resultado sería el confundir dos sonidos diferentes para la lengua (cfr. *govorit'* «hablar» y *govorit* «él habla»), pero en cambio habrá una libertad mayor del lado de la *th (t* aspirada), porque este sonido no está previsto en el sistema de los fonemas del ruso.

Como idéntico estado de cosas se comprueba en ese otro sistema de signos que es la escritura, lo tomaremos como término de comparación para aclarar toda esta cuestión. De hecho:

1° los signos de la escritura son arbitrarios; ninguna conexión, por ejemplo, hay entre la letra *t* y el sonido que designa.

2° el valor de las letras es puramente negativo y diferencial; así una misma persona puede escribir la *t* con variantes tales como

Lo único esencial es que ese signo no se confunda en su escritura con el de la *l,* de la *d,* etcétera.

3° los valores de la escritura no funcionan más que por su oposición recíproca en el seno de un sistema definido, compuesto de un número determinado de letras. Este carácter, sin ser idéntico al segundo, está ligado a él estrechamente, porque ambos dependen del primero. Siendo el signo gráfico arbitrario, poco importa su forma, o, mejor, sólo tiene importancia en los límites impuestos por el sistema.

4° el medio de producción del signo es totalmente indiferente, porque no interesa al sistema (eso se deduce también de la primera característica). Escribamos las letras en blanco o en negro, en hueco o en relieve, con una pluma o con unas tijeras, eso no tiene importancia para la significación.

§ 4. EL SIGNO CONSIDERADO EN SU TOTALIDAD

Todo lo precedente viene a decir que *en la lengua no hay más que diferencias.* Todavía más: una diferencia supone, en general, términos positivos entre los cuales se establece; pero en la lengua *sólo hay diferencias sin términos positivos.* Ya se considere el significante, ya el significado, la lengua no comporta ni ideas ni sonidos preexistentes al sistema lingüístico, sino solamente diferencias conceptuales y diferencias fónicas resultantes de ese sistema. Lo que de idea o de materia fónica hay en un signo importa menos que lo que hay a su alrededor en los otros signos. La prueba está en que el valor de un término puede modificarse sin tocar ni a su sentido ni a su sonido, con sólo el hecho de que tal otro termino vecino haya sufrido una modificación (ver pág. 139).

Pero decir que en la lengua todo es negativo sólo es verdad en cuanto al significante y al significado tomados aparte: en cuanto consideramos el signo en su totalidad, nos hallamos ante una cosa positiva en su orden. Un sistema lingüístico es una serie de diferencias de sonidos combinados con una serie de diferencias de ideas; pero este enfrentamiento de cierto número de signos acústicos con otros tantos cortes hechos en la masa del pensamiento engendra un sistema de valores; y este sistema es lo que constituye el lazo efectivo entre los elementos fónicos y psíquicos en el interior de cada signo. Aunque el significante y el significado, tomado cada uno aparte, sean puramente negativos y diferenciales, su combinación es un hecho positivo; hasta es la única especie de hechos que comporta la lengua, puesto que lo propio de la institución lingüística es justamente el mantener el paralelismo entre esos dos órdenes de diferencias.

Ciertos hechos diacrónicos son muy característicos a este respecto: son los innumerables casos en que la alteración del significante acarrea la alteración de la idea, y donde se ve que en principio la suma de las ideas distinguidas corresponde a la suma de los signos distintivos. Cuando dos términos se confunden por alteración fonética (por ejemplo, *décrépit* = *decrepitus* y *décrépi* de *crispus),* las ideas tenderán a confundirse también por poco que se presten a ello. ¿Se diferencia un término (por ejem-

plo fr. *chaise* y *chaire* [dos variantes fonéticas de una misma palabra 'silla', del latin *cathedra])?*[1] Infaliblemente, la diferencia resultante tenderá a hacerse significativa, sin conseguirlo ni siempre ni al primer intento. Inversamente, toda diferencia ideal percibida por el espíritu tiende a expresarse por significantes distintos, y dos ideas que el espíritu deja de distinguir tienden a confundirse en el mismo significante.

Cuando se comparan los signos entre sí —términos positivos—, ya no se puede hablar de diferencia; la expresión sería impropia, puesto que no se aplica bien más que a la comparación de dos imágenes acústicas, por ejemplo *padre y madre,* o a la de dos ideas, por ejemplo la idea 'padre' y la idea 'madre'; dos signos que comportan cada uno un significado y un significante no son diferentes, sólo son distintos. Entre ellos no hay más que *oposición.* Todo el mecanismo del lenguaje, de que hablaremos luego, se basa en oposiciones de este género y en las diferencias fónicas y conceptuales que implican.

Lo que es verdad respecto al valor lo es también respecto a la unidad (ver pág. 134). Es un fragmento de la cadena hablada correspondiente a cierto concepto; uno y otro son de naturaleza puramente diferencial. Aplicado a la unidad, el principio de diferenciación se puede formular así: *los caracteres de la unidad se confunden con la unidad misma.* En la lengua, como en todo sistema semiológico, lo que distingue a un signo es todo lo que lo constituye. La diferencia es lo que hace la característica, como hace el valor y la unidad.

Otra consecuencia, bien paradójica, de este mismo principio: lo que comúnmente se llama «un hecho de gramática» responde en último análisis a la definición de la unidad, porque expresa siempre una oposición de términos; sólo que esta oposición resulta particularmente significativa, por ejemplo la formación del plural alemán del tipo *Nacht : Nächte.* Cada uno de los términos enfrentados en el hecho gramatical (el singular sin metafonía y sin *-e* final, opuesto al plural con metafonía y con *-e)* está constituido por todo un juego de oposiciones en el seno del sistema; tomados aisladamente, ni *Nacht* ni *Nächte* son nada: luego todo es oposición. Dicho de otro modo, se puede expresar la relación *Nacht : Nächte* con una fórmula algebraica a/6, donde a y *b* no son términos simples, sino que resulta cada uno de un conjunto de conexiones. La lengua, por decirlo así, es un álgebra que no tuviera más que términos complejos. Entre las oposiciones que abarca hay unas más significativas que otras; pero unidad y «hecho de

' [Por ejemplo, en español *conciencia* y *consciencia,* cuyos significados se polarizan respectivamente en el terreno moral y en el cognoscitivo. A. A.)

gramática» no son más que nombres diferentes para designar aspectos diversos de un mismo hecho general: el juego de oposiciones lingüísticas. Tan cierto es esto, que se podría muy bien abordar el problema de las unidades comenzando por los hechos de gramática. Planteando una oposición como *Nacht : Nächte,* por ejemplo, nos preguntaríamos cuáles son las unidades puestas en juego en esta oposición. ¿Son únicamente estas dos palabras o la serie entera de palabras análogas? ¿O bien *a y ä?* ¿O todos los singulares y todos los plurales, etcétera?

Unidad y hecho de gramática no se confundirían si los signos lingüísticos estuvieran constituidos por algo más que por diferencias. Pero siendo la lengua como es, de cualquier lado que se la mire no se encontrará cosa más simple: en todas partes y siempre este mismo equilibrio complejo de términos que se condicionan recíprocamente. Dicho de otro modo, *la lengua es una forma y no una sustancia* (ver pág. 137). Nunca nos percataremos bastante de esta verdad, porque todos los errores de nuestra terminología, todas las maneras incorrectas de designar las cosas de la lengua provienen de esa involuntaria suposición de que hay una substancia en el fenómeno lingüístico.

CAPÍTULO V

RELACIONES SINTAGMÁTICAS Y RELACIONES ASOCIATIVAS

§ 1. DEFINICIONES

Así, pues, en un estado de lengua todo se basa en relaciones; ¿y cómo funcionan esas relaciones?

Las relaciones y las diferencias entre términos se despliegan en dos esferas distintas, cada una generadora de cierto orden de valores; la oposición entre esos dos órdenes nos hace comprender mejor la naturaleza de cada uno. Ellos corresponden a dos formas de nuestra actividad mental, ambos indispensables a la vida de la lengua.

De un lado, en el discurso, las palabras contraen entre sí, en virtud de su encadenamiento, relaciones fundadas en el carácter lineal de la lengua, que excluye la posibilidad de pronunciar dos elementos a la vez (ver pág. 95). Los elementos se alinean uno tras otro en la cadena del habla. Estas combinaciones que se apoyan en la extensión se pueden llamar *sintagmas*[1]. El sintagma se compone siempre, pues, de dos o más unidades consecutivas (por ejemplo: *re-leer; contra todos; la vida humana; Dios es bueno; si hace buen tiempo, saldremos,* etc.). Colocado en un sintagma, un término sólo adquiere su valor porque se opone al que le precede o al que le sigue o a ambos.

Por otra parte, fuera del discurso, las palabras que ofrecen algo de común se asocian en la memoria, y así se forman grupos en el seno de los cuales reinan relaciones muy diversas. Así la palabra francesa *enseignement,* o la española *enseñanza,* hará surgir inconscientemente en el espíritu un montón de otras palabras *(enseigner, renseigner,* etc., o bien *armement, changement,* etc., o bien *éducation, apprentisage)*[2]*;* por un lado o por otro, todas tienen algo de común.

Ya se ve que estas coordinaciones son de muy distinta especie que las primeras. Ya no se basan en la extensión; su sede está en el cerebro, y for-

[1] Casi es inútil hacer observar que el estudio de los *sintagmas* no se confunde con la *sintaxis;* la sintaxis, como se verá luego (pág. 158 y sigs.) no es más que una parte de este estudio. (B. y S.)

[2] [Si se toma la palabra española *enseñanza,* las palabras asociadas serán *enseñar,* o bien *templanza, esperanza,* etc., o bien *educación, aprendizaje,* etc. A. A.]

man parte de ese tesoro interior que constituye la lengua de cada individuo. Las llamaremos *relaciones asociativas.*

La conexión sintagmática es *in praesentia;* se apoya en dos o más términos igualmente presentes en una serie efectiva. Por el contrario, la conexión asociativa une términos *in absentia* en una serie mnemónica virtual.

Desde este doble punto de vista una unidad lingüística es comparable a una parte determinada de un edificio, una columna por ejemplo; la columna se halla, por un lado, en cierta relación con el arquitrabe que sostiene; esta disposición de dos unidades igualmente presentes en el espacio hace pensar en la relación sintagmática; por otro lado, si la columna es de orden dórico, evoca la comparación mental con los otros órdenes (jónico, corintio, etc.), que son elementos no presentes en el espacio: la relación es asociativa.

Cada uno de estos dos órdenes de coordinación exige ciertas observaciones particulares.

§ 2. RELACIONES SINTAGMÁTICAS

Nuestros ejemplos de la página 147 ya dan a entender que la noción de sintagma no sólo se aplica a las palabras, sino también a los grupos de palabras, a las unidades complejas de toda dimensión y especie (palabras compuestas, derivadas, miembros de oración, oraciones enteras).

No basta considerar la relación que une las diversas partes de un sintagma (por ejemplo *contra y todos* en *contra todos, contra y maestre* en *contramaestre;* hace falta también tener en cuenta la relación que enlaza la totalidad con sus partes (por ejemplo *contra todos* opuesto de un lado a *contra y* de otro a *todos,* o *contramaestre* opuesto a *contra y* a *maestre).*

Aquí se podría hacer una objeción. La oración es el tipo del sintagma por excelencia. Pero la oración pertenece al habla, no a la lengua (ver pág. 41); ¿no se sigue de aquí que el sintagma pertenece al habla? No lo creemos así. Lo propio del habla es la libertad de combinaciones; hay, pues, que preguntarse si todos los sintagmas son igualmente libres.

Hay, primero, un gran número de expresiones que pertenecen a la lengua; son las frases hechas, en las que el uso veda cambiar nada, aun cuando sea posible dintinguir, por la reflexión, diferentes partes significativas (cfr. francés à *quoi bon?, allons donc!,* etc.)[1]. Y, aunque en menor

[1] [En español tienen esta condición frases como *¡Vamos, hombre!,* arg. *¡salí de ahí'* como negativa en oposición al interlocutor; *¿y a ti qué?,* etc. A. A.]

grado, lo mismo se puede decir de expresiones como *prendre la mouche, forcer la main à quelqu'un, rompre une lance,* o también *avoir mal à (la tête,* etc.), *à force de (soins,* etc.), *que vous en semble?, pas n'est besoin de...,* etc. [1], cuyo carácter usual depende de las particularidades de su significación o de su sintaxis.

Estos giros no se pueden improvisar; la tradición los suministra. Se pueden también citar las palabras que, aun prestándose perfectamente al análisis, se caracterizan por alguna anomalía morfológica mantenida por la sola fuerza del uso (cfr. en francés *difficulté* frente *a facilité,* etc., *mourrai* frente a *dormirai,* etc.)[2].

Y no es todo esto: hay que atribuir a la lengua, no al habla, todos los tipos de sintagmas construidos sobre formas regulares. En efecto, como nada hay de abstracto en la lengua, esos tipos sólo existen cuando la lengua ha registrado un número suficientemente grande de sus especímenes. Cuando una palabra como fr. *indécorable* o esp. *ingraduable* surge en el habla (ver pág. 147 y sig.), supone un tipo determinado, y este tipo a su vez sólo es posible por el recuerdo de un número suficiente de palabras similares que pertenecen a la lengua *(imperdonable, intolerable, infatigable,* etc.). Exactamente lo mismo pasa con las oraciones y grupos de palabras establecidos sobre patrones regulares; combinaciones como *la tierra gira, ¿qué te ha dicho?,* responden a tipos generales que a su vez tienen su base en la lengua en forma de recuerdos concretos.

Pero hay que reconocer que en el dominio del sintagma no hay límite señalado entre el hecho de lengua, testimonio del uso colectivo, y el hecho de habla, que depende de la libertad individual. En muchos casos es difícil clasificar una combinación de unidades, porque un factor y otro han concurrido para producirlo y en una proporción imposible de determinar.

8 3. RELACIONES ASOCIATIVAS

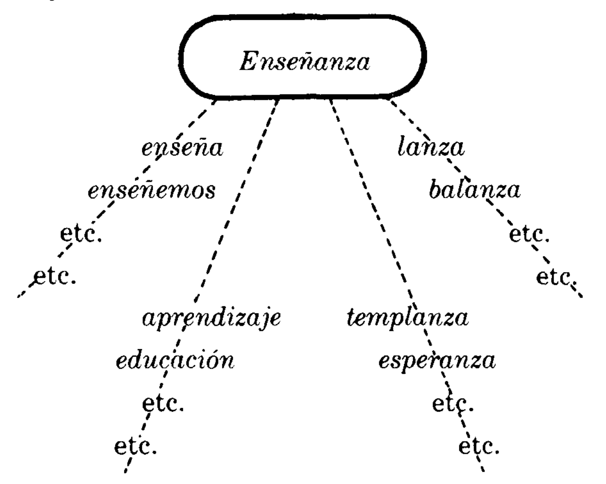
Los grupos formados por asociación mental no se limitan a relacionar los dominios que presentan algo de común; el espíritu capta también la naturaleza de las relaciones que los atan en cada caso y crea con ello tantas series asociativas como relaciones diversas haya. Así en *enseignefnent, enseigner, enseignons,* etc. *(enseñanza, enseñar, enseñemos),* hay un elemento común a todos los términos, el radical; pero la palabra *ensei-*

[1] [Frases de carácter equivalente en español: *ganar de mano,* arg. *pisar el poncho, romper una lanza, a fuerza de (cuidados,* etc.), *no hay por qué (hacer tal cosa), soltar la mosca* ('dar el dinero a pesar de la resistencia o repugnancia'). A. A.]

[2] [En español *querré* frente a *moriré, dificultad* frente *a facilidad.* A. A.]

gnement (o *enseñanza)* se puede hallar implicada en una serie basada en otro elemento común, el sufijo (cfr. *enseignement, armement, changement,* etc.; *enseñanza, templanza, esperanza, tardanza,* etc.); la asociación puede basarse también en la mera analogía de los significados *(enseñanza, instrucción, aprendizaje, educación,* etc.), o, al contrario, en la simple comunidad de las imágenes acústicas (por ejemplo, enseigne*ment* y juste*ment,* o bien enseña*nza* y la*nza*) [1]. Por consiguiente, tan pronto hay comunidad doble del sentido y de la forma, como comunidad de forma o de sentido solamente. Una palabra cualquiera puede siempre evocar todo lo que sea susceptible de estarle asociado de un modo o de otro.

Mientras que un sintagma evoca en seguida la idea de un orden de sucesión y de un número determinado de elementos, los términos de una familia asociativa no se presentan ni en número definido ni en un orden determinado. Si asociamos *dese-oso, calur-oso, temer-oso,* etc., nos sería imposible decir de antemano cuál será el número de palabras sugeridas por la memoria ni en qué orden aparecerán. Un término dado es como el centro de una constelación, el punto donde convergen otros términos coordinados cuya suma es indefinida.



[1] Este último caso es raro y puede pasar por anormal, pues el espíritu descarta naturalmente las asociaciones capaces de turbar la inteligencia del discurso; pero su existencia está probada por una categoría inferior de juegos de palabras que reposa en las confusiones absurdas que pueden resultar de la homonimia pura y simple, como cuando se dice en francés: -Les musiciens produisent les *sons* et les grainetiers les vendent» [o cuando el niño`sor-prendido en viña ajena suplica para evitar el castigo: «No me pegue usted, que tengo la barriga llena de *granos»].* Este caso debe distinguirse bien del otro en que una asociación, aunque sea fortuita, se pueda apoyar en un contacto de ideas (cfr. francés *ergot : ergoter,* alem. *blau : durchbläuen,* 'moler a palos', [esp. *señor : señero, migaja : miaja* (*medalia), *terror : aterrar)];* se trata aquí de una interpretación nueva de uno de los términos de la

Sin embargo, de estos dos caracteres de la serie asociativa, orden indeterminado y número indefinido, sólo el primero se cumple siempre; el segundo puede faltar. Es lo que ocurre en un tipo característico de este género de agrupaciones, los paradigmas de la flexión. En latín, en *dominus, dominī, dominō,* etc., tenemos ciertamente un grupo asociativo formado por un elemento común, el tema nominal *domin-;* pero la serie no es indefinida como la de *enseignement, changement,* etc.; el número de casos es determinado; por el contrario, su sucesión no está ordenada espacialmente, y si los gramáticos los agrupan de un modo y no de otro es por un acto puramente arbitrario; para la conciencia de los sujetos hablantes el nominativo no es de modo alguno el primer caso de la declinación, y los términos podrán surgir, según la ocasión, en tal o cual orden.

Pareja; éstos son casos de etimología popular (ver pág. 199); el hecho es interesante para la evolución semántica, pero desde el punto de vista sincrónico cae simplemente en la categoría *enseigner : enseignement,* arriba mencionados. (B. y S.)

CAPÍTULO VI

MECANISMO DE LA LENGUA

§ 1. LAS SOLIDARIDADES SINTAGMÁTICAS

El conjunto de diferencias fonéticas y conceptuales que constituyen la lengua resulta, pues, de dos especies de comparaciones: los contactos son ya asociativos, ya sintagmáticos; las agrupaciones de uno y otro orden, en gran medida, están establecidas por la lengua; este conjunto de relaciones usuales es lo que la constituye y lo que preside su funcionamiento.

Lo primero que nos sorprende en esta organización son las *solidaridades sintagmáticas:* casi todas las unidades de la lengua dependen, sea de lo que las rodea en la cadena hablada, sea de las partes sucesivas de que ellas mismas se componen.

La formación de palabras basta para probarlo. Una unidad como *deseoso* se descompone en dos subunidades *(dese-oso),* pero no como dos partes independientes juntadas una con otra *(dese + oso).* Es un producto, una combinación de dos elementos solidarios, que sólo tiene valor por su acción recíproca en una unidad superior *(dese* x *oso).* El sufijo, tomado aisladamente, es inexistente; lo que le da un puesto en la lengua es una serie de términos usuales tales como *calur-oso, mentir-oso, verd-oso,* etcétera. A su vez el radical no es autónomo; sólo existe por combinación con el sufijo; en el fr. *roul-is* el elemento *roul-* no es nada sin el sufijo que sigue [1]. La totalidad vale por sus partes, las partes valen también en virtud de su lugar en la totalidad, y por eso la relación sintagmática de la parte y del todo es tan importante como la de las partes entre sí.

Éste es un principio general que se verifica en todos los tipos de sintagmas enumerados más atrás, pág. 148; siempre comprobaremos unidades más vastas, compuestas a su vez de unidades más restringidas, guardando unas y otras relaciones de solidaridad recíproca.

La lengua presenta, es verdad, unidades independientes, sin relaciones sintagmáticas ni con sus partes ni con otras unidades. Equivalentes de oraciones como *sí, no, gracias,* etc., son buenos ejemplos. Pero este

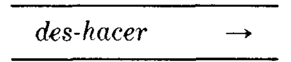
[1] [En el esp. *per-eza,* el elemento *per-* no es nada sin el sufijo que le sigue. A. A.)

hecho, por lo demás excepcional, no basta para comprometer el principio general. Por lo regular, no hablamos por signos aislados, sino por grupos de signos, por masas organizadas que son a su vez signos. En la lengua, todo se reduce a diferencias, pero todo se reduce también a agrupaciones. Este mecanismo, que consiste en un juego de términos sucesivos, se parece al funcionamiento de una máquina cuyas piezas tienen acción recíproca, aunque estén dispuestas en una sola dimensión.

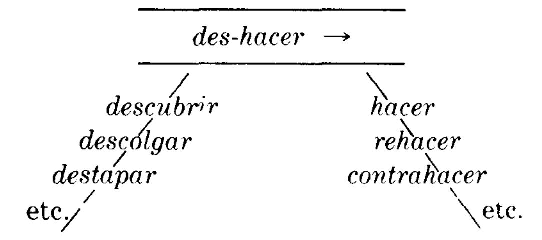
§ 2. FUNCIONAMIENTO SIMULTÁNEO DE LAS DOS FORMAS DE AGRUPAMIENTOS

Entre los agrupamientos sintagmáticos, así constituidos, hay un lazo de interdependencia; se condicionan recíprocamente. En efecto, la coordinación en el espacio contribuye a crear coordinaciones asociativas, y éstas a su vez son necesarias para el análisis de las partes del sintagma.

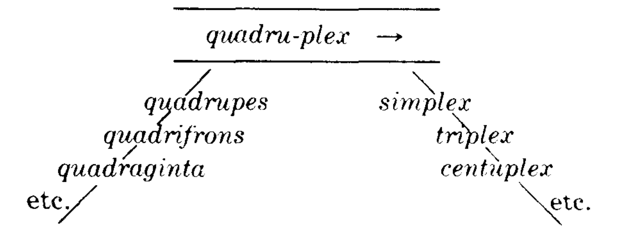
Sea el compuesto *des-hacer.* Podemos representarlo en una cinta horizontal correspondiente a la cadena hablada:



Pero simultáneamente, y sobre otro eje, existe en el subconsciente una o más series asociativas con algunas unidades que tienen un elemento común con el sintagma, por ejemplo:



Del mismo modo, si el latín *quadruplex* es un sintagma, es porque se apoya también en dos series asociativas:



Sólo en la medida en que las otras formas flotan alrededor de *deshacer y quadruplex,* pueden estas dos palabras descomponerse en subunidades, o, dicho de otro modo, son sintagmas. Asi, *des-hacer* no sería analizable si las otras formas que contienen *des-* o *hacer* desaparecieran de la lengua; no sería más que una unidad simple, y sus dos partes no se podrían oponer una a otra.

Ahora es cuando comprendemos el juego de este doble sistema en el discurso.

Nuestra memoria tiene en reserva todos los tipos de sintagmas más o menos complejos, de cualquier especie o extensión que puedan ser, y en el momento de emplearlos hacemos intervenir los grupos asociativos para fijar nuestra elección. Cuando alguien dice *¡cállense!,* inconscientemente piensa en diversos grupos de asociaciones en cuya intercesión se encuentra el sintagma *¡cállense!* Éste figura de un lado en la serie *cállate, callemos, callaos,* y sólo la oposición de *cállense* con estas formas determina la elección; de otro lado, *cállense* evoca la serie *vayanse, acerqúense, lávense, véanse,* etc., de cuyo seno es elegido por el mismo procedimiento; en cada serie se sabe qué es lo que hay que hacer variar para obtener la diferenciación propia de la unidad buscada. Cámbiese la idea que se quiere expresar, y serán necesarias otras oposiciones para hacer aparecer un nuevo valor; se dirá, por ejemplo, *¡cállate!,* o bien *¡vayanse!*

Así, pues, no basta con decir, colocándose en un punto de vista positivo, que se toma *¡cállense!* porque significa lo que se quiere expresar. En realidad la idea conjura, no una forma, sino todo un sistema latente, gracias al cual se obtienen las oposiciones necesarias para la constitución del signo. El signo no tendría por sí mismo ninguna significación propia. El día en que no hubiera ya *¡cállate!, ¡callaos!* frente a *¡cállense!,* caerían ciertas oposiciones, y el valor de *¡cállense!* cambiará *ipso facto.*

Este principio se aplica a los sintagmas y a las oraciones de todo tipo, aun a las más complejas. En el momento en que pronunciamos la oración «¿qué te ha dicho?», hacemos variar un elemento en un tipo sintagmático latente, por ejemplo, «¿qué *le* ha dicho (a usted)?», «¿qué *nos* ha dicho?», etc., y así es como se fija nuestra elección sobre el pronombre *te.* Así en esta operación, que consiste en eliminar mentalmente todo lo que no conduzca a la diferenciación requerida sobre el punto requerido, están en juego tanto los agrupamientos asociativos como los tipos sintagmáticos.

Inversamente, este procedimiento de fijación y de elección rige las unidades más mínimas y hasta los elementos fonológicos, cuando están revestidos de un valor. No pensamos sólo en casos como fr. *petit* (escrito «petite») frente a *p∂ti* (escrito «petit»), o el latín *dominī* frente a

dominō, esp. *casa* frente a *casas,* etc., donde la diferencia descansa por azar en un simple fonema, sino en el hecho más característico y delicado de que un fonema desempeña por sí mismo un papel en el sistema de un estado de lengua. Si, por ejemplo, en griego *m, p, t,* etc., no pueden nunca figurar en final de palabra, eso quiere decir que su presencia o ausencia en tal puesto cuenta en la estructura de la palabra y en la de la oración. Ahora bien, en todos los casos de este género, el sonido aislado, corno todas las demás unidades, será elegido tras una oposición mental doble: así en el grupo imaginario *anma,* el sonido *m* está en oposición sintagmática con los que lo rodean y en oposición asociativa con todos los que el espíritu pueda sugerir. Por ejemplo:

a n m a

v

d

§ 3. LO ARBITRARIO ABSOLUTO Y LO ARBITRARIO RELATIVO

Se puede presentar el mecanismo de la lengua desde otro ángulo particularmente importante.

El principio fundamental de lo arbitrario del signo no impide distinguir en cada lengua lo que es radicalmente arbitrario, es decir inmotivado, de lo que no lo es más que relativamente. Sólo una parte de los signos son absolutamente arbitrarios; en otros interviene un fenómeno que permite reconocer grados en lo arbitrario sin suprimirlo: *el signo puede ser relativamente motivado.*

Así *veinte* es inmotivado, pero *diecinueve* no lo es en el mismo grado, porque evoca los términos de que se compone y otros que le están asociados, por ejemplo *diez, nueve, veintinueve, diez y ocho, diez mil,* etc.; tomados separadamente, *diez* y *nueve* están en las mismas condiciones que *veinte,* pero *diecinueve* presenta un caso de motivación relativa. Lo mismo sucede con *peral,* que evoca la palabra simple *pera,* y cuyo sufijo *-al* hace pensar en *rosal, frutal,* etc.; nada de esto ocurre con *cerezo, fresno, haya,* etc. Compárense todavía las formas *pastor,* completamente inmotivado [2], y *vaquero,* relativamente motivado; y lo mismo las parejas francesas *geôle* y *cachot, hache* y *couperet, concierge* y *portier, jadis* y *autrefois, souvent y fréquemment, aveugle* y *boiteux, sourd* y *bossu, second* y *deuxième,* alemán *Laub* y fr. *feuillage,* fr. *métier* y al. *Handwerk*

[2] [El autor opone *berger* a *vacher;* me sirvo de *pastar* porque en español no hacemos ya asociación alguna con *pasto.* A. A.]

[español *granuja* y *sinvergüenza, gabán y sobretodo).* El plural inglés *ships* 'barcos' evoca por su formación toda la serie de *flags, birds, books,* etc., mientras que *men* 'hombres', *sheep* 'carneros' no la evocan. En griego *dōsō* 'daré' expresa la idea de futuro por medio de un signo que despierta la asociación de *lūsō, stēsō, túpsō,* etc.. mientras que *eîmi* 'iré' está completamente aislado.

No es ésta ocasión de averiguar los factores que condicionan la motivación en cada caso; pero la motivación es siempre tanto más completa cuanto más fácil es el análisis sintagmático y más evidente el sentido de las subunidades. En efecto, si hay elementos formativos evidentes, como en el *-ero* de *limonero,* junto a *melocotonero, duraznero, higuera,* etc., otros hay cuya significación es turbia o del todo nula; así ¿hasta qué punto corresponde el sufijo *-ot* a un elemento de sentido en *cachot?* Relacionando términos como fr. *coutelas, fatras, platras, canevas,* se tiene el vago sentimiento de que *-as* es un elemento formativo propio de los sustantivos, sin que se le pueda definir más exactamente. Por lo demás, aun en los casos más favorables, la motivación nunca es absoluta. No solamente son arbitrarios los elementos componentes *(diez* y *nueve* en *diecinueve),* sino que el valor del término total nunca es igual a la suma de los valores de las partes: *limón* x *ero* no es igual a *limón* + *ero* (ver página 152.)

En cuanto al fenómeno mismo, se explica por los principios enunciados en el parágrafo anterior: la noción de lo relativamente motivado implica: 1" el análisis del término dado, por consiguiente una relación sintagmática; 2" la evocación de uno o varios términos, por consiguiente una relación asociativa. No es esto otra cosa que el mecanismo por el que un término cualquiera se presta para la expresión de una idea. Hasta aquí las unidades se nos aparecen como valores, es decir, como elementos de un sistema, y nosotros las hemos considerado sobre todo en sus oposiciones; ahora reconocemos las solidaridades que los atan; solidaridades que son de orden asociativo y de orden sintagmático; ellas son las que limitan lo arbitrario. *Diecinueve* es solidario asociativamente de *dieciocho, diecisiete, diezmil,* etc., y sintagmáticamente de sus elementos *diez* y *nueve* (ver pág. 152). Esta doble relación le confiere una parte de su valor.

Todo lo que se refiere a la lengua en cuanto sistema exige, a nuestro entender, ser abordado desde este punto de vista, que apenas cuidan los lingüistas: la limitación de lo arbitrario. Es la mejor base posible. En efecto, todo sistema de la lengua descansa en el principio irracional de lo arbitrario del signo que, aplicado sin restricción, llevaría a la complicación suprema; pero el espíritu consigue introducir un principio de orden y de regularidad en ciertas partes de la masa de signos, y ése es el papel de lo

relativamente motivado. Si el mecanismo de la lengua fuera enteramente racional lo podríamos estudiar en sí mismo; pero como no es más que una corrección parcial de un sistema naturalmente caótico, se adopta el punto de vista impuesto por la naturaleza misma de la lengua, y estudiamos ese mecanismo como una limitación de lo arbitrario.

No hay lengua alguna en que no haya cosa motivada; en cuanto a concebir una en que todo estuviese motivado, eso sería imposible por definición. Entre los dos límites extremos —mínimo de organización y mínimo de arbitrariedad— se encuentran todas las variedades posibles. Los diversos idiomas encierran siempre elementos de dos órdenes —radicalmente arbitrarios y relativamente motivados—, pero en proporciones muy variables; carácter muy importante que puede entrar en cuenta en la clasificación de la lengua.

En cierto sentido —que no hay por qué extremar, pero que hace palpable una de las formas de esa oposición— se podría decir que las lenguas en que lo inmotivado llega a su máximo son más *lexicológicas,* y aquellas en que se reduce al mínimo son más *gramaticales.* No es que siempre sean sinónimos «léxico» y «arbitrario» de un lado, y «gramática» y «motivación relativa» del otro, pero algo de común hay en el principio. Son como dos polos entre los cuales se mueve todo el sistema, dos corrientes opuestas que se reparten el movimiento de la lengua: la tendencia a emplear el instrumento lexicológico, el signo inmotivado, y la preferencia dada al instrumento gramatical, es decir, a la regla de construcción. Se verá, por ejemplo, que el inglés da un lugar más considerable que el alemán a lo inmotivado; pero el tipo de lo ultra-lexicológico es el chino, mientras que el indoeuropeo y el sánscrito son muestras de lo ultragramatical. Dentro de una misma lengua, todo el movimiento de su evolución puede señalarse como un paso continuo de lo motivado a lo arbitrario y de lo arbitrario a lo motivado; este vaivén suele tener por resultado el trastornar sensiblemente las proporciones de esas dos categorías de signos. Así el francés se caracteriza frente al latín, entre otras cosas, por un enorme acrecentamiento de lo arbitrario: mientras en latín *inimīcus* evoca *in* y *amīcus* y está motivado por ellos, *ennemi* no está motivado por nada; ya entró en lo arbitrario absoluto, que por lo demás es la condición esencial del signo lingüístico. Se podría observar esa mutación en centenares de ejemplos: cfr. *constare (stāre) :* fr. *coûter (*= esp. *costar), fabrica (faber) :* fr. *forge* fesp. *fragua), magister (magis) : maître (* = esp. m*aestro), berbīcārius (berbīx) : berger,* etc. Estos cambios dan una fisonomía muy particular al francés.

CAPÍTULO VII

LA GRAMÁTICA Y SUS DIVISIONES

§ 1. DEFINICIONES. DIVISIONES TRADICIONALES

La lingüística estática o descripción de un estado de lengua se puede llamar *gramática* en el sentido muy preciso, y por lo demás usual, que hallamos en expresiones como «gramática del ajedrez, gramática de la Bolsa», etc., donde se trata de un objeto complejo y sistemático que pone en juego valores coexistentes.

La gramática estudia la lengua como sistema de medios de expresión; quien dice gramatical dice sincrónico y significativo, y como ningún sistema está a caballo sobre varias épocas a la vez, no hay para nosotros una «gramática histórica»; la que así se llama no es en realidad más que la lingüística diacrónica.

Nuestra definición no concuerda con la más restringida que se da generalmente. En efecto, se ha convenido en llamar gramática a la *morfología* y la *sintaxis* reunidas, con exclusión de la *lexicología* o ciencia de las palabras.

Pero, en primer lugar, ¿responden esas divisiones a la realidad? ¿Están en armonía con los principios que acabamos de exponer?

La morfología trata de las diversas categorías de palabras (verbos, nombres, adjetivos, pronombres, etc.) y de las diferentes formas de la flexión (conjugación, declinación). Para separar este estudio de la sintaxis, se alega que la sintaxis tiene por objeto las funciones propias de las unidades lingüísticas, mientras que la morfología no se ocupa más que de su forma; la morfología se contenta, por ejemplo, con decir que el genitivo del griego *phúlax* 'guardia', es *phúlakos, y* la sintaxis indica el empleo de esas dos formas.

Pero tal distinción es ilusoria; la serie de formas del sustantivo *phúlax* sólo se convierte en paradigma de flexión por la comparación de las funciones asociadas a las diferentes formas; y recíprocamente esas funciones sólo se justifican en la morfología si a cada una de ellas corresponde un signo fónico determinado. Una declinación no es ni una lista de formas ni una serie de abstracciones lógicas, sino una combinación de ambas cosas (ver pág. 127); formas y funciones son solidarias, y es difícil, por no decir

imposible, el separarlas. Lingüísticamente la morfología no tiene objeto real y autónomo; no puede constituir una disciplina distinta de la sintaxis.

De otro lado, ¿es lógico excluir de la gramática la lexicología? A primera vista, las palabras, tal como el diccionario las registra, no parecen dar ocasión de estudio gramatical, que se limita generalmente a las relaciones existentes entre las unidades. Pero en seguida se comprueba que gran número de esas relaciones se puede expresar tan perfectamente por medio de palabras como por medios gramaticales. Así en latín *fio y fació* se oponen de la misma manera que *dīcor y dīcō,* formas gramaticales de una misma palabra; en ruso la distinción del perfectivo y del imperfectivo se hace gramaticalmente en *sprosít : sprásĭvat'* 'pedir', y léxicamente en *skazát' : govorít'* 'decir'. Generalmente la preposición se incluye en la gramática; sin embargo, la locución preposicional *en consideración a es* esencialmente léxica, puesto que la palabra *consideración* figura en ella con sentido propio. Si se comparan el griego *peíthō : peíthomai* con el español *persuado : obedezco,* se ve que la oposición se expresa gramaticalmente en griego y léxicamente en español. Multitud de relaciones expresadas en unas lenguas por casos o por preposiciones, en otras se expresan por compuestos, ya más próximos a las palabras propiamente dichas (esp. *reino de los cielos y* alem. *Himmelreich), o* por derivados (esp. *molino de viento y* polaco *wiatr-ak),* o, en fin, por palabras simples (fr. *bois de chauffage y* ruso *drová,* fr. *bois de construction y* ruso *lês).* La alternancia de palabras simples y de locuciones compuestas en el seno de una misma lengua (cfr. *considerar y tener consideración, vengarse y tomar venganza)* es asimismo muy frecuente.

Se ve, pues, que desde el punto de vista de la función, el hecho lexicológico se puede confundir con el hecho sintáctico. De otro lado, las palabras que no son unidades simples e irreducibles no se distinguen esencialmente de los miembros de frase, de los hechos sintácticos; la disposición de las subunidades que las componen obedece a los mismos principios fundamentales que la formación de los grupos de palabras.

En resumen, las divisiones tradicionales de la gramática pueden tener su utilidad práctica, pero no corresponden a distinciones naturales y no están unidas por ningún lazo lógico. La gramática sólo se puede edificar sobre un principio diferente y superior.

§ 2. DIVISIONES RACIONALES

La interpenetración de la morfología, de la sintaxis y de la lexicología se explica por la naturaleza en el fondo idéntica de todos los hechos de

sincronía. Y no puede haber entre ellos ningún límite trazado de antemano. Sólo la distinción arriba establecida entre relaciones sintagmáticas y relaciones asociativas sugiere un modo de clasificación que se impone por sí mismo, el único que se puede poner como base del sistema gramatical.

Todo lo que compone un estado de lengua debe poderse reducir a una teoría de los sintagmas y a una teoría de las asociaciones. Empezando porque ciertas partes de la gramática tradicional parecen agruparse sin esfuerzo en uno o en otro de esos órdenes: la flexión es evidentemente una forma típica de la asociación de las formas en el espíritu de los sujetos hablantes; de otro lado, la sintaxis, es decir, según la definición más corriente, la teoría de los agrupamientos de palabras, entra en la sintagmática, puesto que esos agrupamientos suponen siempre por lo menos dos unidades distribuidas en el espacio. No todos los hechos de sintagmática son susceptibles de clasificarse en la sintaxis, pero todos los hechos de sintaxis pertenecen a la sintagmática.

Cualquier punto gramatical es bueno para mostrar la importancia de estudiar cada cuestión desde este doble punto de vista. Así la noción de palabra plantea dos problemas distintos, según que se la considere asociativa o sintagmáticamente; el adjetivo fr. *grand* ofrece en el sintagma una dualidad de formas *(grā garsō 'grand* garçon' y *grāt āfā 'grand* enfant'*), y* asociativamente otra dualidad (masc., *grā* 'grand', fem. *grād* 'grande').

Sería necesario poder reducir así cada hecho a su orden, sintagmático o asociativo, y coordenar toda la materia de la gramática sobre estos dos ejes naturales; sólo esta partición mostrará qué es lo que hay que cambiar en los cuadros usuales de la lingüística sincrónica. Esta tarea, naturalmente, no la podemos emprender aquí, donde nos limitamos a proponer los principios más generales.

CAPÍTULO VIII

PAPEL DE LAS ENTIDADES ABSTRACTAS EN GRAMÁTICA

Hay un tema importante que todavía no ha sido tocado y que muestra justamente la necesidad de examinar toda la cuestión gramatical desde los dos puntos de vista que venimos distinguiendo; es el de las entidades abstractas en gramática. Veámoslas primero en el aspecto asociativo.

Asociar dos formas no es sólo sentir que ambas ofrecen algo de común, es también distinguir la naturaleza de las relaciones que rigen la asociación. Así los sujetos tienen conciencia de que la relación que une *enseñar* a *enseñanza o esperar* a *esperanza* no es la misma que la que ven entre *enseñanza y esperanza* (ver pág. 149 y sigs.). Por aquí es por donde el sistema de las asociaciones se enlaza con el de la gramática. Se puede decir que la suma de clasificaciones conscientes y metódicas hechas por el gramático que estudia un estado de lengua sin hacer intervenir a la historia debe coincidir con la suma de las asociaciones, conscientes o no, puestas en juego en el habla. Ellas son las que fijan en nuestro espíritu las familias de palabras, los paradigmas de la flexión, los elementos formativos: radicales, sufijos, desinencias, etc. (ver pág. 189 y sigs.).

Pero ¿es que la asociación no delimita más que elementos materiales? No, sin duda; ya sabemos que junta palabras unidas tan sólo por el sentido (cfr. *enseñanza, educación, instrucción, aprendizaje,* etc.); lo mismo tiene que ser en gramática: sean los tres genitivos latinos *domin-ī rēg-is, ros-ārum;* los sonidos de las tres desinencias no ofrecen analogía alguna que dé lugar a la asociación; y sin embargo están unidas por el sentimiento de un valor común que dicta un empleo idéntico; eso basta para crear la asociación en ausencia de todo soporte material, y así es como la noción de genitivo en sí adquiere su lugar en la lengua. Por un procedimiento muy semejante las desinencias de flexión *-us, -ī, -ō,* etc. (en *dominus, dominī, dominō,* etc.), están unidas en la conciencia y despiertan las nociones más generales de casos y de desinencia casual. Asociaciones del mismo orden, pero más amplias todavía, unen todos los sustantivos, adjetivos, etc., y fijan la noción de las partes de la oración.

Todas estas cosas existen en la lengua, pero a título de *entidades abstractas;* su estudio es difícil, porque no se puede saber exactamente si la

conciencia de los sujetos hablantes va siempre tan lejos como los análisis de los gramáticos. Pero lo esencial es que *las entidades abstractas descansan siempre, en último análisis, en entidades concretas.* Ninguna abstracción gramatical es posible sin una serie de elementos materiales que le sirvan de substrato, y a esos elementos es a los que hay que volver siempre, a fin de cuentas.

Situémonos ahora en el punto de vista sintagmático. El valor de un grupo suele estar unido al orden de sus elementos. Al analizar un sintagma, el sujeto hablante no se limita a distinguir las partes; también observa en ellas cierto orden de sucesión. El sentido del español *dese-oso* o del latín *signi-fer* depende del lugar respectivo de las subunidades: no se podría decir *oso-deseo* ni *fer-signum.* Hasta un valor puede carecer de relación en un elemento concreto (como -oso o *-fer) y* resultar sin embargo del solo orden de los términos; si, por ejemplo, en francés los dos grupos *je dois y dois-je?* tienen significaciones diferentes ('yo debo" y '¿debo yo?') eso se debe exclusivamente al orden de palabras [1]. Una lengua expresa a veces por la sucesión de los términos una idea que otra lengua expresará por uno o varios términos concretos; el inglés, en el tipo sintagmático *gooseberry wine* 'vino de grosellas', *gold watch* 'reloj de oro', etc., expresa con el orden de palabras puro y simple relaciones que el francés moderno y el español señalan con preposiciones; a su vez, el francés moderno expresa la noción de complemento directo únicamente con la colocación del sustantivo después del verbo transitivo (cfr. *je cueille une fleur* 'cojo una flor'), mientras que el latín y otras lenguas lo hacen con el empleo del acusativo, caracterizado por desinencias especiales, etcétera.

Pero si el orden de palabras es incuestionablemente una entidad abstracta, no es menos verdad que sólo debe su existencia a las unidades concretas que lo contienen y que corren en una sola dimensión. Sería un error creer que hay una sintaxis incorporal, fuera de esas unidades materiales distribuidas en el espacio. El inglés *the man I have seen* ('el hombre que he visto') nos muestra un hecho de sintaxis que parece estar repre sentado por cero, mientras que el francés y el español lo expresan con *que.* Pero justamente la comparación con el hecho de sintaxis francés o español es lo que produce esa ilusión de que la nada pueda expresar alguna cosa; en realidad, las unidades materiales, alineadas en cierto orden, son las que crean por sí solas este valor. Fuera de una suma de términos concretos sería imposible razonar sobre un caso de sintaxis. Por lo demás, por el sólo hecho de que se comprenda un complejo lingüístico (por ejem-

[1] [Un ejemplo español: *un gato se comió un ratón y un ratón se comió un gato.A.. A.)*

plo las palabras inglesas citadas), esta sucesión de términos es expresión adecuada del pensamiento.

Una unidad material no existe más que por el sentido, la función de que está revestida; este principio es particularmente importante para el conocimiento de las unidades restringidas, porque se siente uno inclinado a creer que tales unidades existen en virtud de su pura materialidad, por ejemplo, que *amar* sólo debe su existencia a los sonidos que la componen. Inversamente —como acabamos de ver—, un sentid", una función sólo existen por el soporte de alguna forma material; si hemos formulado este principio a propósito de los sintagmas más extensos o tipos sintácticos, es por el peligro de que se vean en ellos abstracciones inmateriales cerniéndose por encima de los términos de la oración. Estos dos principios, al completarse, concuerdan con nuestras afirmaciones relativas a las delimitaciones de las unidades (ver pág. 127).

TERCERA PARTE

LINGÜÍSTICA DIACRÓNICA

CAPÍTULO I

GENERALIDADES

La lingüística diacrónica estudia no ya las relaciones entre términos coexistentes de un estado de lengua, sino entre términos sucesivos que se sustituyen unos a otros en el tiempo.

En efecto, la inmovilidad absoluta no existe (ver pág. 101 y sigs.); todas las partes de la lengua están sometidas al cambio; a cada período corresponde una evolución más o menos considerable. La evolución puede variar de rapidez o de intensidad sin que el principio mismo se debilite; el río de la lengua fluye sin interrupción; que su curso sea lento o torrentoso, es de consideración secundaria.

Verdad es que esta evolución ininterrumpida suele quedarnos velada por la atención que concedemos a la lengua literaria; ésta, como se verá (pág. 221 y sigs.), se superpone a la lengua vulgar, es decir a la lengua natural, y está sometida a otras condiciones de existencia. Una vez formada, en general permanece bastante estable y tiende a quedar idéntica a sí misma; su dependencia de la escritura le asegura garantías especiales de conservación. No es, pues, la lengua literaria la que nos puede mostrar hasta qué punto son variables las lenguas naturales, desligadas de toda reglamentación literaria.

La fonética, y la fonética entera, es el primer objeto de la lingüística diacrónica; en efecto, la evolución de los sonidos es incompatible con la noción de estado; comparar fonemas o grupos de fonemas con lo que han sido anteriormente equivale a establecer una diacronia. La época precedente puede ser más o menos cercana; pero cuando una y otra se confunden, la fonética deja de intervenir; ya no hay más que la descripción de sonidos de un estado de lengua, y eso le toca a la fonología.

El carácter diacrónico de la fonética concuerda muy bien con el principio de que nada de lo que es fonético es significativo o gramatical, en el sentido amplio del término (ver pág. 45). Para hacer la historia de los sonidos de una palabra, se puede ignorar su sentido, no considerar más que SU envoltura material, y cortar fracciones fónicas sin preguntar si tienen significación; se investigará, por ejemplo, qué es lo que ha ocurrido en griego ático con el grupo *-ewo-*, que no significa nada. Si la evolución de la lengua se redujera a la de los sonidos, la oposición de los objetos propios

de las dos partes de la lingüística sería diáfana: se vería claramente que diacrónico equivaldría a no-gramatical, como sincrónico a gramatical.

Pero, ¿es que sólo los sonidos se transforman con el tiempo? Las palabras cambian de significación, las categorías gramaticales evolucionan; algunas desaparecen con las formas que servían para expresarlas (por ejemplo, el dual latino). Y si todos los hechos de sincronía asociativa y sintagmática tienen su historia, ¿cómo mantener la distinción absoluta entre la diacronia y la sincronía? Eso se hace muy difícil en cuanto se sale de la fonética pura.

Señalemos, sin embargo, que muchos cambios tenidos por gramaticales se resuelven en cambios fonéticos. La creación del tipo gramatical del alemán *Hand : Hände,* que reemplazó a *hant : hanti* (ver pág. 109) se explica enteramente por un hecho fonético. También hay un hecho fonético en la base del tipo de compuestos *Springbrunnen, Reitschule,* etc.; en antiguo alto alemán el primer elemento no era verbal, sino sustantivo; *betahūs* quería decir 'casa de oración'; sin embargo, al caer fonéticamente la vocal final *(beta*—> *bet-,* etc.) se estableció un contacto semántico con el verbo *(beten,* etc.), y *Bethaus* ha acabado por significar 'casa para orar'.

Algo muy semejante se produjo en los compuestos que el antiguo germánico formaba con la palabra *līch* 'apariencia exterior' (cfr. *mannolīch,* 'que tiene la apariencia de un hombre', *redolīch* 'que tiene la apariencia de la razón'). Hoy, en un gran número de adjetivos (cfr. *verzeihlich, glaublich,* etc.), *-lich* se ha convertido en un sufijo, comparable al de *perdona-ble, increi-ble,* etc., y al mismo tiempo ha cambiado la interpretación del primer elemento: ya no se ve en él un sustantivo, sino una raíz verbal; es que en cierto número de casos, por pérdida de la vocal final del primer elemento (por ejemplo, *redo*—> *red-),* ese elemento fue equiparado a una raíz verbal *(red-* de *reden).*

Así, en *glaublich, glaub-* es relacionado con *glauben* más que con *Glaube,* y, a pesar de la diferencia de radical, *sichtlich* es asociado con *sehen* y ya no con *Sicht.*

En todos estos casos y en otros muchos semejantes, la distinción de los dos órdenes sigue siendo clara; hay que recordarla para no afirmar a la ligera que estamos haciendo gramática histórica, cuando, en realidad, nos movemos sucesivamente en el dominio diacrónico al estudiar el cambio fonético, y en el dominio sincrónico al examinar las consecuencias que desencadena.

Pero esta restricción no borra todas las dificultades. La evolución de un hecho cualquiera de gramática, grupo asociativo o tipo sintagmático, no es comparable a la de un sonido. Ésta no es sencilla, sino que se des-

compone en un montón de hechos particulares de los cuales sólo una parte entra en la fonética. En la génesis de un tipo sintagmático como el futuro español *cantar he,* que se convirtió en *cantaré,* se distinguen por lo menos dos hechos: el uno psicológico, la síntesis de los dos elementos del concepto; el otro fonético y dependiente del primero: la reducción de los dos acentos del grupo a uno solo *(cantár hé* —> *cantaré).*

La flexión germánica del verbo fuerte (tipo alemán moderno *geben, gab, gegeben,* etc.; cfr. griego *leípo, élipon, léloipa,* etc.), está fundada en gran parte en el juego metafónico de las vocales radicales. Esas alternancias (ver pág. 181 y sigs.), cuyo sistema era muy sencillo en su origen, resultan sin duda de un hecho puramente fonético; para que esas oposiciones adquirieran tal importancia funcional, ha sido necesario que el sistema primitivo de la flexión se simplificara por una serie de procesos diversos: desaparición de las variedades múltiples del presente y de los matices de sentido que se les atribuía, desaparición del imperfecto, del futuro y del aoristo, eliminación de la reduplicación del perfecto, etc. Estos cambios, que nada tienen de esencialmente fonéticos, redujeron la flexión verbal a un grupo restringido de formas, donde las alternancias radicales adquirieron un valor significativo de primer orden. Se puede afirmar, por ejemplo, que la oposición ***e : a*** es más significativa en ***geben : gab*** que la oposición ***e : o*** en el griego *leípō : léloipa,* a causa de la ausencia de reduplicación en el perfecto alemán.

Si la fonética, pues, interviene las más veces por un lado cualquiera en la evolución, no por eso puede explicar la evolución entera; una vez eliminado el factor fonético, queda un residuo que parece justificar la idea de una «historia de la gramática»; aquí es donde está la verdadera dificultad. La distinción —que debe mantenerse siempre— entre lo diacrónico y lo sincrónico exigiría explicaciones delicadas incompatibles con el marco de este curso [1].

[1] A esta razón didáctica y exterior se añade quizá otra: F. de Saussure nunca abordó en sus lecciones la lingüística del habla (ver pág. 45 y sigs.). Recuérdese que un uso nuevo comienza siempre por una serie de hechos individuales (ver pág. 122). Se podrá admitir que el autor negaba a éstos el carácter de hechos gramaticales, en el sentido de que un acto aislado es inevitablemente ajeno a la lengua y a su sistema, el cual no depende más que del conjunto de los hábitos colectivos. Mientras los hechos pertenezcan al habla, no son más que maneras especiales y completamente ocasionales de utilizar el sistema establecido. Sólo en el momento en que una innovación, repetida con frecuencia, se graba en la memoria y entra en el sistema, tiene el efecto de trastornar el equilibrio de los valores, y con ello se encuentra la lengua *ipso facto y* espontáneamente cambiada. Se podría aplicar a la evolución gramatical lo que se ha dicho (págs. 45 y 109) de la evolución fonética: su evolucionar es exterior al sistema, porque el sistema jamás es percibido en su evolución; nos lo encontramos cambiado a cada momento. Este intento de explicación es, por lo demás, una simple sugestión de nuestra parte. (B. y *S.)*

En lo que sigue, estudiaremos sucesivamente los cambios fonéticos, la alternancia y los hechos de analogía, para terminar con algunas palabras sobre la etimología popular y la aglutinación.

CAPÍTULO II

LOS CAMBIOS FONÉTICOS

§ 1. LA REGULARIDAD ABSOLUTA

Ya hemos visto (pág. 118) *que* el cambio fonético no afecta a las palabras, sino a los sonidos. Lo que se transforma es un fonema: suceso aislado, como todos los sucesos diacrónicos, pero que tiene por consecuencia el alterar de manera idéntica todas las palabras donde figure el fonema en cuestión; y en este sentido los cambios fonéticos son absolutamente regulares.

En alemán toda *ī* se hizo *ei,* luego *ai: wīn, trīben, līhen, zīt,* han dado *Wein, treiben, leihen, Zeit;* toda *ū* se ha hecho *au: hūs, zūn, rūch-> Haus, Zaun, Rauch;* igualmente la *ü* (larga) se ha transformado en *eu: hüsir—>Häuser,* etc. Por el contrario, el diptongo *ie* ha pasado a *ī,* que se continúa escribiendo *ie:* cfr. *biegen, lieb, Tier.* Paralelamente, todos los grupos *uo* se han hecho *ū: muot—>Mut,* etc. Toda z (ver pág. 62) ha dado *s* (escrita *ss): wazer--> Wasser, fliezen—>fliessen,* etc. Toda *h* interior ha desaparecido entre vocales: *lihen, sehen—>leien, seen* (escritos *leihen, sehen).* Toda *w se* ha transformado en *v* labiodental (escrita *w): wazer—> wasr (Wasser).*

En francés, toda / palatal se ha hecho *y* (yod): *piller, bouillir* se pronuncian *piyé, buyir*, etc.

En latín, lo que había sido *s* intervocálica aparece como r en otra época: **génesis, *asēna—>generis, arēna,* etcétera.

Cualquier cambio fonético, visto a su verdadera luz, confirmará la perfecta regularidad de estas transformaciones.

§ 2. CONDICIONES DE LOS CAMBIOS FONÉTICOS

Los ejemplos precedentes muestran ya que los fenómenos fonéticos, lejos de ser siempre absolutos, están las más veces ligados a condiciones determinadas: dicho de otro modo, no es la especie fonológica la que se transforma sino el fonema tal como se presenta en ciertas condiciones de contexto, de acentuación, etc. Así es como la s latina no se transformó en *r* más que entre vocales y en algunas otras posiciones; en los demás casos subsiste (cfr. *est, senex, equos).*

Los cambios absolutos son extremadamente raros, y con frecuencia sólo parecen absolutos por el carácter oculto o muy general de la condición; así, en alemán *i* se hace *ei, ai,* pero solamente en silaba tónica; la k_1 indoeuropea se hace *h* en germánico (cfr. indoeuropeo *k* i *olsom,* latín *collum,* alemán *Hals);* pero el cambio no se produce tras *s* (cfr. griego *skótos* y gótico *skadus* 'sombra').

Por lo demás, la división de los cambios en absolutos y condicionados descansa en una visión superficial de las cosas; más racional es hablar, como ya se hace, y cada día más, de fenómenos fonéticos *espontáneos* y *combinatorios.* Son espontáneos cuando se producen por una causa interna, y combinatorios cuando resultan de la presencia de otro o de otros fonemas. Así, el paso de la o indoeuropea a la a en germánico (cfr. gótico *skadus,* alemán *Hals,* etc.) es un hecho espontáneo. Las mutaciones consonanticas del germánico son el tipo del cambio espontáneo: así la k_1 indoeuropea se hace *h* en protogermánico (cfr. latín *collum* y gótico *hals)* y la *t* protogermánica, conservada en inglés, se hace *z* (pronunciada *ts)* en alto alemán (cfr. gótico *taihum,* inglés *ten,* alemán *zehn).* Al contrario, el paso del latín *ct, pt* al italiano *tt (cfr. factum—>fatto, captivum-->cat-tivo)* es un hecho combinatorio, puesto que el primer elemento ha sido asimilado al segundo. La metafonía alemana se debe también a una causa externa, la presencia de una *i* en la sílaba siguiente: mientras que *gast* no cambia, *gasti* da *gesti, Gäste.*

Observemos que en uno y otro caso el resultado no entra en cuestión, y que no importa si ha habido cambio o no. Si por ejemplo se compara el gótico *fisks* con el latín *piscis,* y el gótico *skadus* con el griego *skótos,* se comprueba en el primer caso la persistencia de la *i,* y en el otro el paso de o a a; de estos dos sonidos, el primero ha quedado sin mudanza, el segundo ha cambiado; pero lo esencial es que ambos han actuado por sí mismos.

Si un hecho fonético es combinatorio, siempre es condicional; pero si es espontáneo, no es necesariamente absoluto, porque puede estar condicionado por la ausencia de ciertos factores de cambio. Así la k_2 indoeuropea se hace espontáneamente *qu* en latín (cfr. *quattuor, inquillīnus,* etc.), pero a condición de que no vaya seguida, por ejemplo, de o ni de *u* (cfr. *cottīdie, colō, secundus,* etc.). Del mismo modo, la persistencia de la *i* indoeuropea en el gótico *fisks,* etc., está ligada a una condición: es necesario que no vaya seguida de *r* ni de *h,* en cuyo caso se hace *e,* escrito *ai* (cfr. *wair* = latín *vir,* y *maihstus* = alemán *Mist).*

§ 3. CUESTIONES DE MÉTODO

Las fórmulas que expresan los fenómenos deben tener en cuenta las distinciones precedentes, so pena de presentarlas a una luz falsa. Veamos algunos ejemplos de esas inexactitudes.

Según la antigua formulación de la ley de Verner, «en germánico toda *p* no inicial se ha cambiado en *d* si el acento le seguía»: cfr. de un lado **faper* —> **fader* (alemán *Vater), *lipumé* —> **lidumé* (alemán *litten), y* de otro lado **pris* (alemán *drei), *brōper* (alemán *Bruder), *lipo* (alemán *leide),* donde la *p* subsiste. Esta fórmula atribuye el papel activo al acento e introduce una cláusula restrictiva para la *p* inicial. En realidad, el fenómeno es muy diferente: en germánico, como en latín, *p* tendía a sonorizarse espontáneamente en interior de palabra; sólo el acento colocado sobre la vocal precedente pudo impedirlo. Así que todo quedó trastornado: el hecho es espontáneo, no combinatorio, y el acento es un obstáculo en lugar de ser la causa provocadora. Hay que decir: «Toda *p* interior se hizo *d,* a menos que el acento colocado sobre la vocal precedente no se haya opuesto».

Para distinguir bien lo que es espontáneo de lo que es combinatorio, hay que analizar las fases de la transformación y no tomar el resultado mediato por el inmediato. Así, para explicar el rotacismo (cfr. lat. **genesis* —> *generis),* es inexacto decir que la *s* se ha hecho *r* entre vocales, porque la *s,* no teniendo sonoridad laríngea, nunca podrá convertirse en *r* de primera intención. En realidad hay dos actos: la *s* se hace *z (s* sonora) por cambio combinatorio, pero esa *z,* no habiéndose mantenido en el sistema fónico del latín, fue reemplazada por el sonido muy vecino de la *r, y* este cambio es espontáneo. Así, por un grave error se han confundido en un solo fenómeno dos hechos dispares; la falta consiste, de un lado, en tomar el resultado mediato por el inmediato *(s* —> *r* en lugar de z —> *r), y,* de otro lado, en dar como combinatorio el fenómeno total cuando en verdad no lo es más que en su primera parte. Es como si se dijera que en francés la *e* se ha convertido en a delante de nasal. En realidad ha habido sucesivamente un cambio combinatorio, nasalización de la *e* por la *n* (cfr. latín *ventum* —> francés *vēnt,* latín *femina* —> fr. *fēm∂),* luego cambio espontáneo de *ē* en *ā* (cfr. *vānt, fām,* actualmente *vā, fām).* En vano se objetará que eso sólo ha podido ocurrir delante de consonante nasal: no se trata de saber por qué se ha nasalizado la *e,* sino solamente si la transformación de ē en *ā* es espontánea o combinatoria.

El más grave error de método que recordamos aquí, aunque no se relacione con los principios expuestos arriba, consiste en formular una ley

fonética en el presente como si los hechos que abarca existieran de una vez para siempre, siendo así que nacen y mueren en una porción de tiempo. Es el caos, porque así se suprime toda sucesión cronológica de los sucesos. Ya hemos insistido en este punto (pág. 122 y sigs.) al analizar los fenómenos sucesivos que explican la dualidad *trikhes : thriksí.* Cuando se dice: «*s* se hace *r* en latín» se induce a creer que el rotacismo es inherente a la naturaleza de la lengua, y queda uno perplejo ante excepciones como *causa, risus,* etc. Sólo la fórmula «*s* intervocálica se hizo *r* en latín en determinada época» autoriza a pensar que, en el momento en que *s* pasaba a *r, causa, risus,* etc., no tenían *s* intervocálica y estaban al abrigo del cambio; en efecto, todavía se decía *caussa, rissus.* Por análoga razón hay que decir: «ā se hizo *ē* en dialecto jonio (cfr. *mātēr* —> *mētēr,* etc.)», porque sin eso no se sabría qué hacer con formas como *pâsa, phāsi,* etc. (que eran todavía *pansa, phansi,* etc., en la época del cambio).

§ 4. CAUSAS DE LOS CAMBIOS FONÉTICOS

La investigación de estas causas es uno de los problemas más difíciles de la lingüística. Varias son las explicaciones que se han propuesto, pero ninguna aclara completamente la cuestión.

I. Se ha dicho que la raza tiene quizá predisposiciones que trazarían de antemano la dirección de los cambios fonéticos. Aquí hay una cuestión de antropología comparada: pero ¿es que varía de raza a raza el aparato fonador? No, apenas más que de individuo en individuo; un negro trasplantado a Francia desde su niñez habla el francés tan bien como los indígenas. Además, cuando se usan expresiones como el «órgano italiano» o «la boca de los germanos no admite eso», se corre el riesgo de transformar en carácter permanente un hecho puramente histórico, un error comparable al de los que formulan un fenómeno fonético en presente; pretender que el órgano jonio es contrario a la *ā* larga y que por eso la cambia en *ē,* es tan falso como decir la *ā* «se hace» *ē* en jonio.

El órgano jonio no tenía repugnancia alguna a pronunciar la *ā* puesto que la admitía en ciertos casos. No se trata, pues, de una incapacidad antropológica, sino de un cambio en los hábitos articulatorios. Lo mismo el latín, que no había conservado la *s* intervocálica *(*genesis* —> *generis),* la introdujo un poco después (cfr. **rissus* —> *risus)* estos cambios no indican una disposición permanente del órgano latino.

Sin duda hay una dirección general de los fenómenos fonéticos en una época dada en un pueblo determinado; las monoptongaciones de los diptongos en francés moderno son manifestaciones de una sola y única tendencia; pero se hallarán corrientes generales análogas en la historia poli-

tica, sin que su carácter puramente histórico sea puesto en duda y sin que se vea en ellas una influencia directa de la raza.

II. Se han considerado a veces los cambios fonéticos como una adap tación a las condiciones de suelo y clima. Ciertas lenguas del norte acu mulan las consonantes, ciertas lenguas del mediodía hacen mayor empleo de las vocales, de donde resulta su sonar armonioso. El clima y las condi ciones de la vida pueden muy bien influir en la lengua, pero el problema se complica cuando se entra en los detalles: así, junto a los idiomas escandi navos, tan cargados de consonantes, los de los lapones y finlandeses son más vocálicos que el italiano mismo. Se advertirá también que la acumula ción de consonantes en el alemán actual es, en muchos casos, un hecho muy reciente, debido a la pérdida de vocales postónicas; que ciertos dia lectos del Mediodía de Francia tienen menos repugnancia que el francés del norte a los grupos consonanticos, que el servio presenta tantas conso nantes como el ruso moscovita, etcétera.

III. Se ha hecho intervenir la ley del menor esfuerzo, que reempla zaría dos articulaciones por una sola, o una articulación difícil por otra más cómoda. Esta idea, dígase lo que se diga, merece el examen: puede elucidar la causa del fenómeno en cierta medida, o indicar por lo menos la dirección en que hay que buscarla.

La ley del menor esfuerzo parece explicar cierto número de casos: así el paso de la oclusiva a la aspirante (o fricativa), lat. *habere* —> fr. *avoir,* la pérdida de masas enormes de sílabas finales en muchas lenguas, los fenómenos de asimilación (por ejemplo *ly* —> *ll, *alyos* —> gr. *állos, tn* -> *nn, *atnos* —> lat. *annus),* la monoptongación de diptongos, que no es más que una variedad de la asimilación (por ejemplo *ai* —> *e,* francés *maizōn* —> *mezō* 'maison'), etcétera.

Sólo que se podrían mencionar otros tantos casos en que ocurre exactamente lo contrario. A la monoptongación se puede oponer, por ejemplo, el cambio de *ī ū ü* alemán en *ei, au, eu.* Si se prétende que el abrevamiento eslavo de *ā, ē,* en *ă, ĕ* se debe al menor esfuerzo, entonces habrá que pensar que el fenómeno inverso que presenta el alemán *(făter* —> *Vā-ter, gĕben* -> *gēben)* se debe al mayor esfuerzo. Si se tiene a la sonora por más fácil de pronunciar que la sorda (cfr. lat. *opera* -> prov., esp. *obra),* lo inverso tendrá que necesitar un esfuerzo mayor, y sin embargo el español na pasado de *ž* a *χ* (cfr. *iχo* escrito *hijo),* y el germánico ha cambiado *bdg* **en** *ptk.* Si la pérdida de la aspiración (cfr. indoeuropeo **bhero* —> germ. *beran)* se considera como disminución del esfuerzo, ¿qué decir del alemán, que la introduce donde no existía *(Tanne, Pute,* etc., pronunciados *Than-««, Phute)?*

Estas observaciones no pretenden refutar la solución propuesta. De hecho casi es imposible determinar para cada lengua qué es lo más fácil o lo más difícil de pronunciar. Si es verdad que el abreviamiento corresponde a un esfuerzo menor en el sentido de la duración, también es igualmente verdad que las pronunciaciones descuidadas recaen en la sílaba larga y que la breve exige mayor vigilancia. Así, al suponer predisposiciones diferentes se pueden presentar dos hechos opuestos con el mismo color. Igualmente, allí donde *k* se ha hecho *tš* (cfr. lat. *cēderé* -> ital. *cederé),* parece, de no considerar más que los términos extremos del cambio, que ha habido aumento de esfuerzo; pero la impresión quizá fuera otra si se restableciera la cadena: *k* se hace *k'* palatal por asimilación a la vocal siguiente; después *k'* pasa a *ky;* la pronunciación no se hace por eso más difícil: dos elementos entreverados en *k'* han sido netamente diferenciados: después, de *ky* se pasa sucesivamente a *ty, tχ, tš,* cada vez con esfuerzo menor.

Se tendría que hacer aquí un vasto estudio que, para ser completo, debería considerar a la vez el punto de vista fisiológico (cuestión de la articulación) y el punto de vista psicológico (cuestión de la atención).

IV. Una explicación bien acogida desde hace algunos años atribuye los cambios de pronunciación a nuestra educación fonética en la infancia. Sólo tras muchas vacilaciones de intentos y de rectificaciones, llega el niño a pronunciar lo que oye a su alrededor; ahí estará, según esta explicación, el germen de los cambios: ciertas inexactitudes no corregidas predominarían en el individuo y se fijarían en la generación que crece. Nuestros niños suelen pronunciar *t* por *k* sin que nuestras lenguas presenten en su historia el cambio fonético correspondiente; pero no sucede lo mismo con otras deformaciones; así en París, muchos niños pronuncian *fl'eur, bl'anc* con *l* palatal *(ll* española); ahora bien, en italiano *florem* pasó, por un proceso análogo, a *fl'ore* y después a *fiore.*

Estas observaciones merecen toda nuestra atención, pero dejan el problema intacto; en efecto, no se ve por qué conviene una generación en retener tales inexactitudes con exclusión de tales otras, siendo todas igualmente naturales; de hecho, la elección de las pronunciaciones viciosas aparece como puramente arbitraria, y no se le ve razón alguna. Además, ¿por qué ha conseguido el fenómeno penetrar esta vez y no otras?

Esta observación se aplica por lo demás a todas las causas precedentes, caso de admitir su acción; la influencia del clima, la predisposición de la raza, la tendencia al menor esfuerzo existen de un modo permanente o durable: ¿por qué, pues, actúan de una manera intermitente, tan pronto en un punto y tan pronto en otro del sistema fonológico? Un suceso histó-

rico debe tener una causa determinante; no se nos dice con todo esto qué es lo que en cada caso viene a desencadenar un cambio cuya causa general existía mucho tiempo atrás. Éste es el punto más difícil de aclarar.

V. Se busca a veces una de esas causas determinantes en el estado general de la nación en un momento dado. Las lenguas atraviesan por unas épocas más movidas que otras, y se pretende relacionarlas con los períodos agitados de la historia exterior y descubrir así un lazo entre la instabilidad política y la instabilidad lingüística; y hecho eso, se cree poder aplicar a los cambios fonéticos las conclusiones que conciernen a la lengua en general. Se observa, por ejemplo, que los trastornos más gra ves del latín en su paso a las lenguas romances coinciden con la época revuelta de las invasiones. Para no perderse hay que aferrarse a dos dis tinciones:

a) La estabilidad política no influye en la lengua del mismo modo que la instabilidad; no hay entre ellas reciprocidad alguna. El equilibrio político, cuando retrasa la evolución de la lengua, es una causa positiva, aunque ex terior, mientras que la instabilidad, cuyo efecto es inverso, no puede actuar más que negativamente. La inmovilidad, la fijación relativa de un idioma puede provenir de hechos exteriores a la lengua (influencia de una corte, de la escuela, de una academia, de la escritura, etc.), que a su vez se hallan favorecidas positivamente por el equilibrio social y político. Por el contra rio, si un trastorno exterior sobrevenido al estado de la nación precipita la evolución lingüística, es que la lengua vuelve simplemente al estado de libertad en el que sigue su curso regular. La inmovilidad del latín en la época clásica se debe a hechos exteriores, y no se puede comparar con los cambios que sufrió más tarde, porque éstos se produjeron por sí mis mos, por la ausencia de ciertas condiciones exteriores.

b) No tratamos aquí más que de los fenómenos fonéticos y no de toda especie de modificaciones de la lengua. Se comprenderá que los cambios gramaticales dependen de este orden de causas; los hechos de gramática tocan siempre al pensamiento por algún lado y sufren más fácilmente el contragolpe de los trastornos exteriores, que tienen una repercusión más inmediata en el espíritu. Pero nada autoriza a admitir que a las épocas agitadas de la historia de una nación correspondan evoluciones precipi tadas de los sonidos de un idioma.

Por lo demás, no se puede citar época alguna, ni aun entre esas en que la lengua está en una inmovilidad ficticia, que no haya conocido algún cambio fonético.

VI. Se ha recurrido también a la hipótesis del «sustrato lingüístico anterior»: ciertos cambios se deberán a una población indígena absorbida

por los invasores. Así la diferencia entre la lengua de oc y la lengua de *oíl* correspondería a una proporción diferente del elemento celta autóctono en esas dos partes de la Galia; esta teoría se ha aplicado también a las variedades dialectales del italiano, que se reducen, según las regiones, a influencias ligures, etruscas, etc. Pero en primer lugar esta hipótesis supone circunstancias que se encuentran raramente; luego, es necesario precisar: ¿se quiere decir que, al adoptar la lengua nueva, las poblaciones anteriores introducen en ella algo de sus hábitos fónicos? Eso es admisible y bien natural; pero si de nuevo se echa mano de factores imponderables de la raza, etc., caeremos otra vez en las oscuridades arriba señaladas.
VIL Una explicación última —que apenas merece este nombre— equipara los cambios fonéticos a los cambios de la moda. Pero nadie ha explicado esos cambios de la moda: sólo se sabe que dependen de las leyes de la imitación, que tanto preocupan a los psicólogos. Sin embargo, si esta explicación no resuelve el problema, tiene la ventaja de hacerlo entrar en otro más vasto: el principio del cambio fonético sería puramente psicológico. Sólo que ¿dónde está el punto de partida de la imitación? He aquí el misterio, tanto para los cambios fonéticos como para los de la moda.

§ 5. LA ACCIÓN DE LOS CAMBIOS FONÉTICOS ES ILIMITADA

Si se intenta valuar el efecto de esos cambios, se ve en seguida que es ilimitado e incalculable, es decir, que no se puede prever dónde se detendrán. Es pueril creer que la palabra no se puede transformar más que hasta cierto punto, como si en sí tuviera alguna cosa que la pudiera preservar. Este carácter de las modificaciones fonéticas depende de la cualidad arbitraria del signo lingüístico, que no tiene vinculo alguno con la significación.

Se puede sin duda comprobar que en un momento dado los sonidos de una palabra han sufrido alteraciones y en qué medida, pero nadie podría predecir hasta qué punto se ha hecho o se hará la palabra irreconocible.

El germánico hizo pasar el indoeuropeo **aiwon* (cfr. lat. *aevom)* a **aiwam, *aiwa, *aiw,* como a todas las palabras que presentan la misma final; luego **aiw* se hizo en antiguo alemán *ew,* como todas las palabras que contienen el grupo *aiw;* después, como toda *w* final se cambia en o, se tuvo *ēo;* a su vez *ēo* pasó a *eo, io,* conforme a otras reglas también generales; io dio después *ie, je,* para terminar en alemán moderno en *jē* (cfr. «das schönste, was ich *je* gesehen habe»).

De no considerar más que el punto de partida y el de llegada, la palabra actual no contiene ni uno solo de sus elementos primitivos; sin

embargo, cada etapa, tomada aisladamente, es absolutamente segura y regular; además, cada una de ellas está limitada en su efecto, pero el conjunto da la impresión de una suma ilimitada de modificaciones. Se pueden hacer las mismas observaciones a propósito del latín *calidum,* comparándolo primero sin transición con lo que ha resultado en francés moderno *(so,* escrito *chaud),* y restableciendo luego las etapas: *calidum, calidu, caldu, cala, calt, tšalt, tšaut, šaut, šot, šo.* Compárese todavía latín vulgar **waidanju* —> *gē* (escrito *gain), minus* —» *mwē* (escrito *moins), hoc illi* —> *wi* (escrito *oui).*

El fenómeno fonético es además ilimitado e incalculable en el sentido de que afecta a cualquier especie de signo, sin hacer distinción entre un adjetivo, un sustantivo, una desinencia, etc. Esto tiene que ser así a priori, pues, si la gramática interviniera, el fenómeno fonético se confundiría con el hecho sincrónico, cosa radicalmente imposible. Éste es el que se puede llamar carácter ciego de las evoluciones fónicas.

Así en griego la *s* cayó tras *n* no sólo en **khanses* 'gansos', **mēnses* 'mes' (de donde *khênes, mênes),* donde no tenía valor gramatical, sino también en las formas verbales del tipo **etensa, *ephansa,* etc. (de aquí *éteina, éphēna,* etc.), donde servía para caracterizar el aoristo. En medio alto alemán las vocales postónicas *ĭ, ĕ, ă, ŏ* tomaron el timbre uniforme de *e (gibil* —> *Giebel, meistar* -> *Meister),* aunque la diferencia de timbre caracterizaba varias desinencias; así es como el acusativo sing. *botón y* el genitivo y dativo sing. *boten* se confundieron en *boten.*

Así, pues, si los fenómenos fonéticos no son detenidos por límite alguno, deben traer una perturbación profunda en el organismo gramatical. Vamos ahora a considerarlos en este aspecto.

CAPÍTULO III

CONSECUENCIAS GRAMATICALES DE LA EVOLUCIÓN FONÉTICA

§ 1. RUPTURA DEL VÍNCULO GRAMATICAL

Unas de las primeras consecuencias del fenómeno fonético es el romper el vínculo gramatical que une dos o más términos. Por ejemplo, ya no se siente una palabra como derivada de otra. Ejemplos:

mansiō — **mansiōnāticus*
maison || *ménage*

La conciencia lingüística veía antes en **mansiōnāticus* un derivado de *mansiō;* después las vicisitudes fonéticas los han separado. Lo mismo:

vervex — vervēcārius lat. pop.
berbix— berbīcārius

brebis || *berger*

Esta separación tiene naturalmente su contragolpe en el valor, y asi es como en ciertas hablas locales *berger* llega a significar especialmente 'guarda de bueyes'.

Otros ejemplos mas:

Grātiānopolis — gr*ātianapolitānus* — *decem* — undecim
Grenoble || *Grésiraudan* — *dix* || *onze.*

Un caso análogo es el del gótico *bitan* 'morder' — *bitum* 'hemos mordido' — *bitr* 'mordiente, amargo'; a consecuencia del cambio t —> *ts (z)*, de una parte, y de la conservación del grupo *tr* de otra, el germánico occidental ha hecho: *bīzan, bīzum* || *bitr*[1]. La evolución fonética rompe también la relación normal que existía entre dos formas flexionadas de una

[1] [Un ejemplo español: los latinos vultur *y (ventum) vulturuum* han perdido, en sus derivados españoles, buitre y bochorno, su vínculo gramatical, a consecuencia del diferente desarrollo fonético del grupo *ult*, que dio ch cuando seguía vocal (MULTUM, CULTELLUM, *vulturuum* —> mucho, *cuchillo, bochorno),* pero no en caso contrario: **vulturem* —> vultre —> buitre, multum —> mult —> muy). A. A.]

misma palabra. Así, *comes — comitem* se hace en antiguo francés *cuens* || *comte, baro — baronem —> ber \\ baron, presbiter — presbiterum —> prestre* || *provoire.*

Otras veces una desinencia se escinde en dos. El indoeuropeo caracterizaba todos los acusativos singulares por una misma final *-m* [1] *(*ek*$_1$*wom, *owim, *podm, *māterm,* etc.). En latín no hubo cambio radical en esto; pero en griego el tratamiento muy diferente de la nasal sonante y de la nasal consonante creó dos series distintas de formas: *híppon, ó(w)in: poda, matera.* El acusativo plural presenta un hecho muy semejante (cfr. *híppous y pódas).*

§ 2. OLVIDO DE LA COMPOSICIÓN DE LAS PALABRAS

Otro efecto gramatical del cambio fonético consiste en que las partes distintas de una palabra, que contribuían a fijar su valor, dejan de ser analizables: la palabra se hace un cuerpo indivisible. Ejemplos: fr. *ennemi* (cfr. lat. *in-imīcus — amīcus),* en latín *perderé* (cfr. más antiguo *perdare — dare), amicio* (por **ambjaciō — jaciō),* en alemán *Drittel* (por *drit-teil — teil).*

Se ve, por lo demás, que este caso se reduce al del parágrafo precedente: si, por ejemplo, *ennemi* es inanalizable, eso quiere decir que no se le puede asociar con el simple *amicus,* como se podía en latín asociar *inimicus;* la fórmula

amīcus — inimīcus

ami || *ennemi*

es en todo equiparable a

mansiō — mansiōnāticus
maison || *ménage.*

Cfr. también *decem — undecim : dix* || *onze*[1].

Las formas simples *hunc, hanc, hāc,* etc., del latín clásico, que proceden de *hon-ce, han-ce, hā-ce,* como lo demuestran formas epigráficas, son resultado de la aglutinación de un pronombre con la partícula *-ce;* se había

[1] ¿O *-n?* Cfr.pág. 117, nota. (B. y S.)
[2] [Con ejemplos españoles: *catena — catenatus : cadena* || *candado; decem — undecim: diez \\ once; manus — manica : mano \\ manga.* A. A.].

podido antes asociar *hon-ce,* etc., con *ec-ce;* pero más tarde, cuando la *-e* desapareció fonéticamente, ya no era posible; lo cual equivale a decir que ya no se distinguían los elementos de *hunc, hanc, hāc,* etcétera.

La evolución fonética comienza por enturbiar el análisis[1] antes de hacerlo totalmente imposible. La flexión nominal indoeuropea ofrece un ejemplo de este caso.

El indoeuropeo declinaba nom. sing, _*pod-s,_ acus. _*pod-m,_ dat. _*pod-ai,_ loc. _*pod-i,_ nom. pl. _*pod-es,_ acus. _*pod-ns,_ etc.; la flexión de _*ek$_1$wos_ fue en un principio exactamente paralela: _*ek$_1$wo-s, *ek$_1$wo-m,_ *ek$_1$wo-ai, _*ek$_1$wo-i, *ek$_1$wo-es, *ek$_1$wo-ns,_ etc. En esa época _*ek$_1$wo-_ se destacaba tan fácilmente como _*pod-._ Pero más tarde las contracciones vocálicas modifican ese estado: dat. _*ek$_1$wōí,_ loc. _*ek$_1$woi,_ nom. pl. _*ekiwōs._ Desde ese momento la nitidez del radical _*ek$_1$wo_ quedó comprometida y el análisis tendió a desviarse. Más tarde todavía, nuevos cambios, tales como la diferenciación de los acusativos (ver pág. 209), borran las últimas huellas del estado primitivo. Los contemporáneos de Jenofonte tenían probablemente la impresión de que el radical era *hipp- y* que las desinencias eran vocálicas *(hipp-os,* etc.), de donde resultó la separación absoluta de los tipos _*ek$_1$wo-s y *pod-s._ En el terreno de la flexión, como en otros, todo lo que enturbia el análisis contribuye a relajar los lazos gramaticales.

§ 3. NO HAY DOBLETES FONÉTICOS

En los dos casos examinados en los parágrafos 1 y 2, la evolución separa radicalmente dos términos unidos gramaticalmente en su origen. Este fenómeno podría dar lugar a un grave error de interpretación.

Cuando se comprueba la identidad relativa del bajo latín *barō : barōnem y* la disparidad del fr. ant. *ber : baron,* ¿no se siente uno inclinado a decir que una sola e idéntica unidad primitiva *(bar-)* se ha desarrollado en dos direcciones divergentes y ha producido dos formas? No, porque un mismo elemento no puede estar sometido simultáneamente y en un mismo lugar a dos transformaciones diferentes; eso sería contrario a la definición misma del cambio fonético. Por sí misma, la evolución de los sonidos no tiene la virtud de crear dos formas en lugar de una.

Veamos las objeciones que se pueden hacer a nuestra tesis; las supondremos introducidas por medio de ejemplos:

[1] [En este grado hay que contar esp. *enemigo* frente a *amigo*, debido a la identidad total de las dos últimas sílabas, para la asociación, y debido, para la disociación, a que no hay en *ene-* ni elementos asociables con *amigo* ni elementos por sí solos analizables. A. A.]

Collocāre, se dirá, ha dado en francés *coucher y colloquer*[1]. No, solamente *coucher; colloquer* no es más que un préstamo libresco de la palabra latina (cfr. *rançon* y *rédemption,* etcétera).

Pero *cathedra* ¿no ha dado *chaire* y *chaise,* dos palabras auténticamente francesas? En realidad, *chaise* es una forma dialectal; el hablar parisiense cambiaba la *r* intervocálica en *z (s* sonora); decía, por ejemplo, *pèse, mèse,* por *père, mère;* el francés literario no ha retenido más que dos muestras de esta pronunciación local; *chaise* y *bésicles* (doblete de *bérieles,* procedente de *béryl).* El caso es exactamente comparable al del picardo *rescapé,* que acaba de pasar al francés común y que así resulta contrastar con *réchappé.* Si tenemos juntos *cavalier y chevalier, cavalcade* y *chevauchée,* es porque *cavalier* y *cavalcade* han sido tomados del italiano. En el fondo éste es el mismo caso que *calidum,* que da en francés *chaud* y en italiano *caldo.* En todos estos ejemplos no hay sino préstamos.

Si ahora se pretende que el pronombre latino *mē* está representado en francés por dos formas: *me* y *moi* (cfr. «il *me* voit» y «c'est *moi* qu'il voit»), responderemos: lo que se ha hecho en francés *me* es el latín átono *me; mē* acentuado ha dado *moi; ahora* bien, la presencia o ausencia del acento no depende de las leyes fonéticas que han hecho pasar *mē* a *me* y a *moi,* sino del papel de esta palabra en la oración; es una dualidad gramatical. Lo mismo en alemán, **ur-* quedó como *ur-* con el acento, y se convirtió en *er-* cuando la sílaba era protónica (cfr. *úrlaub : erláuben);* pero este juego acentual está a su vez ligado a los tipos de composición donde entraba *ur-,* y por consiguiente a una condición gramatical y sincrónica. Por último, para volver a nuestro primer ejemplo, las diferencias de forma y de acento que presenta la pareja *bárō : barōnem* son evidentemente anteriores al cambio fonético.

De hecho, en ninguna parte se registran dobletes fonéticos: La evolución de los sonidos no hace más que acentuar diferencias existentes de antemano. Siempre que resulte que esas diferencias no se deban a causas exteriores, como en el caso de los préstamos, suponen dualidades gramaticales y sincrónicas absolutamente extrañas al fenómeno fonético.

S 4. LA ALTERNANCIA

En dos palabras como *maison : ménage,* poco inclinados estamos a buscar qué es lo que hace la diferencia de los términos, sea porque los

[1] [Lo mismo valen los ejemplos españoles: lat. *collocare -> colgar y colocar;* «colgar» es la forma dada por la fonética patrimonial; «colocar» es un préstamo libresco, un cultismo. A. A.)

elementos diferenciales *(-ezō* y *-en-)* se prestan poco a la comparación, sea porque no haya otra pareja que presente una oposición paralela. Pero suele suceder que los dos términos vecinos sólo difieran por uno o dos elementos fácilmente reconocibles, y que esta misma diferencia se repita regularmente en una serie de parejas paralelas; entonces tendremos uno de los más vastos y ordinarios hechos gramaticales donde los cambios fonéticos desempeñan un papel: se llama *alternancia.*

En francés toda ó latina en sílaba abierta se ha convertido en *eu* con el acento y en *ou* en posición protónica; de ahí parejas como *pouvons : peuvent, oeuvre : ouvrier, nouveau : neuf,* etc., en las que se discierne sin esfuerzo un elemento de diferencia y de variación regular. En latín el rotacismo hace alternar *gerō* con *gestus, oneris,* con *onus, maeror* con *maestus,* etc. En germánico, como la *s* recibió diferente tratamiento según el lugar del acento, se tiene en alto alemán medio *ferliesen : feloren, kiesen : gekoren, friesen : gefroren,* etc. La pérdida de la *e* indoeuropea se refleja en alemán moderno en las oposiciones *beissen : biss, leiden : litt, reiten : ritt,* etcétera.

En estos ejemplos lo afectado es el elemento radical; pero, por supuesto, todas las partes de la palabra pueden presentar oposiciones semejantes. Nada más común, por ejemplo, que un prefijo que aparece con formas diversas según la naturaleza de la inicial del radical (cfr. griego *apo-dídōmi : ap-érckomai,* fr. inconnu : inutile). La alternancia indoeuropea *e : o,* que en fin de cuentas, debe de tener en su origen una causa fonética, se encuentra en un gran número de elementos sufíjales (gr. *hippos : hippe, phér-o-men : phér-e-te, gén-os :gén-e-os* por **gén-es-os,* etc.). El antiguo francés tiene un tratamiento especial para la a latina acentuada tras una palatal; de ahí la alternancia *e : ie* en muchas desinencias (cfr. *chant-er : jug-ier, chant-é : jug-ié, chant-ez : jug-iez,* etcétera).

Se puede, pues, definir la alternancia como *una correspondencia entre dos sonidos o grupos de sonidos determinados, que se permutan regularmente entre dos series deformas existentes.*

Así como el fenómeno fonético no explica por sí solo los dobletes, fácil es de ver también que no es ni la causa única ni la causa principal de la alternancia. Cuando se dice que el latín *nov-* se ha hecho por cambio fonético *neuv-* y *nouv-* en francés *(neuve y nouveau),* se forja una unidad imaginaria y se descuida una dualidad sincrónica preexistente; la posición diferente de *nov-* en *nov-us y* en *nov-ellus* es a la vez anterior al cambio fonético y eminentemente gramatical (cfr. *barō : barōnem).* Esta dualidad es la que está en la raíz de toda alternancia y la que la hace posible. El fenómeno fonético no ha roto una unidad, no ha hecho más que hacer más

sensible, por la separación de los sonidos, una oposición de términos coexistentes. Es un error, compartido por muchos lingüistas, el creer que la alternancia es de orden fonético, simplemente porque los sonidos forman su materia y porque sus alteraciones intervienen en la génesis. De hecho, ya se la tome en su punto de arranque, ya en su punto de llegada, la alternancia pertenece siempre a la gramática y a la sincronía.

§ 5. LAS LEYES DE LA ALTERNANCIA

¿Son las alternancias reducibles a leyes? ¿De qué naturaleza son esas leyes?

Sea la alternancia *e : i,* tan frecuente en alemán moderno: tomando todos los casos en bloque y entremezclados *(geben : gibt, Feld : Gefilde, Wetter : wittern, helfen : Hilfe, sehen : Sicht,* etc.) no se puede formular ningún principio general. Pero apartemos de esa masa la pareja *geben: gibt* para oponerla a *sckelten : schilt, helfen : hilf, nehmen : nimmt,* etc. ; entonces se notará que esa alternancia coincide con una distinción de tiempo, de persona, etc.; en *lang : Länge, stark : Stärke, hart : Härte,* etcétera, la oposición muy semejante *a : e* está ligada a la formación de sustantivos por medio de adjetivos; en *Hand : Hände, Gast : Gäste,* etcétera, a la formación del plural, y así en todos los casos, tan frecuentes, que los germanistas comprenden bajo el nombre de *ablaut* (véase todavía *finden : fand, o finden : Fund, binden : band, o binden : Bund, schiessen : schoss : Schuss,fliessen :floss : Fluss,* etc.). El *ablaut, o* variación vocálica radical coincidente con la oposición gramatical, es un ejemplo capital de la alternancia: pero no se distingue del fenómeno general por ningún carácter particular.

Se ve que de ordinario la alternancia está distribuida entre varios términos de manera regular, y que coincide con una oposición importante de función, de categoría, de determinación. Se puede hablar de leyes gramaticales de alternancias; pero esas leyes no son más que un resultado fortuito de los hechos fonéticos que les han dado nacimiento. Por crear esos hechos fonéticos una oposición fónica regular entre dos series de términos que presentan una oposición de valor, el espíritu se acoge a esa diferencia material para transformarla en significativa y hacer de ella el vehículo de la diferencia conceptual (ver pág. 130 y sigs.). Como todas las leyes sincrónicas, éstas son simples principios de disposición sin fuerza imperativa. Es muy incorrecto decir, como se suele hacer, que la *a* de *Nacht* se cambia en ä en el plural *Nächte;* eso da la ilusión de que del uno al otro término interviene una transformación regulada por un principio

imperativo. En realidad lo que tenemos aquí es una simple oposición de formas, resultado de la evolución fonética. Es verdad que la analogía, de que en seguida trataremos, puede crear nuevas parejas que ofrezcan la misma diferencia fónica (cfr. Kranz: Kränze sobre *Gast: Gäste,* etc.). La ley parece entonces aplicarse como una regla que gobierna el uso hasta el punto de modificarlo. Pero no hay que olvidar que en la lengua esas permutaciones están a merced de influencias analógicas contrarias, y eso basta para señalar que las reglas de este orden son siempre precarias y que responden enteramente a la definición de la ley sincrónica.

Puede suceder también que la condición fonética que ha provocado la alternancia esté todavía manifiesta. Así las parejas citadas en la página 183 tenían en antiguo alemán la forma *geban : gibit, feld : gafildi,* etc. En aquella época, cuando el radical iba seguido de una *i,* aparecería él mismo con *i* en lugar de *e,* mientras que presentaba *e* en todos los otros casos. La alternancia del latín *faciō : conficiō, amīcus : inimīcus, facilis : difficilis,* etcétera, está igualmente ligada a una condición fónica que los sujetos hablantes habrían expresado así: la *a* de una palabra del tipo faciō, *amīcus,* etc., alterna con *i* en las palabras de la misma familia donde esa *a* se encuentra en sílaba interior.

Pero estas oposiciones fónicas sugieren exactamente las mismas observaciones que todas las leyes gramaticales: son sincrónicas; y cuando se olvida eso, se corre el riesgo de cometer el error de interpretación ya señalado en la página 121. Ante una pareja *como faciō : conficiō,* hay que guardarse de confundir la relación entre esos términos coexistentes con la que une los términos sucesivos del hecho diacrónico *(confaciō —> conficiō).* Si hay inclinación a hacerlo, es que la causa de la diferenciación fonética es todavía visible en esta pareja; pero su acción pertenece al pasado, y para los hablantes no hay más que una simple oposición sincrónica.

Todo esto confirma lo que hemos dicho del carácter estrictamente gramatical de la alternancia. Para designarla se ha empleado el término, por lo demás muy correcto, de permutación; pero es mejor evitarlo, precisamente porque se ha solido aplicar al cambio fonético y despierta una falsa idea de movimiento allí donde sólo hay un estado.

§ 6. ALTERNANCIA Y NEXO GRAMATICAL

Hemos visto cómo la evolución fonética, al cambiar la forma de las palabras, tiene el efecto de romper los nexos gramaticales que las puedan unir. Pero eso sólo es verdad para las parejas aisladas como *maison : ménage, Teil : Drittel,* etc. En cuanto se trata de la alternancia ya no sucede así.

Es evidente, en primer lugar, que toda oposición fónica un poco regular de dos elementos tiende a establecer un vínculo entre ellos. Asociamos instintivamente *Wetter* con w*ittern,* porque tenemos el hábito de ver la *e* alternando con la *i.* Con mayor razón, en cuanto los sujetos hablantes sienten que una oposición fónica está gobernada por una ley general, esa correspondencia habitual se impone a su atención y contribuye a estrechar el vínculo gramatical más que a relajarlo. Así es como el *ablaut* alemán (ver pág. 183) acentúa la percepción de la unidad radical a través de las variaciones vocálicas.

Lo mismo sucede con las alternancias no significativas, pero ligadas a una condición puramente fónica. El prefijo fr. *re- (reprendre, regagner, retoucher,* etc.) se reduce a *r-* delante de vocal *(rouvrir, racheter,* etc.). Lo mismo el prefijo *in-*, muy vivo, aunque de origen culto, aparece en las mismas condiciones con dos formas distintas: *ē-* (en *inconnu, indigne, invertébré,* etc.) e *in-* (en *inavouable, inutile, inesthétique,* etc.). Esta diferencia no rompe de ningún modo la unidad de concepción, porque sentido y función se conciben como idénticos y porque la lengua está fijada sobre los casos en que empleará una u otra forma.

CAPÍTULO IV

ANALOGÍA

§ 1. DEFINICIÓN Y EJEMPLOS

De lo dicho resulta que el fenómeno fonético es un factor de trastorno. A no ser que cree alternancias, en todas partes contribuye a relajar los nexos gramaticales que unen las palabras; aumenta inútilmente la suma de las formas; el mecanismo lingüístico se oscurece y se complica en proporción a lo que predominen las irregularidades nacidas del cambio fonético sobre las formas agrupadas en tipos generales; en otros términos en proporción al predominio de lo arbitrario absoluto sobre lo arbitrario relativo (ver pág. 156).

Afortunadamente, el efecto de esas transformaciones está contrapesado por la analogía. A ella corresponden todas las modificaciones normales del aspecto exterior de las palabras que no son de naturaleza fonética.

La analogía supone un modelo y su imitación regular. *Una forma analógica es una forma hecha a imagen de otra o de otras muchas según una regla determinada.*

Así, el nominativo latino *honor* es analógico. Se ha dicho primero *honōs : honōsem,* después, por rotacismo de la *-s-*, *honōs : honōrem.* El radical tenía desde entonces doble forma; esa dualidad fue eliminada por la forma nueva *honor,* creada sobre el modelo de *ōrātor : ōrātōrem,* por un procedimiento que estudiaremos luego y que reducimos desde ahora al cálculo de la cuarta proporcional:

ōrātōrem : ōrātor = honōrem : x

x = honor

Se ve, pues, que para contrapesar la acción disgregadora del cambio fonético *(honōs : honōrem),* la analogía unificó de nuevo las formas y restableció la regularidad *(honor : honōrem).*

En francés se dijo mucho tiempo *il preuve, nous prouvons, ils preuvent.* Hoy se dice *il prouve, ils prouvent,* formas que no se pueden exp car fonéticamente; *il aime* procede del latín *amat;* mientras que *nous aimons* es analógico, en vez de *amons;* se debiera decir también *amable*

en vez de *aimable.* En griego, la s desapareció entre dos vocales: *-eso-* se hizo *-eo-* (cfr. *géneos* por **génesos).* Sin embargo se encuentra la s intervocálica en el futuro y en el aoristo de todos los verbos en vocal: *lūsō, élūsa,* etc. Es que la analogía de las formas del tipo *túpsō, étupsa,* donde la *s* no caía, conservó el recuerdo del futuro y del aoristo con *s*. En alemán, mientras que *Gast : Gäste, Balg : Bälge,* etc., son fonéticos, *Kranz : Kränze* (antes *kranz : kranza), Häls : Hälse* (antes *halsa),* etc., se deben a la imitación.

La analogía se ejerce en favor de la regularidad y tiende a unificar los procedimientos de formación y de flexión. Pero tiene sus caprichos: junto a *Kranz : Kränze,* etc., tenemos *Tag : Tage, Salz : Salze,* etc., que, por una u otra razón, han resistido a la analogía. Así, no se puede predecir hasta dónde se extenderá la imitación de un modelo, ni cuáles son los tipos destinados a provocarla. Por ejemplo, no son siempre las formas mas numerosas las que desencadenan la analogía. En el perfecto griego, junto al activo *pépheuga, pépheugas, pepheúgamen,* etc., toda la voz media se conjuga sin *a: pephugmai, pephúgmetha,* etc., y la lengua de Homero nos muestra que esa a faltaba antiguamente en el plural y en el dual del activo (cfr. homérico *ídmen, éïkton,* etc.). La analogía partió únicamente de la primera persona del singular del activo y alcanzó a casi todo el paradigma del perfecto de indicativo. Este caso es notable, además, porque aquí la analogía atribuye y une al radical un elemento *-a-*, flexional en su origen, de donde *pepheúga-men;* lo contrario —elemento radical atribuido al sufijo— es mucho más frecuente (ver pág. 195).

Con frecuencia dos o tres palabras aisladas bastan para crear una forma general, una desinencia, por ejemplo; en antiguo alto alemán, los verbos débiles del tipo *habēn, lobōn,* etc., tenían *m* en la primera persona singular del presente: *habēm, lobōm;* esa *m* procede de algunos verbos análogos a los verbos griegos en *-mi : bim, stām, gēm, tuom,* que por sí solos impusieron esa terminación a toda flexión débil. Notemos que aquí la analogía no borró una diversidad fonética, sino que generalizó un modo de formación.

§ 2. LOS FENÓMENOS ANALÓGICOS NO SON CAMBIOS

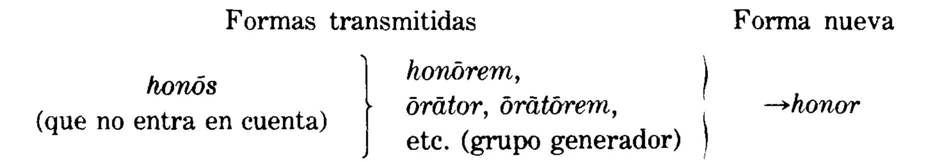
Los primeros lingüistas no comprendieron la naturaleza del fenómeno de la analogía, que ellos llamaban «falsa analogía». Creían que el latín, al inventar *honor,* se había equivocado sobre el prototipo *honōs.* Para ellos todo lo que se aparta del orden dado es irregularidad, infracción a una forma ideal. Es que, por una ilusión muy característica de la época, se

veía en el estado original de la lengua un no sé qué de superior y de perfecto, sin preguntarse siquiera si ese estado no habría sido precedido de otro. Toda libertad respecto de ese estado era, pues, una anomalía. La escuela de los neogramáticos es la que ha asignado por primera vez a la analogía su verdadero lugar al mostrar que, juntamente con los cambios fonéticos, es el gran factor de la evolución de las lenguas, el procedimiento por medio del cual pasan de un estado de organización a otro.

Pero ¿de qué naturaleza son los fenómenos analógicos? ¿Son cambios, como se cree comúnmente?

Todo hecho analógico es un drama de tres personajes: 1° el tipo transmitido, legítimo, hereditario (por ejemplo, *honos);* 2° el concurrente *(honor);* 3° un personaje colectivo, constituido por las formas que han creado al concurrente *(honōrem, ōrātor, ōrātōrem,* etc.). Se suele considerar *honor* como una modificación, un «metaplasmo» de *honōs;* de *honōs* habrá sacado la mayor parte de su sustancia. ¡Pero la única forma que nada tiene que ver con la generación de *honor* es precisamente *honōs!*

Se puede representar el fenómeno por este esquema:



Como se ve, se trata de un «paraplasmo», de la instalación de un concurrente junto a una forma tradicional, en fin, de una creación. Mientras que el cambio fonético nada de nuevo introduce sin anular a lo que precedía *(honōrem* reemplaza a *honōsem),* la forma analógica no entraña necesariamente la desaparición de la que ella viene a duplicar. *Honōs* y *honor* coexistieron durante cierto tiempo y pudieron emplearse el uno por el otro. Sin embargo, como la lengua se resiste a mantener dos significantes para una misma idea, lo más corriente es que la forma primitiva, menos regular, caiga en desuso y desaparezca. Y este resultado es el que hace pensar en una transformación: una vez terminada la acción analógica, el estado antiguo *(honōs : honōrem)* y el nuevo *(honor : honōrem)* están aparentemente en la misma oposición que la que resulta de la evolución de los sonidos. Sin embargo, en el momento en que nace *honor,* nada ha cambiado, puesto que no reemplaza a nada: la desaparición de *honos* ya no es un cambio, puesto que este fenómeno es independiente del primero. Dondequiera se pueda seguir la marcha de los sucesos lingüísticos, se ve

que la innovación analógica y la eliminación de la forma antigua son dos cosas distintas y que en ninguna parte se sorprende una transformación. Tan ajeno al carácter de la analogía es el reemplazar una forma por otra, que a menudo se le ve producir formas que no reemplazan a ninguna. En alemán se puede sacar un diminutivo en *-chen* de cualquier sustantivo concreto; si se introdujera en la lengua una forma como *Elefantchen* no suplantaría a nada preexistente. Lo mismo en francés, sobre el modelo *pensión : pensionnaire, réaction : réactionnaire,* etc., cualquiera puede crear *interventionnaire* o *répressionnaire,* con el sentido de 'partidario de la intervención', 'de la represión'. Este proceso es evidentemente el mismo que el que acabamos de ver que engendraba *honor:* los dos reclaman la misma fórmula:

réaction : réactionnaire = répression : x

x = répressionnaire

y en uno y otro caso no hay pretexto alguno para hablar de cambio; *répressionnaire* no reemplaza a nada. Otro ejemplo: de un lado, se oye decir analógicamente en francés *finaux* por *fináis,* que pasa por más regular; de otro, cualquiera podría formar el adjetivo *firmamental* y darle un plural *firmamentaux.* ¿Diríamos que *en finaux* hay cambio y *en firmamentaux* creación? En ambos casos hay creación. Sobre el modelo de *mur: emmurer* se ha hecho *tour : entourer y jour : ajourer* (en «un travail *ajouré»);* estos derivados, relativamente recientes, se nos aparecen como creaciones. Pero si advierto que en una época anterior había *entorner* y *ajorner,* construidos sobre *torn y jorn,* ¿tendré que cambiar de opinión y declarar que *entourer* y *ajourer* son modificaciones de estas palabras más antiguas? Así, la ilusión del «cambio» analógico procede de establecer una relación con un término suplantado por el nuevo: pero es un error, puesto que las formaciones calificadas de cambio (tipo *honor)* son de la misma naturaleza que las que llamamos creaciones (tipo *répressionnaire).*

§ 3. LA ANALOGÍA, PRINCIPIO DE LAS CREACIONES DE LA LENGUA

Si después de mostrar lo que la analogía no es, la estudiamos desde un punto de vista positivo, en seguida se ve que su principio se confunde ni más ni menos con el de las creaciones lingüísticas en general. ¿Cuál es ese principio?

La analogía es de orden psicológico; pero eso no basta para distinguirla de los fenómenos fonéticos, puesto que éstos pueden considerarse como tales (ver pág. 216). Hay que ir más lejos y decir que la analogía es de orden gramatical: la analogía supone la conciencia y la comprensión de una relación que una las formas entre sí. Mientras que la idea no supone nada en el fenómeno fonético, su intervención es necesaria en materia de analogía.

En el paso fonético de la s intervocálica a *r* en latín (cfr. *honōsem*—> *honōrem),* no se ve intervenir la comparación de otras formas ni el sentido de la palabra: es el cadáver de la forma *honōsem* el que pasa a *honōrem.* Por el contrario, para dar cuenta de la aparición de *honor* frente a *honōs,* es necesario invocar otras formas, como lo muestra la fórmula de la cuarta proporcional:

ōrātōrem: ōrātor = honōrem: x
x = honor

y esa combinación no tendría ninguna razón de ser si el espíritu no asociara por el sentido las formas que la componen.

Así, pues, todo es gramatical en la analogía; pero añadamos en seguida que la creación resultante no puede pertenecer en un principio más que al habla; es la obra ocasional de un sujeto aislado. En esa esfera, y al margen de la lengua, es donde conviene sorprender primero el fenómeno. Sin embargo, hay que distinguir dos cosas: 1° la comprensión de la relación que une las formas generatrices; 2° el resultado sugerido por la comparación, la forma improvisada por el sujeto hablante para la expresión del pensamiento. Solamente este resultado pertenece al habla.

La analogía nos enseña, pues, una vez más a separar la lengua del habla (ver pág. 45 y sigs.); nos muestra la segunda como dependiente de la primera y nos hace tocar con el dedo el mecanismo lingüístico, tal como lo hemos descrito en la página 154. Toda creación debe estar precedida de una comparación inconsciente de los materiales depositados en el tesoro de la lengua, donde las formas generatrices están reguladas según relaciones sintagmáticas y asociativas.

Así, una parte entera del fenómeno se cumple antes de que se vea aparecer la forma nueva. La actividad continua del lenguaje, que descompone las unidades que le son dadas, contiene en sí no solamente todas las posibilidades de un hablar conforme al uso, sino también todas las de las formaciones analógicas. Es, pues, un error creer que el proceso generador sólo se produce en el momento en que surge la creación: los elementos

ya estaban dados. Una palabra que yo improvise, como *in-decor-able,* ya existe en potencia en la lengua; todos sus elementos se encuentran en sintagmas como *decor-ar, decor-ación : perdon-able, manej-able : in-contable, in-sensato,* etc., y su realización en el habla es un hecho insignificante en comparación con la posibilidad de formarlo.

En resumen, la analogía, considerada en sí misma, no es más que un aspecto del fenómeno de la interpretación, una manifestación de la actividad general que distingue las unidades para utilizarlas luego. He ahí por qué decimos que es enteramente gramatical y sincrónica.

Este carácter de la analogía sugiere dos observaciones que confirman nuestra doctrina sobre lo arbitrario absoluto y lo arbitrario relativo (ver pág. 162 y sigs.):

1° Se podrían clasificar las palabras de acuerdo con su capacidad relativa de engendrar otras, según que ellas mismas sean más o menos descomponibles. Las palabras simples son, por definición, improductivas (cfr. *árbol, almacén, raíz,* etc.). *Almacenero* no ha sido engendrado por *almacén;* ha sido formado sobre el modelo *prisionero : prisión,* etc. Del mismo modo, *almacenar* debe su existencia a la analogía con *amontonar, racionar,* etc., que contienen *montón, ración,* etc. [1].

Hay, pues, en cada lengua palabras productivas y palabras estériles, pero la proporción de unas y otras varía. Esto *se* reduce, en suma, a la distinción señalada en la página 158 entre las lenguas «lexicológicas» y las lenguas «gramaticales». En chino, la mayor parte de las palabras son indescomponibles; por el contrario, en una lengua artificial, casi todas son analizables. Un esperantista tiene completa libertad para construir sobre una raíz dada palabras nuevas.

2° Ya hemos señalado (pág. 190) que toda creación analógica se puede representar como una operación comparable con el cálculo de la cuarta proporcional. Muy frecuentemente se ha utilizado esta fórmula para explicar el fenómeno mismo, mientras que nosotros hemos buscado su razón de ser en el análisis y la reconstrucción de elementos dados por la lengua.

Entre estas dos concepciones hay conflicto. Si la cuarta proporcional es Una explicación suficiente ¿qué falta hace la hipótesis de un análisis de los elementos? Para formar *indecorable,* no hay necesidad de extraer sus

' [En el texto: *magasinier* ha sido formado sobre el modelo *prisonnier : prison,* etc.; *emmagasiner* debe su existencia a la analogía con *emmailloter, encadrer, encapuchonner,* etc., que contienen *maillot, cadre, capuchon,* etc. Los ejemplos del original tienen la ventaja de ilustrar doblemente con la formación del verbo en *-er* y con la formación prefijal *em-(en-).* Podemos añadir otro en esas condiciones: *empuercar,* formación analógica sobre *enharinar, encenagar, endemoniar, embaldosar,* etc. A.A.]

elementos *(in-decor-able);* basta con tomar el conjunto y ponerlo en la ecuación:

perdonar : imperdonable, etc. = *decorar : x*
x = indecorable.

De este modo no se supone en el sujeto una operación complicada, muy semejante al análisis consciente del gramático. En casos como el de *Kranz : Kränze* formado sobre *Gast : Gäste,* la descomposición parece menos probable que la cuarta proporcional, puesto que el radical del modelo es ya *Gast-* ya *Gäst-;* no se ha tenido que hacer más que referir a *Kranze* un carácter fónico de *Gäste.*

¿Cuál de estas dos teorías corresponde a la realidad? Empecemos por señalar que el caso de *Kranz* no excluye necesariamente el análisis. Ya hemos registrado alternancias en raíces y prefijos (ver pág. 182), y el sentimiento de una alternancia puede muy bien existir junto a un análisis positivo.

Estas dos concepciones opuestas se reflejan en dos doctrinas gramaticales diferentes. Nuestras gramáticas europeas operan con la cuarta proporcional; explican, por ejemplo, la formación de un pretérito alemán partiendo de palabras completas, y dicen a los alumnos: sobre el modelo de *setzen : setzte* formen ustedes el pretérito de *lachen,* etc. Por el contrario, la gramática hindú estudiaría en un capítulo determinado las raíces *(zetz-,lach-,* etc.), en otro las terminaciones del pretérito *(-te,* etc.); daría los elementos resultantes del análisis, y los alumnos tendrían que recomponer las palabras completas. En todo diccionario sánscrito los verbos están dispuestos en el orden que les asigna su raíz.

Según la tendencia dominante de cada grupo lingüístico, los teóricos de la gramática se inclinarán hacia el uno o el otro de estos métodos.

El antiguo latín parece favorecer el procedimiento analítico. He aquí una prueba evidente. La cantidad no es igual *en făctus* y en *āctus,* a pesar *de făciō* y de *ăgō;* hay que suponer que *āctus* procede de un * *ăgtos,* y atribuir el alargamiento de la vocal a la sonora siguiente; esta hipótesis está plenamente confirmada por las lenguas romances; la oposición *spĕciō : spĕctus* contra *tĕgō : tēctus* se refleja en francés en *dépit (= despĕctus)* y *toit (tĕctum) :* cfr. *conficiō : confĕctus* (francés *confit)* contra *rĕgo : rēctus (dīrēctus --> fr. droit).* Pero * *agtos, *tegtos,* * *regtos* no fueron heredados del indoeuropeo, que decía con seguridad **ăktos, *tĕctos,* etc.; es el latín prehistórico el que los introdujo, a pesar de la dificultad que hay de pronunciar una sonora delante de una sorda. Y eso no pudo ocurrir más

que con una viva conciencia de las unidades radicales *ag-, teg-.* El latín antiguo tenía, pues, en alto grado el sentimiento de las piezas de la palabra (radicales, sufijos, etc.), y de su combinación. Es probable que nuestras lenguas modernas no lo tengan de manera tan aguda, pero parece que el alemán lo tiene más que el francés (ver pág. 212).

CAPÍTULO V

ANALOGÍA Y EVOLUCIÓN

§ 1. CÓMO ENTRA EN LA LENGUA UNA INNOVACIÓN ANALÓGICA

Nada entra en la lengua sin haber sido ensayado en el habla; todos los fenómenos evolutivos tienen su raíz en la esfera del individuo. Este principio, ya enunciado en la página 122, se aplica muy particularmente a las innovaciones analógicas. Antes de que *honor* se hiciera un competidor susceptible de reemplazar a *honōs,* hizo falta que un primer sujeto lo improvisara, que otros lo imitaran y lo repitieran, hasta imponerlo en el uso.

No es necesario que todas las innovaciones analógicas tengan esta buena fortuna. En todo momento encontramos combinaciones sin porvenir que la lengua no adoptará probablemente. El lenguaje de los niños rebosa de ellas, porque los niños conocen mal el uso y todavía no están sujetos a él; los niños franceses dicen *viendre* por *venir, mouru* por *mort,* etc., y los españoles dicen cabo por *quepo, morido* por *muerto,* etc. Pero también el lenguaje de los adultos las ofrece. Así, muchas personas sustituyen en francés *trayait* por *traisait* (que, por lo demás, se lee en Rousseau). Todas estas innovaciones son en sí perfectamente regulares; se explican de la misma manera que las que la lengua ha aceptado; así, *viendre* descansa en la proporción

éteindrai : éteindre = viendrai : x

x = viendre

y *traisait* se ha forjado a imagen de *plaire, plaisait,* etc.

La lengua sólo retiene una mínima parte de las creaciones del habla; pero las que duran son bastante numerosas para que de una época a otra veamos cómo la suma de las formas nuevas da al vocabulario y a la gramática una fisonomía muy diferente.

Todo el capítulo precedente muestra con claridad que la analogía no podría ser por sí misma un factor de evolución; y no es menos verdad que esta sustitución constante de formas viejas por formas nuevas es uno de los más sorprendentes aspectos de la evolución de las lenguas. Cada vez que una creación se instala definitivamente y elimina a su competidora,

hay verdaderamente algo creado y algo abandonado, y en este sentido la analogía ocupa un lugar preponderante en la teoría de la evolución. Sobre este punto quisiéramos insistir.

§ 2. LAS INNOVACIONES ANALÓGICAS, SÍNTOMAS DE CAMBIOS DE INTERPRETACIÓN

La lengua no ceja de interpretar y de descomponer las unidades que le son dadas. Pero ¿cómo es que esta interpretación varía constantemente de generación en generación?

Hay que buscar la causa de ese cambio en la masa enorme de los factores que amenazan sin cesar el análisis adoptado en un estado de lengua. Recordaremos algunos.

El primero y más importante es el cambio fonético (ver cap. II). Al hacer ambiguos ciertos análisis e imposibles otros, el cambio fonético modifica las condiciones de la desarticulación, y con eso altera sus resultados, de donde proviene el desplazamiento de los límites de las unidades y la modificación de su naturaleza. Recuérdese lo que hemos dicho en la página 166 sobre compuestos como *beta-hûs* y *redo-lich,* en la página 180 sobre la flexión nominal en indoeuropeo.

Pero no es el único el hecho fonético. También entra la aglutinación, de que luego trataremos, y que tiene por efecto el reducir a la unidad una combinación de elementos; y además, toda clase de circunstancias exteriores a la palabra, pero capaces de modificar su análisis. En efecto, puesto que el análisis resulta de un conjunto de comparaciones, es evidente que depende a cada momento del campo asociativo del término. Así el superlativo indoeuropeo * *swād-is-to-s* contenía dos sufijos independientes: *-is-,* que señalaba la idea de comparativo (ejemplo latino *mag-is),* y *-to-,* que designaba el lugar determinado de un objeto en una serie (cfr. gr. *trí-t*-os 'tercero'). Esos dos sufijos se aglutinaron (cfr. gr. *hēd-isto-s,* o mejor *hēd-ist-os).* Pero, a su vez, esa aglutinación fue muy favorecida por un hecho ajeno al superlativo: los comparativos en *-is-* cayeron en desuso, suplantados por las formaciones en *-jōs;* y no siendo ya reconocible *-is-* como elemento autónomo, no se le distinguió en *-isto-.*

Señalamos al pasar que hay una tendencia general a disminuir el elemento radical en provecho del elemento formativo, sobre todo cuando el primero termina en vocal. Así es como en latín el sufijo *-tāt- (vēri-tāt-em* por **vēro-tāt-em,* cfr. gr. *deinó-tēt-a)* se adueñó de la *i* del tema, de donde resultó el análisis *vēr-itāt-em;* lo mismo *Rōmā-nus, Albā-nus* (cfr. a*ēnus* por **aes-no-s)* se hacen *Rōm-ānus, Alb-ānus.*

Ahora bien, cualquiera sea el origen de esos cambios de interpretación, siempre se revelan por la aparición de formas analógicas. En efecto, si las unidades vivas sentidas por los sujetos hablantes en un momento dado son las únicas que pueden dar lugar a formaciones analógicas, recíprocamente toda repetición determinada de unidades supone la posibilidad de extender su uso. La analogía es, pues, la prueba perentoria de que un elemento formativo existe en un momento dado como unidad significativa. *Merīdiōnālis* (Lactancio) por *merīdiālis* muestra que se dividía *septentri-ōnālis, regi-ōnalis,* y para mostrar que el sufijo *-tāt-* había aumentado con un elemento *i* tomado del radical no hay más que alegar *celeritātem; pāg-ānus,* formado sobre *pāg-us,* basta para mostrar que los latinos analizaban *Rōm-ānus;* el análisis de *redlich* (pág. 166) está confirmado por la existencia de *sterblich,* formado con una raíz verbal, etc.

Un ejemplo particularmente curioso mostrará cómo trabaja la analogía de época en época sobre nuevas unidades. En francés moderno *somnolent* se analiza *somnol-ent,* como si fuera un participio de presente; la prueba está en que existe un verbo *somnoler.* Pero en latín se separaba *somno-lentus,* como *succu-lentus,* etc., y más antiguamente todavía *somn-olentus* ('el que huele a sueño', de *olēre,* como *vīn-olentus* 'que huele a vino').

Así, el efecto más sensible y más importante de la analogía es el de suplantar antiguas formaciones, irregulares y caducas, con otras más normales, compuestas de elementos vivos.

Sin duda no siempre suceden las cosas tan sencillamente: la acción de la lengua está cruzada por una infinidad de vacilaciones, de tanteos, de aproximaciones, de semianálisis. No hay momento en que una lengua posea un sistema perfectamente fijo de unidades. Piénsese en lo que hemos dicho en la página 180 de la flexión de **ekiwos* frente a la de **pods.* Esos análisis imperfectos dan lugar a creaciones analógicas turbias. Las formas indoeuropeas **geus-etai, *gus-tos, *gus-tis* permiten separar una raíz *geus- gus-* 'gustar'; pero en griego la *s* intervocálica cae, y el análisis de *geúomai, geustós* está enturbiado; de ahí resulta una fluctuación, y tan pronto se analiza *geus* como *geu;* a su vez la analogía testimonia esta fluctuación, y hasta vemos ciertas bases en *eu-* que toman esa *s* final (ejemplo: *pneu-, pneûma,* adjetivo verbal *pneus-tós).*

Pero hasta en estas perplejidades ejerce la analogía una acción sobre la lengua. Así, aunque no sea la analogía por sí misma un hecho de evolución, refleja de momento en momento los cambios sobrevenidos a la economía de la lengua y los consagra por medio de combinaciones nuevas. La analogía es la colaboradora eficaz de todas las fuerzas que

modifican sin cesar la arquitectura de un idioma, y en ese sentido es un poderoso factor de evolución.

§ 3. LA ANALOGÍA, PRINCIPIO DE RENOVACIÓN Y DE CONSERVACIÓN

A veces se quisiera uno preguntar si tendrá verdaderamente la analogía la importancia que le atribuyen los razonamientos precedentes, y si su acción será tan extensa como la de los cambios fonéticos. En realidad la historia de cada lengua permite descubrir un hormigueo de hechos analógicos acumulados unos sobre otros, y, tomados en bloque, esos continuos reajustes desempeñan en la evolución de la lengua un papel considerable, hasta más considerable que el de los cambios de sonidos.

Pero hay una cosa que interesa particularmente al lingüista: en la masa enorme de fenómenos analógicos que representan algunos siglos de evolución, se han conservado casi todos los elementos; sólo que han sido distribuidos de otro modo. Las innovaciones de la analogía son más aparentes que reales. La lengua es traje cubierto de remiendos hechos con su propio paño. Las cuatro quintas partes del francés son indoeuroeas, si se piensa en la sustancia de que se componen nuestras frases, mientras que las palabras transmitidas íntegramente, sin cambio analógico alguno, desde la lengua madre hasta el francés moderno, cabrían en una página (por ejemplo: ***est*** = ****esti,*** los nombres de los números, ciertos vocablos como ***ours, nez, père, chien,*** etc.). La inmensa mayoría de las palabras son, de un modo o de otro, combinaciones nuevas de elementos fónicos arrancados a formas más antiguas. En este sentido se puede decir que la analogía, precisamente por utilizar siempre la materia vieja para sus innovaciones, es eminentemente conservadora.

Pero la analogía no actúa menos profundamente como factor de conservación puro y simple; se puede decir que interviene no sólo cuando los materiales preexistentes son distribuidos en nuevas unidades, sino también cuando las formas permanecen idénticas a sí mismas. En los dos casos se trata de un mismo proceso psicológico. Para darse cuenta de ese proceso basta recordar que su principio es en el fondo idéntico al del mecanismo del lenguaje (ver pág. 189 y sigs.).

El latín ***agunt*** se ha transmitido casi intacto desde la época prehistórica (en que se decía ****agonti)*** hasta el umbral de la época románica. Durante este intervalo, las generaciones sucesivas lo han tomado y vuelto a tomar sin que ninguna forma competidora lo haya venido a suplantar. ¿No entra la analogía para nada en esta conservación? Al contrario, la es-

Ahora bien, cualquiera sea el origen de esos cambios de interpretación, siempre se revelan por la aparición de formas analógicas. En efecto, si las unidades vivas sentidas por los sujetos hablantes en un momento dado son las únicas que pueden dar lugar a formaciones analógicas, recíprocamente toda repetición determinada de unidades supone la posibilidad de extender su uso. La analogía es, pues, la prueba perentoria de que un elemento formativo existe en un momento dado como unidad significativa. *Merīdiōnālis* (Lactancio) por *merīdiālis* muestra que se dividía *septentri-ōnālis, regi-ōnālis,* y para mostrar que el sufijo *-tāt-* había aumentado con un elemento *i* tomado del radical no hay más que alegar *celer-itātem; pāg-ānus,* formado sobre *pāg-us,* basta para mostrar que los latinos analizaban *Rōm-ānus;* el análisis de *redlich* (pág. 166) está confirmado por la existencia de *sterblich,* formado con una raíz verbal, etc.

Un ejemplo particularmente curioso mostrará cómo trabaja la analogía de época en época sobre nuevas unidades. En francés moderno *somnolent* se analiza *somnol-ent,* como si fuera un participio de presente; la prueba está en que existe un verbo *somnoler.* Pero en latín se separaba *somno-lentus,* como *succu-lentus,* etc., y más antiguamente todavía *somn-olentus* ('el que huele a sueño', de *olēre,* como *vīn-olentus* 'que huele a vino').

Así, el efecto más sensible y más importante de la analogía es el de suplantar antiguas formaciones, irregulares y caducas, con otras más normales, compuestas de elementos vivos.

Sin duda no siempre suceden las cosas tan sencillamente: la acción de la lengua está cruzada por una infinidad de vacilaciones, de tanteos, de aproximaciones, de semianálisis. No hay momento en que una lengua posea un sistema perfectamente fijo de unidades. Piénsese en lo que hemos dicho en la página 180 de la flexión de **ekiwos* frente a la de **pods.* Esos análisis imperfectos dan lugar a creaciones analógicas turbias. Las formas indoeuropeas **geus-etai, *gus-tos, *gus-tis* permiten separar una raíz *geus- gus-* 'gustar'; pero en griego la *s* intervocálica cae, y el análisis de *geúomai, geustós* está enturbiado; de ahí resulta una fluctuación, y tan pronto se analiza *geus* como *qeu;* a su vez la analogía testimonia esta fluctuación, y hasta vemos ciertas bases en *eu-* que toman esa *s* final (ejemplo: *pneu-, pneûma,* adjetivo verbal *pneus-tós).*

Pero hasta en estas perplejidades ejerce la analogía una acción sobre la lengua. Así, aunque no sea la analogía por sí misma un hecho de evolución, refleja de momento en momento los cambios sobrevenidos a la economía de la lengua y los consagra por medio de combinaciones nuevas. La analogía es la colaboradora eficaz de todas las fuerzas que

modifican sin cesar la arquitectura de un idioma, y en ese sentido es un poderoso factor de evolución.

§ 3. LA ANALOGÍA, PRINCIPIO DE RENOVACIÓN Y DE CONSERVACIÓN

A veces se quisiera uno preguntar si tendrá verdaderamente la analogía la importancia que le atribuyen los razonamientos precedentes, y si su acción será tan extensa como la de los cambios fonéticos. En realidad la historia de cada lengua permite descubrir un hormigueo de hechos analógicos acumulados unos sobre otros, y, tomados en bloque, esos continuos reajustes desempeñan en la evolución de la lengua un papel considerable, hasta más considerable que el de los cambios de sonidos.

Pero hay una cosa que interesa particularmente al lingüista: en la masa enorme de fenómenos analógicos que representan algunos siglos de evolución, se han conservado casi todos los elementos; sólo que han sido distribuidos de otro modo. Las innovaciones de la analogía son más aparentes que reales. La lengua es traje cubierto de remiendos hechos con su propio paño. Las cuatro quintas partes del francés son indoeuroeas, si se piensa en la sustancia de que se componen nuestras frases, mientras que las palabras transmitidas íntegramente, sin cambio analógico alguno, desde la lengua madre hasta el francés moderno, cabrían en una página (por ejemplo: ***est*** = ****esti***, los nombres de los números, ciertos vocablos como ***ours, nez, père, chien,*** etc.). La inmensa mayoría de las palabras son, de un modo o de otro, combinaciones nuevas de elementos fónicos arrancados a formas más antiguas. En este sentido se puede decir que la analogía, precisamente por utilizar siempre la materia vieja para sus innovaciones, es eminentemente conservadora.

Pero la analogía no actúa menos profundamente como factor de conservación puro y simple; se puede decir que interviene no sólo cuando los materiales preexistentes son distribuidos en nuevas unidades, sino también cuando las formas permanecen idénticas a sí mismas. En los dos casos se trata de un mismo proceso psicológico. Para darse cuenta de ese proceso basta recordar que su principio es en el fondo idéntico al del mecanismo del lenguaje (ver pág. 189 y sigs.).

El latín ***agunt*** se ha transmitido casi intacto desde la época prehistórica (en que se decía ****agonti)*** hasta el umbral de la época románica. Durante este intervalo, las generaciones sucesivas lo han tomado y vuelto a tomar sin que ninguna forma competidora lo haya venido a suplantar. ¿No entra la analogía para nada en esta conservación? Al contrario, la es-

tabilidad de *agunt se* debe a la analogía tanto como cualquier innovación. *Agunt* está encuadrado en un sistema, y es solidario de formas como dī-*cunt, legunt,* etc., y de otras como *agimus, agitis,* etc. Sin esta vecindad hubiera habido muchas probabiliddes de que *agunt* fuera sustituida por una forma compuesta de nuevos elementos. Lo que ha sido transmitido no es *agunt,* sino *ag-unt;* la forma no cambia, porque *ag-* y *-uni* estaban contrastados regularmente en otras series, y ese cortejo de formas asociadas es el que ha preservado a *agunt* a lo largo de la ruta. Compárese asimismo *sextus,* que se apoya también en series compactas: de un lado *sex, sexâginta,* etc., del otro, *quar-tus, quin-tus,* etcétera.

Así, las formas se mantienen porque sin cesar se las rehace analógicamente; una palabra es comprendida a la vez como unidad y como sintagma, y perdura en la lengua mientras sus elementos no cambien. Inversamente, su existencia sólo queda comprometida en la medida en que sus elementos salen del uso. Véase lo que sucede en francés con *dites y faites,* que corresponden directamente al latín *dic-itis, fac-itis,* pero que no tienen ya punto de apoyo en la flexión verbal actual: la lengua trata de reemplazarlos; se oye decir *disez, faisez,* sobre el modelo de *plaisez, lisez,* etc., y estas nuevas desinencias son corrientes en la mayor parte de los compuestos *(contredisez,* etcétera).

Las únicas formas sobre las que no tiene poder alguno la analogía son naturalmente las palabras aisladas, tales como los nombres propios, especialmente los nombres de lugar (cfr. *Paris, Genève, Agen,* etc.), que no permiten análisis alguno y, por consiguiente, ninguna interpretación de sus elementos; junto a ellos no surge ninguna creación competidora.

Así la conservación de una forma puede deberse a dos causas exactamente opuestas: el aislamiento completo o el estrecho enmarcamiento en un sistema que, quedando intacto en sus partes esenciales, viene constantemente en su ayuda. En el dominio intermedio de las formas insuficientemente sostenidas por la vecindad, es donde puede la analogía innovadora desplegar sus efectos.

Pero ya se trate de la conservación de una forma compuesta de varios elementos, o de una redistribución de la materia lingüística en nuevas construcciones, el papel de la analogía es inmenso: siempre está en juego.

CAPÍTULO VI

LA ETIMOLOGÍA POPULAR

Alguna vez nos pasa que estropeamos las palabras cuya forma y sentido nos son poco familiares, y alguna vez el uso consagra esas deformaciones. Así el antiguo francés *coûte-pointe* (de *coûte,* variante de *couette* 'cobertura', y *pointe,* participio pasado de *poindre* 'picar') se cambió en *courtepointe,* como si fuera un compuesto del adjetivo *court* y del sustantivo *pointe.* Estas innovaciones, por estrafalarias que sean, no se hacen completamente al azar; son tentativas de explicar aproximadamente una palabra dificultosa relacionándola con alguna cosa conocida.

Se ha dado a este fenómeno el nombre de etimología popular. A primera vista no se distingue de la analogía. Cuando un sujeto hablante, olvidando la existencia de *surdité,* crea analógicamente la palabra *sourdité,* el resultado es el mismo que si, entendiendo mal *surdité,* la hubiera deformado por recuerdo del adjetivo *sourd; y* la única diferencia sería entonces que las construcciones de la analogía son racionales, mientras que la *eti*mología popular procede un poco al azar y no consigue más que un despropósito.

Sin embargo, esta diferencia no es esencial, ya que no concierne más que a los resultados. La diversidad de su naturaleza es más profunda; para hacer ver en qué consiste, comencemos por dar algunos ejemplos de los principales tipos de etimología popular.

En primer lugar está el caso en que la palabra recibe una interpretación nueva sin que cambie su forma. En alemán *durchbläuen* 'golpear' procede etimológicamente de *bliuwan* 'fustigar'; pero se le asocia con *blau* 'azul' a causa de los cardenales producidos por los golpes. En la Edad Media el alemán tomó del francés *aventure,* de que hizo regularmente *ābentüre, y* luego *Abenteuer;* sin deformar la palabra, se le asoció luego con *Abend* 'tarde, velada' ('lo que se cuenta en la velada'), de tal modo que en el siglo XVIII se escribía *Abendteuer.* El antiguo francés *soufraite* 'privación' (= *suffracta* de *subfrangere)* dio el adjetivo *souffreteux,* que ahora se asocia con *souffrir,* con el que nada tiene de común. *Lais* es el sustantivo verbal de *laisser;* pero actualmente se ve en él el sustativo ' verbal de *léguer y* se escribe *legs;* hasta hay quienes pronuncian *le-g-s;* eso podría hacer pensar que ya hay ahí un cambio de forma como resul-

tado de la interpretación nueva, pero se trata de una influencia de la forma escrita, por la cual se quería, sin modificar la pronunciación, señalar la idea que las gentes se hacían del origen de la palabra. Así es también como *homard,* tomado al antiguo nórdico *humarr* (cfr, danés *hummer)* tomó *d* final por analogía con las palabras francesas en *-ard;* sólo que aquí el error de interpretación señalado por la ortografía cae sobre el final de la palabra que se confundió con un sufijo usual (cfr. *bavard,* etcétera).

Pero la mayoría de las veces se deforma la palabra por acomodación a los elementos que se cree reconocer en ella; es el caso de *choucroute (Sauerkraut);* en alemán *dramedārius* ha resultado *Trampeltier* 'el animal que patea'; el compuesto es nuevo, pero encierra palabras que ya existían, *trampeln y Tier.* El antiguo alto alemán hizo, del latín *margarita, mari-greoz* 'guijarro de mar', combinando dos palabras ya conocidas[1].

Veamos, por fin, un caso particularmente instructivo: el latín *carbunculus* 'carboncito' dio en alemán *Karfunkel* (por asociación *con funkel* 'chisporrotear'), y en francés *escarboucle,* asociado con *boucle. Calfeter, calfetrer* 'calafatear'' se hizo *calfeutrer* por influencia de *feutre.* Lo que sorprende a primera vista en estos ejemplos es que cada uno encierra, junto a un elemento inteligible que existe en otras palabras, otra parte que no representa nada de lo antiguo *(Kar-, escar-, cal-).* Pero sería un error creer que en esos elementos hay una parte de creación, una cosa que haya surgido a propósito del fenómeno; la verdad es lo contrario, son fragmentos que la interpretación no ha podido afectar; si se quiere, éstas son etimologías populares que han quedado a mitad de camino. *Karfunkel* está en el mismo caso que *Abendteuer* (si se admite que *-teuer* es un residuo que queda sin explicación); también es comparable a *homard* donde *hom-* no corresponde a nada.

Así el grado de deformación no crea diferencias esenciales entre las palabras maltratadas por la etimología popular; todas tienen como carácter ser interpretaciones puras y simples de formas incomprendidas por medio de formas conocidas.

Ahora se ve en qué se parece la etimología popular a la analogía y en qué difiere.

Los dos fenómenos sólo tienen una característica común: en uno y en otro se utilizan elementos significativos dados por la lengua, pero por lo

[1] [El español del siglo xvi hizo, del toponímico mexicano *Coahuahuac, Cuernavaca,* combinando dos palabras ya existentes. El antiguo *antuzano* (ante ostianum) 'explanada ante la puerta de la iglesia o del castillo', se ha convertido en *altozano* 'cerro'', por atención a que la iglesia y el castillo estaban en lo alto del pueblo. A. A.)

demás son diametralmente opuestos. La analogía supone siempre el olvido de la forma anterior; en la base de la forma analógica *il traisait* (ver pág. 194), no hay análisis alguno de la forma antigua *il trayait;* el olvido de esta forma hasta es necesario para que aparezca su rival. La analogía no saca nada de la sustancia de los signos que reemplaza. Por el contrario, la etimología popular se reduce a una interpretación de la forma antigua; el recuerdo de ésta, aunque confuso, es el punto de partida de la deformación que sufre. Así en un caso es el recuerdo, en el otro el olvido lo que forma la base del análisis, y esta diferencia es capital.

La etimología popular no actúa, pues, más que en condiciones particulares y no afecta más que a las palabras raras, técnicas o extranjeras, que los sujetos asimilan imperfectamente. La analogía es, por el contrario, un hecho absolutamente general, que pertenece al funcionamiento normal de la lengua. Estos dos fenómenos, tan parecidos por ciertos aspectos, se oponen en su esencia, y deben ser distinguidos cuidadosamente.

CAPÍTULO VII

LA AGLUTINACIÓN

§ 1. DEFINICIÓN

Junto a la analogía, cuya importancia acabamos de destacar, interviene otro factor en la producción de las unidades nuevas: la aglutinación.

Ningún otro modo de formación entra seriamente en cuenta: el caso de las onomatopeyas (ver pág. 94) y el de las palabras forjadas enteras por un individuo sin intervención de la analogía (por ejemplo *gaz),* ni siquiera el de la etimología popular, no tienen más que importancia mínima o nula.

La aglutinación consiste en que dos o más términos originariamente distintos, pero que se encuentran juntos frecuentemente en sintagma en el seno de la oración, se sueldan en una unidad absoluta o difícilmente analizable. Tal es el proceso aglutinativo: *proceso,* decimos, y no *procedimiento,* porque esta última palabra implica una voluntad, una intención, y la ausencia de voluntad es justamente una característica esencial de la aglutinación.

Veamos algunos ejemplos. En francés se ha dicho primero *ce ci* en dos palabras, y más tarde *ceci:* palabra nueva, aunque no hayan cambiado ni su materia ni sus elementos constitutivos. Compárese también: fr. *tous jours* —> *toujours, au jour d'hui* --> *aujourd'hui, dès jà* —> *déjà, vert jus* —> *verjus* [1]. La aglutinación puede soldar también las subunidades de una palabra, como ya hemos visto en la pág. 195 a propósito del superlativo indoeuropeo **swād-is-to-s y* del superlativo griego *hēd-isto-s.*

Observando más atentamente, se distinguen tres fases en este fenómeno:

1ª la combinación de varios términos en un sintagma, comparable a todos los demás;

2ª la aglutinación propiamente dicha, o sea la síntesis de los elementos del sintagma en una unidad nueva. Esta síntesis se hace por sí misma, en virtud de una tendencia mecánica: cuando un concepto compuesto se expresa por medio de una secuencia de unidades significativas muy usua-

[1] [Ejemplos españoles: *toda vía.* —> todavía, *cantar he* —> *cantaré, sin vergüenza* —> *sinvergüenza, faz herir* —> *fazerir* -> *hazerir* -> mod. *zaherir, qui sab* —> *quizá.* A. A.]

les, el espíritu, tomando —por así decirlo— a campo traviesa, renuncia al análisis y aplica en bloque el concepto al grupo de signos, que se convierte en una unidad simple;

3ª todos los otros cambios capaces de asimilar cada vez más el grupo antiguo a una palabra simple: unificación del acento *(vért-jus —> verjús, cantár hé —> cantaré),* cambios fonéticos especiales, etcétera.

Se ha pretendido a veces que estos cambios fonéticos y acentuales (3ª) precedían a los cambios que ocurren en el dominio de la idea (2ª), y que hacía falta explicar la síntesis semántica por la aglutinación y la síntesis materiales; probablemente la cosa no es así: antes bien, porque se ha percibido una sola idea en *vert jus, tous jours,* etc., se ha hecho con esos grupos palabras simples, y sería un error invertir los términos.

2. AGLUTINACIÓN Y ANALOGÍA

El contraste entre la analogía y la aglutinación es sorprendente:

1° En la aglutinación dos o más unidades se confunden en una sola por síntesis (por ejemplo, fr. *encore* de *hanc horam,* esp. *ahora* de *hac hora),* o bien dos subunidades no forman ya más que una (cfr. *hēd-isto-s,* de **swād-is-to-s).* Por el contrario, la analogía parte de unidades inferiores para hacer con ellas una unidad superior. Para crear *pāg-ānus,* la analogía ha unido un radical *pāg- y* un sufijo *-ānus.*

2° La aglutinación opera únicamente en la esfera sintagmática; su acción recae sobre un grupo dado; no considera otra cosa. Por el contrario, la analogía echa mano de las series asociativas tanto como de los sintagmas.

3° La aglutinación, sobre todo, no ofrece nada de voluntario, nada de activo; ya lo hemos dicho: es un simple proceso mecánico, donde el ensamblaje se hace por sí solo. Por el contrario, la analogía es un procedimiento que supone análisis y combinaciones, una actividad inteligente, una intención.

Se suelen emplear los términos de *construcción y* de *estructura* a propósito de la formación de las palabras; pero esos términos no tienen el mismo sentido según se apliquen a la aglutinación o a la analogía. En el primer caso, sugieren la cimentación lenta de elementos que, estando en contacto en un sintagma, han sufrido una síntesis que puede llegar hasta la completa esfumación de sus unidades. En el caso de la analogía, por el contrario, construcción quiere decir disposición obtenida de un solo golpe, en un acto del habla, por la reunión de cierto número de elementos tomados de diversas series asociativas.

Ya se ve, pues, cuánto importa distinguir uno y otro modo de formación. Así en latín *possum* no es otra cosa que la soldadura de dos palabras, *potis sum* 'yo soy dueño de, capaz de': es un aglutinado; por el contrario, *signifer, agricola,* etc., son productos de la analogía, construcciones hechas sobre modelos dados por la lengua. Hay que reservar para las creaciones analógicas [1] exclusivamente los términos de *compuestos* y *derivados.*

A menudo es difícil decir si una forma analizable ha nacido por aglutinación o si ha surgido como una construcción analógica. Los lingüistas han discutido sin descanso sobre las formas **es-mi, *es-ti, *ed-mi,* etc., del indoeuropeo. ¿Es que los elementos *es-, ed-,* fueron en una época muy antigua palabras verdaderas, aglutinadas luego con otras: *mi, ti,* etc., o bien que **es-mi, *es-ti,* etc., resultaron de combinaciones con elementos extraídos de otras unidades complejas del mismo orden, lo cual haría ascender la aglutinación a una época anterior a la formación de las desinencias en indoeuropeo? A falta de testimonios históricos, la cuestión parece insoluble.

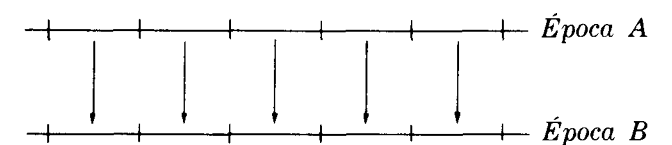
Sólo la historia nos lo puede decir. Siempre que la historia permita afirmar que un elemento simple constaba anteriormente de dos o más elementos de la oración, estamos ante una aglutinación: así el latín *hunc,* que procede de *hom ce (ce* está atestiguado epigráficamente). Pero en cuanto nos falta la información histórica, es muy difícil determinar qué es aglutinación y qué se debe a la analogía.

[1] Esto viene a significar que esos dos fenómenos combinan su acción en la historia de la lengua; pero la aglutinación precede siempre, y es la que suministra modelos a la analogía. Así el tipo de compuestos que ha dado en griego *hippó-dromo-s,* etc., nació por aglutinación parcial en una época del indoeuropeo en que las desinencias eran desconocidas *(ekwo aromo* equivalía entonces a un compuesto inglés tal como *country house);* pero la analogía es la que ha hecho con eso una formación productiva antes de la soldadura absoluta de sus elementos. Lo mismo sucedió con el futuro francés *(je ferai,* etc.), nacido en latín vulgar de la aglutinación del infinitivo con el presente del verbo *habēre (faceré habeo* = tengo que hacer"). Así, por intervención de la analogía, es como crea la aglutinación tipos sintácticos y como trabaja para la gramática; abandonada a sí misma, lleva la síntesis de sus elementos hasta la unidad absoluta y sólo produce palabras indescomponibles e improductivas (tipo *harte ho-ram —> encore),* es decir, que trabaja para el léxico. (B. y S.)

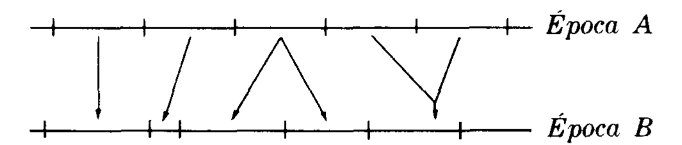
CAPÍTULO VIII

UNIDADES, IDENTIDADES Y REALIDADES DIACRÓNICAS

La lingüística estática opera con unidades que existen según el encadenamiento sincrónico. Todo lo dicho hasta aquí prueba que en una sucesión diacrónica no hay elementos deslindados de una vez para siempre, tales como se podrían representar por un gráfico como el siguiente:



Pero en realidad, de momento a momento alteran su disposición en virtud de sucesos cuyo teatro es la lengua, de modo que responderían mejor a esta otra figura:



Esto es lo que resulta de cuanto hemos dicho a propósito de las consecuencias de la evolución fonética, de la analogía, de la aglutinación, etcétera.

Casi todos los ejemplos citados hasta aquí pertenecen a la formación de las palabras; veamos otro tomado de la sintaxis. El indoeuropeo no conocía preposiciones: las relaciones que indican las preposiciones se expresaban por medio de los casos, muy numerosos y dotados de gran fuerza significativa. Tampoco había verbos compuestos con preverbios, sino sólo partículas, palabrejas que se añadían a la oración para precisar y matizar la acción del verbo. Así, nada había que correspondiera al latín *ire ob* mortem 'ir delante de la muerte', ni a ***obmire mortem;*** se habría dicho ***ire mortem ob.*** Éste es todavía el estado del griego primitivo: 1° ***óreos baínō káta; óreos baínō*** significa por sí solo 'vengo del monte', teniendo el genitivo el valor de ablativo; ***káta*** añade el matiz 'descendiendo'. En otra épo-

ca posterior se dijo, 2° *katà óreos baínō,* donde *katà* ya tiene función de preposición, o todavía, 3° *kata-baínō óreos,* por aglutinación del verbo y de la partícula hecha preverbio.

Hay aquí dos o tres fenómenos distintos, pero basados todos en la interpretación de las unidades: 1° creación de una nueva especie de palabras, las preposiciones, y esto por simple remoción de las unidades recibidas. Un orden particular, indiferente al origen, debido quizá a una causa fortuita, ha permitido un nuevo agrupamiento: *kata*, antes independiente, se une con el sustantivo *óreos,* y este conjunto se une a *baínō* para servirle de complemento; 2° aparición de un tipo verbal nuevo *(katabaí-nō);* agrupamiento psicológico distinto, favorecido también por una distribución especial de las unidades y consolidado por la aglutinación; 3° como consecuencia natural: debilitamiento del sentido de la desinencia del genitivo *(óre-os);* ahora será *katà* el encargado de expresar la idea esencial que antes expresaba por sí solo el genitivo: la importancia de la desinencia *-os* disminuye proporcionalmente. Su desaparición futura está en germen en el fenómeno.

En los tres casos se trata, pues, de una repartición nueva de las unidades. Es la misma sustancia con diferentes funciones; pues —cosa de notar— ningún cambio fonético ha intervenido para provocar uno u otro de estos desplazamientos. Por otro lado, aunque la materia no ha variado, no hay que creer que todo ocurra en el dominio del sentido; no hay fenómeno de sintaxis sin la unión de alguna determinada cadena de conceptos a alguna determinada cadena de unidades fónicas (ver pág. 162) y justamente esta relación es la que ha sido modificada. Los sonidos subsisten, pero las unidades significativas ya no son las mismas.

Hemos dicho (pág. 100) que la alteración del signo es un desplazamiento de relación entre el significante y el significado. Esta definición se aplica no sólo a la alteración de los términos del sistema, sino también a la evolución del sistema mismo; el fenómeno diacrónico en su totalidad no es otra cosa.

Sin embargo, una vez que hayamos registrado un determinado desplazamiento de las unidades sincrónicas, estaremos lejos todavía de haber dado cuenta de lo que ha sucedido en la lengua. Hay un problema de la *unidad diacrónica* en sí: consiste en preguntarse, a propósito de cada suceso, cuál es el elemento sometido directamente a la acción transformadora. Ya nos hemos encontrado con un problema de este género a propósito de los cambios fonéticos (ver pág. 114); los cambios fonéticos no tocan más que al fonema aislado, mientras que la palabra, como unidad, le es ajena. Como hay toda clase de sucesos diacrónicos, se tendrán que resol-

ver multitud de cuestiones análogas, y las unidades que se deslinden en este dominio no tendrán que corresponder necesariamente a las del dominio sincrónico. Conforme al principio sentado en la primera parte, la noción de unidad no puede ser la misma en los dos órdenes. En todo caso, esa noción no será aclarada completamente mientras no se le estudie en estos dos aspectos, estático y evolutivo. Sólo la solución del problema de la unidad diacrónica nos permitirá sobrepasar las apariencias del fenómeno de evolución y llegar a su esencia. Aquí, lo mismo que en sincronía, el conocimiento de las unidades es indispensable para distinguir lo que es ilusión de lo que es realidad (ver pág. 134).

Pero otra cuestión, particularmente delicada, es la de la *identidad diacrónica.* En efecto, para poder decir que una unidad ha persistido idéntica a sí misma, o que, aun persistiendo como unidad diferenciada, ha cambiado de forma y de sentido —pues todos estos casos son posibles—, es necesario saber en qué me fundo para afirmar que un elemento tomado de una época, por ejemplo la palabra francesa *chaud,* es la misma cosa que un elemento tomado de otra época, por ejemplo el latín *calidum.*

A esta pregunta se responderá sin duda con que *calidum* ha tenido que convertirse regularmente en *chaud* por la acción de las leyes fonéticas, y que, por consiguiente, *chaud = calidum.* Esto es lo que se llama una identidad fonética. Lo mismo sucede con *sevrer y separare;* se dirá, por el contrario, *que fleurir* no es lo mismo *que flōrēre* (que habría dado **flouroir),* etcétera.

Este género de correspondencia parece a primera vista recubrir la noción de identidad diacrónica en general. Pero, de hecho, es imposible que el sonido dé cuenta por sí solo de la identidad. Sin duda se tiene razón al decir que el latín *mare* debe aparecer en francés en la forma de *mer,* porque toda a se hace *e* en determinadas condiciones, porque la *e* átona final cae, etc.; pero afirmar que esas relaciones *a* -> *e, e* —> cero, etc. son las que constituyen la identidad es invertir los términos, puesto que, al contrario, en nombre de la correspondencia *mare : mer* es como se cree que a se ha hecho *e,* que la *e* final cae, etcétera.

Si dos personas de diferentes regiones de Francia dicen, una *se fâcher,* otra *se fôcher,* la diferencia es muy secundaria en comparación con los hechos gramaticales que permiten reconocer en esas dos formas distintas una sola y única unidad de lengua [1]. Ahora bien, la identidad dia-

[1] [Con ejemplo de nuestra geografía lingüística: si dos personas hispanohablantes dicen, la una *plaza* y la otra *plasa,* la diferencia es muy secundaria en comparación con los hechos gramaticales que permiten reconocer en esas dos formas una sola y única unidad de lengua. A. A.]

crónica de dos palabras tan diferentes como *calidum* y *chaud* significa simplemente que se ha pasado de la una a la otra a través de una serie de identidades sincrónicas en el habla sin que nunca el lazo que las une se haya encontrado roto por las transformaciones fonéticas sucesivas. He ahí por qué hemos podido decir (pág. 132) que tan interesante es el saber cómo es idéntico a sí mismo un *¡señores!* repetido muchas veces en un discurso, como el saber por qué fr. *pas* (negación) es idéntica a *pas* (sustantivo), o, lo que viene a ser lo mismo, por qué *chaud* es idéntico a *calidum.* El segundo problema no es, en efecto, más que una prolongación y una complicación del primero.

APÉNDICES

A LAS PARTES TERCERA Y CUARTA

A. ANÁLISIS SUBJETIVO Y ANÁLISIS OBJETIVO

El análisis de las unidades de la lengua, que los sujetos hablantes hacen en todo momento, se puede llamar *análisis subjetivo;* guardémonos de confundirlo con el *análisis objetivo,* fundado en la historia. En una forma como gr. *híppos,* el gramático distingue tres elementos: una raíz, un sufijo y una desinencia *(hípp-o-s);* un griego no percibía más que dos *(hípp-os)* (ver pág. 180). El análisis objetivo ve cuatro subunidades en *amabas (am-ā-bā-s):* los latinos dividían *amā-bā-s;* hasta es probable que mirasen *-bās* como un todo flexional opuesto al radical. En las palabras francesas *entier* (lat. *in-teger* 'intacto'), *enfant* (lat. *in fans* 'el que no habla'), *enceinte* (lat. *in-cincta* 'sin cintura'), el historiador sacará un prefijo común *en-,* idéntico al *in-* privativo del latín; el análisis subjetivo de los sujetos hablantes lo ignora totalmente.

El gramático se suele inclinar a ver errores en los análisis espontáneos de la lengua; de hecho el análisis subjetivo no es más falso que la «falsa» analogía (ver pág. 192). La lengua no se equivoca, sólo que su punto de vista es diferente. No hay medida común entre el análisis de los individuos hablantes y el del historiador, aunque ambos usen el mismo procedimiento: la confrontación de las series que presentan un mismo elemento. Uno y otro están justificados, y cada uno conserva su valor propio; pero en última instancia, el de los sujetos es el único que importa, porque está fundado directamente en los hechos de lengua.

El análisis histórico no es más que una forma derivada del otro. En el fondo consiste en proyectar sobre un plano único las construcciones de diferentes épocas. Como la desmembración espontánea, el análisis histórico se propone conocer las subunidades que entran en una palabra, sólo que hace la síntesis de todas las divisiones cumplidas en el curso del tiempo, a ver si llega a la más antigua. La palabra es como una casa en la que se hubieran cambiado en varias ocasiones la disposición interior y el destino. El análisis objetivo suma y superpone esas distribuciones sucesivas; pero, para los ocupantes de la casa, nunca hay más que una. El análisis *hípp-o-s,* arriba examinado, no es falso, puesto que es la conciencia de los

sujetos hablantes la que lo estableció; es simplemente «anacrónico», pertenece a otra época de aquella en que se toma la palabra. Ese *hípp-o-s* no contradice al *hípp-os* del griego clásico, pero no hay que juzgarlos del mismo modo. Eso viene a plantear una vez más la distinción radical de lo diacrónico y lo sincrónico. Y esto permite, por añadidura, resolver una cuestión de método todavía pendiente en lingüística. La escuela antigua partía las palabras en raíces, temas, sufijos, etc., y daba a estas distinciones un valor absoluto. Leyendo a Bopp y sus discípulos, se creería que los griegos habían llevado consigo desde un tiempo inmemorial un bagaje de raíces y de sufijos, y que se dedicaban a confeccionar sus palabras al hablar, que *patēr,* por ejemplo, era para ellos raíz *pa* + sufijo *ter,* que *dōsō* en sus labios representaba la suma de *dō* + *so* + una desinencia personal, etcétera.

Por fin se sintió la necesidad de reaccionar contra tales aberraciones, y el santo y seña, muy justo, de esa reacción fue: observar qué es lo que ocurre en la lengua de hoy, en el lenguaje de todos los días, y no atribuir a los períodos antiguos de la lengua ningún proceso, ningún fenómeno que no sea comprobable actualmente. Y como por lo regular la lengua viva no permite sorprender análisis como los que hacía Bopp, los neogramáticos, firmes en su principio, declaran que raíces, temas, sufijos, etc., son puras abstracciones de nuestro espíritu y que, si se hace uso de ellos, es solamente por la comodidad de exposición. Pero si no hay justificación en el establecimiento de estas categorías ¿a qué establecerlas? Y cuando se establecen ¿en nombre de qué se declara que una partición como *hípp-o-s,* por ejemplo, es preferible a otra como *hípp-os?*

La escuela nueva, después de haber reconocido los defectos de la antigua doctrina, lo cual era fácil, se ha contentado con rechazarla en teoría, mientras que en la práctica quedaba como enredada en un aparato científico del que, a pesar de todo, no podía prescindir. Cuando se razona sobre estas «abstracciones» se ve la parte de realidad que representan, y un correctivo muy simple basta para dar a estos artificios del gramático un sentido legítimo y exacto. Es lo que hemos intentado arriba, al mostrar que, unido por un nexo interior al análisis subjetivo de la lengua viva, el análisis objetivo tiene un puesto legítimo y determinado en el método lingüístico.

B. EL ANÁLISIS SUBJETIVO Y LA DETERMINACIÓN DE LAS SUBUNIDADES

En materia de análisis sólo podremos, pues, establecer un método y formular definiciones después de habernos situado en el plano sincrónico.

Esto es lo que quisiéramos mostrar con algunas observaciones sobre las partes de la palabra: prefijos, raíces, radicales, sufijos, desinencias [1].

Comencemos por la *desinencia,* es decir, la característica flexional o elemento variable del fin de palabra que distingue las formas de un paradigma nominal o verbal. En *zeúgn-ūmi, zeúgnū-s, zeúgnü-si, zeúgnū-men,* etc., 'yo unzo', las desinencias *-mi, -s, -si, -men,* se deslindan simplemente porque se oponen entre sí y con la parte anterior de la palabra *(zeugn-ū).* Ya hemos visto (págs. 112 y 142) a propósito del genitivo checo *zĕn,* por oposición al nominativo *žena,* que la ausencia de desinencia puede tener la misma función que una desinencia ordinaria. Así en griego *zeúgnū!* '¡unce!' opuesto a *zeúgnu-te!* '¡uncid!', etc., o el vocativo *rhê-tor!* opuesto a *rhētor-os,* etc., en francés *mars* (escrito *marche!)* opuesto a *maršō* (escrito *marchons!),* son formas flexionadas de desinencia cero.

Por la eliminación de la desinencia se obtiene el *tema de flexión* o *radical,* que es, de una manera general, el elemento común separado espontáneamente por la comparación con una serie de palabras emparentadas, flexionadas o no, y que lleva la idea común a todas ellas. Así en francés, en la serie *roulis, rouleau, rouler, roulage, roulement* se percibe sin dificultad un radical *roul-.* Pero el análisis de los sujetos hablantes suele distinguir, en una misma familia de palabras, radicales de varias especies, o, mejor, de varios grados. El elemento *zeugnū-,* separado arriba de *zeúgnū-mi, zeúgnū-s,* es un radical de primer grado; no es irreducible, pues si se le compara con otras series *(zeúgnūmi, zeûktós, zeûksis, zeuktêr, zugón,* etc., de un lado, y *zeúgnūmi, deíknūmi, órnū-mi,* etc., de otro), la división *zeug-nu* se presentará por sí misma. Así *zeug-* (con sus formas alternantes *zeug- zeuk- zug-,* es, sin duda, un radical de segundo grado; pero éste ya es irreducible, porque no se puede llevar más lejos la partición por comparación de las formas parientes.

Se llama *raíz* a este elemento irreducible y común a todas las palabras de una misma familia. Por otro lado, como ninguna partición subjetiva y sincrónica puede separar los elementos materiales más que contemplando la porción de sentido que toca a cada uno de ellos, desde este punto de vista la raíz es el elemento en que la significación común a todas las palabras parientes llega al máximo de abstracción y de generalidad. Na-

[1] F. de Saussure no abordó, por lo menos desde el punto de vista sincrónico, la cuestión de las palabras compuestas. Este aspecto del problema, pues, tiene que quedar enteramente aparte; por supuesto, la distinción diacrónica antes establecida entre los compuestos y los aglutinados no podría ser transportada sin más a este lugar, donde se trata de analizar un estado de lengua. Apenas necesitamos indicar que esta exposición, relativa a las subunidades, no pretende resolver la cuestión más delicada, planteada en las páginas 129 y 134, de la definición de la palabra como unidad. (B. y S.)

turalmente esta indeterminación varia de raíz a raíz; pero también depende, en cierta medida, del grado de reducibilidad del radical; cuanto más particiones admita el radical, más ocasiones tendrá la raíz de hacerse abstracta. Así, ***zeugmátion*** designa una 'pequeña yunta', ***zeûgma*** una 'yunta' sin determinación especial, por último, ***zeug-*** encierra la idea indeterminada de 'uncir'.

De aquí se deduce que una raíz, como tal, no puede constituir una palabra ni recibir la adjunción directa de una desinencia. En efecto, una palabra representa siempre una idea relativamente determinada, per lo menos desde el punto de vista gramatical, lo cual es contrario a la generalidad y a la abstracción propia de la raíz. ¿Qué hay que pensar, entonces, del caso tan frecuente en que raíz y tema de flexión parecen confundirse, como se ve en el griego ***phlóks,*** gen. ***phlogós,*** 'llama', comparado con la raíz ***phleg- : phlog-*** que se halla en todas las palabras de la misma familia (cfr. ***phlég-o,*** etc.)? ¿No está en contradicción con la distinción que acabamos de establecer? No, pues hay que distinguir ***phleg- : phlog-*** en sentido general y ***phlog-*** en sentido especial, so pena de no considerar más que la forma material con exclusión del sentido. El mismo elemento fónico tiene aquí dos valores diferentes; constituye, pues, dos elementos lingüísticos distintos (ver pág. 129). Así como antes hemos considerado ***zeúgnū!*** '¡unce tú!' como una palabra flexionada de desinencia cero, ahora diremos que ***phlóg*** 'llama' es un tema de sufijo cero. No es posible confusión alguna: el radical sigue siendo distinto de la raíz, aun cuando ambos sean fónicamente idénticos.

La raíz es, pues, una realidad para la conciencia de los sujetos hablantes. Verdad que no la aislan siempre con la misma precisión; hay sobre esto diferencias, ya en el seno de una misma lengua, ya de lengua a lengua.

En ciertos idiomas, hay caracteres precisos que señalan la raíz a los sujetos hablantes. Es el caso del alemán, donde tiene un aspecto bastante uniforme; casi siempre monosilábica (cfr. ***streit-, bind-, haft-,*** etc.), la raíz obedece a ciertas reglas de estructura: los fonemas no aparecen en ella en un orden cualquiera; ciertas combinaciones de consonantes, por ej. oclusiva + líquida, están prohibidas en posición final: ***werk-*** es posible, ***wekr-*** no lo es; se hallan ***helf-, werd-,*** pero no ***hefl-, wedr-.***

Recordemos que las alternancias regulares, sobre todo entre vocales, refuerzan más que debilitan el sentimiento de la raíz y de las subunidades en general; en esto, también el alemán, con el variado juego de sus ***ablauts*** (ver pág. 183), difiere profundamente del francés. Las raíces semíticas tienen caracteres análogos y en mayor grado todavía. Las alternancias

son en esos idiomas muy regulares y determinan un gran número de oposiciones complejas (cfr. hebreo *qātal, qtaltem, qtōl, qitlū,* etc., formas de un mismo verbo que significa 'matar'). Además, representan un rasgo que recuerda el monosilabismo alemán, pero más sorprendente: siempre tienen tres consonantes (ver luego, pág. 258 y sig.).

En esto el francés es muy diferente. Tiene pocas alternancias y, junto a raíces monosilábicas *(rolul-, march-, mang-),* tiene otras muchas de dos y hasta de tres sílabas *(comenc-, hésit-, épouvant-).* Además las formas de estas raíces ofrecen, especialmente en su final, combinaciones demasiado diversas para ser reducibles a reglas (cfr. *tu-er, régn-er, guid-er, grond-er, souffl-er, tard-er, entr-er, hurl-er,* etc.). No hay que sorprenderse, pues, si el sentimiento de la raíz está muy poco desarrollado en francés [1]. La determinación de la raíz implica por contragolpe la de los prefijos y sufijos. El prefijo precede a la parte de la palabra reconocida como radical, por ejemplo, *hupo-* en el griego *hupo-zeúgnūmi.* El sufijo es el elemento que se añade a la raíz para hacer de ella un radical (ejemplo: *zeug-mat-),* o a un primer radical para hacerlo de segundo grado (por ejemplo, *zeugmat-io).* Ya hemos visto que este elemento, como la desinencia, puede estar representado por cero. La extracción del sufijo no es, pues, más que otra cara del análisis del radical.

El sufijo tiene tan pronto un sentido concreto, un valor semántico, como en *zeuk-tēr-,* donde *-tēr-* designa el agente, el autor de la acción, tan pronto una función puramente gramatical como en *zeúg-nū(mi),* donde *-nū-* señala la idea de presente. El prefijo puede también juntar ambos papeles, pero es raro que nuestras lenguas le den la función gramatical; ejemplos: el *ge-* del participio alemán *(ge-setzt,* etc.), los prefijos perfectivos del eslavo (ruso *na-pisát',* etcétera).

El prefijo difiere todavía del sufijo por un carácter que, sin ser absoluto, es también general: está mejor delimitado, pues que se separa más fácilmente del conjunto de la palabra. Eso está en la naturaleza propia de este elemento; en la mayoría de los casos lo que queda después de la eliminación de un prefijo hace el efecto de una palabra constituida (cfr. *recommencer : commencer, indigne : digne, maladroit : adroit, contrepoids : poids,* etc.) [2]. Esto es todavía más notable en latín, en griego, en alemán. Añadamos que muchos prefijos funcionan como palabras independientes: cfr. fr. *contre, mal, avant, sur;* alem. *unter, vor,* etc.; griego

[1] [Esta observación vale también para el español y para las demás lenguas romances. A. A.]

[2] [Como en español *inconveniente : conveniente, deshecho : hecho, indigno : digno, contrapeso : peso,* etc. A. A.].

katá, pró, etc. Otra cosa es con el sufijo: el radical obtenido por la supresión de este elemento es una palabra incompleta; ejemplo: francés *organisation : organis-;* alem. *Trennung : trenn-,* gr. *zeûgma : zeug-,* esp. *cantar : cant-,* etc., y por otro lado, el sufijo mismo no tiene existencia autónoma alguna.

De todo esto resulta que el radical está las más veces delimitado de antemano en su comienzo: antes de toda comparación con otras formas, el sujeto hablante sabe dónde poner el límite entre el prefijo y lo que sigue. En el final de palabra no es así: allí ningún linde se impone fuera de la confrontación de formas con el mismo radical o con el mismo sufijo, y esas asociaciones conducirán a delimitaciones variables según la naturaleza de los términos asociados.

Desde el punto de vista del análisis subjetivo, los sufijos y los radicales no son válidos más que por las oposiciones sintagmáticas y asociativas: según los casos, se puede hallar un elemento formativo y un elemento radical en dos partes opuestas de una palabra, sean cuales fueren, con tal que den lugar a una oposición. En el latín *dictātōrem,* por ejemplo, se verá un radical *dictātōr-(em),* si se le compara con *consul-em, ped-em,* etc., pero se verá un radical *dictā-(tōrem),* si se le asocia con *lic-torem, scrip-torem,* etc., y un radical *dic-(tātōrem),* si se piensa en *pō-tātōrem, can-tātōrem.* De una manera general, y en circunstancias favorables, el sujeto hablante puede ser inducido a hacer todas las conjeturas imaginables (por ejemplo: *dictāt-ōrem,* según *am-ōrem, ard-ōrem,* etc., *dict-ātōrem,* según *ōr-ātōrem, ōr-ātōrem,* etc.). Ya sabemos (ver pág. 195) que los resultados de estos análisis espontáneos se manifiestan en las formaciones analógicas de cada época; esos análisis son los que permiten distinguir las subunidades (raíces, prefijos, sufijos, desinencias) de que la lengua tiene conciencia, y también los valores que les da.

C. LA ETIMOLOGÍA

La etimología no es ni una disciplina distinta ni una parte de la lingüística evolutiva; es solamente una aplicación especial de los principios relativos a los hechos sincrónicos y diacrónicos. La etimología remonta el pasado de las palabras hasta dar con algo que las explica.

Cuando se habla del origen de un palabra y se dice que «viene» de otra, se pueden entender varias cosas diferentes: así, el fr. *sel* viene del latín *sal* por simple alteración del sonido; fr. *labourer* 'trabajar la tierra' viene del antiguo francés *labourer* 'trabajar en general' por alteración del

sentido solamente [1]; *couver* viene del latín *cubare* 'estar acostado', por alteración del sentido y del sonido; por último, cuando se dice que fr. *pommier* viene de *pomme,* o que esp. *alameda* viene de *álamo* se señala una derivación gramatical. En los tres casos primeros se opera con identidades diacrónicas, el cuarto se basa en una relación sincrónica de varios términos diferentes: ahora bien, todo cuanto hemos dicho sobre la analogía muestra que ahí está la parte más importante de la investigación etimológica.

La etimología del latín *bonus* no queda fijada porque nos remontemos a *dvenos;* pero si encontramos que *bis* remonta a *dvis* y que con eso se puede establecer una relación con *duo,* eso se puede llamar una operación etimológica; lo mismo decimos de la relación del francés *oiseau y* el latín *avicellus,* porque permite volver a dar con el lazo que une *oiseau* a *avis.*

La etimología es, pues, ante todo la explicación de las palabras por la investigación de sus relaciones con otras palabras. Explicar quiere decir: reducir a términos conocidos, y en lingüística *explicar una palabra es remitirla a otras palabras,* puesto que no hay relaciones necesarias entre el sonido y el sentido (principio de lo arbitrario del signo, ver pág. 93).

La etimología no se contenta con explicar palabras aisladas; hace la historia de familias de palabras, lo mismo que la hace de los elementos formativos, prefijos, sufijos, etcétera.

Como la lingüística estática y la evolutiva, la etimología describe hechos, pero su descripción no es metódica, ya que no se hace en ninguna dirección determinada. A propósito de una palabra tomada como objeto de estudio, la etimología toma sus elementos de información alternativamente de la fonética, de la morfología, de la semántica, etc. Para llegar a sus fines, se sirve de todos los medios que la lingüística pone a su disposición, pero sin detener su atención en la naturaleza de las operaciones que se ve obligada a hacer.

[1] [Con el ejemplo español: *labrar* 'trabajar la tierra', viene de un más antiguo esp. *labrar* 'trabajar en general', por alteración del sentido solamente. A. A.]

CUARTA PARTE

LINGÜÍSTICA GEOGRÁFICA

CAPÍTULO I

DE LA DIVERSIDAD DE LENGUAS

Al abordar la cuestión de las relaciones del fenómeno lingüístico con el espacio, abandonamos la lingüística interna para entrar en la externa, cuya extensión y variedad ya hemos señalado en el capítulo V de la *Introducción.*

Lo que primero sorprende en el estudio de las lenguas es su diversidad, las diferencias lingüísticas que aparecen en cuanto se pasa de un país a otro y hasta de un distrito a otro. Si las divergencias en el tiempo escapan muchas veces al observador, las divergencias en el espacio saltan a la vista en seguida; hasta los salvajes las perciben, gracias a los contactos con otras tribus que hablan lenguas diferentes. Justamente gracias a esas comparaciones es cómo un pueblo adquiere conciencia de su idioma.

Señalemos de paso que ese sentimiento hace nacer en los primitivos la idea de que la lengua es un hábito, una costumbre análoga a la de los vestidos o a la de las armas. El término *idioma* designa muy justamente la lengua en cuanto refleja los rasgos propios de una comunidad (el griego *idioma* tenía ya el sentido de 'costumbre especial'). Ahí hay una idea justa, pero que se convierte en error cuando se llega a ver en la lengua un atributo, no ya de la nación, sino de la raza, con el mismo título que el color de la piel o la forma de la cabeza.

Añadamos todavía que cada pueblo cree en la superioridad de su idioma. Un hombre que habla otra lengua suele ser fácilmente considerado como incapaz de hablar; así la palabra griega *bárbaros* parece haber significado 'tartamudo', y es pariente del latín *balbus;* en ruso, los alemanes se llaman *Nêmtsy* 'los mudos'. . .

Así la diversidad geográfica ha sido la primera comprobación hecha en lingüística; ella es la que ha determinado la forma inicial de la investigación científica en materia de lengua, incluso entre los griegos; verdad que los griegos no se aplicaron más que a la variedad que había entre los diferentes dialectos helénicos, pero es porque en general su interés apenas sobrepasaba los límites de la Grecia misma.

Después de comprobar que dos idiomas difieren, se ha ido instintivamente a descubrir en ellos analogías. Es ésa una tendencia natural de

los sujetos hablantes. A los aldeanos les gusta comparar su bable [1] con el de la aldea vecina; las personas que practican varios idiomas observan los rasgos que tienen ellos en común. Pero, cosa curiosa, la ciencia ha necesitado un tiempo enorme para utilizar las observaciones de este género; así los griegos, que habían observado muchas semejanzas entre el vocabulario latino y el suyo, no supieron sacar de ello ninguna conclusión lingüística.

La observación científica de esas analogías permite afirmar en ciertos casos que dos o varios idiomas están unidos por un lazo de parentesco, es decir, que tienen un origen común. Un grupo de lenguas así relacionadas se llama una familia; la lingüística moderna ha reconocido sucesivamente las familias indoeuropea, semítica, bantú [2], etc. Esas familias pueden a su vez compararse entre sí, y a veces aparecen filiaciones más vastas y antiguas. Se han querido ver analogías entre el fino-ugrio [3] y el indoeuropeo, entre este último y el semítico, etc. Pero las comparaciones de esta clase se estrellan pronto contra barreras infranqueables. No hay que confundir lo que puede ser con lo que es demostrable. El parentesco universal de las lenguas no es probable, pero si fuera verdadero —como lo cree un lingüista italiano, Trombetti[4]— no podría ser probado a causa del grandísimo número de cambios ocurridos.

Así, al lado de la diversidad en el parentesco, hay una diversidad absoluta sin parentesco reconocible o demostrable. ¿Cuál debe ser el método de la lingüística en uno y otro caso? Comencemos por el segundo, el más frecuente. Como acabamos de decir, hay una multitud infinita de lenguas y de familias de lenguas irreducibles unas a otras. Tal s, por ejemplo, el chino frente a las lenguas indoeuropeas. Pero eso no quiere decir que debamos renunciar a la comparación; la comparación es siempre posible y útil, y se aplicará lo mismo al organismo gramatical le a los tipos generales de la expresión del pensamiento o al sistema de los sonidos; también se compararán hechos de orden diacrónico, la evolución fonética de dos lenguas, etc. A este respecto, las posibilidades aunque en

[1] [Traduzco con *bable* el *patois* francés, según la proposición de Menéndez Pidal de llamar *bables* a las hablas locales subdialectales. A. A.]

[2] El bantú es un conjunto de lenguas habladas por los pueblos de África subecuatorial, especialmente por los cafres. (B. y S.)

[3] El fino-ugrio, que comprende entre otras lenguas el finlandés propiamente dicho o suomi, el mordvino, el lapón, etc., es una familia de lenguas habladas en rusia septentrional y en Siberia y que remontan seguramente a un idioma primitivo común; se les relaciona con el grupo muy extenso de las lenguas llamadas uralo-altaicas, cuya comunidad de origen no está probada, a pesar de ciertos rasgos que se encuentran en todas. (B. y S.)

[4] Ver su libro *L'unità d'origine del linguaggio,* Bolonia, 1905. (B. y S.)

número incalculable, están limitadas por ciertos datos constantes, fónicos y psíquicos, en cuyo interior se tiene que constituir la lengua entera; y recíprocamente, el descubrimiento de esos datos constantes es la meta principal de toda comparación hecha entre lenguas irreducibles entre sí. En cuanto a la otra categoría de diversidades, las que hay dentro de las familias de lenguas, ésas ofrecen a la comparación un campo ilimitado. Dos idiomas pueden diferir en todos los grados: parecerse sorprendentemente, como el zenda y el sánscrito, o parecer del todo desemejantes, como el sánscrito y el irlandés; todos los matices intermedios son posibles: así el griego y el latín están más próximos entre sí que con respecto al sánscrito, etc. Los idiomas que no divergen más que en un grado muy débil se llaman *dialectos;* pero no hay por qué dar a este término un sentido rigurosamente exacto; ya veremos en la página 231 que entre dialecto y lengua hay una diferencia de cantidad, no de naturaleza.

CAPÍTULO II

COMPLICACIONES DE LA DIVERSIDAD GEOGRÁFICA

§ 1. COEXISTENCIA DE VARIAS LENGUAS EN UN MISMO PUNTO

Hemos presentado hasta ahora la diversidad geográfica en su forma ideal: a tantos territorios, tantas lenguas distintas. Y teníamos el derecho de proceder así, pues la separación geográfica siempre es el factor mas general de la diversidad lingüistica. Abordemos ahora los hechos secundarios que vienen a turbar esta correspondencia *y* cuyo resultado es la coexistencia de varias lenguas en un mismo territorio.

No tratamos aquí de la mezcla real, orgánica, de la interpenetración de dos idiomas de que resulte un cambio en el sistema (recuérdese el inglés después de la conquista normanda). No se trata tampoco de varias lenguas netamente separadas territorialmente, aunque comprendidas en los límites de un Estado político, como es el caso de Suiza. Sólo vamos a encarar el hecho de que dos idiomas pueden vivir mano a mano en un mismo lugar y coexistir sin confundirse. Eso se ve muy a menudo; pero hay que distinguir dos casos.

Puede ocurrir, en primer lugar, que la lengua de una nueva población venga a superponerse a la de la población indígena. Así en África del Sur, junto a varios dialectos negros, se registra la presencia del holandés y del inglés, como resultado de dos colonizaciones sucesivas; de la misma manera se ha implantado en México el español. No hay que creer por eso que las usurpaciones lingüísticas de este género sean específicas de la época moderna. En todos los tiempos se ha visto mezclarse naciones sin confundir sus lenguas. Para darse cuenta de ello basta con echar una mirada sobre el mapa de la Europa actual: en Irlanda se habla el celta y el ingles; muchos irlandeses poseen las dos lenguas. En Bretaña se emplea el bretón y el francés; en la región vasca se sirven del francés o del español al mismo tiempo que del vascuence. En Finlandia el sueco y el fines coexisten desde mucho tiempo; el ruso ha venido a juntárseles más recientemente. En Curlandia y en Livonia se habla el letón, el alemán y el ruso; el alemán, importado por colonos llegados en la Edad Media bajo los auspicios de la liga hanseática, pertenece a una clase especial de la población; el

ruso fue luego importado por conquista. Lituania ha visto implantarse el polaco junto al lituano como consecuencia de su antigua unión con Polonia, y el ruso como resultado de la incorporación al Imperio moscovita. Hasta el siglo xviii, el eslavo y el alemán se usaban en toda la región oriental de Alemania a partir del Elba. En ciertos países la confusión de lenguas es todavía mayor; en Macedonia se encuentran todas las lenguas imaginables: el turco, el búlgaro, el servio, el griego, el albanés, el rumano, etc. [1], mezclados de modos diversos según cada región.

Estas lenguas no siempre están absolutamente mezcladas; su coexistencia en una región dada no excluye una relativa repartición territorial. Sucede, por ejemplo, que, entre dos lenguas, la una se habla en las ciudades y la otra en los campos; pero tal repartición no es siempre clara.

En la Antigüedad, los mismos fenómenos. Si poseyéramos el mapa lingüístico del Imperio Romano, nos mostraría hechos muy semejantes a los de la época moderna. Así, en Campania, hacia el fin de la República, se hablaban el oseo, como lo testimonian las inscripciones de Pompeya; el griego, lengua de los colonos fundadores de Ñapóles, etc.; el latín; quizá también el etrusco, que había reinado en esa región antes de la llegada de los romanos. En Cartago, el púnico o fenicio había persistido junto al latín (todavía existía en la época de la invasión árabe), sin contar que el númida se hablaba con seguridad en territorio cartaginés. Casi podríamos admitir que en la Antigüedad, en la cuenca del Mediterráneo, los países unilingües eran excepción.

Por lo común esta superposición de lenguas ha sido consecuencia de la invasión de un pueblo superior en fuerza; pero hay también la colonización, la penetración pacífica; y, por último, el caso de las tribus nómadas que transportan consigo su lenguaje. Es lo que han hecho los gitanos, asentados sobre todo en Hungría, donde forman aldeas compactas. El estudio de su lengua ha demostrado que han debido de venir de la India en una época desconocida. En la Dobrucha, en las bocas del Danubio, se encuentran pueblos y aldeas tártaros desparramados, como motas que salpican el mapa lingüístico de esa región.

§ 2. LENGUA LITERARIA E IDIOMA LOCAL

Todavía hay más, la unidad lingüística puede ser destruida cuando un idioma natural sufre la influencia de una lengua literaria. Eso se produce infaliblemente siempre que un pueblo llega a cierto grado de civilización.

[1] [Todavía se puede añadir el judeoespañol hablado por las importantes colonias de judíos sefarditas expulsados de España en 1492. A. A.]

Entendemos por «lengua literaria» no solamente la lengua de la literatura, sino, en un sentido más general, toda especie de lengua culta, oficial o no, al servicio de la comunidad entera. Abandonada a sí misma, la lengua sólo conoce dialectos, ninguno de los cuales se impone a los demás, y con ello está destinada a un fraccionamiento indefinido. Pero como la civilización, al desarrollarse, multiplica las comunicaciones, se elige, por una especie de convención tácita, uno de los dialectos existentes para hacerlo vehículo de todo cuanto interesa a la nación en su conjunto. Los motivos de la elección son diversos: unas veces se da la preferencia al dialecto de la región donde la civilización está más avanzada; otras, al de la provincia que tiene la hegemonía política y la sede del poder central; otras, es una corte la que impone su habla a la nación. Una vez promovido al rango de lengua oficial y común, el dialecto privilegiado rara vez sigue siendo como era hasta entonces. Se le mezclan elementos dialectales de otras regiones; se hace cada vez más complejo, sin perder del todo por eso su carácter original: así en el francés literario se reconoce bien el dialecto de la Isla de Francia, y el toscano en el italiano común. Sea lo que fuere, la lengua literaria no se impone de la noche a la mañana, y una gran parte de la población resulta ser bilingüe, y hablar a la vez la lengua de todos y el bable *(patois)* local. Es lo que se ve en muchas regiones de Francia, como en Saboya, donde el francés es una lengua importada y no ha ahogado todavía el bable del terruño. El hecho es general en Alemania y en Italia, donde por todas partes persiste el dialecto al lado de la lengua oficial.

Los mismos hechos han sucedido en todos los tiempos, en todos los pueblos llegados a cierto grado de civilización. Los griegos han tenido su *koiné*, nacida del ático y del jonio, y a su lado subsistían los dialectos locales. Hasta en la antigua Babilonia se cree poder establecer que hubo una lengua oficial al lado de dialectos regionales.

¿Una lengua general supone a la fuerza el uso de la escritura? Los poemas homéricos parecen probar lo contrario; a pesar de haber nacido en una época en que apenas se hacía uso de la escritura, su lengua es convencional y acusa todas las características de una lengua literaria.

Los hechos de que hemos tratado en este capítulo son tan frecuentes que podrían pasar por un factor normal en la historia de las lenguas. Sin embargo, haremos aquí abstracción de todo lo que perturbe la visión de la diversidad geográfica natural, para considerar el fenómeno primordial, fuera de toda importación de lengua extranjera y de toda formación de una lengua literaria. Tal simplificación esquemática parecerá falsear la realidad; pero el hecho natural debe ser estudiado primero en sí mismo.

Conforme al principio que adoptamos, diremos, por ejemplo, que

Bruselas es germánica porque está enclavada en la parte flamenca de Bélgica; allí se habla el francés, pero lo único que nos importa es el linde entre los dominios flamenco y valón. Por otro lado, desde este mismo punto de vista, Lieja será románica porque se encuentra en territorio valón; el francés no es allí más que una lengua extranjera superpuesta a un dialecto del mismo tronco. Y así Brest pertenece lingüísticamente al bretón; el francés que se habla allí nada tiene de común con el idioma indígena de la Bretaña. Berlín, donde no se oye apenas más que alto aleñan, será atribuido al bajo alemán; etcétera.

CAPÍTULO III

CAUSAS DE LA DIVERSIDAD GEOGRÁFICA

§ 1. EL TIEMPO, CAUSA ESENCIAL

La diversidad absoluta (véase pág. 220) plantea un problema puramente especulativo. Por el contrario, la diversidad en el parentesco nos pone en el terreno de la observación y puede ser reducida a la unidad. Así el francés y el provenzal se remontan al latín vulgar, cuya evolución ha sido diferente en el norte y en el sur de Galia. Su origen común resulta de la materialidad de los hechos.

Para comprender bien cómo ocurren las cosas, imaginemos unas condiciones teóricas lo más sencillas posibles, de modo que nos permitan abstraer la causa esencial de la diferenciación en el espacio, y preguntemenos qué sucedería si una lengua hablada en un punto netamente delimitado —una isla pequeña, por ejemplo— fuera transportada por colonos a otro punto igualmente delimitado, por ejemplo, a otra isla. Al cabo de cierto tiempo, se vería surgir entre la lengua del primer solar (S) y la del segundo (S') diferencias variadas, tocantes al vocabulario, a la gramática, la pronunciación, etcétera.

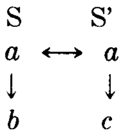
No hay que imaginar que el idioma transplantado será el único en modificarse, mientras que el idioma originario quedaría inmóvil; tampoco la inversa se produce de manera absoluta; una innovación puede nacer de un lado, o de otro, o de ambos a la vez. Dado un carácter lingüístico *a,* susceptible de ser reemplazado por otro (b, c, *d,* etc.), la diferenciación se puede producir de tres maneras diferentes:

$$\frac{a \text{ (Solar S)}}{a \text{ (Solar S')}} \begin{cases} \rightarrow \dfrac{b}{a} \\ \rightarrow \dfrac{a}{c} \\ \rightarrow \dfrac{b}{c} \end{cases}$$

El estudio no puede, pues, ser unilateral; las innovaciones de las dos lenguas tienen importancia equivalente.

¿Qué es lo que ha creado esas diferencias? Quienes crean que es el espacio, sólo serán víctimas de una ilusión. Por sí mismo el espacio no puede ejercer acción alguna sobre la lengua. Al día siguiente de su desembarco en S', los colonos salidos de S hablaban exactamente la misma lengua que la víspera. Se olvida el factor tiempo, porque es menos concreto que el espacio; pero en realidad, de éste es del que depende la diferenciación lingüística. La diversidad geográfica tiene que traducirse en diversidad temporal.

Sean dos caracteres diferenciales *b y c;* nunca se ha pasado del primero al segundo ni del segundo al primero; para dar con el paso de la unidad a la diversidad hay que ascender al primitivo a, al cual han sustituido tanto *b* como *c;* ése es el que ha dado lugar a las formas posteriores; de aquí resulta el esquema de diferenciación geográfica, válido para todos los casos análogos:



La separación de dos idiomas es la forma tangible del fenómeno, pero no lo explica. Sin duda, este hecho lingüístico no resultaría diferenciado sin la diversidad de lugar, por mínima que fuera; pero por sí solo el alejamiento no crea las diferencias. Así como no se puede juzgar un volumen por una superficie, sino sólo con la ayuda de una tercera dimensión, la profundidad, así el esquema de la diferenciación geográfica no queda completo más que proyectado en el tiempo.

Se objetará que las diversidades de ambiente, de clima, de configuración del suelo, las costumbres especiales (diferentes por ejemplo en un pueblo montañés que en uno marinero) pueden influir en la lengua, y que en ese caso las variaciones aquí estudiadas estarán condicionadas geográficamente. Esas influencias son discutibles (ver pág. 172 y sig.); y aun si se comprobaran, habría que hacer aquí una distinción. *La dirección del movimiento* es atribuible al ambiente; está determinada por imponderables que actúan en cada caso sin que se los pueda demostrar ni describir. Una *u* se hace ü en un momento dado, en un ambiente dado; ¿por qué ha cambiado en ese momento y en ese lugar, y por qué se ha hecho M y no o, por ejemplo? Nadie lo podría decir. Pero el *cambio mismo,* abstracción hecha de su dirección especial y de sus manifestaciones particulares, en suma, la instabilidad de la lengua, depende del tiempo solamente. La di-

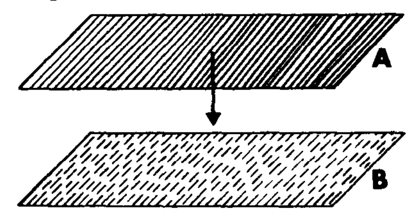
versidad geográfica es, pues, un aspecto secundario del fenómeno general. La unidad de los idiomas emparentados no se vuelve a hallar más que en el tiempo. Éste es un principio con el que los comparatistas deben compenetrarse si no quieren ser víctimas de engañosas ilusiones.

§ 2. ACCIÓN DEL TIEMPO EN UN TERRITORIO CONTINUO

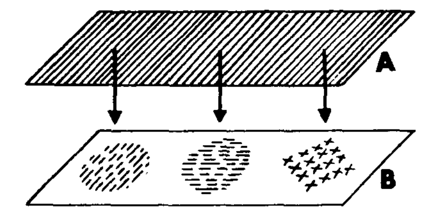
Sea ahora un país unilingüe, es decir, donde se hable uniformemente la misma lengua y cuya población es fija, por ejemplo la Galia hacia el año 450, donde el latín estaba por todas partes sólidamente establecido. ¿Qué va a suceder?

1° No existiendo la inmovilidad absoluta en materia de lenguaje (ver pág 101 y sigs.). al cabo de cierto tiempo la lengua ya no será idéntica a sí misma.

2° La evolución no será uniforme en toda la superficie del territorio, sino que variará según los lugares; nunca se ha comprobado que una lengua haya cambiado de la misma manera sobre la totalidad de su dominio. Luego no vale este esquema:



sino más bien este otro:



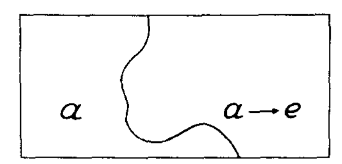
que representa la realidad.

¿Cómo se inicia y se esboza la diversidad que conducirá a la creación de formas dialectales de todas clases? La cosa no es tan simple como parece a primera vista. El fenómeno presenta dos caracteres principales:

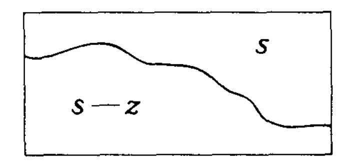
1° La evolución toma la forma de innovaciones sucesivas y precisas, que constituyen otros tantos hechos parciales, susceptibles de ser enume-

rados, descritos y clasificados según su naturaleza (hechos fonéticos, lexicológicos, morfológicos, sintácticos, etcétera).

2° Cada una de esas innovaciones se cumple en una región determinada, en su área propia. Una de dos: o bien el área de una innovación abarca todo el territorio y no crea ninguna diferencia dialectal (es el caso más raro), o bien, como sucede de ordinario, la transformación no alcanza más que a una porción del dominio, teniendo cada hecho dialectal su área especial. Lo que antes decíamos de los cambios fonéticos ha de entenderse igualmente de cualquier otra innovación. Si, por ejemplo, una parte del territorio es afectado por el cambio de α en *e:*



puede suceder que un cambio de *s* en *ζ* se produzca en el mismo territorio, pero con otros límites:



y la existencia de esas áreas distintas es lo que explica la diversidad de maneras de hablar en todos los puntos del dominio de una lengua cuando ella es abandonada a su evolución natural. Esas áreas no pueden ser previstas; y como nada permite determinar de antemano su extensión, tenemos que limitarnos a registrarla. Al superponerse en el mapa, donde sus límites se entrecruzan, esas áreas forman combinaciones extremadamente complicadas. Su configuración resulta a veces paradójica; así *c y g* latinas ante *a* se cambiaron en *tš, dž,* luego en š, ž (cfr. *cantum* —> *chant, virga* —> *verge),* en todo el norte de Francia, salvo en Picardía y en parte de Normandía, donde c y *g* se han conservado intactas (cfr. picardo *cat* por *chat, rescapé* por *réchappé,* que ha pasado recientemente al francés, *vergue* de *virga,* antes citado, etcétera).

¿Qué debe resultar del conjunto de estos fenómenos? Si en un momento dado reina una misma lengua por toda la extensión de un territorio, al cabo de cinco o diez siglos los habitantes de los puntos extremos probablemente ya no se entenderán; en cambio, los de un punto cualquie-

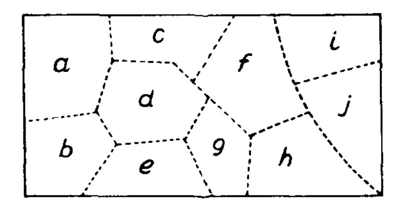
ra seguirán comprendiendo el hablar de las regiones vecinas. Un viajero que atravesara ese país de punta a punta, no advertiría, de localidad en localidad, más que variaciones dialectales mínimas; pero, acumulándose las diferencias a medida que él avanza, acabaría por encontrar una lengua ininteligible para los habitantes de la región de partida. O bien, si se parte de un punto del territorio para alejarse en todas direcciones, se verá aumentar la suma de las divergencias en cada dirección, aunque de modo diferente.

Las particularidades apuntadas en el hablar de una aldea se volverán a encontrar en las localidades vecinas, pero será imposible prever hasta dónde se extenderá cada una. Así en Douvaine, burgo del departamento de la Alta Saboya, el nombre de Ginebra *(Genève)* se pronuncia *denvá`,* esta pronunciación se extiende hasta muy lejos por el Este y por el Sur; pero por el otro lado del lago Lemán se pronuncia *dzenvá;* sin embargo, no son dialectos claramente distintos, pues para otros fenómenos los límites serían diferentes; así en Douvaine se dice *daue* por fr. *deux* ('dos'), pero tal pronunciación tiene área mucho más restringida que la de *denvá;* al pie del Salève, a pocos quilómetros de distancia, se dice *due.*

§ 3. LOS DIALECTOS NO TIENEN LÍMITES NATURALES

La idea que suelen las gentes hacerse de los dialectos es muy diferente. Se los suelen figurar como tipos lingüísticos perfectamente determinados, circunscritos en todos sentidos y cubriendo en el mapa territorios yuxtapuestos y distintos (a, 6, *c, d,* etcétera).

Pero las transformaciones dialectales naturales desembocan en resultados muy diferentes. Cuando nos ponemos a estudiar cada fenómeno en sí mismo y a determinar su área de extensión, vemos la necesidad de sustituir la antigua idea



con otra que se puede definir así: no hay más que caracteres dialectales naturales, no hay dialectos naturales; o, lo que viene a ser lo mismo: hay tantos dialectos como localidades.

Así la noción de dialecto natural es, en principio, incompatible con la de región más o menos extensa. Una de dos: o bien se define un dialecto por la totalidad de sus caracteres, y entonces es necesario fijarse en un punto del mapa y atenerse al hablar de una sola localidad; en cuanto se aleje uno de ella ya no se encontrarán exactamente las mismas particularidades. O bien se define el dialecto por uno solo de sus caracteres; entonces, sin duda, se obtiene una superficie, la que abarca el área de propagación del hecho en cuestión, pero apenas necesitamos señalar que ése es un procedimiento artificial y que los límites así trazados no corresponden a ninguna realidad dialectal.

El estudio de los caracteres dialectales ha sido el punto de partida de los trabajos de cartografía lingüística, cuyo modelo es el *Atlas linguistique de la France,* de Gilliéron; hay que citar también el de Alemania, de Wenker[1]. La forma de los atlas es la más indicada, pues con ella nos

[1] [Cfr. además WEIGAND, *Linguistischer Atlas des dakorumänischen Gebiets* (1898-1909), y MILLARDET, *Petit atlas linguistique d'une région des Landes* (1910). Después de 1910 se han emprendido muchos atlas lingüísticos. Ya publicados o en curso de publicación: el *Atlas linguistique et tableaux des pronoms personnels du Nivernais,* del abate J. -M. MEUNIER, Paris, 1911; el *Atlas linguistique de la Corse,* de J. GILLIERON .y E. EDMONT, París, 1914 (complemento del de Francia de los mismos autores); la *Enquête linguistique sur el patois d'Ardennes,* de CH. BRUNEAU, I, Paris, 1914, II, 1926; el *Atlas linguistique des Vosges méridinnales,* de OSCAR BLOCH, Paris, 1917; el *Atlas linguistic de Catalunya,* de A. GRIERA, en jublicación desde 1923; el *Atlas linguistique de la Basse-Bretagne,* de PIERRE LE Roux, I, Paris, 1924, II, 1927; el *Dialect-atlas van Klein-Brabant,* de E. BLANCQUAERT, Amberes, 1926, el *Deutscher Sprachatlas* de FERDINAND WREDE, en publicación desde 1926, Marburgo (basado en el de Wenker, el *Sprach-und-Sachatlas Italiens und derSudschweiz,* de K. JAEBERC y J. JUD (el mejor de todos; en publicación desde 1928), Zofingen; el *Dialect-atlas van Zuid-Oost-Vlaanderen, A*mberes, 1931; el *Jüdischer Sprachatlas der Sowjetunion* (Academia de Ciencias de la Rusia Blanca), Moscú, 1932; el *Atlante lingüistico etnográfico italiano della Corsita,* de G. BOTTIGLIONI (en publicación desde 1933, Pisa); el *Atlas jezykowy polskiego Podkarpacia,* de M. MALECKY y K. NITSCH, Cracovia, 1934; el *Atlas linguistique des Terres Froides* (Dauphine), de A. DEVEAUX, Lyon, 1935; el *Atlasul linguistical Rominiei,* de S. PUSCARIU, S. POP y E. PETROVICI, en publicación desde 1937, Cluj; el *Linguistic Atlas of New England,* de HANS KURATH y colaboradores, I, Providence, Brown University, 1939, II, 1941 (es el comienzo de un grandioso *Linguistic Atlas of the United States and Canada,* emprendido desde 1930 bajo el patronazgo del American Council of Learned Societies, de Washington).

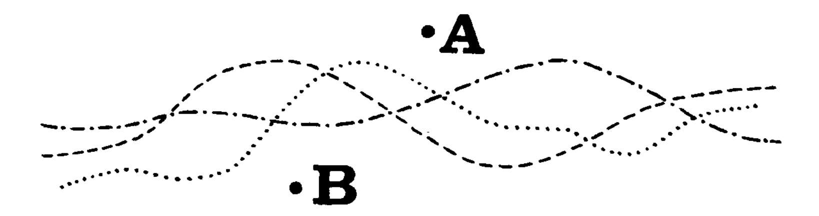
Otros están en preparación: la guerra civil española impidió que comenzara la publicación del *Atlas lingüístico de la Península ibérica,* de T. NAVARRO TOMÁS y colaboradores (Centro de Estudios Históricos, Madrid), con cuyos materiales ya se han publicado importantes estudios. Están anunciados también desde hace años el *Atlasul linguistic al Banatului* (I. A. Candrea), el *Atlas lingüístico* de Italia (Matteo Bartoli y Ugo Pellis), de Albania (M. Bartoli), de Argel (André Basset), de Alemania (W. Pessler), de Westfalia y Países Bajos (Th. Baader), de Bélgica (L. Grootaers), de Walonia (J. Haust), de Estonia (A. Saareste), de Finlandia (K. Donner), de Hungría (St. Papp), de Lituania (G. Gerullis), de los Países Bajos (Academia Real de Ciencias), de Siria y Palestina, de los países eslavos, etcétera.

Los atlas publicados han dado ocasión a una verdadera montaña de estudios de geografía lingüística. Quien se quiera iniciar en esta disciplina debe leer, ante todo, a KARL

obligamos a estudiar el país región por región, y para cada una de ellas un mapa no puede comprender más que un pequeño número de caracteres dialectales; la misma región tenemos que volverla a tomar muchas veces para hacernos una idea de las particularidades fonéticas, lexicológicas, morfológicas, etc., que están en ella superpuestas. Semejantes estudios suponen toda una organización, rebuscas sistemáticas hechas por medio de cuestionarios, con la ayuda de corresponsales locales, etc. Conviene citar a este respecto la encuesta sobre los bables de la Suiza románica [1]. Una de las ventajas de los atlas lingüísticos es la de suministrar materiales para los trabajos de dialectología: muchas monografías aparecidas recientemente se basan en el *Atlas* de Gilliéron.

Se ha llamado «líneas isoglosas» o «isoglosas» a las fronteras de los caracteres dialectales; este término se ha formado sobre el modelo de *isoterna`*, pero es oscuro e impropio, ya que quiere decir 'que tiene la misma lengua'; si se admite que *glosema* significa 'carácter idiomático' se podrá hablar más acertadamente de *líneas isoglosemáticas,* si tal término fuera utilizable; pero nosotros todavía preferimos decir *ondas de innovación,* tomando una imagen de J. Schmidt que el capítulo siguiente justificará.

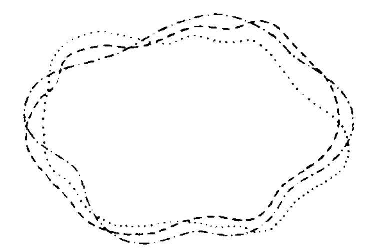
Cuando se echa una mirada a un mapa lingüístico se ve a veces coincidir aproximadamente dos o tres de esas ondas, y hasta confundirse en cierto recorrido:



JABERG, *Aspects géographiques du langage,* París, 1936; K. JABERG y J. JUD, *Der Sprachatlas als Forschungsinstrument,* Halle, 1928; SEVER POP, *Bute et méthodes des enquêtes dialectales,* Paris, 1927; Jos. SCHRIJNEN, *Essai de biblioffraphie de géographie linguistique générale.* Una muy buena guia para estos estudios es el largo capítulo III, "Linguistic geography" (págs. 144-278) de la traducción inglesa del libro del lingüista rumano IORGU IORDAN, *An Introduction to Romance Linguistics,* Londres, 1937. A. A.]

[1] [Se refiere al monumental *Glossaire des Patois de la Suise Romande,* elaboré avec le concours de nombreux auxiliaires et rédigé par L. GAUCHAT, J. JEANJAQUET, E. TAPPOLET, avec la collaboration de E. Muret. Posteriormente han entrado a colaborar P. Aebischer, desde el fascículo V; O. Keller, desde el IX, y otros. Se comenzó a recoger el material en 1899, y en ello se emplearon 12 años: más de millón y medio de ñchas. El primer fascículo apareció en 1924. Muerto Louis Gauchat, 1942, dirige la obra Karl Jaberg. A. A.]

Es evidente que dos puntos A y B separados por una zona de este género, presentan cierta suma de divergencias y constituyen dos hablares diferenciados con bastante nitidez. Puede suceder también que esas concordancias, en lugar de ser parciales, interesen al perímetro entero de dos o más áreas:



Cuando esas concordancias son suficientemente numerosas se puede hablar de dialecto por aproximación. Tales concordancias se explican por hechos sociales, políticos, religiosos, etc., de que aquí hacemos completa abstracción; ellos velan, sin borrarlo nunca del todo, el hecho primordial y natural de la diferenciación por áreas independientes.

§ 4. LAS LENGUAS NO TIENEN LÍMITES NATURALES

Es difícil decir en qué consiste la diferencia entre una lengua y un dialecto. A veces un dialecto lleva el nombre de lengua porque ha producido ι na literatura; es el caso del portugués y del holandés. La cuestión de la comprensibilidad tiene también su papel; se dirá muy bien de personas que no se comprenden que hablan lenguas diferentes. Sea lo que fuere, lenguas que se han desarrollado en un territorio continuo en el seno de poblaciones sedentarias permiten registrar los mismos hechos que los dialectos en una escala mayor; en ellas se vuelven a hallar las ondas de innovaciones, sólo que ahora abarcan un terreno común a varias lenguas.

En las condiciones ideales que hemos supuesto, no se puede establecer fronteras entre lenguas mejor que entre dialectos; la extensión del territorio es indiferente. Así como no se podría decir dónde acaba el alto alemán y donde comienza el *plattdeutsch,* así es imposible trazar un lindero entre el alemán y el holandés, entre el francés y el italiano. Hay puntos extremos donde se dirá con seguridad: «aquí impera el francés, aquí el italiano»; pero en cuanto se entra en las regiones intermedias se ve borrarse esa distinción; una zona compacta más restringida, que se imaginara para servir de transición entre las dos lenguas, por ejemplo el provenzal entre el francés y el italiano, no tiene realidad. ¿Y cómo repre-

sentarse, en una forma u otra, un límite lingüístico preciso en un territorio cubierto de extremo a extremo de dialectos gradualmente diferenciados? Los lindes de las lenguas se encuentran ahogados, como los de los dialectos en las transiciones. Así como los dialectos no son más que subdivisiones arbitrarias de la superficie total de la lengua, así el límite que se cree separa dos lenguas sólo puede ser convencional.

Sin embargo, el paso brusco de una lengua a otra es muy frecuente. ¿De dónde proviene eso? De que las circunstancias desfavorables han impedido que subsistieran las transiciones insensibles. El factor más perturbador es la migración de las poblaciones. Los pueblos han conocido siempre movimientos de vaivén. Acumulándose al correr de los siglos, esas migraciones se han enredado por completo, y en muchos puntos se ha borrado el recuerdo de las transiciones lingüísticas. La familia indo-europea es un ejemplo característico. Esas lenguas debieron de estar en su comienzo en relaciones muy estrechas, formando una cadena ininterrumpida de áreas lingüísticas de las cuales podemos reconstruir las principales en sus grandes líneas. Según esos caracteres, el eslavo cabalga sobre el iranio y el germánico, lo cual resulta conforme a la repartición geográfica de esas lenguas; también el germánico se puede considerar como un anillo intermedio entre el eslavo y el céltico, que a su vez tiene conexiones muy estrechas con el itálico; el itálico es intermedio entre el céltico y el griego, a tal punto que, sin conocer la posición geográfica de todos estos idiomas, un lingüista podría sin vacilar asignar a cada uno de ellos la que le corresponde. Y, sin embargo, cuando consideramos una frontera entre dos grupos de idiomas, por ejemplo la frontera germano-eslava, hay un salto brusco, sin transición alguna; los dos idiomas chocan en lugar de fundirse el uno en el otro. Es que los dialectos intermedios han desaparecido. Ni los eslavos ni los germanos han permanecido inmóviles; han migrado, han conquistado territorios a expensas los unos de los otros; las poblaciones germanas y eslavas que ahora son vecinas no son las que antaño estaban en contacto. Supongamos que los italianos de Calabria van a fijarse en los confines de Francia; ese desplazamiento destruiría naturalmente la transición insensible que hemos observado entre el italiano y el francés; pues el indoeuropeo nos presenta un conjunto de hechos análogos.

Pero otras causas más contribuyen a borrar las transiciones: por ejemplo la extensión de las lenguas comunes a expensas de los dialectos (ver pág. 221 y sigs.). Hoy en día el francés literario (la antigua lengua de la Isla de Francia) viene a chocar en la frontera con el italiano oficial (dialecto toscano generalizado), y es una suerte que se puedan todavía encontrar algunos bables de transición en los Alpes occidentales, mien-

tras que en otras muchas fronteras lingüísticas se ha borrado todo recuerdo de los bables intermedios.

CAPÍTULO IV

PROPAGACIÓN DE LAS ONDAS LINGÜÍSTICAS

§ 1. LA FUERZA DE INTERCAMBIO [1] Y EL ESPÍRITU DE CAMPANARIO

La propagación de los hechos de lengua está sujeta a las mismas leyes que cualquier otra costumbre, la moda por ejemplo. En toda masa humana hay dos fuerzas que actúan sin cesar simultáneamente y en sentidos contrarios: de un lado el espíritu particularista, el «espíritu de campanario»; del otro, la fuerza de intercambio que crea las comunicaciones entre los hombres.

Por espíritu de campanario, una comunidad lingüística restringida sigue siendo fiel a las tradiciones que se han desarrollado en su seno. Esos hábitos son los primeros que cada individuo contrae en su infancia; de ahí su fuerza y su persistencia. Si fueran las únicas en actuar, crearían en materia de lenguaje particularismos que irían hasta el infinito.

Pero sus efectos quedan corregidos por la acción de la fuerza opuesta. Si el espíritu de campanario hace a los hombres sedentarios, el intercambio los obliga a comunicarse entre sí. El intercambio es el que lleva a una aldea los viajeros de otras localidades, el que moviliza y traslada una parte de la población con ocasión de una fiesta o de una feria, el que reúne bajo banderas a los hombres de provincias diversas, etc. En una palabra, es un principio unificador, que contraría la acción disolvente del espíritu de campanario.

Al intercambio se debe la extensión y la cohesión de una lengua. De dos maneras opera: ya negativamente, previene el despedazamiento dialectal ahogando una innovación en el momento de surgir en un punto; ya positivamente, favorece la unidad aceptando y propagando esa innovación. Esta forma segunda del intercambio es la que justifica la palabra *onda* para designar los límites geográficos de un hecho dialectal (ver

[1] [En el texto francés *intercourse,* con nota al pie.] Hemos creído poder conservar esta pintoresca expresión del autor, aunque esté tomada del inglés *(intercourse,* pronunciado *interkors,* 'relaciones sociales, comercio, comunicación'), y aunque se justifica menos en la exposición teórica que en la explicación oral. (B. y S.) [No hemos creído conveniente conservar en español el anglicismo; no sería inteligible. A. A.].

pág. 230); la linea isoglosemática es como el borde extremo de una inundación que se expande y que puede también refluir.

A veces se observa con estupor que dos dialectos de una misma lengua, en regiones muy alejadas una de otra, tienen un carácter lingüístico en común; es que el cambio surgido primero en un sitio del territorio no ha hallado obstáculo a su propagación y se ha extendido paso a paso hasta muy lejos de su punto de partida. Nada se opone a la acción del intercambio en una masa lingüística donde no existen más que transiciones insensibles.

Esta generalización de un hecho particular, sean cualesquiera sus límites, exige tiempo, y algunas veces se puede medir ese tiempo. Así la transformación de *þ* en *d*, que el intercambio ha extendido por toda la Alemania continental, se propagó primero en el Sur, entre los años 800 y 850, salvo en fráncico, donde la *þ* persiste en la forma sonora de *d y* sólo más tarde cede el paso a *d.* El cambio de *t* en *z* (pron. *ts)* se produjo entre límites más restringidos y comenzó en una época anterior a los primeros documentos escritos; debió partir de los Alpes hacia el año 600, extendiéndose a la vez por el Norte y por el Sur, en Lombardía. La *t* se lee todavía en una carta turingia del siglo VIII. En época más reciente, la *ī* y la *ū* germánicas se diptongaron (cfr. *mein* por *mīn*, *braun* por *brūn);* partiendo de Bohemia hacia 1400, el fenómeno empleó 300 años para llegar al Rin y cubrir su área actual.

Estos hechos lingüísticos se propagaron por contagio, y es probable que así sea también con todas las ondas; las ondas parten de un punto y se irradian. Esto nos lleva a una segunda observación importante.

Ya hemos visto que el factor tiempo basta para explicar la diversidad geográfica. Pero este principio no se verifica del todo más que si se considera el lugar donde nace la innovación.

Volvamos al ejemplo de la mutación consonantica alemana. Si un fonema *t* se hace *ts* en un punto del territorio germánico, el nuevo sonido tiende a irradiarse alrededor de su punto de origen, y por esta propagación espacial entra en lucha con la *t* primitiva o con otros sonidos que han podido surgir en otros puntos. En el sitio donde nace una innovación de este género es un hecho fonético puro; pero fuera de él, sólo se establece geográficamente y por contagio. Así el esquema

sólo es válido en toda su simplicidad en el foco de innovación; aplicado a la propagación, daría una imagen inexacta.

El fonético distinguirá, pues, cuidadosamente los focos de innovación, donde un fonema evoluciona únicamente sobre el eje del tiempo, y las áreas de contagio que, dependiendo a la vez del tiempo y del espacio, no tendrán que intervenir en la teoría de los hechos fonéticos puros. En el momento en que un sonido *ts,* venido de fuera, suplanta a *t,* no se trata de la modificación de un prototipo tradicional, sino de la imitación de un hablar vecino, sin tener en cuenta el prototipo; cuando una forma *herza* 'corazón', llegada de los Alpes, reemplaza en Turingia a la más arcaica *herta,* no hay que hablar de cambio fonético, sino de préstamo de un fonema.

§ 2. LAS DOS FUERZAS REDUCIDAS A UN PRINCIPIO ÚNICO

En un punto dado del territorio —entendiendo por tal una superficie mínima equiparable a un punto (ver pág. 228), una aldea por ejemplo—, es muy fácil distinguir qué es lo que depende de cada una de las fuerzas en presencia, el espíritu de campanario y el intercambio; un hecho no puede depender más que de una, con exclusión de la otra; todo carácter común con otro hablar depende del intercambio; todo carácter que no pertenezca más que al hablar del punto en cuestión se debe a la fuerza de campanario.

Pero cuando se trata de una superficie, de un cantón por ejemplo, surge una nueva dificultad: ya no se puede decir a cuál de los dos factores se remite un fenómeno dado; ambos, aunque opuestos, están implicados en cada característica idiomática. Lo que es diferenciador para un cantón *A* es común a todas sus partes: allí es la fuerza particularista la que actúa, puesto que impide a ese cantón imitar algo del cantón vecino *B,* e inversamente, impide a *B* imitar a A. Pero la fuerza unificadora, es decir el intercambio, también entra en juego, pues se manifiesta entre las diferentes partes de *A* (*A* ', A^2, A^3, etc.). Así, en el caso de una superficie, las dos fuerzas actúan simultáneamente, aunque en proporciones diversas. Cuanto más favorezca el intercambio una innovación, más se extenderá su área; en cuanto al espíritu de campanario, su acción consiste en mantener un hecho lingüístico en los límites que haya adquirido, defendiéndolo contra las competencias de fuera. Imposible es prever qué es lo que resultará de la acción de las dos fuerzas. Hemos visto (pág. 235) que en el dominio del germánico, que va de los Alpes hasta el Mar del Norte, el paso de *p* a *d* ha sido general, mientras que el cambio *t* —> *ts (z)* sólo ha afectado el Sur; el espíritu de campanario creó una oposición entre el Sur y el Norte; pero, dentro de esos límites, gracias al intercambio, hay

solidaridad lingüística. Así en principio no hay diferencia fundamental entre este segundo fenómeno y el primero. Las mismas fuerzas están presentes; sólo la intensidad de su acción varía.

Esto significa que, prácticamente, en el estudio de las evoluciones lingüísticas producidas en una superficie, se puede hacer abstracción de la fuerza particularista, o lo que viene a ser lo mismo, considerarla como el aspecto negativo de la fuerza unificadora. Si ésta es lo bastante poderosa, establecerá la unidad sobre la superficie entera; si no, el fenómeno se detendrá en el camino, no cubriendo más que una parte del territorio; esta área restringida no representa menos una totalidad coherente por relación a sus propias partes. Por eso se puede reducir todo a la única fuerza unificadora sin hacer intervenir el espíritu de campanario, ya que éste no es otra cosa que la fuerza del intercambio propia de cada región.

§ 3. LA DIFERENCIACIÓN LINGÜÍSTICA EN TERRITORIOS SEPARADOS

Sólo cuando nos demos cuenta de que, en una masa unilingüe, la cohesión varía según los fenómenos, que no todas las innovaciones se generalizan, que la continuidad geográfica no impide diferenciaciones perpetuas, podremos abordar el caso de una lengua que se desarrolla paralelamente en dos territorios separados.

Este fenómeno es muy frecuente: así, a partir del momento en que el germánico penetró desde el continente en las Islas Británicas, su evolución se desdobló: de un lado, los dialectos alemanes; del otro, el anglosajón, del que ha salido el inglés. Se puede citar también el francés transplantado al Canadá. La discontinuidad no es siempre efecto de la colonización o de la conquista; también se puede producir por aislamiento; el rumano perdió el contacto con la masa latina debido a la interposición de poblaciones eslavas. Por lo demás, poco importa la causa: la cuestión es ante todo saber si la separación desempeña un papel en la historia de las lenguas y si produce efectos distintos de los que aparecen en la continuidad.

Para mejor abstraer la acción preponderante del factor tiempo, hemos imaginado antes un idioma que se desarrollara paralelamente en dos puntos sin extensión apreciable, por ejemplo dos islas pequeñas, donde se puede hacer abstracción de la propagación paso a paso. Pero en cuanto nos colocamos en dos territorios de cierta superficie, ese fenómeno reaparece y conlleva diferenciaciones dialectales, de manera que el problema no resulta simplificado en ningún grado por el hecho de que los dominios sean discontinuos. Hay que guardarse de atribuir a la separación lo que se puede explicar sin ella.

Ése es el error que cometieron los primeros indoeuropeístas (ver pág. 29). Situados ante una gran familia de lenguas que se habían hecho muy diferentes unas de otras, no pensaron que eso podía haberse producido de otro modo que por fraccionamiento geográfico. La imaginación se representa más fácilmente lenguas distintas en lugares separados y para un observador superficial ésa es la explicación necesaria y suficiente de la diferenciación. Y algo más: se equiparaba la noción de lengua a la de nacionalidad, y ésta explicaba a aquélla; así se imaginaba a los eslavos, los germanos, los celtas, etc., como otros tantos enjambres salidos de una misma colmena; esos pueblos, separados por migración del tronco primitivo, habrían llevado consigo el indoeuropeo común a otros tantos territorios diferentes.

Hasta muy tarde no se advirtió el error; sólo en 1877 una obra de Johannes Schmidt, *Die Venvandtschaftsverlhätnisse der Indogermanen,* abrió los ojos a los lingüistas al inaugurar la teoría de la continuidad o de las ondas *(Wellentheorie).* Entonces se comprendió que el fraccionamiento sobre un mismo territorio basta para explicar las conexiones recíprocas entre las lenguas indoeuropeas, sin que sea necesario admitir que los diversos pueblos hayan dejado sus posiciones respectivas (ver pág. 231); las diferenciaciones dialectales se han podido y debido producir antes de que las naciones se hayan dispersado en direcciones divergentes. Así la teoría de las ondas no sólo nos da una visión más acertada de la prehistoria del indoeuropeo, sino que también nos ilustra sobre las leyes primordiales de todos los fenómenos de diferenciación y sobre las condiciones que rigen el parentesco de las lenguas.

Pero esta teoría de las ondas se opone a la de las migraciones sin excluirla necesariamente. La historia de las lenguas indoeuropeas nos ofrece muchos ejemplos de pueblos que se separaron de la gran familia por traslado, y esta circunstancia ha debido tener efectos especiales; sólo que sus efectos se añaden a los de la diferenciación en la continuidad; es muy difícil decir en qué consistirán esos efectos, lo cual nos lleva al problema de la evolución de un idioma en territorios separados.

Tomemos el inglés antiguo. El inglés antiguo se separó del tronco germánico como consecuencia de una migración. Es probable que no tuviera la forma actual si, en el siglo v, los sajones se hubieran quedado en el continente. Pero ¿cuáles han sido los efectos específicos de la separación? Para juzgarlo, tendríamos primero que preguntarnos si tal o cual cambio no habría podido nacer lo mismo en la continuidad geográfica. Supongamos que los ingleses hubieran ocupado Jutlandia en lugar de las Islas Británicas; ¿se podría afirmar que hecho alguno de los atribuidos a la

separación no se habría producido en caso de haber quedado en territorio contiguo? Cuando se dice que la discontinuidad ha permitido al inglés conservar la antigua *p*, mientras que ese sonido se ha hecho *d* en todo el continente (ejemplo: inglés *thing* y alemán *Ding),* es como si se pretendiera que en germánico continental ese cambio se ha generalizado gracias a la continuidad geográfica, cuando en verdad esa generalización habría podido muy bien triunfar a pesar de la continuidad. El error viene, como siempre, de oponer el dialecto aislado a los dialectos contiguos. Pero de hecho, nada prueba que una colonia inglesa que se suponga establecida en Jutlandia hubiera sufrido necesariamente el contagio de la *d.* Ya hemos visto, por ejemplo, que en el dominio lingüístico francés *k (+* a) ha subsistido en un ángulo formado por la Picardía y la Normandía, mientras que en todo lo demás se cambió en la chicheante *s* (escrito *ch).* Así la explicación por el aislamiento es insuficiente y superficial. Nunca es necesario echar mano de ella para explicar una diferenciación; lo que el aislamiento puede hacer, lo puede lo mismo la continuidad geográfica: si es que hay una diferencia entre esos dos órdenes de fenómenos, nosotros no la podemos asir.

Sin embargo, considerando dos idiomas parientes, no ya en el aspecto negativo de su diferenciación, sino en el positivo de su solidaridad, se observa que en el aislamiento toda conexión queda virtualmente rota desde el momento de la separación, mientras que en la continuidad geográfica subsiste cierta solidaridad, hasta entre dialectos netamente diferentes, con tal que estén unidos por dialectos intermedios. Así, para apreciar los grados de parentesco entre lenguas hay que hacer una distinción rigurosa entre la continuidad y el aislamiento. En este último caso los dos idiomas conservan de su pasado común cierto número de rasgos que atestiguan su parentesco, pero como cada uno de ellos ha evolucionado de modo independiente, los caracteres nuevos surgidos de un lado no se podrán volver a hallar en el otro (reservando el caso en que ciertos caracteres nacidos tras la separación resulten por azar idénticos en los dos idiomas). Lo que queda excluido en todo caso es la comunicación de esos caracteres por contagio. De una manera general, una lengua que ha evolucionado en la discontinuidad geográfica presenta frente a las lenguas parientes un conjunto de rasgos que no pertenecen más que a ella y, cuando a su vez esa lengua se fracciona, los diversos dialectos resultantes testimonian con trazos comunes el parentesco más estrecho que los ata entre sí con exclusión de los dialectos del otro territorio. Realmente forman una rama distinta separada del tronco.

Muy diferentes son las relaciones entre lenguas sobre territorio conti-

nuo; los rasgos comunes que presentan no son necesariamente más antiguos que los que las diversifican; en efecto, en todo momento una innovación salida de un punto cualquiera se ha podido generalizar y hasta puede abarcar la totalidad del territorio. Además, como las áreas de innovación varían de extensión según los casos, dos idiomas vecinos pueden tener una particularidad común sin formar un grupo aparte en el conjunto, y cada uno de ellos puede estar unido a los idiomas contiguos por otros caracteres, como lo muestran las lenguas indoeuropeas.

QUINTA PARTE

CUESTIONES DE LINGÜÍSTICA RETROSPECTIVA

CONCLUSIÓN

CAPÍTULO I

LAS DOS PERSPECTIVAS DE LA LINGÜÍSTICA DIACRÓNICA

Mientras que la lingüística sincrónica no admite más que una sola perspectiva, la de los sujetos hablantes, y por consiguiente un solo método, la lingüística diacrónica supone a la vez una perspectiva prospectiva, que sigue el curso del tiempo, y una perspectiva retrospectiva, que lo remonta (ver página 115).

La primera corresponde a la marcha verdadera de los acontecimientos; es la que se emplea necesariamente para escribir un capítulo cualquiera de lingüística histórica, para desarrollar un punto cualquiera de la historia de una lengua. El método consiste únicamente en criticar los documentos de que se dispone. Pero en un montón de casos esta manera de practicar la lingüística diacrónica es insuficiente e inaplicable.

En efecto, para poder fijar la historia de una lengua en todos sus detalles siguiendo el curso del tiempo, tendríamos que poseer una infinidad de fotografías de la lengua, tomadas momento tras momento. Pero semejante condición nunca se cumple: los romanistas, por ejemplo, que tienen el privilegio de conocer el latín, punto de arranque de su estudio, y de poseer una masa imponente de documentos que pertenecen a una larga serie de siglos, comprueban a cada instante las lagunas enormes de su documentación. Es necesario entonces renunciar al método prospectivo, al documento directo, y proceder en sentido inverso, remontando el curso del tiempo por retrospección. En esta segunda perspectiva el investigador se sitúa en una época dada para averiguar, no ya qué es lo que resulta de una forma, sino cuál es la forma más antigua que la haya podido producir.

Mientras que la prospección resulta una simple narración y se funda toda entera en la crítica de los documentos, la retrospección exige un método reconstructivo, que se apoya en la comparación. De un signo único y aislado, no se puede establecer la forma primitiva, mientras que dos signos diferentes, pero del mismo origen, como el latín ***pater***, sánscrito ***pitar-***, ***o*** el radical del latín ***ger-ō y*** el de ***ges-tus***, ya permiten entrever por

su comparación la unidad diacrónica que los une a un prototipo susceptible de ser reconstituido por inducción. Cuanto más numerosos sean los términos de comparación, más precisas serán las inducciones, y llegarán a ser —si los datos son suficientes— verdaderas reconstrucciones.

Lo mismo vale para las lenguas en su conjunto. No se puede sacar nada del vascuence porque, estando aislado, no se presta a comparación alguna. Pero de un puñado de lenguas emparentadas, como el griego, el latín, el antiguo eslavo, etc., se han podido sacar por comparación los elementos primitivos comunes que contiene y reconstituir lo esencial de la lengua indoeuropea, tal como existía antes de diferenciarse en el espacio. Y lo que se ha hecho en grande con la familia entera se ha repetido en proporciones menores —y siempre mediante el mismo procedimiento— con cada una de sus partes, dondequiera que ha sido necesario y posible. Si, por ejemplo, muchos idiomas germánicos están atestiguados directamente por documentos, el germánico común del que han salido todos esos idiomas no nos es conocido más que indirectamente por el método retrospectivo. Y de esta misma manera es cómo han buscado los lingüistas, con éxito vario, la unidad primitiva de las otras familias (ver pág. 217 y sig.).

El método retrospectivo nos permite, pues, penetrar en el pasado de una lengua más allá de los más antiguos documentos. Así la historia prospectiva del latín apenas comienza en el siglo iii o iv antes de la era cristiana; pero la reconstitución del indoeuropeo ha permitido hacerse una idea de lo que pudo pasar en el período que se extiende entre la unidad primitiva y los más antiguos documentos latinos conocidos, y sólo entonces se ha podido dibujar el cuadro prospectivo del latín.

En esto la lingüística evolutiva es comparable a la geología, que también es una ciencia histórica; también la geología tiene que describir a veces estados estables (por ejemplo, el estado actual de la cuenca del Lemán), haciendo abstracción de lo que les haya podido preceder en el tiempo, pero sobre todo se ocupa de acontecimientos, de transformaciones, cuyo eslabonamiento forma diacronias. Ahora bien, en teoría se puede concebir una geología prospectiva, pero de hecho, y lo más frecuente, la ojeada sólo puede ser retrospectiva; antes de relatar lo que ha sucedido en un punto de la tierra está obligada a reconstruir la cadena de acontecimientos y a averiguar qué es lo que ha traído a esta parte del globo a su estado actual.

Y no es sólo el método de las dos perspectivas lo que difiere de manera notable; hasta desde un punto de vista didáctico es desventajoso emplearlas simultáneamente en una misma exposición. Así el estudio de los cambios fonéticos ofrece dos cuadros muy diferentes según que se

proceda de una u otra manera. Operando prospectivamente nos preguntaremos qué se hizo en francés de la *ĕ* del latín clásico; y veremos entonces que un sonido único se ha diversificado al evolucionar en el tiempo y ha dado lugar a varios fonemas: cfr. *pĕdem —> pye (pied), vĕntum —> vā (vent), lēctum —> li (lit), necāre —> nwaye (noyer), etc.;* si por el contrario se estudia retrospectivamente qué es lo que representa en latín a una *e* abierta francesa, se comprobará que un sonido único es el resultado de varios fonemas distintos en su origen: cfr. *ter (terre) = tĕrram, vérž (verge) = vĭrgam, fe (fait) = factum,* etc. La evolución de los elementos formativos podría presentarse igualmente de dos maneras, y los dos cuadros serían también diferentes; todo cuanto hemos dicho en la pág. 195 y sigs. sobre las formaciones analógicas lo prueba *a priori.* Si estudiamos por ejemplo (retrospectivamente) los orígenes del sufijo del participio francés en *-é,* nos remontaremos al latín *-ātum; -ātum,* por sus orígenes, se relaciona primero con los verbos denominativos latinos en *-are,* que a su vez remontan en gran parte a los sustantivos femeninos en -a (cfr. *plantare : planta,* griego *tīmō : tīmā,* etc.); por otro lado *-ātum* no existiría si el sufijo indoeuropeo *-to-* no hubiera sido por sí mismo vivo y productivo (cfr. gr. *klu-tó-s,* latín *in-clu-tu-s,* sánscrito *Sru-tá-s,* etc.) *-ātum* encierra además un elemento formativo *-m* del acusativo singular (ver pág. 179). Si, a la inversa, nos preguntamos (prospectivamente) en qué formaciones francesas se encuentra el sufijo primitivo *-to-,* podríamos mencionar no sólo los diversos sufijos, productivos o no, del participio pasado *(aimé* = lat. *amātum, fini* = latín *fīnītum, clos = clausum* por **claudtum,* etc.), sino también otros muchos, como *-u* = latín *ūtum* (cfr. *cornu = cornūtum), -tif* (sufijo culto) = lat. *-tīvum* (cfr. *fugitif = fugitîvum, sensitif, négatif,* etc.), y una cantidad de palabras que no se analizan ya, como *point* = lat. *punctum, dé* = lat. *datum, chétif* = lat. *captīvum,* etcétera.

CAPÍTULO II

LA LENGUA MÁS ANTIGUA Y EL PROTOTIPO

En sus comienzos primeros, la lingüística indoeuropea no comprendió la verdadera finalidad de la comparación, ni la importancia del método reconstructivo (ver pág. 31). Eso es lo que explica uno de sus más notables errores: el papel exagerado y casi exclusivo que dio al sánscrito en la comparación; como el sánscrito es el documento más antiguo del indoeuropeo, ese documento fue promovido a la dignidad de prototipo. Una cosa es suponer al indoeuropeo engendrando el sánscrito, el griego, el eslavo, el céltico, el itálico, y otra cosa es poner una de esas lenguas en el puesto del indoeuropeo. Esta tosca confusión ha tenido consecuencias tan diversas como profundas. Sin duda nunca ha sido formulada esa hipótesis tan categóricamente como lo acabamos de hacer, pero en la práctica así se aceptaba tácitamente. Bopp escribía que «él no creía que el sánscrito fuera la fuente común», como si fuera posible formular, ni aun dubitativamente, semejante suposición.

Esto nos lleva a preguntarnos qué es lo que se quiere decir cuando se habla de una lengua más antigua o más vieja que otra. En teoría, son posibles tres interpretaciones:

1ª Se puede pensar por de pronto en el origen primero, en el punto de partida de una lengua; pero el razonamiento más sencillo muestra que no hay lengua alguna a la que se pueda asignar una edad, porque toda lengua es la continuación de la que se hablaba antes que ella. No sucede con el lenguaje como con la humanidad: la continuidad absoluta de su desarrollo impide distinguir en él generaciones, y Gaston Paris protestaba con razón contra la concepción de lenguas hijas y lenguas madres, porque supone interrupciones. No se puede, pues, decir en este sentido que una lengua es más vieja que otra.

2ª Se puede también dar a entender que un estado de lengua ha sido sorprendido en una época más antigua que otra: así el persa de las inscripciones aqueménides es más antiguo que el pérsico de Firdusi. Mientras se trate, como en este caso particular, de dos idiomas positivamente salidos uno de otro, e igualmente bien conocidos, por supuesto que el único que debe tenerse en cuenta es el más antiguo. Pero sí ño se cumplen esas dos condiciones, tal antigüedad no tiene importancia alguna; así el lituano, no

atestiguado hasta 1540, no es en esto menos valioso que el paleoeslavo, documentado en el siglo x, ni siquiera que el sánscrito del Rigveda.

3ª La palabra «antiguo» puede designar, por último, un estado de lengua más arcaico, es decir, en el cual han quedado las formas más cerca del modelo primitivo, fuera de toda cuestión de fechas. En este sentido se podría decir que el lituano del siglo xvi es más antiguo que el latín del siglo iii antes de nuestra era.

Si se atribuye al sánscrito una antigüedad mayor que a las otras lenguas, eso no puede hacerse, pues, más que en el segundo o en el tercer sentido; ahora bien, lo que ocurre es que el sánscrito es más antiguo en ambos sentidos. De un lado, todos concordamos en que los himnos védicos sobrepasan en antigüedad a los textos griegos más antiguos; de otro, lo que es particularmente importante, la suma de sus caracteres arcaicos es considerable en comparación con los que otras lenguas han conservado (ver pág. 30).

Como consecuencia de la idea tan confusa de antigüedad que hace del sánscrito una lengua anterior en cierto modo a toda la familia, sucedió luego que los lingüistas, aun curados de la idea de que sea una lengua madre, continuaron dando una importancia excesiva al testimonio que suministra como lengua colateral.

En su *Origines indo-européennes* (ver pág. 253), Adolphe Pictet, si bien reconociendo explícitamente la existencia de un pueblo primitivo que habla su lengua propia, no sigue menos convencido de que hay que consultar ante todo el sánscrito, y de que su testimonio sobrepasa en valor al de varias otras lenguas indoeuropeas juntas. Esta ilusión es la que ha oscurecido durante largos años cuestiones de primera importancia, como la del vocalismo primitivo.

El error se ha repetido en pequeño y en detalle. Al estudiar ramas particulares del indoeuropeo, los lingüistas se sentían empujados a ver en el idioma más antiguamente conocido el representante adecuado y suficiente del grupo entero, sin intentar conocer mejor el estado primitivo común. Por ejemplo, en lugar de hablar del germánico, no tenían escrúpulo de citar muy sencillamente el gótico, por ser anterior en varios siglos a los otros dialectos germánicos; por usurpación se convertía en el prototipo, en la fuente de los otros dialectos. Para el eslavo los lingüistas se fundaban exclusivamente en el eslavón o paleoeslavo, conocido desde el siglo x, porque los otros son conocidos desde fecha más reciente.

De hecho, es muy raro que dos formas de lengua fijadas por la escritura en fechas sucesivas representen exactamente el mismo idioma en dos momentos de su historia. Lo más corriente es que estemos frente a dos

dialectos que no son el uno la continuación lingüística del otro. Las excepciones confirman la regla: la más famosa es la de las lenguas romances frente al latín: ascendiendo del francés al latín nos encontramos ciertamente en la vertical; el territorio de esas lenguas resulta ser por azar el mismo que aquel donde se hablaba el latín, y cada una de ellas no es más que latín evolucionado. Así también hemos visto que el persa de las inscripciones de Darío es el mismo dialecto que el pérsico medieval. Pero lo inverso es mucho más frecuente: los testimonios de diversas épocas pertenecen a dialectos diferentes de la misma familia. Así, el germánico se ofrece sucesivamente en el gótico de Ülfilas, cuya continuación no conocemos, luego en los textos del antiguo alto alemán, más tarde en los del anglosajón, del nórdico, etc.; ahora bien, ninguno de esos dialectos o grupos de dialectos es la continuación del que ha sido atestiguado anteriormente. Este estado de cosas puede representarse con el esquema siguiente, en el que las letras representan a los dialectos y las líneas de puntos a las épocas sucesivas:

```
. . . . . . . . . . .A . . . . . .   Época 1
. . . .B  . . . . |. . . . . . .   Época 2
.C . .|. .D . . . |. . . . . . .   Época 3
.↓. . .↓. .↓. . . .↓. . .E . .   Época 4
```

La lingüística sólo tiene que felicitarse por este estado de cosas; de otro modo el primer dialecto conocido *(A)* contendría de antemano todo lo que se podría deducir del análisis de los estados siguientes, mientras que al buscar el punto de convergencia de todos esos dialectos (A, *B, C, D,* etc.), se dará con una forma más antigua que *A* (un prototipo *X,* por ejemplo), y la confusión entre *A* y *X* será imposible.

CAPÍTULO III

LAS RECONSTRUCCIONES

§ 1. SU NATURALEZA Y SU FINALIDAD

Si el único medio de reconstruir es comparar, recíprocamente la comparación no tiene otro fin que el de ser una reconstrucción. So pena de esterilidad, las correspondencias registradas entre varias formas tienen que disponerse en la perspectiva del tiempo y parar en el restablecimiento de una forma única; ya hemos insistido en varios lugares sobre este punto (pág. 30 y sigs., pág. 225). Así, para explicar el latín *medius* frente al griego *mésos,* ha.sido necesario, sin subir hasta el indoeuropeo, proponer un término más antiguo **methyos* susceptible de ligarse históricamente con *médius* y con *mésos.* Si en lugar de comparar dos palabras de lenguas diferentes, se confrontan dos formas tomadas de una sola, se impone la misma comprobación: así en latín *gerō* y *gestus* nos hacen ascender a un radical **ges-* antaño común a las dos formas.

Observemos de pasada que la comparación referente a cambios fonéticos se tiene que ayudar constantemente con consideraciones morfológicas. En el examen del latín *patior* y *passus,* hago intervenir *factus, dictus,* etc., puesto que *passus* es una formación de la misma naturaleza; precisamente fundándome en la relación morfológica entre *fació* y *factus, dīcō* y *dictus* es cómo puedo establecer la misma relación en una época anterior entre *patior y *pat-tus.* Recíprocamente, si la comparación es morfológica, tengo que aclararla con la ayuda de la fonética: el latín m*eliōrem* se puede comparar con el griego *hedió* porque fonéticamente el uno remonta a **meliosem, *meliosm, y* el otro a **hādioa, *hādiosa, *hādiosm.*

La comparación lingüística no es, pues, una operación mecánica; la comparación implica el enfrentamiento de todos los datos capaces de proporcionar una explicación. Pero siempre tendrá que ir a parar a una conjetura que quepa en una fórmula cualquiera y que se proponga restablecer algo anterior; la comparación resultará siempre una reconstrucción de formas.

Pero la mirada al pasado ¿se propone la reconstrucción de las formas completas y concretas del estado anterior? ¿O se limita por el contrario a

afirmaciones abstractas, parciales, referentes a las partes de las palabras, como por ejemplo a la comprobación de que la *f* latina de *fūmus* corresponde a un itálico común *p*, o de que el primer elemento del griego *állo*, latín *aliud*, era ya en indoeuropeo una a? Muy bien puede limitar su tarea a este segundo orden de investigaciones; hasta se puede decir que su método analítico no tiene más finalidad que esas observaciones parciales. Sólo que de la suma de esos hechos aislados se pueden sacar conclusiones más generales: por ejemplo, una serie de hechos análogos al del latín *fūmus* permite sentar con certeza que la *p* figuraba en el sistema fonológico del itálico común; del mismo modo, si se puede afirmar que el indoeuropeo muestra en la flexión llamada pronominal una terminación de neutro singular *-d*, diferente de la de los adjetivos, *-m*, ése es un hecho morfológico general deducido de un conjunto de comprobaciones aisladas (cfr. lat. *istud, aliud* contra *bonum*, griego *tó = *tod, állo = *allod*, contra *kalón*, inglés *that*, etc.)- Podemos ir más lejos: una vez reconstruidos esos hechos diversos, se procede a la síntesis de todo lo que concierne a una forma total, para reconstruir palabras completas (por ejemplo indoeuropeo **alyod)*, paradigmas de flexión, etc. Así es como se logra reunir en un haz afirmaciones perfectamente aisladas; si por ejemplo se comparan las diversas partes de una forma reconstruida como **alyod*, se advierte una gran diferencia entre la *-d*, que plantea una cuestión de gramática, y la a-, que no tiene significación alguna de ese género. Una forma reconstruida no es una totalidad solidaria, sino una suma siempre descomponible de razonamientos fonéticos, y cada una de sus partes es revocable y queda sometida a examen. Así, las formas reconstruidas siempre han sido el reflejo fiel de las conclusiones generales que le son aplicables. Para la idea de 'caballo' en indoeuropeo se han supuesto sucesivamente **akvas*, $*ak_1vas$, $*ek_1vos$, y por último $*ek_1wos$; lo único que ha quedado indiscutido ha sido la s y el número de los fonemas.

El fin de las reconstrucciones no es, pues, restituir una forma por sí misma, lo cual sería por lo demás bastante ridículo, sino cristalizar, condensar un conjunto de conclusiones que se creen acertadas, según los resultados que se han podido obtener en cada momento; en una palabra, registrar los progresos de nuestra ciencia. No hay por qué justificar a los lingüistas por la idea estrafalaria que se les atribuye de restaurar de cabo a rabo el indoeuropeo como si quisieran luego usarlo. Ni siquiera tienen esa idea cuando abordan las lenguas conocidas históricamente (no se estudia el latín lingüísticamente para hablarlo bien), y mucho menos al reconstruir las palabras aisladas de lenguas prehistóricas.

Por lo demás, aun quedando la reconstrucción sujeta a revisión, no se

podría prescindir de ella para obtener una noción del conjunto de la lengua estudiada, es decir, del tipo lingüístico a que pertenece. Es un instrumento indispensable para representar con relativa facilidad un montón de hechos generales, sincrónicos y diacrónicos. Las grandes líneas del indoeuropeo se aclaran inmediatamente con el conjunto de las reconstrucciones: por ejemplo, que los sufijos estaban formados- de ciertos elementos *(t, s, r,* etc.) con exclusión de otros, que la complicada variedad del vocalismo de los verbos alemanes (cfr. *werden, wirst, ward, wurde, worden)* oculta en la regla una misma alternancia primitiva: e-o-cero. De contragolpe, la historia de los períodos ulteriores se halla muy facilitada: sin reconstrucción previa sería muchísimo más difícil explicar los cambios acaecidos en el curso del tiempo después del período antehistórico.

§ 2. GRADO DE CERTIDUMBRE DE LAS RECONSTRUCCIONES

Hay formas reconstruidas que son completamente seguras, otras discutibles o francamente problemáticas. Ahora bien, como acabamos de ver, el grado de certidumbre de las formas totales depende de la certeza relativa que se pueda atribuir a las reconstrucciones parciales que intervienen en la síntesis. En este sentido casi nunca están dos palabras en pie de igualdad; entre dos formas indoeuropeas tan claras como _*esti_ 'es' y _*didōti_ 'da', hay una diferencia, pues en la segunda la vocal de la reduplicación permite una duda (cfr. sánscrito *dadāti y* griego *dídōsi).*

En general, se tiende a creer las reconstrucciones menos seguras de lo que son. Tres hechos vienen a aumentar nuestra confianza.

El primero, que es capital, ha sido señalado en la página 66 y siguientes: dada una palabra, se pueden distinguir netamente los sonidos que la componen, su número y su delimitación; hemos visto (pág. 81), qué es lo que se puede pensar de las objeciones que harían ciertos lingüistas inclinados sobre el microscopio fonológico. En un grupo como *-sn-* hay sin duda sonidos furtivos o de transición; pero es antilingüístico tenerlos en cuenta; el oído ordinario no los distingue, y sobre todo los sujetos hablantes están siempre de acuerdo sobre el número de los elementos. Así podemos decir que en la forma indoeuropea _*ek$_1$wos_ no había más que cinco elementos distintos, diferenciales, a que los sujetos tenían que atender.

El segundo hecho se refiere al sistema de esos elementos fonológicos en cada lengua. Todo idioma opera con una gama de fonemas cuyo total está perfectamente delimitado (ver pág. 61). Ahora bien, en indoeuropeo todos los elementos del sistema aparecen por lo menos en una docena de

formas atestiguadas por reconstrucción, alguna vez en millares. Estamos, pues, seguros de conocerlos todos.

Por último, para conocer las unidades fónicas de una lengua no es indispensable caracterizar su cualidad posible; hay que considerarlas como entidades diferenciales cuya peculiaridad consiste en no confundirse unas con otras (ver pág. 142). De tal manera es esto lo esencial, que se podrían designar los elementos fónicos de un idioma por reconstruir, mediante cifras o signos de cualquier clase. En *_ĕk$_1$wŏs_ es inútil determinar la cualidad absoluta de la _ĕ_ y preguntarse si era abierta o cerrada, articulada más o menos adelante, etc.; mientras no hayan sido reconocidas varias clases de _ĕ_, eso no tendrá importancia, con tal que no se la confunda con otro de los elementos que se distingan en la lengua _(ă, ŏ, ē,_ etc.). Esto equivale a decir que el primer fonema de *_ĕk$_1$wŏs_ no difería del segundo de *_mĕdhyŏs_, del tercero de *_ăgĕ_, etc., y que, sin especificar su naturaleza fónica, se lo podría catalogar y representar con su número en el cuadro de los fonemas indoeuropeos. Así la reconstrucción de *_ĕk$_1$wŏs_ quiere decir que el correspondiente indoeuropeo del latín _equos_, sánscrito _açva-s_, etc., estaba compuesto de cinco fonemas determinados tomados en la gama fonológica del idioma primitivo.

Dentro de los límites que acabamos de trazar, nuestras reconstrucciones conservan, pues, todo su valor.

CAPÍTULO IV

EL TESTIMONIO DE LA LENGUA

EN ANTROPOLOGÍA Y EN PREHISTORIA

§ 1. LENGUA Y RAZA

Gracias al método retrospectivo, el lingüista puede, pues, remontar el curso de los siglos y reconstituir lenguas habladas por determinados pueblos mucho antes de su entrada en la historia. Pero ¿no podrían las reconstrucciones ilustrarnos también sobre esos pueblos mismos, sobre su raza, su filiación, sus relaciones sociales, sus costumbres, sus instituciones, etc.? En suma, ¿aporta la lengua luz a la antropología, a la etnografía, a la prehistoria? Eso es lo que generalmente se cree; nosotros pensamos que hay en ello una gran parte de ilusión. Examinemos brevemente algunos aspectos de este problema general.

Primero la raza: sería un error creer que de la comunidad de lenguas se pueda deducir la consanguinidad, que una familia de lenguas recubre una familia antropológica. La realidad no es tan simple. Hay, por ejemplo, una raza germánica, cuyos caracteres antropológicos son muy netos: cabello rubio, cráneo alargado, alta estatura, etc.; el tipo escandinavo es su forma más perfecta. Sin embargo, no todas las poblaciones que hablan lenguas germánicas responden a esas características: así los alemanes, al pie de los Alpes, tienen un tipo antropológico muy diferente del de los escandinavos. ¿Podremos admitir por lo menos que un idioma pertenece propiamente a una raza y que, si es hablado por pueblos alógenos, es que les ha sido impuesto por conquista? Sin duda, con frecuencia se ven naciones que adoptan o soportan la lengua de sus vencedores, como los galos después de la victoria de los romanos; pero eso no explica todo: en el caso de los germanos, por ejemplo, aun admitiendo que hayan sojuzgado tantos pueblos diversos, no es posible que los hayan absorbido todos; para eso habría que suponer una larga dominación prehistórica, y otras circunstancias más que nada autoriza a establecer.

Así la consanguinidad y la comunidad lingüística no parecen tener ninguna conexión necesaria, y es imposible deducir la una de la otra; por consiguiente, en los casos muy numerosos en que los testimonios de la antropología y de la lengua no concuerdan, no es necesario ni oponerlos ni elegir entre ambos; cada uno de ellos conserva su propio valor.

§ 2. ETNISMO

¿Qué nos enseña, pues, ese testimonio de la lengua? La unidad de raza no puede ser, por sí misma, más que un factor secundario y de ningún modo necesario de comunidad lingüística; pero existe otra unidad, infinitamente más importante, la única esencial, la que está constituida por el vínculo social: la llamaremos *etnismo.* Entendemos por *etnismo* una unidad basada en relaciones múltiples de religión, de civilización, de defensa común, etc., que se pueden establecer hasta entre pueblos de razas diferentes y en ausencia de todo lazo político.

Entre el etnismo y la lengua es donde se establece esa relación de reciprocidad ya registrada en la página 48: el vínculo social tiende a crear la comunidad de lengua e imprime quizá al idioma común ciertos caracteres; inversamente, la comunidad de lenguas es la que constituye, en cierta medida, la unidad étnica. En general ésta basta siempre para explicar la comunidad lingüística. Por ejemplo, en los comienzos de la Edad Media hubo un etnismo románico que unía, sin vínculos políticos, pueblos de orígenes muy diversos. Recíprocamente, lo que hay que consultar antes que nada sobre la cuestión de la unidad étnica es la lengua; su testimonio prevalece sobre todos los demás. Veamos un ejemplo: en la antigua Italia hallamos los etruscos al lado de los latinos; si se busca qué es lo que tenían de común, con la esperanza de reducirlos a un mismo origen, se puede echar mano de todo lo que esos dos pueblos han dejado: monumentos, ritos religiosos, instituciones políticas, etc.; pero nunca se llegará a la certidumbre que la lengua da inmediatamente: cuatro líneas de etrusco bastan para demostrarnos que el pueblo que lo hablaba era absolutamente distinto del grupo étnico que hablaba latín.

Así, en este respecto y con los límites indicados, la lengua es un documento histórico; por ejemplo, el hecho de que las lenguas indoeuropeas formen una familia nos permite deducir un etnismo primitivo, del cual son herederas más o menos directas, por filiación social, todas las naciones que hablan hoy esas lenguas.

§ 3. PALEONTOLOGÍA LINGÜÍSTICA

Pero si la comunidad de lengua permite afirmar la comunidad social, ¿nos hace la lengua conocer la naturaleza de ese etnismo común?

Durante mucho tiempo se ha creído que las lenguas son una fuente inagotable de documentos sobre los pueblos que las hablan y sobre su prehistoria. Adolphe Pictet, uno de los propulsores del celtismo, es conocido

sobre todo por su libro *Les origines indo-européennes* (1859-63). Esa obra ha servido de modelo a muchas otras, y sigue siendo la más atractiva de todas. Pictet quiere encontrar en los testimonios suministrados por las lenguas indoeuropeas los rasgos fundamentales de la civilización de los «aryâs», y cree poder fijarles los aspectos más diversos: cosas materiales (herramientas, armas, animales domésticos), vida social (¿era un pueblo nómade o agrícola?), familia, gobierno; intenta conocer la cuna de los aryâs, que sitúa en Bactriana; estudia la flora y la fauna del país que habitaban. Este es el ensayo más considerable que se ha hecho en esta dirección; la ciencia así inaugurada recibió el nombre de paleontología lingüística.

Después se han hecho otras tentativas en el mismo sentido; una de las más recientes es la de Hermann Hirt, *Die Indogermanen*, 1905-1907 [1]. Hirt se ha fundado en la teoría de J. Schmidt (ver pág. 238) para determinar el país habitado por los indoeuropeos; pero no desdeña recurrir a la paleontología lingüística: hechos de vocabulario le muestran que los indoeuropeos eran agricultores, y rechaza el situarlos en la Rusia meridional, más adecuada a la vida nómada; la frecuencia de nombres de árboles y, sobre todo, de ciertas especies (abeto, abedul, haya, encina), le hace pensar que su país estaba arbolado y que se hallaba entre el Harz y el Vístula más especialmente en la región de Brandeburgo y de Berlín. Recordemos también que, aún antes que Pictet, Adalbert Kuhn y otros habían utilizado la lingüística para reconstruir la mitología y la religión de los indoeuropeos.

Ahora bien, no parece que se pueda pedir a una lengua enseñanzas de este género, y si ella no las puede suministrar, eso se debe, a nuestro parecer, a las siguientes causas:

Primero la incertidumbre de la etimología; poco a poco se ha ido comprendiendo cuán raras son las palabras cuyo origen está bien establecido, y los lingüistas se han ido haciendo más prudentes. He aquí un ejemplo de las temeridades de antaño: dado *servus y servare*, se les relaciona, quizá sin derecho para ello; después se da al primero la significación de 'guardián' y se deduce que el esclavo fue en su origen el guardián de la casa.

[1] Cfr. además D'ARBOIS DE JUBAINVILLE, *Les premiers habitants de l'Europe,* 1877; 0. SCHRADER, *Sprachvergleichung und Urgeschickte* (Comparación lingüística y prehistoria); Id., *Reallexicon der indogermanischen Altertumskunde* (Diccionario de la Antigüedad indogermánica), obras un poco anteriores a la de Hirt; S. FEIST, *Europa im Lichte der Vorgeschichte* (Europa a la luz de la prehistoria) 1910. [Siegmund Feist tiene una importante obra posterior sobre el tema: *Indogermanen und Germanen,* Halle, 1924, 3a edición. A. A.]

Ahora bien, ni siquiera se puede afirmar que *servare* haya tenido primero el sentido de 'guardar'. Y aun más: las significaciones de las palabras evolucionan; la significación de una palabra cambia a menudo al mismo tiempo que un pueblo cambia de residencia. Se ha creído ver así en la ausencia de una palabra la prueba de que la civilización primitiva ignoraba la cosa designada por tal palabra; es un error. Así la palabra para 'arar' falta en las lenguas asiáticas; pero eso no significa que esa ocupación fuera desconocida en su origen: el arar pudo caer en desuso o hacerse por otros procedimientos, designados con otras palabras.

La posibilidad de los préstamos es un tercer factor que perturba la certidumbre. Una palabra puede pasar a un idioma al mismo tiempo que es introducida la cosa en el pueblo que lo habla; así, el cáñamo sólo fue conocido muy tarde en la cuenca del Mediterráneo y más tarde todavía en los países del Norte; y en cada ocasión el nombre del cáñamo pasaba con la planta. En muchos casos la falta de datos extralingüísticos impide saber si la presencia de una misma palabra en varias lenguas se debe al préstamo o si prueba una tradición primitiva común.

No es esto decir que no se puedan sacar sin vacilación ciertos rasgos generales y hasta ciertos datos precisos: así los términos comunes que indican parentesco son abundantes y se han trasmitido con gran limpieza; esos términos permiten afirmar que, en los indoeuropeos, la familia era una institución tan compleja como regular, pues su lengua conocía en esta materia matices que nosotros no podemos expresar. En Homero *eináteres* quiere decir 'concuñadas' en el sentido de 'mujeres de varios hermanos', y *galóōi* 'cuñadas' en el sentido de 'la mujer y la hermana del marido entre ellas'; ahora bien, el latín *janitrīcēs* corresponde a *eináteres* por la forma y por la significación. Del mismo modo, el 'cuñado, marido de la hermana' no tiene el mismo nombre que los 'concuñados, maridos de varias hermanas, entre ellos'. Aquí se puede, pues, verificar un detalle minucioso, pero por lo común se tiene uno que contentar con un informe general. Lo mismo pasa con los animales: para especies importantes como la bovina, no sólo se puede contar con la coincidencia del griego *boûs,* alemán *Kuh,* sánscrito *gau-s,* etc., y reconstruir un indoeuropeo *$*g_2$ōu-s,* sino que también la flexión tiene los mismos caracteres en todas las lenguas, lo cual no sería posible si se tratara de una palabra pasada posteriormemte de otra lengua.

Permítasenos añadir aquí, un poco más detalladamente, otro hecho morfológico que tiene esa doble característica de estar limitado a una zona determinada y de referirse a un punto de organización social.

A pesar de cuanto se ha dicho sobre el vínculo de *dominus* con *do-*

mus, los lingüistas no se sienten en eso plenamente satisfechos, porque es la cosa más extraordinaria ver un sufijo *-no-* formar derivados secundarios; nunca se ha oído hablar de una forma como sería en griego **oikono-s* o **oike-no-s* de *oîkos, o* en sánscrito **açva-na* de *açva.* Pero esta rareza es precisamente lo que da al sufijo de *dominus* su valor y su relieve. Muchas palabras germánicas son, a nuestro entender, plenamente reveladoras:

1° **peuda-na-z* 'el jefe de la **peudō,* el rey', gótico *piudans,*antiguo sajón *thiodan (*peudō,* got. *piuda* = osco *touto* 'pueblo').

*2° *druχti-na-z* (parcialmente cambiado en **druχtī-na-z)* 'el jefe de la **druχ-ti-z,* del ejército', de donde viene el nombre cristiano que significa 'el Señor' 'Dios', antiguo nórdico *Dróttinn,* anglosajón *Dryhten,* los dos con la final *-ĭna-z.*

3" **kindi-na-z* 'el jefe de la **kindi-z* = lat. *gens'.* Como el jefe de una *gens* era, con relación al de una **peudō,* un virrey, este término germánico de *kindins* (absolutamente perdido en todas las demás lenguas) es empleado por Úlfilas para designar al gobernador romano de una provincia, porque el legado del emperador era, en su ideología germánica, lo mismo que un jefe de clan con relación a un *piudans;* por interesante que sea la equiparación desde el punto de vista histórico, no cabe duda de que la palabra *kindins,* ajena a las cosas romanas, testimonia la división de las poblaciones germánicas en *kindi-z.*

Así, un sufijo secundario *-no-* se ajusta a cualquier tema en germánico para significar 'jefe de tal o cual comunidad'. Ya no queda ahora más que notar que el latín *tribūnus* significa también literalmente 'el jefe de la tribu', como *piudans* 'el jefe de la *piuda',* y, en fin, también *domi-nus* 'jefe de la *domus',* última división de la *touta* = *piuda. Dominus,* con su extraño sufijo, nos parece una prueba, muy difícil de refutar, no sólo de una comunidad lingüística, sino también de una comunidad de instituciones entre el etnismo italiota y el etnismo germánico.

Pero hay que recordar una vez más que las comparaciones de lengua a lengua rara vez proporcionan indicios tan característicos.

§ 4. TIPO LINGÜÍSTICO Y MENTALIDAD DEL GRUPO SOCIAL

Ya que la lengua no da en abundancia informes precisos y auténticos sobre las costumbres y las instituciones del pueblo que la usa, ¿sirve por lo menos para caracterizar el tipo mental del grupo social que la habla? Es una opinión generalmente admitida que una lengua refleja el carácter psicológico de una nación; pero a esta idea se opone una objeción muy

grave: un procedimiento lingüístico no está necesariamente determinado por causas psíquicas.

Las lenguas semíticas expresan la relación de sustantivo determinante a sustantivo determinado (cfr. esp. «la palabra de Dios») con la simple yuxtaposición, que implica, en verdad, una forma especial, llamada «estado contruido», del determinado colocado ante el determinante. Sea el hebreo *dābār* 'palabra' y *'elōhīm*[1] 'Dios': *dbar'elōhīm* significa 'la palabra de Dios'. ¿Diremos que este tipo sintáctico revela algo de la mentalidad semítica? La afirmación sería muy temeraria, ya que el antiguo francés empleaba regularmente una construcción análoga: cfr. *le cor Roland, les quatre fils Aymon,* etc. Ahora bien, este procedimiento nació en romance de un puro azar, tanto morfológico como fonético: la reducción extrema de los casos, que impuso a la lengua esta construcción nueva. ¿Por qué no podría un azar análogo haber lanzado al protosemita por el mismo camino? Así, un hecho sintáctico que parece ser uno de sus rasgos indelebles no ofrece ningún indicio cierto de la mentalidad semítica.

Otro ejemplo: el indoeuropeo primitivo no conocía compuestos con el primer elemento verbal. Si el alemán los tiene (cfr. *Bethaus, Springbrunnen,* etc.) ¿hay que creer que en un momento dado modificaron los germanos un modo de pensar heredado de sus antepasados? Ya hemos visto que esa innovación se debió a un azar no sólo material, sino hasta negativo: la supresión de la a en *betahus* (ver pág. 166). Todo ocurrió fuera del espíritu, en la esfera de las mutaciones de sonidos, que pronto imponen un juego absoluto al pensamiento y lo fuerzan a entrar en el camino especial que le queda abierto por el estado material de los signos. Un montón de observaciones del mismo género nos confirman en esta opinión; el carácter psicológico del grupo lingüístico pesa poco ante un hecho como la supresión de una vocal o ante una modificación de acento, y otras muchas cosas análogas capaces de revolucionar a cada instante la relación entre el signo y la idea en cualquier forma de lengua.

Nunca deja de tener interés determinar el tipo gramatical de las lenguas (ya sean históricamente conocidas, ya reconstruidas), y clasificarlas según los procedimientos que ellas emplean para la expresión del pensamiento; pero de esas determinaciones y de esas clasificaciones nada se podrá deducir con certeza fuera del dominio propiamente lingüístico.

[1] El signo ' designa el aleph, la oclusión global que corresponde al espíritu suave del griego.

CAPÍTULO V

FAMILIAS DE LENGUAS Y TIPOS LINGÜÍSTICOS[1]

Acabamos de ver que la lengua no está sujeta directamente al espíritu de los hablantes. Insistiremos con algunas consideraciones finales sobre una de las consecuencias de ese principio: ninguna familia de lenguas pertenece por derecho y para siempre a un tipo lingüístico.

Preguntar en qué tipo se incluye un grupo de lenguas es olvidar que las lenguas evolucionan; es subentender que habrá en su evolución un elemento de estabilidad. ¿En nombre de qué se pretenderá imponer límites a una acción que no conoce ninguno?

Muchos, es verdad, al hablar de los caracteres de una familia, piensan más bien en los del idioma primitivo, y ese problema no es insoluble, ya que se trata de una lengua y de una época. Pero en cuanto se suponen rasgos permanentes en los que nada puedan cambiar ni el tiempo ni el espacio, se contrarían los principios fundamentales de la lingüística evolutiva. Ninguna característica es permanente por derecho; sólo puede persistir por azar.

Sea, por ejemplo, la familia indoeuropea; se conocen los caracteres distintivos de la lengua de que la familia salió; el sistema de sonidos es de gran sobriedad; ni grupos complicados de consonantes ni consonantes dobles; un vocalismo monótono, pero que da lugar a un juego de alternancias extremadamente regulares y profundamente gramaticales (ver págs. 182, 249); un acento de altura, que se puede poner, en principio, en cualquiera de las sílabas de la palabra y que contribuye por consiguiente al juego de las oposiciones gramaticales; un ritmo cuantitativo, que se basa únicamente en la oposición de las sílabas largas y breves; gran facilidad para formar compuestos y derivados; la flexión nominal y verbal, muy rica; la palabra flexionada, que lleva en sí misma sus determinaciones, es autónoma en la frase, de donde viene una gran libertad de construcción y rareza de palabras gramaticales de valor determinativo o relacionante (preverbios, preposiciones, etc.).

Ahora bien, se ve fácilmente que ninguno de estos caracteres se ha

[1] Aunque este capítulo no trata de lingüística retrospectiva, lo colocamos aquí porque puede servir de conclusión a la obra entera. (B. y S.).

mantenido íntegramente en las diversas lenguas indoeuropeas, que algunos (por ejemplo, el papel del ritmo cuantitativo y el del acento de altura) no se encuentran ya en ninguna; algunas de ellas incluso han alterado el aspecto primitivo del indoeuropeo hasta el punto de hacer pensar en un tipo lingüístico enteramente diferente, por ejemplo el inglés, el armenio, el irlandés, etcétera.

Más legítimo sería hablar de ciertas transformaciones más o menos comunes a las diversas lenguas de una familia. Así el relajamiento progresivo del mecanismo flexional, arriba señalado, es general en las lenguas indoeuropeas, si bien todas presentan, también en este punto, diferencias notables: el que mejor ha resistido es el eslavo, mientras que el inglés ha reducido la flexión a casi nada. Por el contrario, se ha ido estableciendo, con bastante generalidad también, un orden más o menos fijo para la construcción de las oraciones, y los procedimientos analíticos de expresión han tendido a reemplazar a los procedimientos sintéticos: valores de caso expresados por medio de preposiciones (ver pág. 206), formas verbales compuestas por medio de auxiliares, etcétera.

Hemos visto que un rasgo del prototipo puede muy bien faltar en tal o cual de las lenguas derivadas: lo contrario también es cierto. Hasta no es raro comprobar que los rasgos comunes a todos los representantes de una familia son ajenos al idioma primitivo; eso es lo que ocurre con la armonía vocálica (es decir, cierta asimilación del timbre de todas las vocales de los sufijos de una palabra a la vocal final del elemento radical). Este fenómeno se encuentra en uraloaltaico, vasto grupo de lenguas habladas en Europa y en Asia desde Finlandia hasta Manchuria; pero esta notable característica se debe, según todas las probabilidades, a desarrollos posteriores; será, pues, un rasgo común sin ser un rasgo original, hasta tal punto que no puede ser invocado para probar el origen común (muy discutido) de esas lenguas, ni tampoco su carácter aglutinante. Se ha reconocido también que el chino no siempre ha sido monosilábico.

Cuando se comparan las lenguas semíticas con el protosemita reconstituido, sorprende a primera vista la persistencia de ciertos caracteres; esta familia, más que todas las demás, da la ilusión de un tipo inmutable, permanente, inherente a la familia. Se le reconoce en los siguientes rasgos, varios de los cuales se oponen de un modo sorprendente a los del indoeuropeo: ausencia casi total de compuestos, uso restringido de la derivación, flexión poco desarrollada (aunque más en el protosemita que en las lenguas hijas), de donde resulta un orden de palabras sujeto a reglas estrictas. El rasgo más notable se refiere a la constitución de las raíces (ver pág 212); las raíces tienen con regularidad tres consonantes (por

ejemplo, *q-t-l* «matar»), que persisten en todas las formas dentro de un mismo idioma (cfr. hebreo *qātal, qātlā, qtōl, qitlī,* etc.) y de idioma a idioma (cfr. arabe *qatala, qutila,* etc.)- Dicho de otro modo, las consonantes expresan el «sentido concreto» de las palabras, su valor lexicológico, mientras que las vocales, con la ayuda, es verdad, de ciertos prefijos y sufijos, marcan exclusivamente los valores gramaticales con el juego de sus alternancias (por ejemplo hebreo *qātal* 'mató', *qtōl* 'matar', con sufijo *qtāl-ū* 'mataron', con prefijo *yiqtōl* 'matará', con prefijo y sufijo *yi-qtl-ū* 'matarán', etcétera).

Frente a estos hechos, y a pesar de las afirmaciones a que han dado lugar, es necesario mantener nuestro principio: no hay caracteres inmutables; la permanencia es un efecto del azar; si un carácter se mantiene en el tiempo, lo mismo puede suceder que desaparezca con el tiempo. Limitándonos a lo semítico, se observa que la «ley» de las tres consonantes no es tan característica de esta familia, ya que otras presentan fenómenos muy análogos. También en indoeuropeo está sujeto a leyes muy precisas el consonantismo de las raíces; por ejemplo, nunca tienen dos sonidos de la serie *i, u, r, I, m, n* después de su *e;* una raíz como **serl* es imposible, etcétera. Lo mismo sucede, y en más alto grado aun, con el juego de vocales en semítico; en el juego de vocales, el indoeuropeo presenta un conjunto también preciso, aunque menos rico; oposiciones como las del hebreo *dobar* 'palabra', *dl ār-īm* 'palabras', *dibrē-hem* 'las palabras de ellos' recuerdan las del alema *Gast : Gäste, fliessen :floss,* etc. En ambos casos la génesis del procedimiento gramatical es la misma. Son modificaciones puramente fonéticas, debidas a evoluciones ciegas; pero el espíritu se ha apoderado de las alternancias resultantes, les ha atribuido valores gramaticales y ha propagado por analogía modelos suministrados por el azar de la evolución fonética. En cuanto a la inmutabilidad de las tres consonantes en semítico, no es más que aproximada, no absoluta. Podríamos estar seguros de ello *a priori;* pero los hechos confirman esta aserción: en hebreo, por ejemplo, si la raíz de *'anāš-im* 'hombres' presenta las tres consonantes esperadas, su singular *'iš* no ofrece más que dos; es la reducción fonética de una forma más antigua que contenía tres. Por otro lado, aun admitiendo esta cuasi inmutabilidad ¿tenemos que ver en ello un carácter inherente a las raíces? No; sucede simplemente que las lenguas semíticas han sufrido menos alteraciones fonéticas que otras muchas, y que las consonantes se han conservado mejor en este grupo que en otros. Es, pues, un fenómeno evolutivo, fonético, y no gramatical ni permanente. Proclamar la inmutabilidad de las raíces equivale a decir que no han sufrido cambios fonéticos, nada menos; y nadie puede jurar que esos cambios no

se producirán nunca. En términos generales, todo lo que el tiempo ha hecho puede el tiempo deshacerlo o transformarlo.

Aun reconociendo que Schleicher violentaba la realidad al ver en la lengua una cosa orgánica que lleva en sí misma su ley de evolución, nosotros seguimos sin vacilar intentando hacer de ella una cosa orgánica en otro sentido, al suponer que el «genio» de una raza o de un grupo étnico tiende a llevar la lengua sin cesar por ciertos caminos determinados.

De las incursiones que acabamos de hacer por los dominios limítrofes de nuestra ciencia, se desprende una enseñanza enteramente negativa, pero tanto más interesante cuanto concuerda con la idea fundamental de este curso: *la lingüística tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma y por sí misma.*